

LA
**HIPÓ
TESIS
891**
MÁS ALLÁ DE LOS PIQUETES 

MTD de Solano y Colectivo Situaciones



Autores
Colectivo Situaciones
MTD de Solano

Diseño
Carlos Fernández
dgcafernandez@hotmail.com

Primera edición
Noviembre de 2002

© Copyright Ediciones De mano en mano, 2002

Casilla de correo 17 CP 1684 El Palomar
Buenos Aires, Argentina

situaciones@sinectis.com.ar

ISBN 987-96651-6-3
queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina

- 7 **Palabras previas**
9 **Prólogo. Sobre el método, por el Colectivo Situaciones**

PARTE 1

- 25 **Motivos y razones, por el Colectivo Situaciones**
37 **Conversación Colectivo Situaciones - MTD de Solano**
Septiembre - octubre de 2001

1. El capitalismo en situación
2. La desocupación
3. La horizontalidad y la lucha
4. Un poco de historia
5. La organización de base
6. Los piquetes
7. La autonomía frente al Estado
8. La coyuntura
9. Nuevas formas del compromiso militante
10. La identidad como búsqueda
11. Resistir la virtualización
12. Organizaciones en lucha: la coordinación
13. Dos formas de pensar
14. Por una economía alternativa
15. Las resonancias del zapatismo y el MST
16. Hipótesis sobre el contrapoder
17. Elementos para un balance del taller de pensamiento de Solano

- 95 **Papeles de trabajo**

PARTE 2

- 117 **Multiplicidad y contrapoder en la experiencia piquetera,**
por el Colectivo Situaciones

1. El piquete como antecedente
2. La coyuntura y las opciones de pensamiento
3. La representación
4. La inclusión de los excluidos... como excluidos

5. La ilusión política piquetera
6. De la multiplicidad al contrapoder
7. Pensar la radicalidad de la lucha
8. El caso de los MTDs
9. La identidad como creación

141 **El 19 y 20 y los tiempos del movimiento,**
por el MTD de Solano

PARTE 3

153 **Sobre el 26 de junio,** *por el Colectivo Situaciones*

161 **Doce hipótesis sobre el contrapoder,** *por el Colectivo Situaciones*

181 **Conversación Colectivo Situaciones - MTD de Solano**
(segunda vuelta) *Julio - octubre de 2002*

1. Las redes del contrapoder
2. Asumir la guerra para evitarla
3. Poder del ideal o movimiento real
4. Más allá de la política
5. La economía alternativa y la crisis
6. La ofensiva, la vanguardia, el vedetismo...
7. La experiencia del dolor
8. Una investigación sin modelo
9. La aceleración de los tiempos y la coyuntura electoral:
"que se vayan todos"
10. La red difusa
11. Máximo de creación, mínimo de control
12. La producción de mundo(s)

233 **Epilogo,** *por el MTD de Solano*

1. La horizontalidad es una apuesta práctica
2. La autonomía: poder hacer y pensar en libertad
3. Un proyecto de proyectos
4. Prolongaciones de la palabra

241 **Anexo: Encuentro en Solano con John Holloway,**
Domingo 6 de octubre de 2002

Palabras previas

"A los que vinieron antes"

Este libro fue *hecho* a la manera de un diálogo entre el Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) de Solano y el Colectivo Situaciones. El encuentro y la escritura común constituyeron una experiencia singular para todos quienes hemos participado de ella. El lector no encontrará en las páginas que siguen –creemos– ninguna de las formas habituales del vínculo entre "luchadores sociales" e "intelectuales comprometidos", ni otras formas estandarizadas para dar cuenta de esta experiencia de pensamiento común que, por ser tal, descodifica e indefinición el ser de cada uno de quienes hemos participado de estos encuentros.

La primera parte de este trabajo reproduce integralmente la conversación aparecida a principios de diciembre de 2001 en el cuaderno *Situaciones* 4, precedida ahora por un texto introductorio que delinea los *Motivos y razones* del trabajo de taller iniciado hace dos años. Luego, se glosan dos textos que transcriben, a modo de "papeles de trabajo", dos encuentros de ese taller en su dinámica interna y cotidiana.

En la segunda parte, reproducimos tres textos (el primero pertenece a la labor de taller y fue redactado por el Colectivo Situaciones, los otros dos son parte de una reflexión del MTD de Solano a propósito de las

jornadas de diciembre del año pasado) editados en el libro *19 y 20. Apuntes para un nuevo protagonismo social*.

En la tercera parte, presentamos el desarrollo de las conversaciones ocurridas entre el 26 de junio –a partir de la masacre de Puente Pueyrredón– y mediados del mes de octubre –fecha de edición–: los temas van cambiando, también los énfasis. Como introducción a esta última parte –que se publica aquí por primera vez– una breve reflexión sobre lo ocurrido el día 26 de junio, seguido de un conjunto de 12 hipótesis elaboradas para organizar el taller de estos últimos meses. Luego de la extensa conversación de esta tercera parte, con la que expira el cuerpo central del libro, se publican dos textos confeccionados sobre el cierre mismo: el epílogo a cargo del MTD de Solano, y un anexo en el que se reproduce el encuentro que tuvo lugar el primer domingo de octubre, con la visita de John Holloway a Solano.

Hipótesis 891 es el nombre de este libro. Lo hemos decidido de conjunto los miembros del taller. Las razones son sencillas: se trata de unir dos componentes esenciales de la experiencia realizada: de un lado, el carácter inacabado –hipotético– del pensamiento radical; y de otro, la cifra que indica el *sitio* de producción de ese pensamiento que, como tal, resiste todo etiquetamiento y ha funcionado como morada, contra lo que de dogmatismo, academicismo y “recetas” acabadas hay en la intemperie.

Hipótesis 891 no hubiera sido posible si las asambleas de compañeros de los barrios organizados en el MTD de Solano no lo hubiesen considerado deseable. Como se relata en algún lugar de este libro, los compañeros del MTD que participan del taller lo han hecho por expreso mandato de estas asambleas. Al igual que lo hicieramos en el cuaderno *Situaciones 4*, resulta fundamental no perder de vista hasta qué punto este libro les pertenece.

Agradecemos por la terminación de este trabajo a los compañeros Chapa y Flor por la colaboración permanente, a Cucho por el tiempo y el diseño, y a Raúl Zibechi por el intercambio sugerente y constante.

Sobre el método

Prólogo

I

¿Un prólogo es interior o exterior al texto que precede? Como se sabe, el prólogo antecede desde el final: si bien abre el libro, es lo último que se escribe. No se trata, entonces, ni de un texto interior al libro ni de algo completamente exterior a él. Resulta ser, más bien, ambas cosas simultáneamente. Es exterior; sí, es “post”. Habla desde “después” del cierre. Es un “segundo cierre” que abre. Pero en este recomienzo –*desde después*– hace existir al cuerpo mayor del texto *de* otro modo: como prolongándose en sí mismo: *proyectado*.

Esta prolongación no es un mero alargar, sino una operatoria que deviene una forma de trabajo. Este libro es siempre *prolongación*: prolongación de un encuentro de taller, de un taller en muchos otros, de ellos en una primera publicación, de aquella en el cuaderno original (*Situaciones 4; Conversaciones con el MTD de Solano*), del cuaderno –ya reeditado y vuelto a agotar– en este libro que, a su vez, se prolonga en sus lectores, y se dispone a otras tantas prolongaciones posibles.

Los nombres de sus autores –Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) de Solano y Colectivo Situaciones– pueden, incluso, resultar *excesivos*. Tal situación fue evidente cuando quisimos inscribir legalmente

la publicación. Para los organismos estatales a cargo de regular y registrar todo aquello que tenga forma de libro –sea lo que sea que tenga capacidad de adoptar ese formato– el *autor* es un dato inexcusable. Si por alguna razón ese *nombre* no estuviera disponible, habrá que recurrir a un seudónimo (que siempre nombra a la persona del responsable, sea éste *autor* o *compilador*). Como sea, el *autor* debe aparecer: alguien debe hacerse responsable de lo que *se* dice.

No creemos ser excesivamente originales recordando que el “autor” –*autoría*, de *autoridad*– ha muerto. Este libro será entonces lo que otras fuerzas, otros devenires, sean capaces de hacer con él. Que el autor ha muerto no es sólo una frase a la moda; tiene implicancias concretas: quiere decir que nuestra intención de “autores” no es lo que cuenta aquí. Que ella es sólo un recurso, un elemento, un insumo en el que no vale la pena detenerse. Este prólogo, entonces, no intenta promover una cierta lectura “correcta” del texto –si bien, inevitablemente, sugiere perspectivas– ni anticipar conclusiones “adecuadas” a la intención de quienes participamos de su confección. Prolongación aquí no quiere decir restricción a las lecturas posibles, sino precisamente lo contrario: una ofrenda, el hecho de arrojar un objeto –que condensa encuentros, pensamiento– a las fuerzas de nuevos encuentros y pensamientos.

Así, no *hay* “autor”, pero sí *hay* un trabajo de pulsiones, pasiones, fuerzas, inspiraciones, pensamientos y afectos. Ellos son quienes demandan prolongaciones y epílogos. Ellos son quienes creen poder revelar, en lo que sigue, algo de sí mismos, a la vez que agregar algunas pistas sobre la figura del *militante de investigación*¹ –juego de palabras aproximado para nombrar el precario equilibrio existencial de una nueva forma del compromiso–.

II

La *investigación militante*, tal como la entendemos, carece de *objeto*. Somos concientes del carácter *paradójico* de este enunciado –si se investiga, se investiga *algo*; si no hay *algo* que investigar, ¿cómo hablar de una in-

vestigación?– y, a la vez, estamos convencidos de que este carácter es lo que le da, precisamente, su *potencia*. Investigar sin objetualizar, de hecho, implica ya abandonar la imagen habitual del investigador. Y el *militante investigador* aspira a ello.

En efecto, la investigación puede ser una vía de *objetualización* (nuevamente, no es una originalidad de nuestra parte confirmar este viejo saber. Y, sin embargo, este efecto es uno de los límites más serios de la subjetividad habitual del investigador). Tal como lo recuerda Nietzsche, el hombre (y la mujer) teórico/a –que es algo más complejo que el “hombre (y la mujer) que lee”– es aquel (o aquella) que percibe la acción desde un punto de vista del todo exterior (es decir, que su subjetividad está constituida de manera completamente independiente respecto de esa acción). Así, el teórico (o la teórica) trabaja *atribuyendo* una intención al sujeto de la acción. Seamos claros: toda atribución de este tipo supone, respecto del protagonista de la acción observada, un *autor* y una *intención*; le confiere valores y objetivos, en fin, produce “saberes” *sobre* la acción (y el actuante).

Por esta vía, la crítica queda ciega al menos respecto de dos momentos esenciales. Por un lado, respecto del *sujeto* –exterior– que la ejerce. El investigador no precisa investigarse. Él puede construir saberes consistentes *sobre* la situación en la *medida de* –y, precisamente, *gracias a*– su estar *afuera*, a la distancia prudencial que, se supone, garantiza cierta *objetividad*. Y bien, esa objetividad es auténtica y eficaz en la misma medida en que ella no es otra cosa que la contracara de la objetualización –*violencia*– de la situación *sobre* la que se trabaja.

Pero hay aun otro aspecto en que la crítica queda ciega: el investigador –en su acción de *atribuir*– no hace más que adecuar los *recursos disponibles* de su propia situación de investigación a las incógnitas que su objeto le presenta. El investigador, por esa vía, se constituye en una *máquina* de otorgar –a su objeto– sentidos, valores, intereses, filiaciones, causas, influencias, racionalidades, intenciones y motivos inconcientes.

Ambas cegueras, o la misma ceguera frente a dos puntos (respecto del *sujeto que atribuye* y respecto de los *recursos de la atribución*), confluyen en la configuración de una *única* operación: una máquina de juzgar el *bien* y el *mal* de acuerdo al conjunto de *valores disponibles*.

Esta modalidad de producción de conocimientos nos pone frente a un dilema evidente. La investigación universitaria tradicional –con su *objeto*, su *método* de atribución y sus *conclusiones*– obtiene, claro, conocimientos de valor –sobre todo descriptivos– respecto de los *objetos* que investiga. Pero esta operación descriptiva no es de ningún modo posterior a la conformación del objeto, sino que ella misma resulta ser productora de tal objetualización. A punto tal que la investigación universitaria será tanto más eficaz cuanto mejor emplee estos poderes objetualizantes. De esta forma –la *ciencia*– opera más como separadora –y cosificadora– de las situaciones en las que participa que como elemento interior de la creación de eventuales experiencias (prácticas y teóricas).

El investigador (o la investigadora) se ofrece él mismo como sujeto de *síntesis* de la experiencia. Es quien explica la racionalidad de lo que acontece. Y como tal queda preservado: en tanto necesario punto ciego de dicha síntesis. Él mismo, como sujeto *dador* de *sentido* queda exceptuado de todo autoexamen. Él y sus recursos –sus valores, sus nociones, su mirada– se constituyen en la máquina que clasifica, coherentiza, inscribe, juzga, descarta y excomulga. En fin, el intelectual es quien “hace justicia” respecto de los asuntos de la *verdad*, en tanto administración –adecuación– de lo que existe respecto de los horizontes de racionalidad del presente.

III

Y bien, hemos hablado del *compromiso* y de la *militancia*. ¿Es que estamos proponiendo acaso la superioridad del *militante político* respecto del investigador universitario?

No lo creemos. La militancia política es también una práctica con objeto. Como tal, ha quedado ligada a una modalidad de la instrumentalidad: aquella que se vincula con otras experiencias con una subjetividad siempre ya constituida, con saberes previos –los saberes de la *estrategia*–, provistos de enunciados de validez universal, puramente ideológicos. Su forma de ser con los otros es el *utilitarismo*: nunca hay *afinidad*, siempre hay “acuerdo”. Nunca hay *encuentro*, siempre hay “táctica”. En definitiva: la militancia política –sobre todo la partidaria– difícilmente pueda constituirse en una experiencia de *autenticidad*. Ya desde el comienzo queda atrapada en la *transitividad*: lo que le interesa de una experiencia es siempre “otra cosa” que la experiencia en sí misma. Desde este punto de vista, la militancia política –y no estamos exceptuando a las militancias de izquierdas– es tan exterior, enjuiciadora y objetualizante como la investigación universitaria.

Agreguemos el hecho que el militante humanitario –digamos, el de las ONG’s– no escapa tampoco a estos mecanismos manipuladores. En rigor, la ideología humanitarista –ahora globalizada– se constituye a partir de una imagen idealizada de *un mundo ya hecho*, *inmodificable*, frente al cual sólo queda dedicar esfuerzos a aquellos lugares –más o menos *excepcionales*– en que aún reina la miseria y la irracionalidad.

Los mecanismos desatados por el humanitarismo solidario no sólo dan por cerrada toda creación posible sino que, además, naturalizan –con sus misericordiosos recursos de la beneficencia y su lenguaje sobre la *exclusión*– la objetualidad victimizante que separa a cada cual de sus posibilidades subjetivantes y productivas.

Si nos referimos al compromiso y el carácter “militante” de la investigación, lo hacemos en un sentido preciso, ligado a cuatro condiciones: a- el carácter de la motivación que sostiene la investigación; b- el carácter práctico de la investigación (elaboración de hipótesis prácticas situadas); c- el valor de lo investigado: el resultado de la investigación sólo se dimensiona en su totalidad en situaciones que comparten tanto la problemática in-

vestigada como la constelación de condiciones y preocupaciones; y d—su procedimiento efectivo: su desarrollo es ya resultado, y su resultado redundante en una inmediata intensificación de los procedimientos efectivos.

IV

De hecho, toda *idealización* refuerza este mecanismo de la objetualización. Este es un auténtico problema para la militancia de investigación. La idealización —aun cuando ella recaiga sobre un objeto no consagrado a tales efectos— resulta siempre del mecanismo de la atribución (incluso si ésta no se da bajo la modalidad de las pretensiones científicas o políticas). Porque la idealización —como toda ideologización— expulsa de la *imagen* construida todo aquello que pudiera hacerla caer como *ideal* de coherencia y plenitud.

Sucede, sin embargo, que todo ideal —a contrapelo de lo que cree el idealista— está más del lado de la muerte que de la vida. El ideal amputa realidad a la vida. Lo concreto —lo vivo— es parcial e irremediablemente inhospitable, incoherente y contradictorio. Lo *vivo* —en la medida en que persista en sus capacidades y potencias— no precisa ajustarse a imagen alguna que le otorgue sentido o que lo justifique. Es a la inversa: es en sí mismo fuente creadora —no objeto o depositario— de valores de justicia. De hecho, toda idea de un sujeto *puro* o *pleno* no es más que la conservación de este *ideal*.

La idealización oculta una operatoria inadvertidamente conservadora: tras la pureza y la vocación de justicia que parece darle origen, se esconde —nuevamente— el arraigo de los valores dominantes. De allí la apariencia justiciera del idealista: quiere hacer justicia, es decir, desea materializar, efectivizar, los valores que tiene por buenos. El idealista no hace sino proyectar esos valores sobre lo idealizado (momento en el cual aquello que era múltiple y complejo se torna *objeto*, de un ideal) sin llegar a interrogarse a sí mismo sobre sus propios valores; es decir, sin realizar una *experiencia* subjetiva que lo transforme.

Este mecanismo termina por revelarse como el más serio de los obstáculos del militante investigador: al originarse en formas sutiles y casi imperceptibles, la idealización va produciendo una *distancia insalvable*. Al punto que el militante investigador no logra ver sino sólo lo que ha proyectado en lo que se le aparece ya como una plenitud.

De allí que esta actividad no pueda existir sino a partir de un trabajo muy serio *sobre* el *colectivo* mismo de investigación; es decir, no puede existir sin investigarse seriamente a sí mismo, sin modificarse, sin reconfigurarse en las experiencias de las que toma parte, sin revisar los ideales y valores que sostiene, sin criticar permanentemente sus ideas y lecturas, en fin, sin desarrollar prácticas hacia todas las direcciones posibles.

Esta dimensión ética remite a la complejidad misma de la investigación militante: la labor subjetivante de deconstruir toda inclinación objetualizante. En otras palabras: de realizar una *investigación sin objeto*.

Como en la *genealogía*, se trata de trabajar al nivel de la “crítica de los valores”. De penetrarlos y destrozar “sus estatuas”, como afirma Nietzsche. Pero este trabajo que está orientado por —y hacia— la *creación* de valores no se hace en la mera “contemplación”. Requiere de la crítica radical de los valores en curso. De allí que implique un esfuerzo de *deconstrucción* de las formas dominantes de la percepción (*interpretación, valoración*). No hay, por tanto, creación de valores sin producción de una subjetividad capaz de someterse a una crítica radical.

V

Una pregunta se hace evidente: ¿es posible una investigación tal sin que a la vez se desate un proceso de *enamoramiento*? ¿Cómo sería posible el vínculo entre dos experiencias sin un fuerte sentimiento de *amor* o de *amistad*?

Efectivamente, la experiencia de la militancia de investigación se parece a la del enamorado, a condición de que entendamos por *amor* lo que cierta larga tradición filosófica —materialista— entiende por tal: es decir,

no algo que le pasa a uno con respecto a otro, sino un proceso que *toma* a dos o más. Lo que convierte lo “propio” en “común”. De un amor así se *participa*. Un proceso tal, no se decide intelectualmente: *toma* la existencia de dos o más. No se trata de ninguna ilusión, sino de una experiencia auténtica de antiutilitarismo.

En el amor, en la amistad, al contrario que en los mecanismos que describimos más arriba, no hay objetualidad ni instrumentalismo. Nadie se preserva de lo que *puede* el vínculo, ni se sale de allí incontaminado. No se experimenta el amor ni la amistad de manera inocente: todos salimos reconstituídos de ellos. Estas potencias –el amor y la amistad– tienen el poder de constituir, cualificar y rehacer a los sujetos a los que atrapa.

Este amor –o amistad– se constituye como una relación que indefine lo que hasta el momento se preservaba como individualidad, componiendo una figura integrada por más de un cuerpo individual. Y, a la vez, tal cualificación de los cuerpos individuales que participan de esta relación hace fracasar todos los mecanismos de abstracción –dispositivos que hacen de los cuerpos cuantificados objetos intercambiables–, tan propios del mercado capitalista como de los demás mecanismos objetualizados nombrados.

De allí que consideremos este *amor* como una condición de la investigación militante.

Y bien, a lo largo de este libro nos referimos varias veces a este proceso de *amistad* o *enamoramiento*, bajo el nombre –menos comprometedor– de la *composición*. A diferencia de la *articulación*, la *composición* no es meramente intelectual. No se basa en intereses ni en criterios de conveniencia (ni políticas, ni de otro orden). A diferencia de los “acuerdos” y de las “alianzas” (estratégicos o tácticos, parciales o totales) fundados en coincidencias textuales, la *composición* es más o menos inexplicable, y va más allá de todo lo que se pueda decir de ella. De hecho –al menos mientras dura–, es mucho más intensa que todo compromiso meramente político o ideológico.

El amor y la amistad nos hablan del valor de la cualidad sobre la cantidad: el cuerpo colectivo compuesto de otros cuerpos no aumenta su potencia según la mera cantidad de sus componentes individuales, sino en relación a la *intensidad* del lazo que los une.

VI

Amor y amistad, entonces: la labor de la militancia de investigación no se identifica con la producción de una *línea política*. Trabaja –necesariamente– en otro plano.

Si sostenemos la distinción –como intentamos hacerlo a lo largo de este libro– entre “la política” (entendida como lucha por el poder) y las experiencias en las que entran en juego procesos de producción de sociabilidad o de valores, podemos distinguir entonces al militante político (que funda su discurso en algún conjunto de certezas), del militante investigador (que organiza su perspectiva a partir de preguntas críticas respecto de esas certezas).

Sin embargo, es esta distinción la que a menudo se ha perdido de vista, creyendo ver en la experiencia del MTD de Solano –en particular, a partir del cuaderno *Situaciones 4*– una *línea política*, sin más.

En cierta medida, entonces, se ha creído ver el nacimiento de una línea “situacionista”, como el producto idealizado del lenguaje –más bien, la *jerga*– de la publicación y la imagen que –aparentemente– el cuaderno transmite –al menos en algunos lectores– de la experiencia.

Detractores y adherentes de esta nueva línea han hecho de ella motivo de disputas y de conjuras. No podemos, al respecto, más que admitir que de todos los destinos posibles de este encuentro, estas *reacciones* son las que menos nos motivan, tanto por la improductividad manifiesta que resulta de tales repudios y adhesiones, como por la forma en que dichas idealizaciones (positivas o negativas por igual) suelen sustituir una mirada más crítica sobre quienes las realizan. Así, se adopta rápidamente una posición demasiado acabada frente a lo que pretende ser un ejercicio de apertura.

Y bien, ya hemos admitido que no podemos controlar las *interpretaciones*. Pero tal vez no hemos reflexionado sobre una cierta implicancia de este punto de vista. La muerte del autor convierte al *lector* en el sujeto responsable de crear un sentido a partir del texto. Y en esa operación misma, se *produce* el lector-autor (que no preexiste ni subsiste más allá de lo que pueda hacer con el texto). Así, el supuesto autor original ha perdido sus derechos a reclamar al lector lo que éste haga con su lectura. Lo que sí puede hacer el “autor” (como *cadáver hablante*) es leer las lecturas que se han hecho de su texto; es decir, intervenir como lector. Es sólo en ese carácter que nos pronunciamos aquí decididamente en rechazo abierto a la interpretación *puramente política* del presente texto.

VII

Demos un paso más en la construcción del concepto de una investigación *sin* objeto. *Interioridad e inmanencia* no son necesariamente procesos idénticos.

Dentro y fuera, inclusión y exclusión, son (si se nos permite tal expresión) categorías de la *ideología dominante*: suelen ocultar mucho más que lo que revelan. Esto es: la experiencia del militante de investigación no es la de estar *adentro*, sino la de trabajar en *inmanencia*.

Digamos que la diferencia puede ser presentada en los siguientes términos: el *adentro* (y por tanto el *afuera*) define una posición organizada *a partir* de un cierto *límite* al que consideramos *relevante*. Dentro y fuera remiten a la *ubicación* de un cuerpo o elemento en relación a una disyuntiva o una frontera. Estar *adentro* es también –en esta línea– compartir una propiedad común, que nos hace pertenecer a un mismo *conjunto*.

Este sistema de referencias nos interroga por el lugar en donde estamos *situados*: nacionalidad, clase social, o bien sobre el sitio en que elegimos *situarnos* frente a... las próximas elecciones, la invasión militar a Colombia o la programación de los canales de cable...

En el extremo, la *pertenencia* “objetiva” (aquella que deriva de la *observa-*

ción de una propiedad común) y la “subjetiva” (aquella que deriva de una *elección* frente a) se unen para alegría de las ciencias sociales: si *somos* trabajadores desocupados podemos *optar* por ingresar a algún movimiento piquetero; si *somos* de la clase media podemos *optar* por *ser parte* de alguna asamblea vecinal. Sobre la *determinación* –pertenencia común a un mismo conjunto, en este caso la clase social– se hace posible –y deseable– la *elección* (el grupo de comunes con quienes nos agruparemos). En ambos casos el *estar adentro* implica respetar un límite preexistente que distribuye de manera más o menos involuntaria lugares y pertenencias. No se trata de desconocer las posibilidades que derivan del momento de la *elección* –que pueden ser, como en el caso de estos ejemplos, altamente subjetivantes–, sino de distinguir el mero “estar” y su “adentro” (o “afuera”, da igual), de los mecanismos de producción subjetiva que surgen a partir de desobedecer estos destinos. En el límite, no se trata de reaccionar frente a opciones ya codificadas cuanto de producir uno mismo los términos de la situación.

En este sentido vale la pena presentar la imagen de la *inmanencia* como otra cosa del mero *estar adentro*.

La *inmanencia* refiere a una modalidad de *habitar la situación* y trabaja a partir de la *composición* –el amor o la amistad– para dar lugar a *nuevos posibles materiales* de dicha situación. La inmanencia es una *coperpertenencia constituyente* que atraviesa transversal o diagonalmente las representaciones del “adentro” y el “afuera”. Allí donde la interioridad reclama un estar que se agota en la pertenencia y la adhesión, la inmanencia implica habitar la experiencia, abriéndola a las potencias posibles de la composición.

En resumen: *inmanencia, situación, composición*, son nociones internas a la experiencia de la militancia de investigación. Nombres útiles para las operaciones que organizan un devenir común y, sobre todo, *constituyente*. Si en otra experiencia devienen jerga de una nueva línea política o categorías de una filosofía a la moda –asunto que no nos interesa en lo

más mínimo– obtendrán, seguramente, un nuevo significado a partir de esos *usos* que no son los nuestros.

En otras palabras: la diferencia operativa entre el “adentro” de la representación (fundamento de la *pertenencia* y la *identidad*) y la *conexión* de la inmanencia (el devenir *constituyente*) pasa por la mayor *disponibilidad* que esta última forma nos otorga para participar de nuevas *experiencias*.

VIII

Parece que hemos llegado a producir una diferencia entre el *amor-amistad* y las formas de objetivación contra las que pretende alzarse la figura –precaria, insistimos– del militante investigador.

Sin embargo, no hemos ingresado aún en el asunto –fundamental– de la ideologización del *enfrentamiento*.

La lucha activa capacidades, recursos, ideales y solidaridades. Como tal nos habla de una disposición vital, de dignidad. En ella, el riesgo de la muerte no es buscado ni deseado. De allí que el sentido de los compañeros muertos no sea nunca pleno, sino doloroso. Este dramatismo de la lucha es, sin embargo, banalizado cuando se *ideologiza* el enfrentamiento, hasta postularlo como sentido excluyente.

Cuando esto sucede no hay lugar para la investigación. Como se sabe, ambas –ideología e investigación– tienen estructuras opuestas: mientras la primera se constituye a partir de un conjunto de certezas, la segunda sólo existe a partir de una gramática de las preguntas.

Sin embargo, la lucha –la lucha necesaria, noble– no lleva de por sí a la exaltación del enfrentamiento como sentido dominante de la vida. Sin dudas que el límite puede parecer algo delgado en el caso de una organización en lucha permanente como lo es una organización piquetera y, sin embargo, dar por sentado este punto sería prejuzgar.

A diferencia de la subjetividad militante que suele sostenerse en un sentido dado por la polarización extrema de la vida –la ideologización del enfrentamiento–, las experiencias que buscan construir otra sociabilidad

procuran activamente no caer en la *lógica del enfrentamiento*, según la cual la multiplicidad de la experiencia se reduce a este significante dominante. Y bien, el *enfrentamiento*, por sí mismo, *no crea valores*. Como tal, no va más allá de la distribución de los valores dominantes.

El resultado de una guerra nos indica quiénes se apropiarán de lo existente. Quién tendrá el derecho de propiedad de los bienes y los valores existentes.

Si la lucha no *altera* la “estructura de sentidos y valores” sólo se asiste a un cambio de roles, lo que es toda una garantía de supervivencia para la estructura misma.

Llegados a este punto se dibujan frente a nosotros dos imágenes completamente diferentes de la justicia –porque en definitiva de eso se trata–. De un lado, la vía de la lucha por la capacidad de ejercer la *máquina de juzgar*. Hacer justicia es atribuirse para sí lo que se considera lo justo. Es interpretar de otro modo la distribución de los valores existentes. La otra, sugiere que se trata de devenir *creador* de valores, de experiencias, de mundo.

IX

Este prólogo afirma que el libro que se nos abre a continuación no habla de una experiencia-*modelo*. Es más, sostiene –insistentemente– afirmarse contra la existencia de tales ideales. Se dirá –y con razón– que una cosa es declamar este principio y otra muy diferente es alcanzarlo prácticamente. Se podrá concluir también –y acá comienzan nuestras dudas– que para que este noble propósito sea realidad haría falta hacer explícitas “nuestras críticas” (en este caso, del Colectivo Situaciones al MTD de Solano). Y bien, si se observa bien la demanda, se vería hasta qué punto lo que se nos estaría pidiendo sería *guardar* el *modelo* –ahora de manera negativa– para comparar la *experiencia real* al *modelo ideal*, mecanismo que utilizan las ciencias sociales para extraer sus “juicios críticos”.

Como se ve, todas estas reflexiones sobre la crítica y la producción de conocimientos no son asuntos menores, y no lo son porque atañen a formas de la justicia (y el juicio no es otra cosa que la forma judicial de la justicia). Este libro no puede ofrecer nada parecido a un hecho jurídico, ni provee recursos para hacer juicios con otras experiencias. Más bien lo contrario: si algo hemos pretendido sus “autores” –cadáveres que hablando escriben– ha sido ofrecer una imagen diametralmente opuesta de la justicia jurídica, es decir, una justicia fundada en la *composición*. ¿Para qué *sirve* esto? No hay respuestas previas.

C.S., 17 de octubre de 2002

1

¹ La figura del “militante investigador” que venimos utilizando fue presentada en Miguel Benasayag y Diego Sztulwark; *Política y situación. De la potencia al contrapoder*. Ediciones De mano en mano, Bs. As., 2000.



Motivos y razones por el Colectivo Situaciones

I

En el Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) de Solano viven más de ochocientas familias de varios barrios de esa localidad, entre los que hay asentamientos con casi veinte años de existencia. En agosto de 1997 comenzaron a organizarse en torno a la parroquia del barrio San Martín y desde entonces han desarrollado múltiples experiencias: su participación en el movimiento piquetero fue –claro– la más conocida. Nuestra relación con el MTD-S comenzó hace ya un tiempo largo. El primer encuentro, las primeras conversaciones, el primer taller, el primer año de taller y, como resultado del crecimiento del vínculo, surgió la idea de publicar un cuaderno –*Situaciones 4. Conversaciones con el MTD de Solano*– que recogiera todo lo que se trabajó a lo largo de ese extenso 2001. La fecha de salida del cuaderno fue la primera semana de diciembre, días antes de los acontecimientos del 19 y 20. Basándonos en este texto original hemos elaborado ahora la primera parte del libro.

II

El taller se desarrolló entre pilas de neumáticos y precarios banquitos de madera, en un galpón que desde aquellas primeras reuniones hasta hoy

fue variando en su fisonomía, fue cambiando, creciendo. Esos primeros encuentros –que hoy recordamos como lejanos– eran francamente *extraños*. De un lado era claro, al menos para nosotros, que habíamos dado con una experiencia con la que nos sentíamos inmediatamente conectados. En muy poco tiempo ese sentimiento fue creciendo hasta convertirse en un vínculo sólido. Sin embargo –y éste es el otro lado– tardamos mucho en saber en qué consistía esta relación, en respondernos –concretamente– “a qué íbamos allí” con la frecuencia de un régimen de encuentros que no se interrumpía. Esta pregunta adquiere todo su sentido cuando se observa que el vínculo que establecimos logró escapar desde el comienzo a las representaciones clásicas que normalmente organizan el significado de los encuentros “socialmente motivados”, como sucede con la “solidaridad” bien intencionada que no logra pasar de un rústico clasismo, incapaz de desprenderse de ese carácter de “exceso involuntario” con que los poderes se refieren a “los excluidos”, produciendo por esa vía su condición –objetiva, pero también subjetiva– de víctimas. Para la cosmovisión que “adora a los pobres”, resulta vital que tal pobreza sea, a la vez, el correlato de una existencia subjetiva empobrecida: la experiencia de la mera supervivencia. De allí ese tono tan particular de una cierta solidaridad que surge de –y no cuestiona a– la misma distribución de lugares establecidos por la máquina capitalista, y que se representa con la imagen de “ganadores” (que son quienes pueden darse el lujo de la solidaridad) y “perdedores” (animalizados, percibidos como inhabilitados para la acción y el pensamiento autónomos). Y bien, el nacimiento del –heterogéneo– movimiento piquetero contribuyó de manera contundente a alterar esta percepción. De allí el interés político que el movimiento despierta. Tanto por la impresionante capacidad de movilización como por la radicalidad de sus métodos de lucha, el movimiento piquetero se ha ido transformado en un auténtico *objeto de deseo* de la política revolucionaria.

Sin embargo, no es tampoco por allí que va lo más *interesante* de experiencias como las del MTD de Solano. O, al menos, no para quienes –advertidos de las formas con que cierta izquierda *política* construye sus íconos– nos preocupa más vincularnos con los obstáculos concretos de las experiencias de contrapoder –y con el pensamiento y las prácticas que se organizan a su alrededor– que lidiar por conseguir adhesiones a tal o cual “programa” revolucionario.

Pero es que el movimiento piquetero mismo –con ayuda del discurso periodístico y político– se ha presentado como un movimiento único y homogéneo, hasta su “división” política en fracciones ideológicamente diferenciadas.

Esta mirada –sociologizante–, sin embargo, oculta la precariedad de tal unidad. Aunque dominante, esta percepción de un único movimiento –la “división” se predica, claro, desde lo “uno”– no permite acceder a la singularidad (multiplicidad) de cada uno de los movimientos locales en los que se dan historias y desarrollos diferentes y no necesariamente confluyentes –salvo en cuestiones comunes que, contra lo que se cree, suelen ser muy puntuales–.

De hecho, los une una misma situación de “marginalidad” social –los “sin trabajo”–, una cierta dependencia inmediata respecto del Estado –los planes y subsidios– y el método de lucha –el piquete–. No es poco se dirá. Y, sin embargo, estos “factores” no alcanzan a *tocar la materialidad subjetiva* de lo que sucede al interior de cada movimiento.

En nuestro caso, el encuentro con el MTD-S tendió a volvernos cada vez más abstracta esta idea de la existencia de un “movimiento piquetero”. No porque no existan los “factores” comunes que acabamos de enumerar, sino porque tales factores no son organizados subjetivamente de la misma manera por cada movimiento, lo cual vuelve al término “piquetero” una representación demasiado homogénea para hablar de una realidad muy diversa.

De allí que postulemos nuestra preferencia por referirnos, en esta intro-

ducción, a una experiencia singular: la que hemos conocido en Solano los últimos años.

No estamos, entonces, sencillamente, frente a un movimiento en lucha por la justicia social. Como si tal cosa fuera “poco” –y cómo podría serlo– este aspecto de la lucha no llega a agotar la experiencia del MTD de Solano. El brillo con que se hace el MTD-S se alimenta de un *exceso* con respecto al reclamo de igualdad social: la indagación sobre la producción de nuevos valores, de una sociabilidad superadora del individualismo.

Un movimiento que brilla puede confundirse muy fácilmente con un “modelo” o con una “línea”. La *diferencia* puede ser tan ínfima que no valga la pena *insistir* en ella. Y, sin embargo, lo contrario es cierto: esta *insistencia* es un recurso de particular importancia ya que permite *ver* esta *diferencia* entre la indagación que “mantiene abierto” *eso* mismo que el “modelo” y la “línea” indudablemente “cierran” y “abstraen”.

III

¿En qué consiste esta apertura, esta potencia de la intervención del MTD-S? Aún si no hay una respuesta única a esta pregunta –que, de hecho, depende demasiado de las preocupaciones que organizan la pregunta–, lo que a nosotros nos ha interesado es el hecho –y la forma en que el MTD-S asume las condiciones reales de fragmentación social para producir, sobre esa base, un entramado solidario y productivo.

No se trata de observaciones abstractas. Al no asumir una posición de víctima –actitud de espera, pasiva, discurso reducido a las “necesidades”, etcétera–, los miembros del MTD-S producen una nueva perspectiva –capacidades y saberes– cuya eficacia consiste en potenciar diferentes proyectos –económicos, políticos, culturales, artísticos– entre los vecinos del barrio y las familias vinculadas al movimiento destinados, en principio, a resolver problemas tales como la desocupación, la alimentación y la capacitación, pero que a la vez –y este es un plus esencial–, logran producir cohesión social y multiplicar las dimensio-

nes de la existencia (valores y sentidos).

Este plus muestra la universalidad de la labor del MTD-S, al obrar como núcleo tejedor de sociabilidad en un contexto de dispersión radical del cuerpo colectivo. Este punto de vista, claro, emparenta la acción del MTD-S con otras tantas experiencias que combaten el empobrecimiento –material y espiritual– de la existencia de personas y pueblos, y que ponen el acento en la lucha contra la tristeza, la miseria y la impotencia a partir del movimiento propio.

El MTD-S interviene así, a la vez, como una experiencia radicalmente *singular* (se trata de una experiencia subjetiva producida en unas condiciones fuertemente fragmentarias) y en un plano *universal* (como parte de un contrapoder que establece una soberanía situacional fundada en la lucha contra la impotencia) a través de un conjunto de proyectos (diversos) basados en una fuerte valoración de la autonomía, del pensamiento situado y, como contracara, de una relativa sustracción respecto de los saberes clásicos de la política.

Son estas características (formas horizontales de trabajo y de toma de decisiones, vínculos e intercambios de nuevo tipo con otras experiencias) las que (re)significan el corte de ruta y la forma de vincularse al Estado. A la vez, es lo que no permite tomar estos “factores” como desprovistos de un sentido que no viene dado de por sí, sino que es elaborado al interior de esta situación.

IV

En nuestras sociedades se habla de “*excluidos*”. Los que están “afuera”, los que han sido “expulsados”. No se trata ya simplemente de “pobres”, lo que designaría solamente una diferencia cuantitativa (y tal vez, incluso, variable) de recursos, como de una nueva figura social: la del que “ya no pertenece a” (ya no comparte los mínimos hábitos, sus conductas resultan imprevisibles, sus míseras pautas de consumo y su forma de adquirir alimentos son absolutamente incomprensibles). La “exclusión”

ya no es una diferencia cuantitativa de recursos, ni es reversible. Se presenta como una frontera con la barbarie que no se debe atravesar o, de lo contrario, ya no se volverá de esa “tierra de nadie”, donde no hay ley ni palabra.

Sin embargo, y a pesar de sus bondades a la hora de nombrar “eso” que está del otro lado de la barrera imaginaria –más allá de la cual está el *desierto*–, la “exclusión” es una categoría clásicamente *ideológica*, en el sentido de que encubre mucho más de lo que muestra: la exclusión es la forma específica en que nuestras sociedades *incluyen* –se representan– a una parte creciente de la sociedad que es *producida* –precisamente– como “excluida”, y tenida en cuenta como tal.

De allí el éxito de esta noción de “exclusión”: nombra lo que la misma sociedad produce *como si* no lo hiciera. Si por un lado permite, entonces, ocultar la hipocresía con que los “*incluidos*” se lamentan de tal dualidad –desentendiéndose al mismo tiempo de toda relación causal entre una realidad y otra–; del otro, permite a cada cual ocupar un lugar al interior de las representaciones –nuevamente *excluido y incluido*– y significar, así, lo que de otro modo sería la presencia de una realidad absolutamente intolerable.

En efecto, *producidos* como tales, *percibidos* como tales y, como producto lógico de estas operaciones, *tratados* como tales, los “excluidos” –lo *otro* de la inclusión– están “liberados” (en el mismo sentido perverso y cínico en que los proletarios son “libres” en el capitalismo, como fuerza de trabajo que pacta “voluntariamente” su contrato laboral) de la ley simbólica y jurídica. En efecto, en el *desierto* hay lucha constante.

La potencia de experiencias como la del MTD-S no consiste entonces –como dice el discurso de la exclusión– en la proeza de haber organizado a los habitantes del *desierto*, cuanto en haber puesto en evidencia la posibilidad de constituir prácticas y enunciados que logren destruir e ir más allá del par exclusión/inclusión.

Si en el origen se trata de “trabajadores desocupados”, es decir, si en un

comienzo se identifican a partir de la carencia, de la falta, de eso que los condenó al *desierto*, su propio desarrollo los impulsa a buscar nuevas formas de nombrarse, acordes a la experiencia subjetiva iniciada: “piqueteros” es uno de esos nombres, pero van apareciendo otros: “trabajo auténtico”, “trabajo autónomo”, etcétera.

Ya no se trata de anunciar su deseo de “volver a ser ocupados”, de solicitar el reingreso a un segmento de la deshecha estructura social, que solo podría –eventualmente– aceptarlos en condiciones que ellos han aprendido a despreciar.

Ni excluidos ni incluidos, sino más allá de estas representaciones: algo nuevo comenzó a tramarse.

V

Según Pablo Picasso, no se busca sino a partir de que –precisamente– *algo* se ha encontrado. De otra forma, si lo que se busca es enteramente desconocido, jamás lo reconoceríamos al “encontrarlo”. El “encuentro” es lo primero: es la reunión con el deseo de buscar, de indagar, de crear, de producir.

Sin embargo, la incerteza de lo “nuevo” –que es siempre reorganización de lo viejo, para dejar lugar a términos y sentidos que emergen de esta nueva reorganización– crea temores y reparos: ¿qué hay más allá?, ¿por qué intentar recorrer caminos sobre los que no hay garantía alguna?

Según las “certezas” con las que supuestamente contamos, el trabajo “político” consiste en enfrentarse a la *fragmentación* (social, producida por el *neoliberalismo*) a partir de una capacidad *hegemónica* de organizar –centralizar– dichos fragmentos, desde una coherencia brindada por los recursos políticos (*totalizadores*) con los que contamos: la conciencia (la *nuestra*, y la falta de ella en “los otros”), la organización, (el programa, el partido) y, finalmente, por el control del aparato del Estado.

Vista desde *arriba*, la *dispersión* de las luchas y la *fragmentación* de pueblos y culturas es un efecto deseado (por el capital y sus poderes): se llama a

aceptar estos procesos como si fueran “tendencias inevitables”, designios de un dios (y la economía ocupa hoy realmente ese lugar) ante el que sólo cabe la resignación.

Visto desde *abajo*, en cambio, la dispersión es experimentada como una atmósfera, como una *condición*: se constata que el suelo social está fragmentado y, a partir de allí, surge la pregunta de cómo producir algo en ese medio.

Tres respuestas aparecen ante la fragmentación: una consistiría en reaccionar ante ella e intentar producir un “poder central alternativo” que reunifique (rearticule) el caos de los fragmentos. En esta perspectiva se trata de construir un *discurso universalista* que hable en “representación de todos”.

Una segunda puede ser formulada a partir de la acentuación de la *parte*, del fragmento. Se trataría de afirmarse en una particularidad para, desde allí, luchar contra *todo lo demás*, para obtener beneficios. Esta política habla en nombre del fragmento, y se refuerza en las condiciones fragmentarias.

La tercera consistiría más bien en crear –en medio de la dispersión– espacio-tiempos consistentes que, a su vez, tienden –por su propia fuerza– a proyectarse *transversalmente*. Este flujo transversal no puede sino hablar en nombre *propio*, pero ese nombre no funciona como nombre *privado* –individual o grupal– sino como nominación de unas potencias expansivas compuestas de órganos físicos, afectivos y mentales.

Se trata de actitudes frente a la *totalidad*: la producción de una universalidad *abstracta*, la producción del fragmento que afirma la particularidad y la producción de una universalidad concreta que se afirma como situación *singular*.

VI

La política, decimos, ya no pasa por la *política*. Las inflexiones sociales, sus puntos originarios de transformación no pasan mayoritariamente por (ni se originan necesariamente) lo político.

Lo político –lo estatal, lo partidario– pertenece a nuestras sociedades más como una máquina que *registra* (malversando) los ecos de las transformaciones en curso antes que como un sitio productor de esas transformaciones.

La ilusión de lo político consiste, precisamente, en creerse a sí mismo como un sitio productor (capaz de controlar y dirigir) de esas –u otras– transformaciones.

Neoliberales y posmodernos creyeron ver en este aparente fin de la *centralidad de lo político* el agotamiento de toda lucha por la justicia y la libertad. Muerto lo político, muerta la política: la derrota de la experiencia “setentista”, se dice, implica la derrota de todo proyecto de transformación radical.

El fin de la centralidad de “lo político”, sin embargo, puede ser entendido más como el agotamiento de la eficacia de un “metalenguaje” *político* de lo social, que como el punto de llegada de las luchas y las *invenciones* sociales en sí mismas.

En efecto, las lentes *políticas* ya no nos proveen de unas operaciones capaces de percibir (*traducir, sintetizar, reducir*) la multiplicidad real de las prácticas y significaciones existentes.

Y, sin embargo, lo *político* resiste: como *lentes* que ya casi no *ven*, o un *metalenguaje* que ya casi no admite *traducciones*, su persistencia produce un efecto reduccionista respecto de fenómenos sociales, que ya no se dejan percibir –ni producir– desde allí. Una de las efectividades de tal persistencia, entonces, es el bloqueo de la transversalidad de un contrapoder que precisa de una autopercepción más fina para insistir en su propio desarrollo.

Pero, ¿qué sería una política que lograra superar este bloqueo político? Esta pregunta nos traslada de inmediato a la dimensión desconocida.

De hecho, no contamos –para responder a esta pregunta– mas que con la posibilidad introducir hipótesis de interpretación de lo social que favorezca la comprensión de las transformaciones en curso.

VII

Hipótesis, pensamiento, verificación, son nombres de una imagen diferente de la política que ya no se mira en el espejo de los “modelos: no admite núcleos organizadores –exclusivos–. No se trata de restarle significación a la política para transferírselo a otra estructura de prácticas, sino, precisamente, de “despolitizar a la política” para acercarla un poco más a la multiplicidad de la *existencia*.

Foucault decía que el intelectual ha dejado de ser *universal* para tornarse *específico*: ya no habla en nombre de unos *valores universales* sino en función de su propia competencia y de su situación. Esta transformación –de la que aún estamos aprendiendo– da origen a nuevas modalidades de trabajar las *inflexiones* sociales: ni historiadores, ni arqueólogos, ni teóricos, ni profetas del contrapoder, se trata de asistir a formas de co-constitución de núcleos capaces de producir una perspectiva interna a las experiencias de nueva sociabilidad, potenciando y componiendo lazos, saberes e hipótesis de trabajo.

VIII

Una serie de imágenes sobrevolaron cada encuentro de taller. Asambleas, capacitación, talleres, reuniones de mesa, marchas, entrevistas, cortes de rutas, de puentes, de calles, encuentros, coordinaciones, barrios, desocupados, planes, delegados, reuniones con las autoridades de turno, producción, guitarreadas, seguridad, planificación, rondas de mate, conferencias de prensa, capilla, neumáticos, charlas, piquetes, capuchas, movimiento, son las palabras de las que está tejida la experiencia del MTD de Solano. Articulados, estos fragmentos, estos trazos, componen un fresco de lo que hemos visto en nuestras periódicas visitas del pasado año. A estos conceptos recurrentes habría que agregar una enorme e inquieta “banda bullanguera” de escasas edades, bailando y cantando “*piqueteros, icarajo!*”. Gente entrando y saliendo, con problemas y soluciones de todo tipo. Y todavía el panorama no es completo. Quienes

hablan a lo largo de este diálogo, miembros todos del movimiento, son gente joven, con una vitalidad asombrosa, que a menudo llegan a la hora del taller exhaustos, después de aventuras diarias indescriptibles. En estas condiciones trabajábamos horas, hasta entrada la noche.

La extensa conversación que reproducimos a continuación está “poco editada”. Todos los retoques, mínimos, han sido sugeridos por los compañeros del MTD-S. El total es de unas ocho horas de grabación, durante varios días. Entre los temas que fueron desfilando figuran en un primer lugar la historia del movimiento, los criterios con los que se organizan y trabajan, la relación con el resto de los movimientos de desocupados del país, su relación con los medios de comunicación, con los grupos que se les acercan con propuestas diversas, su forma de entender la política y, en fin, su reflexión sobre el contrapoder. Publicamos también en esta primera parte, papeles de trabajo que recogen lo discutido en los talleres del 12 y el 26 de junio de 2001. Para realizar este trabajo, además del taller propiamente dicho, hemos participado de reuniones de mesa del movimiento, de varias de sus actividades y de reuniones de comisión.

La participación de los compañeros del MTD-S en el taller ha sido aprobada por una asamblea del movimiento y lo que allí se ha avanzado, mucho o poco, está totalmente dedicado a esa asamblea.

1. El capitalismo en situación

—No buscamos que en este material aparezca la opinión de ustedes sobre lo que pasa en el nivel general de la política, aquello que los medios de comunicación organizan como los temas sobre los que habría que opinar, sino que el objetivo es reflexionar acerca de cómo se vive el mundo acá, como habitan ustedes, concretamente, esta experiencia que vienen desarrollando. ¿Cómo se les presentan los problemas, cómo se discuten?

La idea es que se exprese la riqueza que hemos experimentado aquí.

Para comenzar la conversación, entonces, queremos decirles que pensamos que para captar la fuerza que hay en esta experiencia nos va a hacer falta salirnos de un discurso anticapitalista muy inmediato, y por eso muy abstracto, que piensa en términos de consignas como: “no queremos que se pague la deuda externa”, “cuando se tome el poder se resolverán los problemas” o “hay que parar el ajuste del gobierno”. Porque, aún siendo estas consignas muy justas, esconden el hecho que el poder funciona a través de mecanismos muy concretos y cercanos, siempre situados, y que es esta forma de aparecer del poder lo que tenemos que trabajar. Por eso, la primera pregunta es ¿cómo existe el capitalismo acá, cómo se les manifiesta, cómo se les hace presente?

—Cuando ustedes llegaron, nosotros terminábamos una reunión con todos los delegados de los talleres productivos. Allí discutimos el presupuesto de los talleres productivos, la forma de producción y su destino; y, por más que los criterios del MTD sean los de construir colectivamente una producción alternativa, a la hora de definir las cosas, está muy fuerte este tema del capitalismo. Y, como sabemos, se hace muy difícil construir colectivamente con una mentalidad capitalista. Para nosotros es un obstáculo el individualismo, el egoísmo, el pensar siempre en resolver primero los intereses personales por encima de los intereses de todos los compañeros.

—Es muy difícil, por ejemplo, empezar a producir cuando no está resuelto el destino de lo que vamos a producir: si va a ser para vender o si se trata de producir para el bien de todos, para ir generando una economía solidaria, colectiva.

—Muchas veces lo que ha logrado el capitalismo es socializar una imagen o una proyección de lo que es la felicidad. A punto tal que muchos, a pesar de estar en la peor de las miserias, jamás abandonan la fantasía de que un día puedan “salvarse”. Es la idea de la lotería, de una salvación que es individual, y que está muy ligada a una cultura: la felicidad pasaría por resolver el tema de la vivienda, de tener flor de auto o las últimas zapatillas. El capitalismo ha desarrollado todo ese imaginario a lo largo de los siglos. En los barrios populares está esa esperanza —o esa idea— de que un día se va a poder acceder a eso que se vende como felicidad. De hecho, personajes como Susana Giménez tienen una aceptación tremenda por la farándula, los juegos. A Menem lo votaron los sectores populares: andaba en Ferrari, se codeaba con toda la crema y, en lugar de generar odio, generaba admiración porque era el tipo que “triunfó” en la vida. Esa es una de las trabas: hay un imaginario que es producto de siglos de dominación, una idea de felicidad que está muy presente.

Acá en los barrios se ven claramente los destrozos que deja esto en las personas, en la comunidad, en los valores. Porque creo que el capitalis-

mo ha generado valores, por ejemplo, el de “progresar”, el de tener cierto status, “ser alguien”, como decimos muchas veces. Y ser alguien significa tener cosas. Esas son las maneras en que se vive el capitalismo.

A pesar de que hay mucha pobreza, en Solano hay mucha gente que vive de esos valores. La misma religión afirma que uno siendo bueno, teniendo conducta, tiene la oportunidad de salir adelante. Está el convencimiento de que si no sos nadie es porque no estudiaste, no quisiste; o sea, lo mismo se repite hasta en la culpa. Muchos llegan a una determinada edad y sienten que su vida ha sido un rotundo fracaso. Y todo pasa por el individuo, ahí es donde están latentes los valores capitalistas.

Es una tensión constante en nuestra organización el hecho de plantear un proyecto que habla de lo comunitario, del esfuerzo común, de que liberarnos no es hacernos ricos, sino que la riqueza y la felicidad pasan por otros valores. Sin embargo, creo que van surgiendo nuevos valores, o valores que estaban de alguna manera incorporados pero muy garroteados, muy azotados por todo lo que se vive. En muchos lugares del interior no hay que hacer demasiado esfuerzo porque la comunidad —lo grupal, lo colectivo— pasa por algo casi necesario para sus vidas. Acá se nos ha convertido en algo sumamente difícil encontrar ámbitos donde se supere aquello de que “la solución la voy a encontrar solo”.

Pero es verdad que la competencia está muy presente en los barrios populares. Y estas relaciones traen los problemas de la autoridad y de los roles: muchos compañeros, incluso dentro del MTD, piensan que tener responsabilidad dentro del movimiento es ser “la autoridad”. Y eso es el capitalismo.

—Si la gente se junta o se reúne, generalmente es para pasar un rato, para que el tiempo pase, pero no con un sentido solidario, comunitario. Es reventar un momento porque no tengo nada que hacer con mi vida.

—A veces, cuando se acercan a participar, hay un interés interno. Nosotros vemos que el compañero no está dando pasos desinteresados, sino que tiene implícitamente un interés y, por eso, da pasos.

En los momentos de crisis el interés aparece pero de otra forma, y se pasan boletas: “yo hice ésto y aquello”. Ese es otro de los temas a superar, tiene que ver con cómo nos hemos construido: con esa idea de que no sirve dar nada si no vas a recuperar el doble. Entonces, se piensa en los millones de dólares, no en la vivienda digna con las comodidades básicas, sino en la mansión.

2. La desocupación

—¿Qué significa acá en el barrio no tener trabajo? Esto parece medio obvio, porque es este un movimiento de “sin trabajo” y, en general, todo el mundo “sabe” lo que es un desocupado como categoría sociológica. Pero: ¿qué significa ser desocupado a nivel más vivencial y concreto?

—Generalmente, cuando la gente se acerca, las expectativas son las de resolver el problema de trabajo. Pero el MTD no es eso: no resuelve el tema de la desocupación para nadie. El MTD es una propuesta, un proyecto, que toma como eje el tema del trabajo —en este caso la desocupación—, pero que es mucho más amplio. Es una construcción que tiene que ver con la dignidad, con luchar por la salud, la educación. Acá no buscamos poner en el lugar del proletariado al desocupado, por ejemplo. Tiene que ver con otra forma de construcción.

—Desde hace muchos años, las cárceles están llenas de gente de los barrios por temas de delincuencia, de drogas. Acá estamos creando ámbitos para generar la posibilidad de que los jóvenes no salgan a afanar, aunque muchos tiene recaídas. Tenemos compañeros que lo dicen concretamente: “yo con lo que cobro no puedo resolver situaciones de enfermedades, que son graves”. En el movimiento han encontrado un ámbito donde van recuperando el tema de tener una tarea, una ocupación que los saca de esos núcleos que estaban para cualquier cosa, porque

esos pibes toman dos o tres pastillas y salen a hacer macanas. Eso se va notando, aunque las dificultades que traen para el movimiento no son pocas, porque vienen con todas sus vidas. Pero se ha hecho una opción por respetarlos, con su historia y su vida, y no marginarlos porque consuman drogas, porque anden armados, y se va dando una relación de mucha receptividad con ellos. Y, a la vez, en ellos mismos se va produciendo un respeto y una estima gracias a la que nosotros podemos andar por la Florida tranquilos. Se arma una relación en la que se producen cosas positivas y ellos son parte. Se van retomando códigos que antes eran comunes, incluso entre los pibes que salían a robar. La droga trajo como consecuencia que los códigos se rompieran, pero se va dando una recuperación en la que ellos ya no se asumen como marginados, sino que se los acepta así como son.

Esto va dando la pauta que lo que se va creando es una posibilidad de reconstrucción de valores, de códigos, de convivencia. Había vecinos que no se podían ver y hoy están juntos en el mismo proyecto. Aunque todavía tenemos muchísimo que hacer en el barrio. Se han hecho muchos esfuerzos, por ejemplo, con el tema de la limpieza, la erradicación de los basurales. No tenemos resuelta la desocupación pero sí se van dando posibilidades de convivencia. No estamos siquiera resolviendo el problema del hambre, hay muchísimo por hacer, pero lo que se está logrando, y que para nosotros es lo fundamental, es la recuperación de lo humano. Nosotros siempre decimos que los recursos algún día los tendremos, pero lo humano, las relaciones entre los compañeros, no lo vamos a conseguir en ningún lado. Y en eso es en lo que se está avanzando. Acá la desocupación es histórica, hace años que existe, pero lo más triste ha sido la destrucción de los valores y la convivencia.

—Veníamos hablando de las consecuencias de esta idea —muy difundida por el capitalismo— de la salvación individual y de los efectos de una imagen del éxito muy estandarizada, ideológica. Pero sabemos que el capitalismo no sólo pro-

mete una salvación futura sino que, sobre todo, nos muestra que lo más probable es que la gente de estos barrios ya no tenga posibilidad de salvarse. ¿No produce ésto una destrucción del lazo social? El simple hecho de que un desocupado se viva como alguien excluido, expulsado, ¿no lo resiente, no lo violenta? ¿No hay una destrucción de las expectativas, en los más jóvenes, de salvarse incluso por la vía individual?

Tiene que ver con lo que decían de los compañeros que "bajan los brazos": ni siquiera se trata de la clásica figura que cree que al final de un camino de esfuerzo y trabajo lo espera el éxito individual. ¿Qué pasa con los que bajan los brazos y, sobre todo, con sus hijos?

—Así es, el capitalismo acá tiene dos caras: por un lado, la idea de que se logra el éxito por el poder, escalando; y, por otro, estos comportamientos que a mi modo de ver son patológicos: la depresión, el bajar los brazos, pegarse un tiro, o quedarse sin hacer nada. O cuando uno termina descargando todo lo que produce la desocupación golpeando a la mujer, a los pibes o al vecino.

3. La horizontalidad y la lucha

—Nos decían que hay compañeros que asumen las responsabilidades dentro del movimiento como un poder de mando sobre el resto de sus compañeros. Siendo que el MTD-S realiza un gran esfuerzo por sostener todo su trabajo a partir de principios de horizontalidad: ¿cómo viven acá la existencia y las modalidades de los liderazgos?, ¿qué obstáculos han encontrado alrededor de las formas de protagonismo entre los miembros del movimiento?

—Lo que hacemos es revisar constantemente los acuerdos. Porque siempre nos manejamos con acuerdos: cuando salimos a la ruta, cuando constituimos un grupo de trabajo o un área del movimiento. Hay muchas de-

finiciones que salieron de plenarios donde hemos discutido criterios de construcción, y siempre se vuelve sobre ellos. También analizamos mucho en qué nos perjudican las posturas individualistas. Lo que nos ha facilitado mucho la tarea es que no hemos empezado ningún grupo sin haber puesto primero los criterios en discusión, siempre han sido definidos por todo el movimiento. Por ejemplo, en los emprendimientos productivos primero hay que capacitarse y llegar a criterios de producción para después producir y salir a vender; capacitarse tanto en el oficio como en lo político. Esta es la manera que tenemos: es fundamentalmente la formación como herramienta que nos garantiza la construcción.

Para nosotros, la formación tiene un sentido amplio: este taller, por ejemplo, es para nosotros una actividad de formación. Pero un corte de ruta también, porque discutimos cómo lo hacemos, qué pasó, qué falló. Cotidianamente hacemos formación, y lo hacemos en base a los criterios que tenemos. Hay criterios que van cambiando de acuerdo a la realidad, hay otros más generales que son los fundamentales del movimiento. Por ejemplo, decidimos si queríamos tener un líder o si, más bien, queríamos una organización horizontal. Si queríamos que haya un grupo que tome las decisiones o si las teníamos que tomar entre todos en asambleas. La democracia directa es otro criterio inamovible.

La lucha es la forma que tenemos y fomentamos para lograr las cosas. Ese es otro de nuestros acuerdos: para participar del movimiento hay que acordar en que éste es un movimiento de lucha, en que acá las cosas las vamos a cambiar con la lucha. Pero la lucha no significa solamente salir a cortar la ruta o enfrentarte con la policía, sino que es una lucha cotidiana, es luchar contra nuestra propia y vieja manera de pensar para ir incorporando otro pensamiento nuevo donde las relaciones sean solidarias, colectivas, de compañeros.

Después, hay criterios que se van tomando por grupos y que van cambiando de acuerdo a la realidad. Por ejemplo, si trabajamos o no cuando llueve. Eso depende del grupo: si es un grupo que trabaja en la calle

por lo general no trabaja pero, entonces, ese día se puede mirar una película, discutir, capacitarse.

—En la mayoría de las experiencias hay un grupo en el que se concentra las tareas. Sea por la responsabilidad que demuestran o por la forma en que asumen el compromiso, suele producirse una delegación de información y de poder hacia un conjunto de compañeros a los que se va poniendo en el centro de la organización. En muchas experiencias se registra esta tendencia. El grupo que se ha colocado en el centro, incluso contra toda voluntad del movimiento y del grupo en cuestión, se encuentra luego en una posición muy difícil: cada vez encuentra más dificultades para colectivizar efectivamente sus saberes y responsabilidades. ¿Qué mecanismos encuentran ustedes para evitar o revertir esta tendencia a la delegación?

—Siempre hay una dependencia, porque los compañeros en sus comienzos, sobre todo, buscan en los grupos a la persona que tiene más experiencia o, sencillamente, la que habla mejor, o al que se desempeña mejor en una tarea. Se genera una dependencia que nosotros decimos que está bien pero sólo para una etapa, no para siempre. La manera de revertir esta situación es la socialización de los conocimientos, por eso trabajamos con la educación popular. Se crean ámbitos donde todos los compañeros van desarrollando su talento, sus virtudes, sus aportes, en una infinidad de responsabilidades. Hay compañeros que han tenido experiencias en algún sindicato, otros que son más desinhibidos, y otros a los que los atemoriza asumir una responsabilidad. Pero es constante el ejercicio para que nadie se quede sin hacer nada. Ahí está la superación del referente. Además, la delegación tiene que ser rotativa, tiene que ser por mandato de los compañeros para cada momento que se necesite.

Hoy estamos a un año desde que se produjo un crecimiento fuerte y todavía existe una gran dependencia. Pero siempre hemos dicho que el que está en una tarea de apoyo está para brindar, para acompañar, pero nunca para decidir. Es un acompañamiento, pero nunca el que trae la solu-

ción o el que dice cómo se tiene que hacer. Sabemos que eso va a llevar su maduración, su tiempo, pero ya están habiendo signos muy alentadores, porque gente que no hablaba, que le rehuía a la participación, no solamente vienen a cumplir cuatro horas de tareas comunitarias, sino que ya se vienen dedicando a otras tareas y actividades. Eso alienta, pero sin acelerar los tiempos. Hay referencias que son positivas porque no excluyen, porque ayudan al crecimiento de los otros. Pero también las hay de las que acaparan, que no fomentan participación, que se imponen autoritariamente. Eso es una constante revisión en la que la democracia del movimiento, y la vida como tal, se está preparando para otros desafíos. Porque no se vive de una forma pura, no podemos decir que tenemos el cien por ciento de participación, de democracia directa y de horizontalidad, pero sabemos que ése es el camino.

Otra cosa importante es lograr que el compañero que en un momento fue referente y que ya va dejando de serlo, no se le acabe la vida y el compromiso. Es complejo, porque muchas veces son mecanismos de compensación y a uno le gusta ser querido; todos tenemos nuestros egos. Así que se trata de ubicarnos en una situación en que eso ayude e ilumine, pero que no queme. Una cosa es ayudar, alumbrar, brindar, y otra es no dejar que el otro crezca.

—El movimiento no es meramente una organización política ideológica, es decir, un grupo que se valida por sus “propuestas” y sus “opiniones” sobre “ésto o aquello” (aunque eventualmente estas opiniones y propuestas existan). Hay una forma de intervención del MTD-S que nos resulta muy potente. Se trata de la capacidad de apuntar directamente a la sociabilidad, a los valores y las formas en que las personas resuelven todos los problemas de la vida. Honestamente, nosotros hemos pensado siempre que un contrapoder concreto no es una fuerza política sino una potencia de producción de valores, de modos de existencia, superiores a los que, en situación, produce el capitalismo.

Un poco en este sentido, queríamos pedirles que nos cuenten cómo trabajan alre-

dedor de los núcleos más profundos de la sociabilidad y de la intimidad del barrio. De hecho, si el movimiento no cuestionase las modalidades de sociabilidad anteriores ocurriría que sería simplemente una estructura reproductora de valores dominantes.

¿Es posible recrear una comunidad alrededor de valores alternativos sin que, a la vez, se trabaje al nivel de los roles que ya vienen impuestos desde la familia, la crianza, la educación, etc.? ¿Ustedes ven que la organización comunitaria, la experiencia colectiva, va modificando la propia estructura familiar?

—Sí, en el poco tiempo que tenemos hay cosas que se van viendo. De hecho, al principio la asamblea del barrio tenía una participación bajísima. Es lo común, no sólo en el MTD sino también en una Sociedad de Fomento, entre los padres con relación a la escuela y en la misma Iglesia, que en los barrios cada vez tiene menos inserción. Nosotros estamos contentos por ver que en nuestra experiencia eso se viene rompiendo. Compañeros que no solamente vienen a una asamblea, sino que también van a una marcha, o a un corte de ruta, y esas son cosas que hasta hace poco generaban mucho miedo, mucha resistencia. Hay ámbitos que se van generando, y que la gente los comienza a sentir como una necesidad: estar en algo más grande que su familia. Se generan relaciones que van mostrando un crecimiento en los compañeros a los que ya no les basta con su núcleo familiar. Y eso se ve cuando terminan las asambleas y hay muchos que se quedan para charlar. Hay compañeros que lo manifiestan y dicen que empezaron a vivir cuando vinieron acá. Es algo muy fuerte encontrarle sentido a la vida en ámbitos comunitarios, donde se van generando relaciones y recuperando los valores. Hay compañeros que plantean que no se irían aunque se acaben los planes. Y eso es lo que a uno lo motiva, la posibilidad de generar relaciones de amistad, de compañerismo, de comunidad. Para muchos el MTD es su familia.

4. Un poco de historia

—¿Cómo es la historia del movimiento? ¿Cómo fue la expulsión de la Iglesia? ¿Se puede vincular también con el problema de cómo funciona la autoridad y el capitalismo en el barrio?

—Sí, creo que tiene que ver con una manera de entender la participación, con una concepción que está en crisis. Este barrio había vivido una experiencia muy fuerte de comunidades eclesiales de base, donde la dinámica era la participación, la promoción de las personas. Ese proceso quedó trunco a propósito. Ya en el año 87 comienza una nueva orientación donde la teología de la liberación y las comunidades eclesiales de base —que eran su expresión—, empiezan a ser castradas. Vinieron sacerdotes tradicionales, lo que generó conmoción y crisis. Cuando llegamos a Solano con el otro curita, Antonio, nosotros veníamos con una idea de las comunidades como expresión de la participación, de relación con los problemas latentes en los barrios. Entonces, se fue reconstituyendo eso que había quedado trunco. A la vez, se fue generando un ámbito que originó mucha conflictividad porque había otros sectores que estaban con otra dinámica, con una visión de poder. O sea, entendían que estar en un consejo, estar en la iglesia, era potestad de unos pocos, y que los otros tenían que subordinarse a esa autoridad. Nosotros hicimos el intento de ir generando una democratización, y así nos comenzamos a ocupar del tema más urgente que era la desocupación. Empezamos a hacer asambleas de desocupados dentro de las instalaciones de la iglesia. Pero esta dinámica estaba a contramano con las opciones que ya el obispado había tomado, pues comprometía la relación que tienen con el gobierno. Por eso, el obispo me pide a mí que saque a los desocupados de la iglesia, y nosotros le respondimos que eso lo tenía que decidir la gente. El obispo decía que no, que era yo el problema: “¡qué comunidad, qué asamblea! Sos vos el responsable”. Esa fue

la discusión, y terminaron tratándonos de revoltosos, agitadores, usurpadores. La Iglesia juega un rol muy importante acompañando el desarrollo del capitalismo, porque produce relaciones de jerarquías.

—Está la figura del cura que, aún siendo muy progresista, termina favoreciendo tendencias sociales que no van precisamente en el sentido de la organización popular. Sin embargo, hay otras experiencias en donde el cura aparece como una especie de autoridad a la que se apela para la construcción. Y no hablo solamente de Solano, sino de cientos de lugares de América latina donde ser cura es la posibilidad de apelar a un saber y una autoridad que no necesariamente es una jerarquía opresiva sino que también puede ser un referente allí donde no hay nada, donde todo está destruido.

—Sí, la clave es que en esta zona se logró desmitificar bastante la figura del sacerdote como máxima autoridad y representante de Dios en la tierra. Aquí el sacerdote era más bien un coordinador, alguien que facilita la tarea de articulación, de resolución de conflictos. Hay sectores más conservadores, mismo en Solano, que cuestionaban al resto de la gente: “Cómo puede ser —decían— que aquí mande más una persona que el cura”. Son personas que piensan que la palabra del cura es absoluta, y lo mismo con el obispo.

Sin dudas hay muchos lugares en América latina donde los curas han jugado un rol de apoyo en el desarrollo de experiencias. Los Sin Tierra (MST) de Brasil son un ejemplo. Eso sí: son obispos coherentes, que no son progresistas sólo en el discurso sino también en la práctica.

5. La organización de base

—Cuando publicamos el Borradores de Investigación¹ sobre “la lucha piquetera” recibimos muchas críticas, sobre todo de gente ligada a la CTA. Básicamente nos

reprochaban que habiendo hecho gala de tanta agudeza crítica para con el movimiento de Luis D’elía, habíamos idealizado demasiado la experiencia de Solano. Hemos quedado, entonces, un poco obligados —por nuestros amigos críticos— a mejorar la calidad de aquel cuaderno y a meternos más a fondo con los problemas que van surgiendo aquí alrededor de la representación, la tentación de la política y todo este conjunto de problemas —que seguramente son muy parecidos en todos los movimientos— y que están bien puntualizados en los Borradores.

Pensamos que lo interesante, entonces, es ir mostrando hasta qué punto las diferencias entre estas experiencias pasan más por el tipo de decisiones que se van tomando en la construcción para enfrentar estos problemas comunes, antes que por ocultar que las modalidades alternativas tienen exactamente los mismos obstáculos.

Para empezar, entonces: ¿cómo se organiza el MTD de Solano? ¿Cómo se trabaja para lograr un movimiento que no sea el dueño de todas las respuestas y el que todo lo soluciona? Porque el problema sería que el movimiento apunte a constituirse como un poder que impide la circulación de nuevos saberes y formas de protagonismo ¿no?

—Acá en Solano el movimiento surge a partir de una necesidad concreta del barrio, en torno a la que nos empezamos a juntar y a discutir cómo hacemos ésto. Yo creo que no hubo una receta para comenzar, sino que lo vamos haciendo con el tiempo. Y en la medida en que nos vamos organizando, van surgiendo cosas.

—La asamblea es el órgano que tiene la mayor importancia, es el lugar donde se discuten las propuestas, donde se toman las principales decisiones: los planes de lucha, la creación de nuevas áreas, la elección de delegados en cada barrio.

En los barrios, por otra parte, hay grupos de trabajo, compuestos por diez o veinte personas que, a su vez, también eligen dos o tres delegados, no hay un número preciso, pero siempre más que uno.

Y esos compañeros elegidos en cada núcleo de trabajo forman la mesa, ámbito de evaluación y de planteo de dificultades. La mesa no es reso-

lutiva porque las resoluciones se toman en asamblea. A partir de que surgen trabajos en nuevos barrios, en cada uno se eligen dos delegados que componen una mesa general, cuya función fundamental es la articulación de los barrios.

Por último, están las áreas, que fueron surgiendo de la necesidad. La de prensa, por ejemplo, surge cuando empezamos a cruzarnos con los medios, y porque empezamos a hacer denuncias; producción, que tiene que ver con la planificación; el área economía, que lleva las cuentas del movimiento; la de capacitación, y la de educación popular; seguridad, que se creó para salir organizados a los cortes; administración, que se encarga de todo lo referido al seguimiento de los planes de empleo, a la elaboración de proyectos, y de la relación con el ministerio; mercadería, que ahora está parada porque hace mucho que no recibimos mercadería; el área tierra y está también el área de relaciones institucionales, que funciona cuando, producto de los cortes de ruta, hay que ir a una reunión con el ministerio.

—Muchas veces las asambleas son ámbitos en los que o bien se dirimen posiciones distintas ya prefijadas, como si fuera un plebiscito en donde la gente no tiene ninguna participación activa más que elegir entre opciones ya clausuradas; o bien se legitiman las posiciones que ya están definidas de antemano. Sabemos que no resulta fácil lograr que las asambleas se conviertan en verdaderos espacios de pensamiento colectivo.

—La participación depende fundamentalmente del proceso de maduración de cada barrio. Hay lugares en los que se debate mucho y, por lo general, hay bastante acuerdo en los criterios de fondo, porque hay más tiempo de trabajo colectivo. En los barrios más chicos y más nuevos usamos disparadores y dinámicas que alienten la participación.

—Creo que es muy importante volver constantemente sobre los criterios y los principios, que han sido muy discutidos, porque constituyen pila-

res del movimiento, que enmarcan muchas veces la discusión. Por ejemplo, este es un movimiento en donde está muy claro que no hay ambiciones de poder y, por lo tanto, la posibilidad de presentarse a elecciones es algo que está descartado. Eso no quita que haya momentos en los que aparecen problemas y posiciones que cuestionan los criterios mismos de la organización.

Por eso creo que tiene que ver con la maduración. Es un proceso y no podemos decir que las asambleas sí son verdaderamente democráticas. Muchas veces hay debates que se extienden y llevan horas, y se traban. Hay veces que tenemos que saldar la cosa con la votación, pero en general se busca el consenso. Ha habido tensiones, ha habido muchas crisis, en distintos barrios, con compañeros delegados. Los últimos planes de lucha nos dejaron un agujero en el camino que tuvo su repercusión. Pero no hemos sufrido divisiones, lo que habla de que hay un ejercicio colectivo que permite crecer y seguir adelante.

—Con respecto a la coordinación y a las vinculaciones políticas que se establecen con grupos distintos, quizás se vuelva más difícil sostener esta dinámica, porque se entra en relación con grupos que no tienen las mismas prácticas (más allá de lo que digan de sí mismos o de lo que, en sus cabezas, quisieran que suceda). Así, muchas veces hay desfasajes.

Recién contaban cómo se resuelven las discusiones para adentro del barrio, cómo se toman las decisiones. Hay un criterio de responsabilidad que está en juego y que sostiene la experiencia. Esta horizontalidad de responsabilidades pone las condiciones para una experiencia común, soberana, de pensamiento y, a la vez, muy, muy práctica. ¿Pero cómo pueden extenderse estas modalidades de recreación de acuerdos existenciales, cómo pueden recrearse estos proyectos de origen cuando se trabaja a nivel de coordinadoras?

—Hay mucho respeto, y también nos manejamos en base a los acuerdos que vamos tomando. Pero en la coordinadora de MTDs hay grupos que

tienen otra forma de construcción, otras características.

Es más complicado cuando vamos a otros espacios donde no están sólo los movimientos de desocupados.

—Hay una forma de pensar la organización, bastante extendida en el movimiento popular, en la que se ponen en primer plano términos más bien institucionales. Las preguntas que allí se hacen son: ¿cómo hacemos un diagrama que sea democrático?, ¿cómo hacer una forma que garantice la democracia interna? Así, muchas veces termina habiendo ámbitos más bien vacíos, donde no pasa nada.

—A mí me parece que donde existe ese simulacro de democracia es en las organizaciones que se plantean la construcción de base como medio para llegar a otro objetivo.

—Sí, y puede tener que ver también con una modalidad de la actividad militante que parte de guardar un “modelo” (un conjunto de saberes) de cómo se construye. Incluso —y sobre todo— compañeros que, sin ninguna mala leche, suelen tener un “modelo” ideológico totalmente exterior a la situación en la que trabajan, y aparecen, de golpe, con criterios totalmente dogmáticos sobre cómo debieran ser las cosas, anteponiendo a la experiencia colectiva, criterios exteriores. Este “atajo” militante se ahorra el principal de los trabajos: el camino de crear, de pensar colectivamente.

Por eso, cuando ustedes nos cuentan los criterios organizativos con que trabajan uno no puede evitar desconfiar un poco, por haber escuchado esos criterios en otros lados donde se “hacía que se practicaban” pero, en realidad, los ámbitos de pensamiento estaban ganados por estas “astucias políticas” y estos “saberes militantes”. Me parece que hay algo de cómo ustedes piensan la construcción que no se deriva sólo de contar cómo es la forma de la organización.

—Nosotros en algunos barrios estamos destruyendo la imagen del delegado, porque tuvimos una crisis muy grande a causa de actitudes auto-

ritarias y personalistas. Dijimos que ese modelo no lo queríamos repetir más, que no podía haber nadie que nos cague a pedos, y que había que trabajar más participativamente. Lo que hicimos fue hacer la cosa rotativa. Armamos un cronograma para la mesa general, y empezamos a venir de a dos. Finalmente no queremos más delegados, así participamos todos. Lo que hay que ver es cómo hacemos para que la función que venían cumpliendo se garantice, que era la comunicación con el resto de los barrios, la articulación de tareas, etcétera.

—Lo que se destruyó fue el rol del delegado, no su función.

—Claro, la función del delegado como una autoridad. Porque si se tomó ese rol que es de servicio como un poder, hay que destruirlo.

—Nos resulta muy curioso el hecho que cuando hablan de algún compañero que actúa mal, que comete errores, lo nombran como alguien que no tiene formación o que no se ha capacitado lo suficiente. ¿Por qué?

—El problema con estos compañeros es que en los momentos en que se presenta una crisis, en lugar de resolverla, la complican más con temas personales. En lugar de pensar una respuesta más política todo recae en lo personal.

—Entonces, es algo que tiene que ver con lo colectivo, no es que sea deficiente en la capacidad de pensar. Más bien decimos eso para referirnos al que pone por encima de lo colectivo los intereses personales. Además, para nosotros no hay responsabilidad del compañero solo, sino de todo el conjunto.

—Ustedes decían que en este barrio fue donde primero surgió la organización. ¿Cómo surgió en los otros?

—En todos los barrios surgió por pedidos de la gente. Algunos como La Florida y Monteverde se acercaron hasta acá. Otros —por ejemplo IAPI, La Sarita, Avellaneda— surgieron a partir de cortes de rutas. Nosotros cortábamos por esa zona, y se acercaban los vecinos y se enganchaban en los cortes. Pero todos han surgido por una propuesta del barrio, nunca fuimos nosotros a ofrecer. Incluso, acá en San Martín surgió por propuesta de compañeros que tenían el problema de la desocupación. No es que dijimos: “vamos a hacer el Movimiento de Desocupados”.

—Los compañeros de los otros barrios nos pedían que fuéramos y contáramos lo que hacíamos. Así surgía la discusión de si organizarse como nosotros o si querían hacer otra historia. No era una imposición. Así se empieza a desarrollar la experiencia. En ningún barrio hubo problemas por no querer integrarse a estos criterios, no nos ha pasado. Sí de discutir algunas cosas sobre la marcha, pero no de rechazar los criterios más importantes.

6. Los piquetes

—Creo que los piquetes hicieron estallar la apatía, pero de una manera alternativa. Sacudimos al país de los dulces sueños que vendía Menem y toda esa política, y fuimos como el estallido de una nueva luz. Junto a otras luchas hicimos despertar al país de los dulces sueños de la posmodernidad. Piqueteros fue el nombre que nos pusieron, y para nosotros fue la forma que tuvimos de hablarle a la sociedad entera, de decirles que había otras formas de luchar, de sacar nuestro fuego y nuestra dignidad.

—*¿Cómo surge esta idea? ¿Cómo se organizan acá?*

—Los piquetes surgieron en el interior, en Cutral Co, Tartagal, Mosconi, Santiago del Estero y se difunden por todo el país, cortando la circula-

ción del libre comercio que alimenta a las metrópolis. En ese momento acá, en Buenos Aires, se empiezan a tomar los piquetes como forma de lucha, pero había una tremenda discusión sobre si era correcto pedir planes *Trabajar* o no. Algunos decían que eso era asistencialismo. En vez de meternos en esa discusión, lo que hicimos fue ponerlo en práctica. En ese momento nuestra organización era la parroquia, y se empezó a plantear el tema de la lucha. Siempre se hablaba de tomar la Municipalidad, hasta que salió un corte de ruta. El primero fue medio improvisado y cayeron detenidos algunos compañeros. Poco a poco fue haciéndose evidente que había surgido un nuevo método de lucha.

Pero lo más importantes es que fuimos creciendo; comenzamos a armar talleres productivos, a hacer capacitación, educación popular, y todas esas cosas que son más importantes que estar en la ruta. Porque estar en la ruta es lo que se ve, y aparece como si ahí estuviera todo, pero la lucha es fundamentalmente todo lo anterior que veníamos haciendo. En realidad si salíamos a la ruta es porque ya estábamos organizados.

Pero los medios insisten en hablar de desocupados encapuchados, enmascarados, seres totalmente marginales, negros que nunca han laburado.

—Está bien aclarar que en un principio toda la izquierda y los progresistas nos acusaban de pedir limosna, de reformistas, de ir al pie del asistencialismo, y no veían lo que es la consigna central de la organización: trabajo, dignidad y cambio social. Era obvio que en el plan no moría todo, aunque muchas organizaciones murieron por eso, porque era el plan y a la casa.

Por otro lado, los piquetes han cambiado mucho. En el primer corte nosotros fuimos a cara descubierta, teníamos algunas piedras medio escondidas, para que nadie se asuste. Fue un proceso, sufrimos diferentes tipos de represión, y empezamos a cubrirnos la cara para que no nos identifiquen. Empezamos también a usar la violencia como auto-defensa: no tirar palos y piedras para atacar sino para defendernos. Pero también es esencial destacar que los piquetes y los planes son un

factor más de nuestra lucha; no es lo fundamental.

—Los planes son la realidad desde la cual nos podemos organizar. O sea, no tenemos posibilidad de tomar una fábrica. Lo que no compartimos para nada con otras organizaciones es que se pueda usar las organizaciones barriales, y el trabajo real que en ellas se hace, como “excusa” para otros fines de construcción.

—En los primeros cortes hubo momentos duros. Pero hay un cambio a partir de Mosconi². A partir de ahí hubo cambios en la conciencia de los compañeros. Antes se insistía en que no iba a pasar nada, teníamos que hacer esfuerzos para que los compañeros no se asusten, y más de una vez los palos y las gomeras las llevábamos escondidas. La discusión sobre si nos tapábamos la cara o no era muy fuerte. En todo este proceso se pudo entender que es necesario tener un nivel de autodefensa: no podemos salir a la ruta regalados y los compañeros de seguridad no les podían mostrar la cara a los milicos. En los cortes que hicimos en combinación con el congreso de La Matanza, los de CTA nos exigían que nos quitáramos las capuchas. Nosotros lo llevamos a la asamblea y allí se decidió que si nos sacábamos las capuchas nos íbamos. Los cortes de ruta para este sistema son un delito, son ilegales, pero para nosotros son legítimos. Este es el cambio fundamental que tuvimos como organización.

—*Sabemos que el hecho que ustedes organicen talleres, emprendimientos, capacitación, que tengan toda una vida colectiva permanente los diferencia de otras organizaciones de desocupados. ¿Cómo se manifiestan esas diferencias en la forma de concebir los piquetes?*

—Yo tengo experiencia en otros piquetes y he visto la diferencia en cuanto a organización, los criterios de seguridad, la disciplina de los compañeros. En nuestros piquetes es asombroso que los compañeros ven a uno que está tomando y se plantea que hay que sacarlo por una cues-

ción de seguridad. Eso es un proceso dentro de los barrios, en la vida de los compañeros, porque hablamos de compañeros que hace un año iban a votar por treinta pesos, o salían a robar para poder sobrevivir.

—Lo que fundamenta o sostiene todo esto es la formación. A los compañeros no se les impone que no tomen, sino que eso se habla en las asambleas. Y, fundamentalmente, no son los coordinadores los que dicen que no hay que tomar, sino que se busca el consenso, se discute por qué no conviene. Esa es la gran diferencia, y no si tenés la capucha, o el palo más grande.

—*¿Cuándo consiguieron ustedes los primeros planes por los cuales se empiezan a organizar?*

—En el 97, a partir de las primeras marchas que hicimos al municipio, conseguimos 50 planes. No hicimos corte, hicimos marchas a la Secretaría de Trabajo del municipio. O sea, que los primeros planes los tuvimos a través del municipio. Nosotros logramos la autonomía en el manejo de los planes después de dos cortes de ruta.

—*La idea de cambiar esa relación con el Estado ¿fue una decisión conciente de su parte en aquel momento?*

—Sí, y eso es lo que nos diferenció de otras organizaciones; hoy hay muchas organizaciones que se están planteando eso. El problema básicamente era que el municipio presionaba a los compañeros para que dejaran de organizarse. De esos 120 compañeros que comenzaron el trabajo hoy deben quedar 5 ó 6 en el MTD. Nos dimos cuenta que no tenía sentido hacer algo para favorecer lo que queríamos revertir.

—*Varias veces hablamos de la heterogeneidad que hay en el movimiento piquetero. ¿Cómo explican esto?*

—Las diferencias que se van marcando con otras organizaciones surgen sobre todo porque muchos todavía trabajan en forma muy clásica: “tomamos el poder desde arriba y cambiamos las cosas”. Y nosotros decimos: desde abajo, sin planteamos la toma del poder, vamos luchando. Nosotros estamos abajo y no queremos salir de ahí, queremos seguir estando abajo, siempre vamos a ser rebeldes.

—Estamos abajo y no queremos subir. Acá hay compañeros que se destacan, pero lo que no hay son aspiraciones de dirigentes. La conducción es permanente y entre todos.

—De cualquier manera, estas diferencias no nos hacen perder de vista que hay que articular, que hay que coordinar, que es necesario ir debatiendo y haciendo acuerdos, luchando juntos. Nosotros no decimos que tenemos la verdad y los otros no. Vemos que hay diferencias de construcción, pero todas estas diferencias se pueden coordinar, siempre y cuando se plantee el tema del cambio social, la dignidad, y que no se use al pueblo para ganar elecciones, por ejemplo.

—Yo escuchaba a algunos compañeros piqueteros que contaban que en su vida cotidiana se sentían “una mierda”, “olvidados”, “postergados”, y cuando van al corte se sienten distintos, “con poder”, que sienten que “ahí deciden”.

—Es cierto, es zona liberada, es el único lugar donde el milico no te basurea. Ahí el milico te dice: “disculpe, venimos a dialogar”. El mismo policía si te encuentran en la calle te mata a palos.

—Es cierto que en el corte de ruta vos controlas una zona, pero creo que los compañeros sienten que van recuperando parte de este poder a partir de la organización, no es sólo el corte de ruta, es la organización lo que da fuerza. Por ejemplo, hoy los compañeros que están haciendo el trabajo de señalizar la calle, ponen en las señalizaciones “MTD” y la flechita que indica donde está el galpón. Son signos fuertes de un contrapoder.

—Decían antes que había compañeros que tienen una relación más instrumental con el movimiento, y que vienen sólo para poder cobrar el plan, ¿cómo se refleja esto en los piquetes?

—La mayoría de los compañeros que recién se acercan al movimiento, más del ochenta por ciento, vienen exclusivamente por la necesidad concreta. Están necesitando algo para comer, no tienen mercadería, no tienen laburo, no tienen un carajo. Pero cuando ya hay un proceso la cosa cambia, empiezan a sentir la adrenalina y la necesidad de organizarse.

—Decían que cuando se sale a la calle se le dice “no” al modelo, “no” a un sistema. Creo que eso se puede leer de dos formas: por un lado se podría pensar que el modelo falló y que ustedes representan el momento en que las víctimas se hacen presentes, un poco “a lo Farinello”, en donde el pueblo no sale nunca de ese lugar de víctimas que atestiguan la miseria: los que “quedan afuera”, que piden, encarecidamente, que no se los olvide. Pero también hay otra forma de ver la cuestión, según la cuál el modelo no falló, y la exclusión no existe, porque no hay dónde incluirse y los explotados son eso: variables deseables del sistema. Así las cosas, nosotros sentimos que la posición de buena parte de quienes participan de los piquetes no es la de las víctimas, sino que hay una voluntad subjetiva muy clara de pensar y trabajar muy activamente.

—Nosotros no queremos inclusión. Por lo menos yo no quiero volver a ser explotado, no quiero volver tener a la Fortabat o a Macri de patrón, eso seguro. Yo no peleo para que me vuelvan a explotar. Personalmente creo, y muchos compañeros también, que no estamos para ser incluidos; esto es otra cosa.

—Una de las cosas que sabemos con certeza es, justamente, lo que no queremos desde la organización. La novedad de cada día es ir descubriendo hacia dónde queremos ir, qué es lo que estamos construyendo. Y esto es algo que no está cerrado, no está acabado, sino que día a día vamos

reflexionando. La organización es dinámica, va caminando y va reflexionando sobre esto. Es verdad que se nota la adrenalina que hay cuando se sale a cortar la ruta, pero lo novedoso de la organización es que no está disociado lo que aparece en un corte de nuestras vidas. Ahí está la realidad de la organización: eso que se expresa en un piquete tiene que ser construido en lo cotidiano porque de otra manera, no sirve. Para esto, no encontramos respuesta en el sistema, y tenemos que hacer otra historia. Cuando nosotros pedimos no es para que nos incluyan, pedimos lo que nos sirve para seguir organizándonos.

—¿Cómo se decide un piquete, cómo y dónde se corta, quién lo decide?

—Cada zona informa lo que está pasando. Entonces, de acuerdo a eso en cada barrio se propone un plan de lucha. Se discute si es una marcha o si es un corte. Primero se decide en todas las asambleas barriales y luego, en la mesa, se consensúa de acuerdo a lo expresado en los barrios. En función de las propuestas se va viendo la capacidad que hay. En la asamblea no se dice nunca, por una cuestión de seguridad, el lugar donde se va a cortar. Se elige el método pero no los detalles.

—En las asambleas se determinan los roles, las áreas. Por ejemplo, en las asambleas determinamos qué compañeros van a ir a salud, a cocina, a seguridad. Es decir que las áreas van coordinando las actividades, y hay alguien que hace de nexo entre las distintas áreas, que también se elige y va cambiando.

—Pareciera que la seguridad y los criterios políticos del corte siempre responden a consideraciones internas de la organización y no a necesidades de la coyuntura política, ni a eventuales apoyos externos.

—Sí, pero estas necesidades internas son mucho más que nuestras “necesidades económicas”. Por ejemplo, cuando cortamos por lo que pasó en

Mosconi tenía que ver con nuestra identidad. Porque si a un compañero lo tocaron en Mosconi tiene que ver con nosotros también, y no es algo que nos está afectando directamente acá en Solano.

—O cuando cortamos el Puente Pueyrredón porque había riesgos de represión en La Matanza, y le dijimos al gobierno: “si ustedes reprimen van a tener que reprimir acá también”. Vimos que les estaban pegando a nuestros hermanos (a pesar de D’elía y Alderete) y teníamos que salir a pelear por ellos. Pero eso sí, no construimos para la coyuntura. No nos interesa lo electoral, si mañana se vota o no se vota.

—Otro ejemplo es cuando Patricia Bullrich organizó una ofensiva. Nosotros dijimos: “hay que salir porque nos quieren romper como organización”. El problema ahí era que se nos impedía continuar con nuestro trabajo. Lo que nunca hacemos es salir cuando hay una fuerza de la superestructura que convoca porque tiene una lectura política determinada de por qué hay que hacerlo, sino que las situaciones las vamos analizando nosotros.

—Nosotros no le disputamos el espacio a nadie, ni queremos ser vanguardia de nadie. Vamos construyendo porque hay una realidad que hay que cambiar. Y nos vamos organizando y articulando con otros que están modificando su situación. No nos interesa ir a La Matanza a arengar y agitar para ganar espacios. Nosotros no tenemos esa concepción política. Sí creemos que las bases se tienen que seguir organizando, pero son los compañeros de La Matanza los que tienen que pelear por eso. Nosotros tenemos la intención de coordinar con quienes construyen, pero no disputamos ningún espacio.

—Tampoco somos “basistas” como nos dicen por ahí. Nosotros tenemos proyecto político y, de hecho, sabemos leer la coyuntura, pero lo hacemos en los barrios y con la gente. Incluso por eso el análisis que hacemos es más completo; no nos pueden decir que no tenemos estrategia y que necesitamos una estructura política que nos dirija. Eso es una mentira. El movimiento es una herramienta política en sí, toda la gente, todos los compañeros del movimiento conforman esa herramienta y to-

dos hacen ese análisis. Cuando nos preguntan cuál es nuestro proyecto político, nosotros señalamos ahí: es la politización desde abajo, pero completa. Una formación integral de la persona en todos los sentidos. Todo cuenta, todo es importante.

—No creemos que para lograr algo debamos formar un frente que abarque a toda la nación. Yo creo que no va a haber una alianza o un frente que vaya a tomar el poder, habrá muchos frentes.

7. La autonomía frente al Estado

—¿Cómo es la relación que mantienen con el Estado a partir de los planes Trabajar?

—Va cambiando mucho porque, según la época, el Estado ejerce una presión u otra. Si estamos en una época electoral siempre te van a sobar el lomo. Ellos juegan según eso; y nosotros también. Por eso decimos: “este está buenito porque le conviene, saquémosle todo lo que podamos, aprovechemos”. Esa es la relación permanente, depende de la coyuntura.

—Igual siempre la relación es desde la vereda de enfrente. Aunque pensemos que en determinado momento conviene pegarle a provincia porque están buenitos los muchachos. Pero esto no significa que estemos casados con ellos. Depende de la táctica que tengamos. No vamos a salir a pegarles a todos porque somos los más malos, no es esa nuestra política. Pero tampoco somos los conciliadores, los negociadores. Ni lo uno ni lo otro. Simplemente saber medir los pasos, a quién pegarle y hacerlo en el momento indicado.

—Lo que está claro es que nosotros hoy dependemos de lo que le sacamos al Estado para organizarnos.

—¿Sienten que el Estado tiene la capacidad de destruir esta modalidad de relación que ustedes le han impuesto?

—Yo creo que tiene la capacidad de sacarnos todos los planes. Por ahí lo que no sabe es que ya hay algo más consolidado que va más allá de lo material. Tengo la certeza que, más allá de los planes, somos muchos los compañeros que seguiríamos en la organización. Pueden cortarnos los planes, mandarnos el aparato represivo y todo lo que quieran, pero lo que hay aquí es una forma de pensamiento diferente, y eso no lo van a poder derrotar.

—Contra el Estado utilizamos la cintura para poder sostenemos y perdurar. No nos vamos a jugar todo contra el Estado pero, desde abajito, vamos construyendo algo diferente a ese Estado represivo. Yo siempre digo que la tierra es redonda, y por eso siempre están tratando de arrinconarnos y no pueden, porque nos quieren meter en un rincón, pero siempre encontramos la forma de seguir revelándonos.

8. La coyuntura

—Hay una pregunta que nos viene dando vueltas desde hace un tiempo y para la cual, por supuesto, no tenemos respuesta. ¿Ustedes se sienten un movimiento que está en el medio de un álgido campo de luchas políticas? ¿Sienten estar en medio de una violenta lucha por el poder, el consenso, la consideración estatal y el favor de los medios de comunicación? ¿Sienten que es así como se les organiza la experiencia?

¿O más bien piensan que se los ve como un grupo que molesta muy esporádicamente y que se les concede lo mínimo con el fin de que se queden tranquilos?

—Es complejo. Creo que el desalojo de la Iglesia, al principio, era un intento serio de cortar de raíz una organización que estaba surgiendo. En ese momento era muy difícil lograr reivindicaciones, no era que salías a hacer algo y te tiraban un par de planes para dejarte tranquilo. Acá en Solano hay compañeros que han sufrido hostigamiento y persecución;

a un compañero le quemaron la casa, a otros los apretaron. O sea, que por un lado te dan, pero por el otro te aprietan con los punteros. Creo que el gobierno nos empezó a considerar cuando ésto creció mucho, y cuando pudimos coordinar con otros movimientos. Porque nuestra fuerza es la unidad para la lucha y la legitimidad.

Sabemos además que el gobierno nos tiene bien caracterizados, y nos han tratado de romper por todos los medios. Incluso hoy, que están en una pose de negociación, intentan destruirte por otros medios, mandando inspectores, etcétera.

—Nosotros sabemos que la total autonomía la vamos a tener cuando seamos capaces de sostener todas las tareas y las cosas que se están haciendo sin necesidad de que el Estado ponga un plan. Pero hoy la situación es que necesitamos esos recursos que nos permitan desarrollar la organización. Por otra parte, sabemos que ahora en diciembre va a haber un corte de estos planes, un ajuste muy grande. Y nosotros, como Solano o como coordinadora, si bien en algún momento pudimos, hoy no podemos pararlo solos. Pero nuestra idea es lograr que no nos jodan; o sea, que en ese sentido es una lucha defensiva.

—Sí, a nosotros no nos interesa seguir confrontando por la confrontación misma. Yo creo que los tipos saben eso. A nosotros lo que nos interesa es tener para poder consolidar. Porque el objetivo no es que caiga De la Rúa mañana, sino una cuestión de autonomía.

A nosotros no nos moviliza el hecho de que venga este gobierno o aquel o sabotear al otro. Tampoco luchamos para que Ruckauf no sea presidente, o cosas así. Porque no nos resuelve ningún problema que sea o que no sea. Y tampoco nos creemos la fuerza que haga que Ruckauf no sea presidente. Ahora, si los tipos se hacen los boludos y no cumplen, vamos a estar ahí. Y vamos a estar sea quien sea.

—Nuestros planes de lucha siempre surgen de un análisis de nuestra situación, y siempre son defensivos. Hasta que esa dependencia con el Estado cada vez sea menos necesaria.

9. Nuevas formas del compromiso militante

—¿Cómo es la militancia del MTD-Solano? ¿Por dónde pasa el compromiso en experiencias que ya no se organizan para la toma del poder?

—Es difícil porque el movimiento está en permanente redefinición. En todo caso no respondemos a ninguna de las formas clásicas. Nosotros tenemos compañeros que hasta hace dos años eran punteros políticos, y hoy son militantes del MTD; y no saben ni siquiera dónde nació el Che Guevara. O compañeros que no han tenido ninguna militancia anterior y comienzan a militar en el MTD y, de alguna manera, hoy son los que permiten, con su compromiso, llevar ésto adelante.

—Es muy importante el tema de que no se plantea la toma del poder cuando hablamos del tipo de compromiso que acá se produce. El poder se construye en las respuestas que vamos encontrando para lo que buscamos como hombres libres. El compromiso pasa por ahí, por la construcción día a día que se hace desde las bases.

—¿Pero qué significa ser un militante del MTD, qué requisitos habría que cumplir, cuándo ustedes consideran que un compañero es militante del MTD?

—Es que casi no hablamos de militantes, hablamos de compañeros comprometidos, de compañeros que asumen responsabilidades, en diferentes grados. Hay compañeros que vienen al área de capacitación y nada más. Quizás en otras organizaciones el militante es el que pone las veinticuatro horas la carne en el asador y deja la vida. Para nosotros es un compañero valiosísimo el que viene al área de capacitación, o el que se encarga de un área y cumple, o el que empieza a comprometerse, y es tan valioso uno como otro. Nosotros no hablamos de militantes, hablamos de compañeros comprometidos.

Porque, por otro lado, ¿con qué autoridad moral uno puede poner el

mote de cuadro, o de militante?. Creo que por lo único que se puede catalogar a un compañero es por el compromiso, porque está, porque apuesta. Más bien hablamos de grados de compromiso.

—Pero tampoco esos grados de compromiso dan jerarquía. Los compañeros pueden dejar su vida pero no será por ocupar un cargo. En otras organizaciones la cosa pasa por la formación de cuadros, y hemos podido acceder a los materiales donde se explica cómo se organizan estas organizaciones tradicionales. Al principio a mí me pareció que había que hacer eso, porque parecía la forma de que varios compañeros se comprometieran mucho y no fuéramos tan pocos los que sostuviéramos todo el movimiento. Y, en realidad, finalmente me doy cuenta que los compañeros asumen mayor compromiso, y muy real, cuando participan en el trabajo, cuando se comprometen con la dinámica del movimiento.

—Nosotros insistimos todo el tiempo en tratar de generar espacios, todos los que se necesiten, para la formación integral de todos los compañeros. No se trata de “formación de cuadros”, sino de compañeros que quieren conocer. Porque tampoco es que estamos todos iguales y no avanzamos más, que somos todos redondos o cuadrados. Se trata de generar esos espacios, como los talleres que tenemos con ustedes, o los talleres de historia. Y bueno, ahí están los que se suman y los que no, los que vienen de vez en cuando, o los que preguntan “¿cómo estuvo eso?”

—Acá no pensamos, como quiere esta sociedad, que los compañeros son parte de un mercado y que se los valora por su rentabilidad, por el beneficio económico. Acá hay otras formas de lucha, otra cosa diferente; y se trata de recuperar esos valores de rebeldía y dignidad, de honestidad, creatividad y belleza. Es desde ahí que nos organizamos, y el compañero que se acerca es desde el principio parte de eso. Por eso trabajamos fundamentalmente con las consignas de “trabajo, dignidad y cambio social”. Y dentro del cambio social nos interesa la rebeldía. Es en esta búsqueda colectiva en la que los compañeros se van comprometiendo.

—Algunas veces hemos conversado sobre la diferencia que existe entre este MTD y, por ejemplo, la organización de desocupados de Mosconi, que es más espontánea, menos estructurada.

—Es que la realidad social no es la misma. Acá en Buenos Aires el lazo social está muy desintegrado: si vos sos desocupado y salís a cortar la ruta, el vecino que tiene que salir a trabajar te pisa con el auto. Acá la gente está más jodida, está reventada de la cabeza, el individualismo es total. Acá es donde más hizo destrozos el capitalismo, donde realmente sufrimos la gran derrota ideológica. Donde más se nota esto es en las grandes urbes, en las capitales, donde está el consumismo, el egoísmo, el avance tecnológico, y todas las promesas del capitalismo. En Mosconi no es así, la gente está más integrada y la suerte del pueblo es muy común.

—¿Y qué desafíos se le imponen al MTD a partir de constatar estas diferencias?

—El desafío es mucho más grande porque no simplemente tenés un enemigo externo, sino que tenés un enemigo interno. Ahí está el problema: el individuo que se acerca al movimiento rara vez se acerca con un proyecto de vida, se acerca por la necesidad concreta, y viene con todos los vicios. La putrefacción humana es mucho mayor a la que podamos encontrar en Mosconi. Acá, durante mucho tiempo, el capitalismo logró anular los sentidos de palabras como solidaridad, compañerismo, compromiso.

Por otra parte, en Mosconi, sólo pelean por el trabajo, y por eso tienen otros métodos organizativos. Nosotros acá trabajamos sobre todo el problema de la dignidad y el cambio social. Por ejemplo, intentamos trabajar sobre la idea de una economía alternativa.

—Ustedes realizan un trabajo muy grande de elaboración. No se trata, por lo que se ve, de llamar la atención alrededor de un conjunto de reivindicaciones esporá-

dicas, sino que está teniendo lugar algo más profundo. Nuestra sensación es que ustedes están inmersos en un proceso de pensamiento práctico y de autoafirmación, en un devenir que hace que mientras muchas otras organizaciones sociales se organicen alrededor de "demandas", ustedes trabajen a partir de un pensamiento activo y desde sus propias fuerzas, es decir, desde una posición subjetiva diferente a la del demandante.

—Nosotros tratamos de generar proyectos productivos que no son PYMES, con otras características, donde cambien las relaciones laborales, donde lo esencial no sea la mercancía, el cambio de la fuerza de trabajo por dinero; es un proyecto más amplio.

—Tiene que ver con las distintas realidades. No es lo mismo la provincia de Buenos Aires que la capital. Allí un tipo sale a juntar latitas y se gana 5 ó 6 pesos en el día; acá no encontrás ni latitas. En el interior también es distinto; yo pienso que es otro tipo de pobreza. Pero tiene que ver también con los proyectos políticos, eso también es diferente. Aquí el problema es que un grupo de compañeros del MTD se empieza a plantear otra forma de relación con el capitalismo, y se genera algo diferente. Nuestro problema es cómo organizarnos para construir otra cosa, y garantizar la autonomía y el encuentro. Por eso, cuando en un corte nos ven los teléfonos celulares, mientras otros grupos niegan que los tienen, nosotros decimos que sí, que son nuestros, precisamente porque nosotros nos estamos organizando.

—La pobreza económica, en realidad, es la misma. Lo que se ensancha acá es la miseria moral, ideológica.

10. La identidad como búsqueda

—Uno podría suponer que un movimiento de trabajadores desocupados no tendría tanta diferencia con otro grupo de desocupados porque la identidad vendría

dada inmediatamente a partir del hecho de ser, todos, desocupados. Así actúa, al menos, un cierto discurso sociológico para el cual un desocupado es "alguien que pide trabajo". Y allí, en esa propiedad común —la carencia— encontraría el desocupado su identidad. Pero si se trata, como dicen ustedes, de "luchar por no volver a ser un trabajador explotado", "por cambiar las relaciones laborales", entonces las cosas se transforman radicalmente. El problema de la identidad resulta mucho más complejo. Por lo visto hay formas y formas de entender qué es un desocupado.

—Lo que estamos haciendo en el movimiento es una batalla muy grande contra el furor hegemónico de la mundialización, que se quiere apoderar de valores culturales, y así se quiere apoderar del mundo. Frente a eso nosotros nos hacemos una pregunta: ¿cuáles son los valores verdaderos de una civilización distinta? Y, por el contrario, ¿qué es lo que valora una sociedad globalizada? Sabemos: el mercado, la rentabilidad, y la persona como un valor de compra y venta. Nosotros tratamos de recuperar y crear otros valores culturales, éticos, otra sabiduría, la creatividad.

—Yo creo que una cosa es pedir trabajo, incluso trabajo genuino, y otra cosa es pedir trabajo y dignidad. No digo que sea indigno, por ejemplo, pedirle trabajo a Repsol, o que te den mejoras salariales. Pero lo que es indigno es la explotación. Y me parece que hay que empezar a generar otras relaciones. Nosotros no tenemos la idea acabada de cuáles son las formas de producción que queremos gestar, pero lo que sí tenemos bien claro es que no queremos generar relaciones de explotación. Y esa es una lucha permanente que se da.

Un debate grande que tenemos es si la mercadería la vendemos al mercado o si está para solventar las necesidades de los compañeros. Esos debates están dentro del movimiento, no es un debate acabado. Y es ahí donde se va conformando la identidad, permanentemente. Lo que sí tenemos bien claro es que queremos abolir la explotación; pero la explotación no se anula a partir de una idea, sino de un proceso, y de a poco.

—Yo no me olvido nunca de lo que dijo una compañera cuando estábamos, en un taller de educación popular, trabajando este tema de la identidad. Dijo: “Acá volví a ser yo misma respecto al trabajo. Porque ahora yo soy trabajadora, aunque ni siquiera tenga un plan: soy trabajadora y no explotada”.

Por eso, la aparente contradicción que implica hablar de trabajadores desocupados es falsa. Porque parecería que un desocupado no puede ser trabajador porque precisamente carece de un empleo: pero nosotros hablamos de trabajador en otro sentido, mas profundo, y no simplemente del obrero.

—La condición de trabajador no te la da el ser explotado, sino que tiene que ver con una actitud de vida. La cosa pasa, entonces, por generar espacios donde no se discuta cómo generar explotación, o sea ganancias.

—Entonces el MTD no es sólo un movimiento para desocupados, sino para todo el que quiere trabajar aquí, bajo esta modalidad.

—Sí, para aquel que quiera recuperar los valores de los que hablábamos antes. Porque primero hay que valorizarse como persona, y así uno se siente trabajador: como un ser humano que ha recuperado una parte de su identidad. Y es un trabajador porque está aportando al colectivo, a la comunidad, y no porque genera rentabilidad. Si uno piensa que un trabajador es aquel que genera beneficio entonces el desocupado es un paria en la vida. Pero acá nos movemos con otros valores que no son los que te da esta sociedad.

—Ustedes decían antes que más que “formar” un “tipo-militante” acá se busca el compromiso. ¿Cómo se concibe concretamente el compromiso en esta experiencia? Les pregunto porque a nosotros nos llamó la atención que en otros movimientos de desocupados se cuantifica a tal punto el trabajo militante que se ha llegado a hacer cosas como poner un puntaje a los compañeros, y los que más puntaje tie-

nen son los que consiguen el plan Trabajar más rápido, los que ocupan luego responsabilidades. ¿Cómo es acá?

—Acá no hay puntaje. Acá lo que hay son criterios organizativos que son colectivos: por ejemplo, hay un acuerdo de que los logros del movimiento son para todos, pero para todos los que están en lucha. Se trata de no generar asistencialismo; no queremos formar una comisión que reparta mercadería, y que la gente se quede en la casa. No, acá hay que generar conciencia de lucha, el que no lucha no tiene nada.

—Yo, por ejemplo, veo que los compañeros asumen cada vez más compromiso cuando ven la necesidad de capacitarse, o cuando empiezan a participar de las áreas de formación, o cuando el compañero apuesta en serio al taller productivo. O también cuando llevó al corte de ruta varios sandwiches, y no sólo para él, porque tenía algo de guita. Hay muchas formas de compromiso que no se miden con las palabras que se puedan decir porque son valores cotidianos.

Este compañero, por ejemplo, entró hace cuatro meses al movimiento, y porque su mujer le dijo que viniera a un corte de ruta. Muy pronto se metió en el área de seguridad, y enseguida quiso asumir responsabilidades allí. Se mandó varias cagadas, lógicamente, pero lo importante es que participe y se comprometa. De repente, ya no hacía más que estar metido en las cosas del movimiento. Hoy hay que decirle que se vaya un poco a su casa, porque está todo el día acá. Y en ningún momento se le dijo: “tenés que estar tanto tiempo en la organización, tener tantos requisitos”. No, es un compañero que cuando se necesita tal cosa él se compromete. Si el compañero es serio, confiable, pues avanti; los errores se corrigen en el camino. Y hay otros compañeros que hace cuatro años que están y sólo vienen a los talleres, a la asamblea, y a la lucha. Pero nunca los ves en una reunión de mesa, o en las áreas, o en la capacitación. Pero son compañeros también muy comprometidos, tal vez de otra forma, pero de fierro. Ni siquiera se puede hablar de niveles, sino más bien de modalidades de compromiso.

11. Resistir la virtualización

—Pasando al problema de la representación: ¿cómo es que ustedes deciden quién habla en los medios, por ejemplo, cuando hacen un corte?

—Lo que hacemos previamente es elaborar los ejes, el comunicado de lo que se quiere transmitir y en función de eso cualquiera lo puede manejar.

—Tratamos de que no sea siempre el mismo: ni los que hablan en los medios, ni los que van a negociar en el ministerio. Por un lado, para que haya muchos compañeros que sepan hacer esas cosas, pero también para que no haya ningún compañero que se marque mucho, que se lo identifique.

—Generalmente, la gente de los medios lo busca a Alberto y él le dice que hay compañeros que lo van a atender. Pero muchas veces pasa que van a hacer la nota y después vuelven a hacerle una entrevista. Es que la figura del cura es muy mediática. El problema es que así enseguida te imponen una identidad.

—¿Cuál?

—Que siempre hay un líder, que siempre hay un representante. Pero ni en el ministerio ni en los medios tenemos jefes. Porque somos una organización horizontal y democrática y eso ahí debe expresarse también. No se expresa únicamente en la palabra o en un escrito, sino en una práctica concreta que tiende a ser así.

—El problema es que últimamente están de moda los piqueteros. Te convierten en vedette, ven encapuchados y los periodistas se le tiran encima.

—Pero, ¿cuál es el riesgo que ustedes le ven a la prensa?

—Las preguntas capciosas. Preguntas que intentan, por ejemplo, que ha-

blemos de la violencia: por qué estás enmascarado, por qué tenés el palo, o la piedra, qué vamos a hacer si reprimen.

—El otro día estábamos cortando el Puente Pueyrredón y llega un periodista y pregunta qué opinábamos sobre lo que pasó con las torres gemelas. Son preguntas jodidas. Ahí los compañeros me llamaron para que responda y le dije que no nos interesa hablar sobre las torres gemelas porque nosotros acá estamos haciendo el corte de ruta, y que si quería le hablaba de eso.

—¿Ustedes vieron que en las últimas elecciones se presentó un grupo que se llama Partido Socialista Piquetero?

—¡No jodás!

—¿No sabían? Se presentó junto con el PO y el MAS.

—No sabía eso...

—¿Y? ¿Podimos meter un representante en el senado? (risas).

—¿Cómo piensan ustedes el tema de las elecciones? Ustedes llamaron a impugnar el voto, pero ¿y si hay una lista progresista o revolucionaria?

—Nosotros decimos que somos un movimiento rebelde y social, que nos organizamos desde abajo y poco a poco vamos transformando el mundo, y no seríamos consecuentes si nos propusiéramos una estrategia electoral.

—En ese sentido hay que ser claro. El que quiera votar que vote; no le vamos a decir acá "vos no votés". Pero, como movimiento, nosotros no estamos de acuerdo con el voto.

—Hay una cosa en el trabajo de ustedes que sorprende y es que no tienen una estrategia para aparecer en los medios, para referenciar al movimiento.

—Porque no nos interesa. En todo caso depende de la coyuntura nuestra, no de la coyuntura general. Si a nosotros nos beneficia salir en los medios, o si queremos denunciar algo puntual, generamos un hecho para salir en los medios, sino no.

—Lo importante es ir multiplicando las experiencias organizativas, más que el nombre de una organización. A nosotros ya nos conocen en muchos lugares, pero no porque nos plantemos ante los medios para ir marcando políticamente una referencia para que nos sigan, sino porque hemos respondido a algunos hechos y eso se ha referenciado. Pero no queremos nosotros ser “la” referencia.

—El día que hicimos el bloqueo de los puentes, por ejemplo, fue impresionante. Nosotros no nos imaginábamos que se iba a producir una cosa así. Después provocó un montón de cosas, pero no estaba en los planes referenciarlos así, sino presionar de tal manera que al gobierno le doliera la represión de Mosconi.

—Era un hecho claramente dirigido a presionar al gobierno, no era hacia la sociedad en su conjunto, ni hacia los partidos y organizaciones. Porque no nos interesa ser la vanguardia y, menos, pertenecer a la farándula.

—En el Borrades de Investigación sobre los piquetes justamente pusimos que nos parecía que ustedes no pensaban “desde” la coyuntura sino que pensaban desde su experiencia. Y hubo mucha discusión, incluso acá en el taller, porque algunos compañeros plantearon que esto significaba aislarse de la coyuntura.

—Lo que pasa es que esto tiene que ver con el problema de la multiplicidad. Nosotros no queremos ser vanguardia de nadie, queremos compartir experiencias y contagiar a que en otros lugares se organicen. Eso sí nos interesa, pero porque tiene que ver con la causa de todos. No porque políticamente a Solano le conviene que en otros lugares se organicen “al modo de Solano”.

—Para nosotros el capitalismo es el hecho mismo de que la gente piense desde un lugar global, pues así lo concreto desaparece.

Por ejemplo, el viernes hay elecciones y hay dos formas de pensarlo: porque hay elecciones tengo que opinar o, en cambio, porque desde lo que estoy construyendo me preocupo por si me conviene o no me conviene, si me interesa o no. Uno marca sus propios tiempos, no hay un lugar único que organiza los tiempos de todos. Sin embargo, hay compañeros que para luchar contra el capitalismo organizan partidos políticos y se presentan a las elecciones, pero no hay un lugar territorial de construcción de relaciones sociales que les organice el pensamiento, sino que piensan a partir de las coyunturas. ¿Piensan que es así?

—No es una idea acabada, pero yo no sé si esos partidos no son, en realidad, herramientas del mismo capitalismo. No creo que sea anticapitalista organizar un partido político, más bien es reproducir las formas del sistema. Nosotros, el otro día, tuvimos una conversación interesante sobre la educación de los chicos. Charlábamos sobre cómo construye el capitalismo desde el núcleo de la sociedad, desde la relación padre-hijo, cómo ahí mismo está la concepción del poder, porque como soy el papá soy el que manda, y te tengo que educar.

—Por eso para nosotros acá los chicos son los hijos de todos, y todos los tenemos que cuidar. Antes, por ejemplo, si un pibito salía a la calle a jugar uno decía: “fulano, tu hijo”. ¿Y si un día el compañero tiene que realizar una tarea y no tiene con quién dejar a su pibe? Ahí empezó todo, fue en una asamblea con muchas discusiones, y se resolvió que todos nos hacíamos cargo de los pibes.

—Los partidos políticos no son consecuentes con una lucha. Cuando digo que no son consecuentes no quiero decir que sean deshonestos, para nada. Pero cada vez que me encuentro con alguno me cuentan que estuvieron en todos lados: en Mosconi, en Jujuy, en Santiago del Estero. ¡Ellos están en todas! Me ha pasado, incluso, que me han vendido como propio cosas que hemos hecho nosotros. Entonces, en rea-

lidad no están en ningún lado.

—Ellos trabajan para referenciar su grupo. Nosotros, desde abajo y con todas las dificultades que eso implica, vamos creando algo que es real.

—Por eso yo no sé si el fenómeno comunista ruso fue alguna vez comunista, sino más bien la reproducción del capitalismo. Porque de última terminó siendo tan gorila y tan hijo de puta como el propio capitalismo. Porque cuando hay alguien que piensa por vos, se está reproduciendo el capitalismo. Es un verso más, aunque le pongas el título que le pongas. Porque estás cambiando el nombre de “capitalismo”, nada más.

12. Organizaciones en lucha: la coordinación

—¿Cómo están trabajando el tema de la coordinación hacia fuera del movimiento?

—La coordinación la hacemos, por un lado, con las organizaciones en lucha. Sean diez, veinte o quinientos, pero que estén en lucha.

Se plantea mucho el tema de la hegemonía, de que nadie venga con la intención de hegemonizar una lucha, de dirigir. Además siempre planteamos que las coordinaciones de las que participamos no son los ámbitos llamados a encabezar la lucha popular.

Por otro lado, cada uno mantiene su independencia, su autonomía. Por eso hubo una gran diferencia con D'elía y Alderete cuando ellos quisieron hegemonizar el movimiento piquetero, ponerse como los dirigentes, porque eso le sirve al sistema y no a nosotros como organización.

—Yo no sé si hablar de niveles de coordinación, porque hablar de niveles es como reproducir esto de que hay un nivel más arriba y otro más abajo. Yo hablaría de ámbitos. Por ejemplo la Coordinadora Anibal Verón es un ámbito que se produce por decantación, a partir de un proceso de años. Un proceso de lucha en el cual se vienen haciendo actividades, propuestas, y que nos lleva a decir que estamos en condiciones de

formar una coordinadora. Creo que el acuerdo más importante que tiene la coordinadora es el de respetar la identidad y la independencia política de cada organización. Por ejemplo, nosotros somos una organización que practicamos la democracia directa, horizontal, y dentro de la Anibal Verón hay compañeros que plantean que es válido el centralismo democrático. Pero la coordinadora no tiende a un movimiento único, a hegemonizar nada, ni a conformar un partido o una organización definitiva. No es un debate cerrado. Por otra parte, el proceso dirá si la coordinadora tiene que ser exclusivamente de desocupados. Lo más importante es que nosotros no coordinamos con grupos que quieran hegemonizar la lucha, o que vengan con una receta dogmática de plan de lucha, con todos los pasos ya calculados. Con nosotros eso no va. Coordinamos por lo que pasa hoy, después el camino dirá.

—¿Tienen otras formas de relación con experiencias, además de la participación en estas coordinadoras?

—Sí, tenemos ámbitos de intercambio de experiencias. O sea, no es sólo coordinar para cortar una ruta, sino también por cuestiones específicas, de trabajo, de intercambio de materiales. Por ejemplo, con la Cooperativa El Progreso, de La Plata, estamos hablando la posibilidad de un intercambio de productos; por otro lado, intercambiamos información: nosotros contamos nuestro funcionamiento y ellos nos explican cómo funciona la cooperativa, que tiene una gran trayectoria en eso. Es una cooperación mutua, un intercambio de experiencias.

—Lo que pasa es que la coordinación no sólo se da en la lucha, sino también en lo cotidiano. Hay grupos universitarios que pueden aportar algo, no a la lucha que hacemos nosotros, sino a la lucha que vamos haciendo entre todos, o sea que también tiene que ver con la lucha de ellos. Si la lucha no es sólo cuando salimos a hacer piquete, sino que es cotidiana, entonces todos los días se puede coordinar algo con alguna organización.

13. Dos formas de pensar

—Nosotros no nos desgarramos las vestiduras por ver quién es el más presentable o quién es el que tiene el mejor discurso. Cuando uno se preocupa más por la imagen hacia fuera es probable que lleves una recetita debajo del brazo, porque es toda una forma de construir el pensamiento.

—Hay gente que trabaja como si ya tuviera ciertos postulados teóricos con los que va a fundamentar sus prácticas. Cuando estos compañeros se topan con un límite, por lo general quedan ahí trabados, sin poder avanzar.

—O sea, ¿para vos hay dos formas diferentes de pensar al interior incluso del movimiento de resistencia?

—Sí, hay organizaciones que actúan como si ya tuvieran todo cerrado, y se trata de presentárselo al compañero que empieza, de adoctrinarlo. Cuando el compañero logre interiorizar ese modelo va a ser el militante apto para garantizar el camino correcto.

Nosotros lo vamos haciendo a partir de la realidad misma, usando para la capacitación el estilo del taller, donde vamos poniendo sobre la mesa un montón de variables que van saliendo desde los compañeros y a partir de ahí vamos encontrándole la vuelta, es decir, construyendo un pensamiento que es común para todos.

—La conclusión es un pensamiento colectivo. Porque vos tenés algo para aportar, yo tengo algo para aportar, y juntos construimos algo nuevo. Es como la conjunción atómica: se van juntando átomos y van saliendo diferentes cosas, y eso es permanente.

Por eso la asamblea es la máxima expresión del pensamiento democrático y colectivo.

—Yo creo que no existe nunca esa respuesta predeterminada, porque siempre está la pregunta, siempre está la novedad.

—Eso es muy interesante porque entonces la novedad ya no tiene nada que ver con las modas, sino con el gesto de impedir que las certezas se vuelvan dogmas, con interrogar, con evitar, en fin, que el pensamiento se detenga.

—Exactamente. Yo creo que la construcción del pensamiento se da a través de la práctica, de la realidad concreta. Porque esa realidad va cambiando de acuerdo al proceso de los compañeros y ese pensamiento, que puede estar construyéndose, al ir transformándose la realidad, va tomando más forma.

—En este sentido nos parece que la coordinación es una forma de trabajo muy interesante porque no busca un modelo único a seguir por todos, sino que se habla de la multiplicidad de experiencias, de búsquedas y arraigos.

—Es cierto que con algunos podés hacer más acuerdos, y con otros menos, pero de todo eso se va haciendo una síntesis. Yo creo que toda las organizaciones, más allá de lo que son las diferencias, de la diversidad, siempre tienen algo que transmitir, aunque haya formas muy distintas.

—Porque no son modelos cerrados.

—Para nosotros no puede ser nunca cerrado. Cuando nosotros vamos a una coordinadora no va un compañero y dice lo que le parece a él, sino que trae la propuesta de la asamblea, la discusión del barrio. Entonces, ya no hay allí un pensamiento cerrado.

14. Por una economía alternativa

—¿Han podido intercambiar algo con el MST respecto al problema de la economía alternativa?

—En realidad lo que nos pasa a nosotros es que es muy nuevo este tema de la economía alternativa. Son muchos más los interrogantes que tenemos que cosas resueltas, y más bien vamos aprendiendo en la marcha. Recién empezamos a discutir, a practicar algunas cosas. Está la necesidad, tenemos la posibilidad, pero cómo hacerlo es algo que estamos empezando a ver.

—Creo que todos tenemos alguna idea de la economía alternativa. Creemos que tiene que ver con talleres productivos y con la educación popular, con la formación y la capacitación. Y tiene que ver con la política marginadora que se viene dando, y de la necesidad de hacer algo alternativo a ella, algo a lo que hay que darle forma desde abajo. También hay cosas que uno ha ido leyendo, o cosas en las que uno ha participado. Yo el otro día le comentaba a los compañeros que había estado leyendo lo del Foro de Porto Alegre, y allí habían muchas propuestas que salían desde abajo. Era un material que hicieron las Madres de Plaza de Mayo, y que hablaba de la Tasa Tobin, del presupuesto participativo que se había hecho en un pueblo de Brasil. Pero son cosas de las que no hablan los medios, porque salen desde abajo y son las que hacemos nosotros; no las podemos ver porque no nos llegan. Creo que ahí está lo alternativo, que es lo que no se ve, lo que nosotros estamos haciendo igual, con nuestra creatividad.

—Pero tendríamos que decir que no se puede hacer una copia, porque cada país tiene su historia. Nosotros tenemos una realidad que es la nuestra, y no se puede trasladar mecánicamente las experiencias. Porque además esas son prácticas que llevan un montón de años. En Brasil no se comenzó ayer, tienen más de 20 años de trabajo, y una situación que es bien específica, donde hay una Iglesia que colabora y partidos que han sido capaces de aportar. Acá hay una recuperación lenta, todavía incipiente, pero que habla de la posibilidad y la esperanza que encierran. Hoy no se puede decir que sea tierra arrasada, porque surgen experiencias y nuevos problemas que llevan a organizarse.

Una vez estábamos charlando que acá en Solano hay un problema demográfico impresionante, que en diez años va a ser un estallido, porque hoy mismo hay una saturación de familias, y ya no hay casi tierras tomables. Por eso veíamos que en algún momento vamos a tener que salir hacia una experiencia de vida comunitaria, donde ya no sólo se trata de resolver el tema de la vivienda, sino también de desarrollar formas de vida comunitarias. Creemos que eso es lo que han hecho los compañeros del MST, que no es sólo ocupar para vivir, sino también para producir, y lo que no está lo tendremos que construir. Son proyectos a largo plazo.

—Parece ser que ustedes piensan en una relación muy estrecha entre la posibilidad de una economía alternativa y la capacitación o formación de los compañeros.

—Porque si nosotros sólo hiciéramos talleres productivos y no supiéramos para qué, no podrían llevarse adelante. Así que lo paralelo a los talleres productivos es la formación, para ir pensando qué sería lo alternativo que estamos formando: que no existe un patrón, que todos somos dueños de lo mismo, por qué es comunitario y colectivo, y qué significa que sea colectivo, o que no haya un mando acá sino que todos estamos integrados, cómo trabaja el coordinador y cuál es la función, qué es la organización. Entonces, las dos cosas son muy importantes y van paralelas, porque es un proyecto integral, y tiene que ver con el conocimiento de todos.

—Porque lo que no se ve es lo que realmente se busca con los proyectos productivos, que no es tener para mañana comprarte un “cero km”, sino que es algo colectivo, algo comunitario, que tiene que ver con la solidaridad entre compañeros, para ir generando otros talleres. Pero el primer planteo que se hace cuando se discute cómo van a ser los proyectos es cuánto van a tener de ganancias, el mercado en el que van a vender y hasta contra quién van a competir. Uno piensa que cómo puede ser que se planteen estas cosas y no otras que por ahí son más obvias.

Pero está metido eso en la cabeza de la gente, y es lo primero que aparece. Y se generan toda una película de qué es lo que van a resolver cuando vendan todo.

Son discusiones que no son difíciles, sino que son engorrosas, porque se da vueltas sobre cosas que no lo merecen. Pero hay que darle tiempo a los compañeros, que no es un tiempo de dos o tres horas sino de varias reuniones.

Pero muchos compañeros están convencidos de que se viene la salvación: ese es un imaginario fuertísimo. O la idea de que si nosotros laburamos y los otros compañeros no, que no vengan a vivir de nuestro trabajo: “¿por qué me van a sacar a mí lo que produzco para dárselo a otro taller?” Pero se avanza de a poco, y hay muchos compañeros que van entendiendo esto. Incluso se empieza a desarrollar el trabajo voluntario, y con él la idea de que la producción no es solamente algo que se agote en una remuneración económica, sino que trasciende esto.

Es todo un desafío el tema de los recursos que se necesitan. Sobre todo porque la situación es de extrema necesidad y es muy difícil salir adelante con criterios que no hablen de sacar tu propio provecho, sino más bien que habiliten una economía solidaria. Pero para nosotros por ahí pasa el cambio: cuando logremos relaciones de solidaridad es cuando podremos hablar de que nos hemos transformado en algo distinto.

—La formación es también fundamental porque toda ruptura genera crisis. Cuando uno rompe con un esquema de vida que lo acompaña desde chiquito y empieza a experimentar otras formas de vida se producen crisis. Y ese conflicto entre lo que nos proponemos y lo que realmente somos es cotidiano. En esa tensión el movimiento va plasmando una propuesta, un proyecto de vivir en libertad. Nosotros entendemos el socialismo como una sociedad superadora donde cada individuo es pleno, pero no solamente como individuo, sino en el seno de un colectivo. La formación nos va permitiendo eso, porque muchas veces se producen retrocesos, donde la dinámica que nos va recreando sufre conflictos. Pe-

ro toda ruptura implica conflictos, y no creemos que haya otra manera, y lo que funciona como garantía es que no queremos reproducir el capitalismo, sino que queremos una economía que esté dentro de un proyecto que es de vida. Porque no se trata de cómo hoy como, sino de generar otras relaciones entre los compañeros, y esa es la parte que todos los días nos desafía. Porque permanentemente está la tensión entre lo nuevo que queremos vivir y lo viejo que inevitablemente vivimos.

—Creo que es muy importante la afirmación de que el desafío es encontrar respuestas económicas dentro de un proyecto de vida integralmente alternativo. Porque lo que conocemos hasta ahora son dos opciones, que en general son un fracaso: por un lado, hay proyectos económicos que o bien quiebran, o bien funcionan como cualquier empresa capitalista; y, por otra parte, proyectos políticos que justifican emprendimientos económicos mercantiles gracias a la ideología que declaman.

—Escuchando esto último me acordaba de lo que decía el Che: “El socialismo económico sin la moral revolucionaria no me interesa. Luchamos contra la miseria pero al mismo tiempo contra la enajenación. Si el socialismo se despreocupara de la consciencia, puede ser un método de reparto pero nunca una moral revolucionaria”. El problema es que él lo pensaba en una época en que se suponía que ambas cosas se garantizaban luego del triunfo de la revolución. Pero una cosa sería llegar al gobierno y tener una gestión progresista y otra sería pensar una economía que es alternativa desde el comienzo de la construcción.

—Acá se discutió, en una reunión de delegados, justamente este problema. Se discutía, a partir de algunos grupos que ya están produciendo, cómo se iba a repartir la guita. Fue una discusión muy fuerte porque se planteó que para nosotros es secundario el tema de la guita, que primero tendríamos que plantearnos cuáles son las necesidades básicas de todos los compañeros. Lo que interesa es que tengamos resuelto colectivamente las necesidades básicas para vivir, para la vida; ya sea el tema de la comida, de la salud o de la educación. Poder pensar la cuestión de la

economía en función de eso, y no en función de la guita o de con cuánto excedente se va a quedar cada compañero. Y creo que la capacitación es lo que fundamenta o sustenta esta idea nueva de poner el tema de la guita en un segundo plano, porque es mucho más importante el proyecto que se quiere construir. Ese es el sentido de la capacitación para nosotros, porque es mucho más amplia la vida de un ser humano y de una comunidad que el tema de la plata y la mercancía.

—Algunos compañeros opinan que sería bueno llevarse un peso de lo que se vende. Pero creo que hay que comenzar a pensar una economía alternativa, no desde si me llevo un peso o no, que además no resuelve ni la economía familiar ni el problema que tenemos como comunidad. Creo que desde la alternativa sí pueden resolverse problemas, pero para eso hay que poner en un segundo plano el tema de la plata.

—A la vez, hay que ver cómo nosotros podemos ir plasmando con otras organizaciones criterios parecidos, intercambiando experiencias, talleres, lo que estamos haciendo. Además, sabemos que vienen momentos fuertes, un ajuste muy grande antes de diciembre, y eso puede generar que en lugar de ser 800, como ahora, quedemos 400 ó 200. Pero lo que logremos internamente, en el barrio, permite que haya siempre un movimiento y algo diferente. Y esto va a producir apoyos, sea como sea, en el momento en que estemos. Esos lazos que se van formando son muy fuertes, aunque haya mayores o menores grados de compromiso. Es sólo un grupo chico el que piensa en términos individuales; la mayoría de los compañeros piensa en términos colectivos.

—Por supuesto que hay contradicciones. Por ejemplo, nosotros siempre decimos que no queremos reproducir la relación de patrón-empleado, porque acá no estamos en la fábrica. Pero a la hora de tocar el tema de las faltas o las llegadas tardes decimos: “Ah sí, pero si estuvieras en la fábrica no podés llegar quince minutos tarde. Si llegas tarde, te echan”. Muchas veces los mismos que decimos que esto no es una fábrica utilizamos esa comparación.

—Y otra cosa es cuando uno, buscando una alternativa para no ser explotado, lo que termina es autoexplotándose. Uno se “independiza”, supuestamente, y termina explotándose a sí mismo.

—Es muy interesante este planteo de que la economía no esté en función de una vida valorada por los objetos del poder. Y es también algo muy difícil de lograr. Porque no se trata de lograr “a la fuerza” que las cosas sean como lo desea la conciencia del militante, sino de constatar realmente la emergencia de otro tipo de valores e imágenes de felicidad.

Así, la economía alternativa es alternativa, precisamente, cuando logra descolgarse de los objetos de goce del capitalismo. Y es esto lo que nos colocaría frente a un cambio mayor: una verdadera semilla de subjetividad no capitalista.

Y hablando de todo esto: ¿cómo es la experiencia de la compra comunitaria?

—Lo que hacemos es agruparnos de a diez familias. Los aportes para la compra se descuentan de cada plan *Trabajar* (que son 160 pesos). Por ahora son 35 pesos, que salió de un cálculo que hicimos para garantizar lo básico, lo que es carnicería, verdulería, almacén y limpieza. Eso está calculado en base a cuánto se necesita nutricionalmente por individuo semanalmente. Entonces, si una familia tiene, por ejemplo, diez pibes y tiene un solo ingreso de 160 pesos, no va a retirar de acuerdo a lo que aporta sino por la necesidad de su familia. Está el caso, por ejemplo, de una persona que vive sola y retira de acuerdo a lo que necesita también. El otro día estuvimos sacando la cuenta y creo que la persona que es sola retiraba por 18 pesos, y aportó 35; mientras que la compañera que tiene once pibes, retira como 120 pesos y aportó también 35.

Y además están las familias que tienen —en lugar de uno— cuatro planes *Trabajar*. Ellos aportan por los cuatro planes, no por uno solo. Es decir, es de acuerdo a las posibilidades y a las necesidades.

Una vez por semana nos reunimos y evaluamos la experiencia, las relaciones, y vamos rotando las cosas que hay que comprar y dónde. Esto,

por ahora, lo estamos haciendo un grupo, desde hace tres meses. Pero ya hay compañeros que en otros barrios quieren empezar a hacerlo.

15. Las resonancias del zapatismo y del MST

—*¿Qué significa para ustedes el zapatismo?*

—Creo que fue una sorpresa en el momento en que todo el mundo hablaba del fin de las ideologías, la caída del muro, y el comienzo de una nueva era donde ya no habrían organizaciones que fueran capaces de decir que eso no era cierto. El zapatismo fue una grata sorpresa porque nos ayudó a ver con más optimismo en un momento muy especial de la historia. La admiración que me despierta es la capacidad de generar una experiencia distinta a lo que tradicionalmente se conocía, realmente muy distinta. El nivel de adhesión de las comunidades, y la capacidad de plasmar esa organización de una manera verdaderamente democrática, desde el seno de las mismas comunidades. Por eso nos identificamos mucho con ellos. Sabiendo que ahí hay todo un trabajo, que es previo, que no es fruto de cuatro o cinco loquitos que un día salieron militarmente a copar los pueblos, sino que hay todo un trabajo previo que habla de un desarrollo y una inserción real en las bases y en la comunidad.

En lo personal creo que todavía no hemos sacado todo lo que dice esa experiencia, pero nos identificamos con ella porque sentimos que compartimos el tipo de construcción. Porque ahí lo que se ve es la comunidad, no un ejército que hace acciones por fuera, sino una realidad en la que se está íntimamente relacionado. Eso es lo que habla de que ahí no hay verso, de que no hay nada que se pueda esconder.

Por eso, aunque aún no saquemos todo el provecho que esa experiencia encierra, tanto el zapatismo como los Sin Tierra son dos referencias muy fuertes para nosotros.

—Para mí el zapatismo surge en un momento en el que en el imaginario social hay algo que está instalado pero que no se puede decir con palabras, que todos lo entendemos pero no lo podemos decir aún. Ellos fueron como el filósofo que logra decirlo de forma clara y concisa, con las palabras justas. Me parece que el zapatismo es eso, el gran filósofo que dijo tal cual es la cosa, pero a través de la práctica concreta. Y eso es lo que despierta admiración. Ellos mismos dicen que es una sabiduría de miles de años que ellos ahora ponen sobre la tierra, es una verdad que estaba desde hace mucho.

—La diferencia que viene a marcar el zapatismo, en lo político, tiene que ver con esto de no querer el poder, de organizarse desde abajo, de tomarse su tiempo, el tema del mandato de la mayoría, de aplicar verdaderamente ese pensamiento democrático, de libertad y de justicia; también el problema de la dignidad que ellos lo trabajan mucho. Después empezaron a mostrar que las propuestas sociales eran muy importantes, pero no las propuestas sociales específicas de alguna organización, de alianzas de organizaciones o de partidos, dirigentes o caudillos dirigentes, sino que lo importante es la sociedad civil. Empiezan a mostrar incluso que más que frentes, de lo que se trata es de generar una diversidad de formas en que se puede llevar adelante la lucha, y que todas sirven, pues sólo dependen del grado de participación que generen.

Marcan esa diferencia política cuando dicen que un rebelde social siempre será un rebelde, que es una cuestión muy importante. Es entonces una filosofía que empieza a cambiar el proceso ya conocido de las revoluciones. Ellos dicen que seremos soldados para dejar de ser soldados, y creo que lo que están diciendo es que tomar el poder, por intermedio de las armas o como sea, es una idea muy pobre, muy vana, y que más bien eso es sólo algo complementario y no un fin. Por eso, el zapatismo durante estos últimos años fue como un síntoma para otras organizaciones, y empezó a influir en muchos lugares. Fue como un medio que tuvieron otras organizaciones para poder crecer, asu-

miendo esas formas nuevas de política, que hasta ese momento aún no estaban bien definidas.

—¿Ustedes sienten que está presente el tema del zapatismo en la vida del movimiento? Porque sí se habla mucho del MST, se nota que está muy presente.

—En el movimiento en general no. Pasa más lo que sucede con el Che, que por ahí se conoce una foto de Marcos, o una canción como la de Ismael Serrano. Acá se toman algunas frases, algunos cuentos. Por ejemplo en varios talleres se ha trabajado el cuento sobre el león y el espejo. Pero no es tan fuerte como el tema del MST, tal vez porque hemos tenido más contacto con gente del MST, a los que hemos conocido, y al zapatismo desde adentro no lo conocemos.

En núcleos más pequeños de compañeros sí se profundiza bastante sobre escritos de ellos mismos.

—¿Cuáles son las cosas del MST que a ustedes más les han interesado?

—Nosotros ahora estuvimos en Córdoba con los compañeros de la Asociación de Productores del Nordeste Cordobés (APENOC), y ellos nos comentaron que tuvieron un encuentro por el tema de la tierra con gente de México, de Brasil y de otros lugares. Sabemos que está la posibilidad de ir articulando todas estas luchas, desde muchos planos.

Del MST acá, desde un principio, se tomó mucho el tema de la educación popular. Algunos hemos hecho cursos. Y también se tomaron cosas de la mística (risas).

—De los siete principios organizativos del MST, por ejemplo, nosotros tomamos tres: la horizontalidad, la democracia directa y la autonomía.

—Y con los otros cuatro qué pasa, ¿no estaban de acuerdo?

—Ellos tienen formación de cuadros en tres niveles, eso nosotros no lo tomamos. Después está el tema de la inserción en las masas de los dirigentes y nosotros no tenemos dirigentes, acá todos estamos en la misma, así que no hay mucha inserción que pensar. Y después también está el tema del sujeto histórico, que es toda una discusión.

16. Hipótesis sobre el contrapoder

—¿Cómo entienden y practican esto que venimos llamando el contrapoder?

—Nosotros sentimos que desde el comienzo de nuestra experiencia nos hemos planteado las cosas muy en coincidencia con lo que en estos meses hemos compartido con ustedes. La renuncia a repetir esquemas ya hechos en la historia, sin renegar, sin decir que todo fue en vano, sino siempre tomando lo inmensamente positivo de las experiencias históricas. Pero en esta realidad que hoy vivimos estaríamos un poco loquitos si apuntáramos a generar una organización popular, de base, para el cambio social, en función de una lucha por arrebatar el poder político al capitalismo. Esto es algo que pone en crisis. Por ejemplo, no todos los compañeros lo ven así, porque son muchas las recetas que se han venido repitiendo y eso tiene fuerza.

Pero hoy el movimiento se encamina en esta construcción que se está creando. Creo que hemos tenido la intuición de decir que esto no es de cuatro personas que un día se juntaron y dijeron vamos a hacer una construcción así y así, sino que nos hemos propuesto también nosotros recrearnos, someternos también al cambio, y hemos tirado todas nuestras certezas al tacho. Hoy estamos en esta situación y esto se construye. Todo esto ha generado mucha incertidumbre, porque es una manera de construir distinta a la que todos estamos acostumbrados. Generalmente venimos muy estructurados, entonces pensar que esto se está constru-

yendo, con un montón de interrogantes para los que hoy no tenemos respuestas, genera crisis. Pero también nos genera la humildad de saber que no tenemos que tener todas las respuestas, porque se ha visto en la historia que también el conocimiento es opresor, que el que conoce muchas veces domina. El contrapoder se va construyendo desde estas experiencias en las que ya no apuntamos a una lucha por el poder político, mas allá de que hay compañeros que hoy están en nuestro movimiento y esto no lo aceptan; es algo que está en discusión también.

El viernes tenemos un plenario donde vamos a sacar un material más elaborado con las formas organizativas que nosotros trabajamos. Se han hecho varias reuniones de discusión en los barrios, y lo que sale de los compañeros es un poco la confirmación del compromiso con un movimiento que no solamente lucha por lo económico y la subsistencia, sino que también estamos convencidos de que es el germen de una sociedad nueva, donde vamos a ir superando todas las porquerías que tenemos en la cabeza, el egoísmo, etcétera. Y va saliendo con mucha fuerza el hecho de que hoy no nos interesa tomar el poder, ni disputar el poder político, sino comenzar a vivir como muchas veces soñamos. Y eso es ahora; no vamos a tener que esperar una revolución, ni grandes transformaciones en el mundo, sino que eso ya lo podemos comenzar a vivir y aplicar.

Para nosotros el contrapoder tiene que ver con la autonomía. Y la autonomía como organización es algo que hoy no tenemos del todo, pero estamos en ese camino. Ya es un hecho que la actual crisis económica nos lleva a que hay muchas de las cosas que hoy logramos que el año que viene no tendremos. Lo que encierra desafíos, creatividad y lucidez. —Es muy importante saber que no se trata de cambiar el municipio, o la comisaría, por otras cosas, sino que esas cosas existen hoy como cosas que no queremos, que rechazamos, que negamos. No queremos sustituir nada de este sistema, queremos construir algo nuevo. Y eso nuevo lo estamos pensando, construyendo. Por ahí pasa el contrapoder.

Hoy nos preguntábamos: ¿cómo relacionamos con un compañero que estuvo un tiempo en el movimiento y después se va porque no le interesa, o porque no le van los criterios del MTD? ¿Cómo seguir relacionándonos con esa persona? Porque somos vecinos, y tenemos los mismos sueños tal vez, aunque tomemos caminos distintos. Creo que el contrapoder también tiene que ver con eso, con poder aceptar al diferente, e ir desde esa diversidad viviendo juntos.

—Hay algo que dicen los zapatistas: no queremos cambiar el mundo sino crear uno nuevo.

—Yo creo que también tiene que ver con una palabra que nosotros usamos mucho en el movimiento, que es la de cambio social. Vamos viendo que ese cambio no será la obra de un partido, ni de una alianza de organizaciones con una propuesta que se va a poner allí arriba; también vemos que no habrá un sólo método, sino miles de formas sociales. Pero tampoco serán propuestas sociales específicas, sectoriales. Nosotros, por ejemplo, participamos de coordinadoras, pero esas coordinadoras no son nuestros representantes, sino que son lugares donde se expresa la voz de todos nosotros, la multiplicidad.

Creo que esas son las cosas que a veces ubican al MTD de Solano como un síntoma diferente, porque poco a poco va marcando este camino que sería un cambio revolucionario, pero diferente a lo que le llamamos siempre “revolución”.

Es eso lo que se ve en los cortes cuando los compañeros agarran los paños y, poniéndose la capucha, recuperan ese fuego interno que es la dignidad, y que tiene que ver con este camino nuevo que se está haciendo.

Es eso lo que está en la ruta aunque los medios lo tomen como flashes. —Es evidente que los medios de comunicación no muestran la alternativa de contrapoder. No les interesa. Por eso a cada charla que vamos empezamos diciendo que además de lo que los medios presentan de nosotros —los encapuchados en la ruta, incendiando neumáticos, los renegados sociales— nosotros tenemos algo más importante que mostrar: toda

esta construcción, todo este proyecto social que está por debajo. El otro día un compañero me preguntaba cómo veíamos nosotros el problema de la cuestión estratégica, y yo precisamente le decía esto de la construcción en la base, del problema de las autonomías regionales, y que no nos planteamos la cuestión de un poder central unificado porque sería cambiar un poder por otro. Y me contestó: "Eso es utópico". Y cuando le preguntábamos quién dice que eso es utópico, nos contestó: "Lo dice la historia". Pero nosotros también somos la historia. Tal vez eso lo dice la historia que pasó, pero la historia que estamos escribiendo ahora puede decir otra cosa. Muchos, desde los manuales, nos dicen: "¿Cómo puede ser? No hay un partido ni una conducción. La están pifiando". "Ustedes ya la pifiaron", les dijimos. Nosotros vamos a construir algo nuevo, quizás nos equivoquemos o no. Pero, ¿para qué tenemos la creatividad si no la vamos a usar?

—Aún estamos con compañeros que vienen con silla de ruedas y no los queremos dejar atrás. Hay muchos compañeros que están destruidos por esta sociedad: años de miseria. Uno a veces se enoja con tantos vicios, mañas, egoísmos; pero esos compañeros son víctimas del sistema. Nosotros tenemos la idea de que las nuevas generaciones, los hijos de los compañeros, van a ser mucho más plenos. Ésa es la tarea también; no se agota con nosotros. Acá hacemos un gran intento por construir el contrapoder pero, a lo mejor, no tenemos la plenitud de nuestra libertad; es nuestra limitación. Pero a los que vienen les estamos dejando otra cosa y capaz que puedan llevar adelante lo que no podamos nosotros.

Un compañero decía: "Y si viene un gobierno popular, ¿qué haríamos?" Y un viejo paraguayo sacó el caso de Salvador Allende en Chile y los problemas que tuvo. La pregunta era cuál sería nuestra actitud en ese caso; hubo una discusión sobre qué haríamos si aparecían políticos buenos: si los apoyaríamos, colaboraríamos o qué. Revisando la idea de contrapoder, lo que decíamos es que nosotros íbamos a seguir siendo lo mismo: no tendríamos la idea de que los compañeros ocupen cargos o

asuman responsabilidades de gobierno, sino que la organización tiene que seguir tan viva y pujante como ahora. Es decir, la organización no tendría por qué desorganizarse si viene un gobierno popular. Y había compañeros que mucho no compartían esto. Pero nosotros insistíamos en que el mejor rol que podíamos tener como organización es no desorganizarnos porque por más buena voluntad que tenga el gobierno, no tenemos que bajar la guardia: las organizaciones deberían ser la mejor garantía de que ese gobierno sea popular.

—Es como si en los Estados de Brasil en los que triunfa el PT, el MST se desintegrara y dejara de tomar tierras. El tema es saber qué pasaría si el PT ganara a nivel nacional, si le pediría al MST que pare. Yo creo que pasaría lo mismo que pasó con Villa y Zapata. Ahí dejaría de ser un gobierno popular; si es popular realmente no puede ordenarle a las organizaciones populares que se desorganicen.

17. Elementos para un balance del taller de pensamiento de Solano

—Para nosotros estos meses de taller significaron encontrar muchos elementos del trabajo que nos proponemos hacer. Creemos que la exigencia fundamental del conocimiento hoy es desarrollar un pensamiento situacional, un saber que emerge de las experiencias de creación de nuevas formas de vida. Y si algo ha sido este taller es precisamente una experiencia de pensamiento colectivo muy potente.

—En estos días estuve releendo algunas cosas de ustedes, en especial el cuaderno sobre el MOCASE, y me doy cuenta que —en lo personal— yo tenía dissociado lo intelectual de la práctica. Es que veo que hay algunos compañeros que se ponen a pensar y escribir sin que eso tenga relación con lo que está pasando, con lo que se está construyendo. A mí, el taller me ayudó a comprender el sentido de la construcción del pensa-

miento, de las ideas, del conocimiento en este lugar, un sentido que potencia la práctica.

—A mí siempre me jodió el hecho de que muchos menospreciaban el trabajo que nosotros hacíamos: “desocupados que cortan rutas”, decían. Pero yo tampoco tenía noción de lo importante de lo que hacemos. A través del debate, aparece que lo que estamos construyendo es algo realmente mucho más importante de lo que yo pensaba. Tampoco creéte-la que vas a cambiar todo, sino que ahí interviene el debate sobre la multiplicidad: poder asumir la multiplicidad como construcción.

—A mí me pasa que ya no puedo concebir mi vida sin ustedes. Y me parece que se trata simplemente de encontrar formas de seguir trabajando juntos. Porque descubrí que somos lo mismo porque estamos en lugares diferentes.

—Nosotros no teníamos un ámbito para charlar las ideas en el ritmo y las exigencias del día a día.

—Creo que acá aprendimos algo que nosotros decíamos pero sin tener la experiencia: la posibilidad de salirnos de la articulación política, de trabajar sin planes ni programas. Porque creo que este es un espacio que funciona sin que nadie se acuerde bien de dónde es cada uno. Así, cada grupo no sólo se lleva lo que ya tenía, sino que hay algo más que es lo que se produce. Por eso, en este tipo de encuentros se van produciendo lazos y relaciones entre experiencias bien distintas, que desmienten la concepción de que la alternativa a la articulación política clásica es la dispersión.

1 Nos referimos a un informe que preparamos en agosto de 2001, sobre el surgimiento del Movimiento Nacional Piquetero. El objetivo era mostrar cómo dentro del fenómeno social llamado piquetero se escondían formas muy diferentes de pensar y de trabajar. La base del borrador fue el trabajo con los compañeros del MTD-S.

2 En referencia al levantamiento del pueblo de Gral. Mosconi, en la provincia de Salta, en el mes de junio de 2001. La dura represión, en esa ocasión, dejó un saldo de dos muertos.

Papeles de trabajo

1. Resumen del taller del 12 de junio de 2001

Intenciones del taller

Pensamos que este primer encuentro fue muy bueno y constituye un excelente punto de partida para nuestro trabajo común. Quedó esbozado un espacio de trabajo basado en la confianza y en una comunidad de búsqueda, en el cuál nos proponemos pensar juntos los problemas, obstáculos y características de una nueva forma de la experiencia militante. Algunas cuestiones deberíamos ir tomando en cuenta, explicitándolas, para ir construyendo este espacio de producción y de investigación, sobre bases sólidas.

Por un lado resulta fundamental el hecho de lograr pensar juntos. Nos referimos a una forma de conversación y de encuentro alrededor de una trama común, organizada por los problemas que nos convocan. Así, la tarea común del grupo es la de pensar los problemas que tenemos, inventando soluciones posibles o, al menos, formas de plantearlos que abran nuevas perspectivas de trabajo. No se trata de llegar a acuerdos entre “posiciones” u opiniones, entre personas y grupos diferentes,

sino de lograr un estado del pensamiento que nos permita ir viendo cosas, planteando los problemas desde un punto de vista que de otra forma no podríamos alcanzar.

Esto es muy importante: no se trata de “estar de acuerdo” en una “nueva teoría”, ni de “incorporar un nuevo lenguaje”, sino de poder pensar los problemas para darles una nueva perspectiva práctica.

Este trabajo juntos, estas reuniones del taller, tienen que ir produciendo materiales de difusión y formación.

Pero para que esto suceda, creemos, no se trata de insistir y de difundir lo que ya sabemos, sino de ir pensando cosas que enriquezcan realmente nuestras prácticas, a partir de poder llegar a plantear cosas que de otra forma no hubieran salido.

Esto quiere decir que no nos mueve el objetivo de conquistar una meta definida, sino que lo que nos importa es la posibilidad de una experiencia real, común, que nos irá poniendo desafíos y nos exigirá una cierta disciplina de taller.

Por eso se vuelve fundamental que podamos ir preparando los encuentros que vayamos teniendo, dedicándoles tiempo y tomándonos el trabajo de volcar allí las preocupaciones que nos parezcan fundamentales.

Resumen de lo conversado

El disparador que abrió la reunión fue la propuesta de pensar la diferencia entre la figura del “revolucionario” y la del “rebelde social”, distinción formulada por el Sub. Marcos. Se intenta dar cuenta así del surgimiento de una nueva modalidad de la militancia, comprometida con el cambio social en forma concreta y a través de las tareas que este objetivo implica. Decía Marcos: “El destino es diferente. El revolucionario tiende a convertirse en un político y el rebelde social no deja de ser un rebelde social. En el momento en que Marcos o el zapatismo se conviertan en un proyecto revolucionario, es decir, en algo que devenga en un actor político dentro de la clase política, el zapatismo va a fracasar co-

mo propuesta alternativa. Porque un revolucionario se plantea fundamentalmente transformar las cosas desde arriba, no desde abajo, al revés del rebelde social. El revolucionario se plantea: vamos a hacer un movimiento, tomo el poder y desde arriba transformo las cosas. Y el rebelde social no. El rebelde social organiza a las masas y desde abajo va transformando sin tener que plantearse la cuestión de la toma del poder. Se necesitan políticos, desgraciadamente, pero sobre todo líderes sociales. Creo que el zapatismo tiene que optar y va a optar por los líderes sociales...”

En la discusión fueron apareciendo ideas muy potentes a partir de la experiencia del MTD-S:

- Vivimos en las luchas actuales el surgimiento de una forma de pensar la emancipación según la cuál, en primer lugar, se trata de tener muy en claro qué es lo que ya no se quiere. Hemos constatado –a partir de experiencias concretas– los “problemas” de las políticas hasta ahora ensayadas.

Para éstas el socialismo era un modelo ya hecho que se trataba de “aplicar” a la realidad. Y el poder era el lugar desde el que se comandaban los hilos de la sociedad. Así, el poder ocupaba un rol central en las concepciones revolucionarias del socialismo clásico.

- Tenemos que asumir que ya no hay caminos previamente trazados. Se trata, ahora, para nosotros, de ir haciendo camino al andar y de recorrer efectivamente esos caminos que vamos abriendo.

Esto implica una permanente creación de nuevas formas de organización, de pensamiento, y de vida en las mismas experiencias reales que vivimos.

- Pasa entonces a ser central el trabajo colectivo, la construcción concreta de una comunidad, como verdad de las prácticas y como forma de las decisiones y del pensamiento. Va surgiendo, así, una idea auténtica de la democracia: como una dinámica y una práctica necesaria y cotidiana, y no ya como forma en que los poderes del Estado se legitiman ante el pueblo.

- Se trata de “organizar la rebeldía”, que existe y crece constantemente ante la injusticia del sistema. La rebeldía no puede ser algo “de los individuos”, sino que tiene que ser colectiva.

Pero se precisó también que la rebeldía sola no alcanza para explicar nuestras luchas, sino que además y fundamentalmente se trata de afirmar otra sociedad en el presente, y no sólo de negar al poder.

Aquí surgieron las diferentes visiones que hay en relación a la experiencia de los piquetes, en los cortes de rutas. Allí donde para otros compañeros lo fundamental es la acumulación para hacer estallar al poder, para otros (nosotros) hay otro trabajo que realizar.

- Permanentemente nos vemos presionados por la necesidad de tener las cosas resueltas y entonces corremos el riesgo de actuar de forma similar a la izquierda tradicional, intentando todo el tiempo “plasmear nuestras ideas”. Se producen crisis en los militantes, provocadas por la incertidumbre, por la sensación de estancamiento que esta forma de construcción parece propiciar. Por un lado nos exigimos constantemente “resultados” y por otro, vivimos con la incertidumbre y las incertezas.

Finalmente se planteó que las garantías del movimiento son, fundamentalmente, la constante rebeldía, la participación popular y la construcción de acuerdos básicos sobre cómo moverse. En un segundo momento se planteó una hipótesis elaborada a partir de la investigación que lleva adelante el Colectivo Situaciones en Moreno¹ y que consiste en distinguir tres formas que toman las experiencias de solidaridad popular. El objeto de esta distinción es el de diferenciar cuándo una experiencia colectiva es meramente circunstancial y cuando la experiencia produce y afirma una nueva subjetividad o nuevas relaciones sociales. Esta distinción nunca existe en la realidad en estado puro, sino que permanentemente se expresa en zonas grises, donde se mezclan elementos de las tres.

- Un primer nivel sería el de aquellas experiencias en donde los agrupa-

mientos se dan en función de un interés individual, de demandas que “por el momento” no están satisfechas. Se trata de la solidaridad de quienes están excluidos, o pasan por un “mal momento”, pero que en rigor, lo que desean, lo que “esperan”, es abandonar esa situación. Y la solidaridad dura lo que dura esta situación de exclusión. Luego, como lo que se aspira es a la inclusión, esa solidaridad que se experimentó en la “mala época” queda simplemente como un buen recuerdo.

Estas experiencias son siempre transitorias, no por su duración, sino porque están concebidas como un recurso necesario “mientras dure” el problema, pero no como el lugar de una insistencia en la creación positiva de una nueva sociabilidad.

Para estas situaciones las luchas son medios para alcanzar un fin muy concreto: la inclusión o la satisfacción de lo demandado.

Estas experiencias suelen ser muy fáciles de manipular para los gobiernos y no constituyen una amenaza real a las formas sociales dominantes. Sin embargo, en estas experiencias suele haber “derivaciones” a los niveles superiores (al menos respecto de la “nueva sociabilidad”).

- En un segundo nivel se encuentran experiencias sostenidas por las convenciones y la acción de los militantes. Se trata de agrupaciones (escuelas alternativas, grupos de educación popular, comedores, cortes de ruta, o lo que sea) que intentan sostener la lucha exclusivamente sobre la voluntad y la conciencia de sus miembros. Aquí aparecen ideas de cambio y formas de organización y lucha que intentan superar los cauces prefijados por la estructura de poder. De estas experiencias emergen siempre “nuevas formas”, o “formas alternativas” con la intención de “construir nuevas relaciones sociales”. Pero tienen un alto grado de dependencia de los militantes que las sostienen. Además, el gran problema de estas experiencias, casi siempre muy, muy valiosas, es que se sostienen a partir de la voluntad de un grupo de “construir” la nueva sociabilidad, como si ésta pudiera planificarse a partir de la conciencia y/o las teorías.

• Por último, constatamos el surgimiento de experiencias de organización popular que comienzan a mostrar elementos de una sociabilidad no capitalista. Ya no se trata de que “como estamos mal vamos a juntarnos para incluirnos”. No, estas experiencias comienzan a afirmar ideas diferentes de la vida, de la felicidad, de la organización política, de la forma de financiarlas que ya no buscan la “inclusión”. Por eso hablamos acá de una “nueva sociabilidad”. Esta es la base del contrapoder.

A diferencia del segundo nivel, en donde los militantes van “aplicando”, según su buena voluntad y según lo que les dicte su conciencia (o su orga, o su partido), este contrapoder no está basado en lo que “quiere un grupo”, sino que son cientos de experiencias que van llegando a similares conclusiones, más allá de lo que digan un grupo de militantes, intelectuales o dirigentes.

Los elementos de una nueva sociabilidad no son creados por nadie en particular. Emergen: son creados por los pueblos en sus luchas. El contrapoder no tiene autor (ni autores).

Se trata de la aparición histórica de una nueva subjetividad, de nuevas formas de pensar, plantear y solucionar los problemas de la existencia.

Creemos estar ingresando en una nueva época, en la que entra en crisis la figura del individuo, base del capitalismo (y el determinismo histórico, y el mito del progreso), y va surgiendo un contrapoder, un vínculo entre los hombres, entre las experiencias que están desarrollando prácticamente otra sociabilidad.

En estas experiencias los militantes ya no son quienes “saben” sobre el “modelo” de sociedad por venir, ni quienes desean el poder, sino los compañeros que se comprometen a pensar y trabajar *desde y para* las experiencias, en la visibilidad y fortalecimiento del contrapoder.

Esta hipótesis tiene una importancia central si tenemos en cuenta las dificultades con las se enfrenta el contrapoder en los barrios del conurbano, donde predomina la destrucción de los lazos comunitarios, la desconfianza, las disputas de poder y las salidas individuales.

Las dificultades del contrapoder por afirmarse como nueva sociabilidad son, entonces, gigantes.

Aquí podemos ver la diferencia, por ejemplo, con el movimiento zapatista. Allí, de alguna forma, la comunidad indígena (pre)existe, con sus formas y costumbres, y resiste la sociedad del individualismo y del capitalismo.

En las experiencias de Buenos Aires, la organización popular, la comunidad, está destruida, y no hay otra subjetividad que la capitalista de la cual agarrarse. Es la organización, entonces, la que va recreando los lazos sociales, mientras se da, a la vez, la lucha reivindicativa. Por ello se mezclan los niveles reivindicativos, la importancia de los militantes de las experiencias y la construcción de lazos solidarios no capitalistas por la base (la base, para nosotros, es lo único que existe. Mantenemos la imagen, pero aclaramos que para la investigación del contrapoder no hay más que “base”).

Una nueva sociabilidad y una nueva subjetividad no son algo que se pueda crear de un día para el otro. Se trata de un largo proceso que ya ha comenzado, y no de un voluntarismo de un grupo de militantes, de intelectuales o de dirigentes.

• Uno de los grandes desafíos es lograr que predomine la dinámica de la organización popular, por sobre “el militante que da soluciones”. En este sentido, el MTD-S ha logrado establecer una dialéctica muy interesante entre los objetivos que se da y la experiencia real de los vecinos en su proceso de lucha y discusión.

• Otra de las preocupaciones que fueron apareciendo tiene que ver con la creación de lugares de encuentro. Lograr espacios en los que lo colectivo y la solidaridad no sean un medio, sino esencia misma. O, lo que es lo mismo, pasar de ser “vecinos” a ser “compañeros”.

• Los piquetes, como tales, ya dejaron de ser una novedad. Ahora se ve más claro que lo potente es lo que queda de ellos y entre ellos. Enton-

ces, se rescata especialmente la hermandad y el respeto mutuo que produce la lucha en los cortes de rutas, momentos en los cuales la suerte de todos está atada entre sí. Se resfuerza allí el lazo social que organiza y compromete a los que participan, imponiendo una disciplina y una forma de funcionamiento colectivo.

- Se ha logrado abordar colectivamente “ejes que son más productivos políticamente”, en los que se tratan los problemas de la vida y ya no sólo la cuestión de los planes (como fue la lucha contra la leptopirosis).

- Un desafío para el movimiento es el de ir dando “saltos cualitativos”, es decir, que los compañeros que van ingresando al movimiento vayan creciendo como personas, lo cual implica que vayan asumiendo los valores y el sentido del movimiento.

(Aquí se ve hasta qué punto el movimiento va construyendo una subjetividad, en la misma medida en que realiza otras tareas sin las que no podría realizar este trabajo, que parece ser el propio del contrapoder).

Se trata de que puedan percibir que organizarse no es sólo una buena forma de conseguir planes, sino fundamentalmente una nueva forma de vida. Que vaya plasmándose uno de los principios del movimiento, que indica que entre los compañeros no hay jerarquías, que los referentes no son capataces, y que el salario no es un motivo de sumisión.

Los “saltos cualitativos” están totalmente ligados a la capacidad que se tenga de lograr un encuentro entre los compañeros nuevos y los referentes.

Por otra parte, el crecimiento cualitativo del movimiento está ligado al buen funcionamiento de los espacios de trabajo y de los diferentes niveles de la organización.

Es esencial que éstos funcionen cada vez mejor (desde la organización y la seguridad en los cortes de rutas, hasta los talleres productivos; desde los espacios de formación, hasta la farmacia; desde la coordinación con otros MTDs, hasta las mesas de cada barrio).

Por otra parte, no se quiere “engordar”, ni agitar “demasiado”, por lo menos hasta que lo que ya está organizado funcione bien.

- También se habló de la importancia de la relación que se ha ido estableciendo con los vecinos que no pertenecen al movimiento. Ha habido una consolidación del movimiento, se han recompuesto relaciones familiares que habían entrado en crisis por la participación de algunos miembros de las familias en el movimiento, y el rechazo de otros motivado fundamentalmente por las campañas de desprestigio implementadas por las instituciones tradicionales de poder del barrio.

Estos ataques han disminuido ante la evidencia de que la inserción del movimiento es cada vez mayor y más legítima.

Se comienzan a desplegar “solidaridades implícitas” (ya no hay más denuncias de vecinos, y más bien se da una colaboración silenciosa), tal vez poco espectaculares pero decisivas. Sobre todo si de lo que se trata es de recomponer y construir nuevos lazos sociales y comunitarios.

Un compañero contó una charla con un vecino que “condenaba” la actividad del movimiento y en donde lo que hizo fue “contarle lo que hacíamos y no lo que él debería hacer”. En este ejemplo se explicitaba la potencia que produce el movimiento en su quehacer cotidiano.

- Por último, se habló de las implicancias de la política del contrapoder, de las concepciones que pone en juego y las prácticas y pensamientos que produce. Se habló de su diferencia con respecto a la idea de la “construcción del poder popular”.

Estas diferencias son muy menores, en el sentido en que son diferencias entre compañeros que pensamos muy parecido, y las cosas se mezclan inevitablemente todo el tiempo.

La diferencia central es que el poder popular pone la cuestión del poder estatal en el centro, y desde allí plantea una política popular para alcanzarlo; y en cambio, el contrapoder parte de sacar al Estado y los aparatos de gestión del centro de nuestros problemas. Las consecuencias de

“sacar al Estado del centro” son muy grandes.

Pero, para marcar un poco estas diferencias, podemos ver, por ejemplo, que hay una idea distinta del sujeto y de su relación con el poder.

Sintéticamente, el contrapoder encuentra su base de potencia en la situación concreta en que se trabaja, en las experiencias en las que se participa, y no confía más que en este trabajo situado en la base. En esa situación están dados los elementos para la construcción, y no hay nada que esperar: ni la toma del poder, ni la construcción del partido, ni nada.

Así, el problema del poder queda desplazado del lugar central que históricamente tuvo. Además, hay una idea de que el poder es diferente: la lucha del contrapoder no es sólo contra el poder central, sino también contra los poderes tal y como actúan en nuestras situaciones. Sobre todo porque la dominación no es algo tan lejano, sino que se reproduce desde lo más cotidiano, desde las cosas que se desean, desde la forma en que se plantean las relaciones.

La lucha contra el poder se plantea de dos formas: contra el dominio del Estado y del mercado. El poder popular lo ataca sólo en su existencia global, sólida y externa. Pero el contrapoder sabe que el mercado y el Estado empiezan entre nosotros. Que su fundamento y su fuerza no es mítica, sino real, y que tienen bases antropológicas profundas. Así, si no producimos valores superiores a los que produce el capitalismo no cambiaremos jamás las relaciones sociales ni empezaremos a pensar de otro modo: reproduciremos eternamente los mismos poderes.

Podemos sintetizar esta diferencia diciendo que mientras la construcción del poder popular es una consigna política justa, el contrapoder no privilegia a la política sobre otras instancias de la vida.

El contrapoder implica un camino de creación, en el que hay muchos problemas para los cuales no “hay” soluciones escritas. Algunos de estos problemas, que quedaron pendientes para una futura discusión son:

- El tipo de relación, de lazos, que es necesario ir constituyendo entre las diferentes experiencias de lucha.

- La relación con las instituciones estatales y los subsidios.

- Y las características de los ámbitos propios de gestión que deben ir creándose.

• Sin embargo, y a pesar de todo lo dicho, se habló de lo inconveniente que resulta “tirar a la basura” como “trapos viejos y en desuso” los aportes que los diferentes movimientos revolucionarios fueron haciendo a través de la historia y se abordó el problema de la identidad como “trabajadores” desocupados.

El MTD reivindica esta identidad y lo hace postulando que ella surge del hecho que somos sujetos productores (y por tanto trabajadores) de la vida y no como gente cuya identidad está formulada “por” y “para” el capitalismo. La vida, entonces, es algo mucho más amplio y esencial que la producción capitalista y las exigencias alienantes que nos impone.

Se insistió en que el trabajo implica una potencia productiva y creativa del pueblo, y no una “clasificación”, una etiqueta, que nos define antes de actuar, empobreciéndonos.

• Quedó pendiente también, para mas adelante, poder pensar algunos ejes fundamentales de lo que constituye “la muerte del determinismo histórico”, pensamiento central de la modernidad capitalista, y que influyó también en las experiencias de emancipación. Por ejemplo, la idea misma de la razón y el saber, de la evolución de la historia, de la totalidad.

2. Resumen del taller del 26 de junio de 2001

En la reunión del martes 26 se discutió acerca del levantamiento popular de General Mosconi, en la provincia de Salta. Estaban presentes compañeros que habían estado allí. Aparecieron puntos para ser trabajados en los próximos encuentros.

Se leyó el documento que resumía lo discutido en la reunión anterior. Allí, surgió nuevamente la discusión de la figura del “rebelde social”, que propone el Sub. Marcos, como alternativa a la del revolucionario. Se precisó que no era un problema de nombres, ni de lenguaje, que estos se pueden usar indistintamente, siempre que se tenga en claro qué se quiere decir con cada uno de ellos. La idea es pensar la existencia de un nuevo tipo de militancia, que actúa en la base transformando las condiciones de vida permanentemente, y que, a diferencia del militante clásico, ya no se prepara para conformar un partido político ni para reinserir las luchas en la lógica de “construcción-toma-conquista del poder”. Marcos tiene –como todos nosotros– un descubrimiento entre las manos: el cambio no sólo viene de abajo, sino que, además, las garantías de que el cambio no será transitorio, están también en las luchas de la base. Ya no se trata, por lo tanto, de conformar organizaciones que tengan en el Estado un interlocutor único o principal, sino que lo principal pasa a ser la capacidad del movimiento de dirigirse al resto de las luchas y las personas que trabajan por el cambio social.

Resonancias de Salta

Cuando se discutieron las consecuencias de las luchas de Mosconi surgieron cosas muy interesantes:

- Se puso de manifiesto hasta qué punto en aquella experiencia no se produce la emergencia de un “nuevo grupo político”, pero tampoco se trata, simplemente, de una “lucha sectorial”.

Un “nuevo grupo político” tiende a representar al movimiento de lucha y a “representarlos” frente al gobierno, los partidos políticos y los medios de comunicación. Finalmente, toda la energía que se desplegó en las luchas termina en una negociación con el Estado (provincial o nacional). En el mejor de los casos se consigue un logro más o menos puntual. En el peor, el grupo se beneficia a costa de la lucha de la comunidad.

Una lucha simplemente sectorial conduce a una solución semejante.

La experiencia de General Mosconi nos muestra que la lucha es tomada por toda la comunidad. El proceso tiene una legitimidad altísima porque el pueblo entero se suma a partir de una lucha concreta que alcanza un nivel muy alto de identificación en la comunidad. Entonces, es una intervención que no toma las formas clásicas de las luchas típicamente “políticas” (reclamo sectorial o lucha partidaria por el poder). Por eso cuesta “identificarla”. Sobre todo para los gobiernos, los partidos políticos y los medios de comunicación, es decir, para aquellos que suelen poner las etiquetas, y construir las imágenes que circulan social y políticamente. Luego se mencionó la autoconvocatoria y la movilización espontánea que se dio en Solano en solidaridad con la lucha de los compañeros de Gral. Mosconi. La movilización se produjo a partir de identificar esa lucha con “nuestra causa”, es decir, al constatar y sentir la relación existente, de hecho, entre las experiencias. Este es un caso en el que “uno” se mueve por lo que le pasa al “otro”, pero ya no se trata tanto de una solidaridad entre dos realidades separadas, sino entre experiencias que participan de una misma realidad. No nos referimos a la existencia de lazos entre las experiencias, sino al nivel de resonancias en ellas, a la forma en que se asume las luchas que ocurren a miles de kilómetros como inmediatamente propias.

- Este hecho específico habilita a pensar la naturaleza de las relaciones entre las experiencias de contrapoder. Estas relaciones ya no pasan sólo por el acuerdo que se pueda hacer entre los grupos. No es como en el capitalismo que la gente sólo se entiende por la existencia de contratos de mutua conveniencia. Lo que mueve a las luchas no es ya el cálculo de la ganancia, sino la evidencia de que en el destino de aquellas luchas está el destino de las nuestras. Las formas organizativas se piensan y se practican como consecuencia de esto, y no como condición previa para la solidaridad. Esto es muy importante, porque nos muestra hasta qué punto no se trata sólo de una coyuntura, o de un momento más o me-

nos casual, sino de un grado de maduración de una sociabilidad que quiere parir una figura superior a la del "individuo". Ya no se trata de la solidaridad que tiene el que está mejor con el "pobrecito" que está peor, sino de una solidaridad práctica, inmediata, que no precisa de largos discursos para existir materialmente y, sobre todo, que no está regida ya por el rédito político.

• Es muy evidente la diferencia entre este modo de solidaridad y la que ponen en juego los partidos políticos y las centrales sindicales (avanzadas). Estos aparatos se mueven por arriba de las luchas, intentado "representarlas", y evaluando sus conveniencias: sólo dan pasos concretos según cuánto les sirva para la acumulación de sus respectivas organizaciones. Pero si esto no se da, si no se acumula o si "el perfil no da", vacilan y cuando la lucha se pone difícil, se abren.

Lo que pasa con estas organizaciones es que sus decisiones están siempre guiadas por la búsqueda de consensos. Toda su práctica se explica a partir de la búsqueda de la adhesión de las mayorías (pero como sabemos, las mayorías no existen en tanto tales, sino como una representación inerte en nombre de la cual se justifican posiciones). "¿Qué dirá la "mayoría" de la gente?". No se detienen a pensar que la gente no piensa igual cuando está sola y desmovilizada, que cuando está comprometida y luchando y, entonces, no se puede estar de acuerdo a la vez con los que "no hacen nada" y con quienes "están todo el día trabajando". Porque son dos posiciones diferentes. No se puede a la vez seducir a los votantes, los espectadores de la TV, toda esa masa que vive diariamente sumergida en el individualismo y, a la vez, a quienes entran en actividad, quienes trabajan contra las tendencias egoístas y mercantiles.

Quedan atados y prisioneros de la "lógica del poder", que es la que se preocupa exclusivamente por "las mayorías". Por eso no son libres para hacer lo que "tendrían" que hacer si lo fueran.

Las organizaciones que le hablan siempre al Estado y a las "mayorías" se

pierden de dirigirse a esa gigante masa de minorías que acá y allá luchan contra el modelo del poder y la opresión. Por lo tanto carecen de esa libertad para actuar como se "debe" (cuando de lo que se trata es de la producción de formas de vida que escapen a la tristeza actual). La renuncia a esa libertad es muy grave. Por ese camino ya no hay siquiera errores de los que aprender: los errores son fuentes de sabiduría cuando son aprendidos por personas y movimientos de hombres y mujeres libres.

• Volviendo a la experiencia de Salta, se insistió mucho en una diferencia importante respecto al MTD de Solano.

Porque a primera vista se podría decir que son dos organizaciones "piqueteras", y así, se pierden las diferencias fundamentales. Una de estas diferencias entre ambas circunstancias es especialmente importante porque nos muestra una particularidad de las construcciones que se dan en el conurbano de las grandes ciudades (en especial de Buenos Aires): en Gral. Mosconi y en muchas experiencias que se desarrollan en las provincias más pobres del país —en contra de los que se podría pensar— la dinámica comunitaria está mucho más presente. Allí se han conservado tradiciones y costumbres que han preservado un poco más a las personas de la degradación capitalista que es muy aguda en las ciudades más desarrolladas. En palabras de un compañero que conoció la experiencia de Salta: "los compañeros de esos piquetes no tienen tal vez una organización envidiable, pero están muy bien de la cabeza".

En Buenos Aires, en cambio, los lazos sociales están muy destruidos por la lógica del sistema y, por tanto, el peso y la necesidad de la organización se vuelve mucho más importante. Sobre todo por algo que ya había aparecido en reuniones anteriores: la importancia de la difusión de valores que reconstruyan la sociabilidad. La construcción de lazos sociales, personales, familiares, políticos, en fin, de una subjetividad de lucha, de comunidad, de proyecto, están en el centro de la acción del movimiento.

Esta es la verdad que se les escapa a quienes creen que los piquetes son por sí mismos “una forma de hacer política” que “ahora conviene”, o que es la “moda” y es, también, una de las cosas en las que más tenemos que profundizar. En Salta hubo, decíamos, una rápida identificación entre la lucha de la UTD –Unión de Trabajadores Desocupados– y el resto de la comunidad, por lo que la importancia decisiva de la organización, y el peso de ésta, no es tan notoria como en Solano.

El intento de la prensa de convertir a la muerte de dos compañeros en un motivo de quiebre del movimiento fracasó precisamente por esta dinámica comunitaria en la que todo el pueblo asumió la lucha como propia. Así, cuando el gobierno mandó sus emisarios, lo primero que se exigió fue el desprocesamiento de los compañeros.

Resumiendo, en Solano la organización tiene que asumir la tarea de reconstruir el lazo social destruido por los efectos del sistema de dominio y empobrecimiento de hombres y mujeres.

Quedó planteado, entonces, un interrogante: ¿la falta de una organización bien estructurada en Mosconi es un déficit o no? ¿Se trata de una carencia, o es simplemente una forma distinta de subjetividad que trabaja con organizaciones más adecuadas a sus propios fines, a sus circunstancias y, en fin, a una experiencia diferente?

Respecto de la organización del MTD de Solano, se contó la historia desde su fundación. Se relató su nacimiento y se dijo, fundamentalmente, que lo importante de este proceso es la conciencia de hasta qué punto se trata de una forma de lucha en la que no hay modelos a seguir. Se trata, en cambio, de generar espacios donde se instituyan nuevas relaciones sociales. La organización se plantea, entonces, como problema y como una instancia necesaria a condición de que no se estructure sobre moldes, doctrinas ni recetas previas.

• En cuanto a los problemas que percibió el compañero que estuvo en Gral. Mosconi, apareció el relativo encierro en el que se encuentra la

UTD con respecto a la relación con otros movimientos de desocupados. Para la UTD, al menos hasta el momento, no parece ser una prioridad establecer lazos con otras experiencias, aunque a partir de lo sucedido quedó abierta la posibilidad de constituir intercambios más fluidos.

Se habló sobre cómo sería una relación entre movimientos tan distantes y se dijo que debe hacerse sobre la base de una práctica concreta, buscando qué es lo que hay en común en ambas situaciones, más allá de las características particulares de cada expresión de lucha. Esta forma de pensar contrasta con los militantes partidarios que les decían a los compañeros de la UTD lo que tenían que hacer.

Otro tema que se trató es el de la violencia. Lo que nos llamó a todos la atención es la subjetividad que se construye en estas experiencias. La violencia es un elemento más de la resistencia, viene desde abajo, es defensiva y expresa la bronca popular. Es una violencia que contesta a la violencia del poder.

• Se conversó también sobre el fenómeno de los piquetes y su generalización como forma de lucha, sobre todo a partir de la repercusión que adquirieron en los últimos tiempos. Se dijo que Mosconi marca un antes y un después, en la medida que muestra la profundidad de las luchas populares. También se planteó que hay que ser creativos para no quedar encasillados. No todo pasa por romper, no todo pasa por cortar, y a partir de allí surge la diferencia con quienes ven esta lucha con otros fines. Los criterios que se toman en cuenta a la hora de planificar un corte de ruta son el fruto de discusiones previas y de una construcción colectiva y cotidiana. La forma de los cortes depende de la táctica que se trace en función de la consecución de objetivos específicos. Por ejemplo, cuando se enfrentó el problema de la leptopirosis se trataba de denunciar (y presionar) al gobierno municipal, por lo que se bloqueó el acceso a Solano. Entonces el gobierno tuvo que reaccionar creando las condiciones de higiene requeridas. En el caso de la solidaridad con los compañeros de Salta lo que se buscó es cortar un lugar neurálgico, de modo tal de

presionar al gobierno para que retire a la gendarmería y producir un efecto mediático que mostrara claramente la solidaridad con los compañeros. Siempre que se planifica un corte se tiene en cuenta la proximidad con el barrio de modo tal de no quedar aislados.

Estos tramos de la conversación mostraron que allí donde los burócratas de la política sólo ven una “simpática táctica de lucha” –espectacular además por lo radicalizada– existe un proyecto de vida colectivo y cotidiano. Donde algunos ven el quilombo necesario para concretar sus planes políticos, existe una construcción alternativa.

Los subsidios y la economía alternativa

En una segunda parte de la reunión se abordaron algunos de los principales problemas que enfrentan las experiencias alternativas.

- Se planteó como tema de discusión el problema de los subsidios.

A partir de la experiencia concreta de Solano, sería muy interesante pensar si éstos favorecen la organización popular, o si, por el contrario, frenan su desarrollo y potencialidad. Se contaron dos visiones que aparecieron sobre este tema en las investigaciones del Colectivo Situaciones en Moreno. Una primera, toma el subsidio como un “impuesto revolucionario” que hay que cobrarle a los capitales internacionales y que se sirve de ellos para desarrollar y potenciar la organización; la segunda, por el contrario, ve a los subsidios como un factor que paraliza las luchas, coopta a los dirigentes y neutraliza las estrategias productivas autónomas relegando el proceso de organización comunitaria.

Un interrogante fuerte que surgió en la conversación es si los planes *Trabajar* se pueden integrar a la organización como un elemento más o si la suerte de la organización depende de ellos y por tanto son un factor peligroso. Se dijo que hay que tener en cuenta tres niveles con respecto a los subsidios estatales: en primer lugar, los subsidios tienen que ver con la subsistencia, pues en la mayoría de los casos, los 160 \$ del plan constituyen el único ingreso de las familias. En este sentido se dijo que “sin

los planes, seguramente habría mucha menos gente en el movimiento”. En un segundo nivel aparece el aporte solidario que los miembros hacen para sostener al movimiento. Aquí ya aparece un primer elemento de solidaridad. El porcentaje de los aportantes es muy alto: el 90% de los que reciben un subsidio aporta diez pesos al movimiento.

Habría un tercer nivel en el que se está empezando a trabajar y que consiste en transformar el “trabajo solidario” que se hace para “justificar” ante el gobierno los planes, en emprendimientos productivos autónomos. Se reconoció que en este punto existen trabas importantes y que, a su vez, es un desafío fundamental para el movimiento en su lucha por lograr una real autonomía del Estado.

- El problema de la función de los subsidios, entonces, aparece aquí estrechamente ligado a la posibilidad de poner en marcha estrategias productivas autónomas. Para los compañeros, estas estrategias deben ser alternativas a la producción mercantil. Y no sólo porque las relaciones mercantiles son antagónicas a los valores que nos mueven en la construcción militante, sino por un problema de efectividad concreta: el mercado hoy no es un medio de satisfacción de las necesidades de los vecinos de Solano. En este sentido hay ideas y proyectos que se están intentando desarrollar. Se trata de aprovechar la cantidad de horas/hombre de trabajo existente (que son muchas) en la producción de no-mercancías, en productos de autoconsumo, directamente ligados a las necesidades de los vecinos. Se dijo que, a pesar de la imposibilidad de controlar todo el proceso productivo, pues los insumos para la producción habría que comprarlos en el mercado, si se logra producir y establecer un sistema de intercambio que elimine la ganancia –o sea, en donde los precios sean igual al costo de los insumos– sería posible hasta duplicar el ingreso mínimo, ya no en dinero, sino en productos y servicios. Aquí surgió un tema preocupante y difícil para muchas experiencias del contrapoder: la relación entre estos emprendimientos productivos alter-

nativos y la macroeconomía. En muchas de estas experiencias se logra salir adelante en lo económico, pero a costa del retraso o directamente la muerte del proyecto político; en otras, por mantenerse fieles al proyecto, los emprendimientos económicos fracasan.

• Directamente relacionado con estos proyectos existe un problema muy importante: para la mayoría de los vecinos es imposible pensar (y actuar en) la dimensión económica de una forma que no sea la impuesta por el capitalismo. Se habló de la falta de una “cultura de trabajo”, entendiéndola como la forma de socialización y de vinculación que caracterizó al movimiento de los trabajadores. En la provincia de Buenos Aires el desempleo estructural y crónico ha provocado una destrucción aguda de los lazos y de la ética de la cooperación y la convivencia. Esto se traduce en la imposibilidad cotidiana de sostener una mínima disciplina de trabajo. Sin embargo, el verdadero obstáculo pareciera estar en la dificultad que se encuentra para romper con la concepción de que el trabajo es una capacidad que se vende en el mercado, es decir, algo destinado a producir ganancia. Así, todas las actividades productivas que no se rijan por este criterio no son consideradas como trabajo. Se tiende a pensar el trabajo como la elaboración de productos, que luego puedan ser justificados ante la burocracia administrativa de los gobiernos o vendidos en el mercado. Hace falta, por lo tanto, crear una nueva concepción del trabajo y esto parece ser un proceso subjetivo lento y difícil. Sin embargo, es una prioridad. Se planteó también la dificultad que hay para superar la dependencia del patrón en el trabajo. Es muy difícil romper la necesidad de ser dirigido para producir.

1. La investigación a que se hace referencia lleva varios meses de existencia, y se desarrolla en conjunto con varias experiencias alternativas de Moreno, entre ellas el asentamiento Los Horneros, y la comunidad educativa Creciendo Juntos. En la publicación *Borradores de Investigación: el conocimiento inútil*, puede encontrarse algunos adelantos de los problemas planteados por esta investigación, en particular una larga e interesante entrevista con Creciendo Juntos.

2



Multiplicidad y contrapoder en la experiencia piquetera por el Colectivo Situaciones

1. El piquete como antecedente

La lucha piquetera nace por fuera de las instituciones políticas y sociales tradicionales. Su autonomía y su novedad se encuentran relacionadas con el desprestigio de las organizaciones políticas tradicionales como producto de su incapacidad para reformular las condiciones de dominio del llamado capitalismo tardío o para producir modificaciones tendientes a mejorar las condiciones de existencia de enormes capas de la población.

Los piquetes son una modalidad de lucha que agrupa a quienes fueron expulsados de los centros fabriles: desocupados que buscan resolver problemas ligados a su propia existencia, reorganizándose territorialmente en amplias zonas en las que la batalla más dura es contra la disolución del lazo social. Desde un punto de vista estructural, los piquetes son consecuencia de la descomposición del suelo industrial del país.

Actualmente los piqueteros retoman muchos elementos y saberes de las experiencias de lucha obrera de las décadas anteriores –el mismo “piquete” fue tomado de los “piquetes de fábrica”–. Pero esta prolongación me-

todológica no fue incorporada mecánicamente, sino transformada bajo la nueva condición de “sin trabajo”. Este punto preciso es la elaboración del legado antes que la aceptación pasiva de la herencia. Aquí se juegan las potencias subjetivas del piquete, en la capacidad de inventar formas de lucha a partir de instaurar una soberanía situacional.

En efecto, es esta elaboración la que le permite al piquete pensar desde un *lugar singular*. Desde allí, la operación piquetera consiste en establecer una relación compleja con el aparato del Estado y en recrear nuevas modalidades de habitar el territorio –el barrio–, reformulando de manera novedosa su relación con la tradición obrera y sindical con la que sin dudas tiene puntos de contacto¹. Entre esos aspectos de coincidencia existe uno que no puede despreciarse: tanto el sindicalismo como el piqueterismo han debido inventar formas de lucha capaces de alterar la normalidad de las cosas; han debido elaborar formas concretas de hacerse oír. Si el trabajador cuenta con la capacidad de interrumpir el ciclo productivo mediante la huelga, el piquete asume su condición esencialmente territorial acudiendo a bloquear la circulación de mercancías a través de una acción directa sencilla y audaz: el corte de rutas².

Organizados horizontalmente, su modalidad de trabajo y toma de decisiones es el estado asambleario permanente. Su origen es reciente. Aparecen a mitad de la década del ‘90 en el interior del país y se generalizan en menos de un año. La incorporación del corte de ruta dinamizó la participación de desocupados en las luchas de todo el país en un movimiento que fue desde el interior hacia la provincia de Buenos Aires. Esta velocidad de la socialización del piquete rebasó todas las formas de cooperación y de represión estatal.

Los medios de comunicación los bautizaron como “piqueteros”: produjeron un estereotipo. Luego, las diversas interpretaciones entraron en juego, y se fue elaborando así la figura del “piquetero”. En su versión dominante se trata de una descripción configurada a partir del lugar que ocupan en la estructura social: “excluido”, “sin trabajo”, “víctima”. Esta

“posición piquetera” surge al vincular la condición de desamparo con una metodología única: el corte de ruta.

Pero a medida que los “piqueteros” fueron tomando la palabra se fue percibiendo hasta qué punto el “piqueterismo” agrupaba una variedad múltiple y heterogénea de experiencias. Existieron, incluso, intentos de unir a todo el movimiento –esencialmente múltiple– bajo la pretensión ingenua de homogeneizarlo e institucionalizarlo. Todos estos intentos han fracasado.

El movimiento piquetero es un verdadero *movimiento de movimientos*. Como tal ha producido una auténtica revolución en cuanto a la percepción colectiva sobre las capacidades populares de crear nuevas formas de intervención social y política.

2. La coyuntura y las opciones de pensamiento

El llamado Congreso Nacional Piquetero realizado en la primera mitad del 2001 fue un momento clave de la constitución del movimiento. En él se reunieron prácticamente todas las experiencias piqueteras del país. El objetivo –parcialmente cumplido– era dar nacimiento a una coordinadora nacional. La propuesta: ligar la heterogeneidad piquetera en base a la comunidad relativa de reivindicaciones y formas de lucha. De inmediato se aprobó un plan de lucha conjunto que tuvo un doble efecto: mostró la contundencia de la lucha piquetera, la justeza de sus reclamos y el alto nivel de organización alcanzado y, además, se hicieron por primera vez visibles formas muy diferentes de concebir la lucha.

Subsisten dentro del movimiento dos posiciones de pensamiento distintas. Por un lado, las organizaciones más estructuradas (principalmente la Federación Tierra y Vivienda –FTV– ligada a la Central de Trabajadores Argentinos –CTA–, la Corriente Clasista y Combativa –CCC–, el Polo Obrero y el Movimiento Teresa Rodríguez –MTR–) las cuales operan a

partir de un pensamiento que deriva sus premisas de los términos de “globalidad”, “estructura socioeconómica” y “coyuntura”. Se trata de un pensamiento en términos de “inclusión/exclusión”. Sus posiciones no son homogéneas. Están atravesadas por el eje tradicional de “reforma o revolución”. Por otro lado, en las organizaciones menos estructuradas el panorama no es menos heterogéneo. Entre estas últimas se encuentra la experiencia del MTD de Solano y otros movimientos integrantes de la CTD-Aníbal Verón. Estas experiencias piensan a partir de asumir como condición y término de su elaboración los lazos que constituyen la materialidad de su experiencia. Se sustraen así de los términos clásicos del debate entre reforma y revolución. La característica de esa operación es la autoafirmación y las prácticas de contrapoder.

Con la generalización del fenómeno piquetero las organizaciones políticas montaron sus dispositivos para hacer frente –cooptar o combatir, según los casos– a la emergencia. Partidos tradicionales o de izquierda, iglesias y sindicatos advirtieron la aparición de este movimiento y se acercaron con la intención de capturar su potencia.

Los medios de comunicación han contribuido a volver accesible el movimiento. Muestran a la lucha piquetera subordinada a las coordenadas de la “coyuntura política y económica”. La lucha de los piquetes pierde toda singularidad para transformarse en un elemento de una situación “otra”, más importante porque más general: la *situación nacional*. La lucha piquetera deja de ser, en sí misma, una situación con la que comprometerse, para pasar a ser un actor, una parte, un elemento de la *situación general*.

Pero aceptar la inevitabilidad del punto de vista de lo *general* implica a la vez subordinar toda situación a mera porción o segmento de una totalidad siempre ya constituida. Por esta vía de pensamiento se constituye una subjetividad que se separa física y afectivamente de la situación, tomándola como objeto, para ligarse a ella de una forma puramente analítica. Esta racionalidad nos habla de la prudencia con la que cada uno de nosotros debe escoger sus opciones, pues ya no se trata sólo de los

piqueteros –que fueron transformados en “una parte del todo”–, sino, precisamente, del bien de ese “todo” que es “el país”, “del bien común”, etcétera. Abandonando toda responsabilidad concreta se asume abstractamente la responsabilidad por la suerte de los gobiernos.

Las operaciones concretas de pensamiento van distribuyendo posiciones al interior mismo del movimiento piquetero. ¿De dónde se parte para pensar la propia situación: del concreto situacional que se habita o de una hipotética –y no siempre efectiva– situación nacional? ¿De dónde se parte para elaborar el *sentido* de la experiencia?

Si se acepta la premisa de un pensamiento que abstrae las condiciones concretas de su intervención y extrae su sentido de una situación general se arriba a una subjetividad gobernada por los tiempos y los requerimientos de las *coyunturas políticas*. Por esta vía los piqueteros se ven exigidos a derivar las razones de su lucha de los sentidos disponibles en la totalidad al interior de la cual trabajan, asumiendo una racionalidad condicionada por las formas de legitimidad socialmente instituidas.

Así se configura un significado para la lucha: la *inclusión* o la *revolución*. El primer argumento dice así: la lucha es legítima porque no se exigen otros derechos que los que surgen del hecho de ser parte del todo –ciudadanos, trabajadores, seres humanos–. La lucha por la *inclusión* es lucha por el reconocimiento. Se trata de ser admitidos como una parte que pertenece legítima –y legalmente– al todo nacional-estatal. Esta forma de la obtención de la legitimidad supone una premisa indiscutible: que el Estado nación conserva su capacidad integradora y que la lucha política consiste en el pasaje de la *exclusión* a la *inclusión*³. Asumida esta lectura de las luchas, el piquetero que adopta tal perspectiva abandona toda pretensión de *imponer* sus términos al resto de quienes conforman la sociedad a la que pretende incluirse –la población no piquetera–. Se impone una puja de tensiones y consensos para definir los términos de una inclusión democrática. La premisa se formula, entonces, como la existencia de un Estado democrático capaz de ejercer sus potencias integra-

doras a partir de principios consensuales y representativos.

El segundo argumento, la posición *revolucionaria*, enuncia la necesidad de alianzas sociales con el objetivo de conquistar el poder del Estado. Los piquetes que adoptan esta posición se asumen como *vanguardia revolucionaria del pueblo argentino*. La totalidad social será transformada tras forzar un cambio en el principio de la organización social a partir de controlar el aparato del Estado. La expectativa se concentra en la posibilidad de que las partes del todo social reconozcan en el piquete una verdadera representación de ese todo social reconciliado consigo mismo: los piqueteros como nuevo sujeto proletario de la historia. Esta posición mantiene una premisa común con la anterior: las clases sociales adquieren su sentido a partir de su ser económico y aspiran al cambio social a partir de las potencias del Estado.

El pensamiento situacional actúa a partir de otras premisas. Las clases, claro, existen. Pero no basta con su existencia económica para dar lugar al cambio social. Hace falta, sobre todo, afirmar sentidos situacionales para dar lugar al cambio social; es decir, para activar la producción de valores de una nueva sociabilidad no capitalista. Así, el pensamiento del contrapoder se sustrae del término general como proveedor de sentido para afirmar un punto de vista radical e irreductible. La situación no es percibida como la parte de un todo, sino como una totalidad concreta que no se subordina pasivamente a ninguna totalidad abstracta. Esta sustracción abre las puertas a un proceso subjetivador, ético, de reencuentro con la potencia. Por esta vía, claro, pasa a ser secundaria la polarización tradicional entre "reforma y revolución".

3. La representación

Al interior de esta polémica jugó un papel central la cuestión de la "representación política". La convocatoria a la unificación de los movi-

mientos piqueteros actualizó la discusión. La posición convocante proponía una compleja operación: hacer de la multiplicidad del movimiento una unidad representable como tal. Para ser representable lo Uno debe constituirse como tal. La multiplicidad fue percibida más como un obstáculo que como una potencialidad. O, en todo caso, como una potencialidad a controlar. Esta afirmación actuaba como respuesta a las preguntas sobre cómo lograr que esta potencia sea determinante en la situación general, o cómo transformar esta potencia en una fuerza "político-social" capaz de influir directamente en la situación nacional.

Estas preguntas nos hablan de una voluntad hegemónica que comienza a vivir la multiplicidad como dispersión de las fuerzas. De inmediato, lo que era una potencialidad admitida, se transforma en el obstáculo principal. ¿Cómo constituir una representación acabada de lo múltiple? ¿Cómo constituir una conducción, un líder y un discurso único sobre una base tan poco propicia para tales operaciones?

Los dirigentes de los movimientos que insistieron en este camino fueron ingresando, en efecto, en un terreno difícil: sus decisiones comienzan a estar cada vez más mediadas por la complejidad de la coyuntura, de sus aspiraciones y de las necesidades de sostener su movimiento. Por esta vía se van transformando los vínculos con la base de sus movimientos.

La representación política condena a quienes se plantean esta operación a una exterioridad irremediable respecto de las fuerzas que se expresan en la base del movimiento. Esta exterioridad surge del rol de *administrador* de estas energías.

En el caso concreto del Congreso Nacional Piquetero se hicieron presentes las luces y las sombras de esta posición: de un lado el fortalecimiento de las capacidades de un movimiento encuadrado tiende a la obtención de logros concretos referidos a sus reivindicaciones comunes frente al gobierno nacional. Pero del otro lado, esta operación por la que un puñado de dirigentes asumen la representación y el liderazgo en nombre del movimiento debilita al movimiento piquetero mismo en

dos sentidos: se liquida la multiplicidad en su interior y se otorga a los dirigentes una facultad disciplinaria hacia el interior del movimiento. Esta facultad consiste en poder discernir quién sí es piquetero y quién no, cuál es la forma correcta de actuar y cuál no, etcétera.

Este complejo mecanismo se puso en funcionamiento durante la primera jornada del plan de protesta convocada por el Primer Congreso Nacional Piquetero. El entonces máximo dirigente debutó en su papel denunciando a quienes optaron por radicalizar las formas de la lucha de "no pertenecer al movimiento". Una vez operada esta transformación de lo múltiple irrepresentable en lo uno representado, el fenómeno piquetero queda transparentado: es sólo un actor de la coyuntura política. Su racionalidad está dada por sus intereses económicos. Su eficacia queda así reducida: de la potencia de una lucha múltiple a la capacidad de sus dirigentes a actuar como "interlocutores válidos". La multiplicidad inicial deviene en un previsible "actor de la coyuntura". El éxito de esta operatoria dependerá ahora de nuevos factores como el de "contener" en su interior la acción de los piqueteros de acuerdo a los objetivos que el movimiento se vaya fijando. Se diferencian las lógicas. Los dirigentes piensan en un nivel, la base en otro. Y la suerte del conjunto, se dice, depende de que el movimiento se adecue a la percepción de los dirigentes. Esos objetivos de los que depende el éxito del movimiento pasan a su vez a jugarse en el orden de la acción puramente superestructural. No es que ya no haya asambleas y movilizaciones. Pero éstas serán resignificadas por un sentido que se le escapa a los miembros del movimiento y que sólo comprenden del todo sus dirigentes.

La importancia política de esta operación suele subestimarse. Pero los efectos son muy concretos. Cuando el movimiento toma la imagen de su líder, éste deja de ser un portavoz, un rostro entre rostros, para pasar a actuar en nombre de una "voluntad general piquetera" que él interpreta. Y esto sucede independientemente de quién sea tal representante. El ejercicio de la representación despotencia a lo representado. Divide en

dos: lo representado y lo representante. Lo representante convoca al orden a lo representado, para poder ejercer su oficio. Lo representado, si es dócil, si no quiere hacer fracasar la relación de representación, deberá "dejarse representar". De esta manera, el representante administra la relación. Es la parte activa. El sabe cuándo conviene la movilización y cuándo es mejor quedarse tranquilo. El representante tiende a expropiarle la soberanía al representado. Olvida el mandato. El mandato comienza a molestarle. Se vuelve un obstáculo a su astucia.

Después de todo -siente el representante-, él es quién tiene que obrar en un lugar que el representado no conoce: *el poder político*. El representante tiene, en efecto, una *visión del poder*. Va conociendo, aprendiendo. Se convierte, por el bien de todos, en el maestro de los representados. Les explica lo que se puede hacer y lo que no. Adquiere habilidades particulares, y comienza a lograr adhesión de los representados a sus propios puntos de vista. El representante es capaz, así, de construir su propio mandato, teniendo en cuenta la parte que le corresponde interpretar a los representados: ser *su* base. Cuando esto sucede -demasiadas veces-, la lucha pierde radicalidad. El representante se torna *racional*, pero de una racionalidad incomprensible para quienes comparten la experiencia de lucha: *su pensamiento ya no se construye colectivamente*. Los representados ya no piensan con él. La asamblea deja de ser órgano de pensamiento para pasar a ser un lugar de la legitimación y reproducción de las relaciones de representación. El representante construye un dispositivo de control sobre la asamblea. Esta se vuelve un lugar plesbicitario. Se votan opciones, pero éstas vienen ya presentadas de antemano. Todo esto no quiere decir que la representación sea evitable, ni que la representación se separe necesariamente como un elemento dominante. El delegado con mandato, revocable, rotativo, *que piensa en -y con- la asamblea*, no tiene por qué separarse del conjunto. O en todo caso, si se separa no pone en peligro la organización, puesto que nada se ha delegado en él, sino un mandato puntual. La clave de esta cuestión es evitar

que la representación se independice, cosa que sucede cuando se piensa en los términos del poder, cuando uno se separa de la situación de pensamiento concreto, de la experiencia que le da origen.

Un pensamiento que extrae sus propias premisas de la coyuntura determina una forma de existencia sobredimensionada de la representación. Sólo cuando esta operación es realizada con éxito se abren las condiciones para la negociación, para la *inclusión* de los piqueteros al diálogo institucional que se abre a fuerza de astucias y maniobras, en fin, al juego consensual del sistema político. Todo este desarrollo se vincula con una política de la *integración*.

4. La inclusión de los excluidos... como excluidos

Para que esta operación de representación sea posible es preciso que previamente se pueda reconocer una propiedad común en los representados, una determinación a partir de la que se pueda hablar de ellos –y en nombre de ellos– en forma reconocible, es decir, *legítima*. Así, la interlocución, el diálogo construido por el representante precisa, como condición, la pre-existencia de un grupo social definido a partir de unas características compartidas: los trabajadores o los desocupados, los estudiantes, los excluidos, o lo que sea. Se trata del complejo problema *de la identidad*.

La identidad puede deducirse de una propiedad estructural del conjunto existente, es decir, a partir de una categoría más o menos sociológica –como la de desocupado–; o bien puede surgir a partir de la creación de un término nuevo, no deducible de las identidades ya constituidas. Es lo que sucede con las identidades de los rebeldes y los insurrectos. La identidad se produce mediante un nombre que se asocia a un acto subjetivador.

En el primer caso, el nombre, la identidad, las representaciones que rodean al conjunto, lo saturan, objetualizándolo. Las categorías sociológi-

cas condenan a estas formas subjetivas a actuar –como en una obra de teatro– el libreto impuesto por la estructura de roles. ¿Cómo *ser* realmente un desocupado, un excluido, un piquetero? ¿Qué apariencia es la adecuada? ¿Cuál es el lenguaje de quien se queda sin trabajo?

El desocupado como categoría no logra captar la radicalidad de las experiencias piqueteras. Esta vía representativa reduce toda la multiplicidad experiencial de la lucha. Toda la riqueza situacional queda, a partir de esta modalidad, sometida a un proceso de pérdida de las intensidades propias de lo real, de lo vivo. El movimiento queda reducido a un lugar pasivo. Debe adecuarse a una imagen que lo preexiste: un desocupado es alguien que busca y desea, antes que nada, trabajo. Quiere trabajar, no *cuestionar la sociedad salarial*. Le falta algo para ser plenamente: es un *excluido*. Su queja es transparente: no poder ingresar al régimen laboral.

En cambio, el *nombre* piqueteros expresa otra cosa. *Piqueteros* nos habla de una operación subjetiva. No es sinónimo de *desocupados*. El desocupado es un sujeto determinado por la necesidad, definido por una carencia. El piquetero es alguien condicionado pero no determinado por la misma necesidad. La diferencia es mayor: el piquetero ha logrado producir una operación subjetiva sobre un fondo socialmente precario. No puede negar su condición, pero tampoco se somete a ella. Y en ese *acto* subjetivador se apropia de sus posibilidades de acción, de subjetivación. Sin embargo, “piquetero” ha sido con frecuencia sólo otro nombre para los desocupados. Se trata de lecturas que no captan el potencial subjetivo del piquete. Son miradas exteriores, aun si son asumidas por los desocupados mismos. Se define al piquete como un acto de desesperación llevado a cabo por las “víctimas” que lo hacen para sobrevivir. Cuando eso sucede se hace del piquete una reacción automática. Se lo despolitiza. Se desconoce la experiencia misma de las organizaciones piqueteras. Se le niega su carácter de insubordinación y de elaboración de sociabilidad alternativa. Así como el obrero al que le bajan el salario se dirige automáticamente al sindicato; el desocupado, un escalón más

abajo, recurre a los piquetes. Como no puede hacer huelgas inventa el piquete. No hay más que eso: automatismos sociales.

Se construye así la representación de la paradójica figura del *excluido*. Porque el *excluido* no es realmente tal. La *exclusión* es el *lugar* que nuestras sociedades biopolíticas producen para poder incluir a personas, grupos y clases sociales de manera subordinada. En palabras de Agamben, el excluido *es el nombre del incluido como excluido*⁴.

El pensamiento político actual se constituye a partir de las nociones de *excluido* e *incluido*. Los primeros participan del cuerpo social bajo la modalidad miserable de ser sólo sujetos de necesidades –económicas, educacionales, médicas, etcétera–. Su acción es tan mecánica que no puede ser considerada como tal. Más que una acción, toda actividad no es sino una ilusión. La actividad real es del tipo causa-efecto: la necesidad pone las causas y la desesperación los efectos. No hay propiamente pensamiento ni ética en sus actos. Así, toda acción del excluido tiene una interpretación a priori: se trata de reclamos de bienes y derechos que cualquier observador sabría deducir de inmediato. Un excluido es un ser de carencias que por naturaleza demanda inclusión. No hay más.

Sobre esta distinción de *inclusión* y de *exclusión* se fundamenta la política de la integración. Ella enuncia sus prescripciones a partir de asumir las premisas de tal distinción. Se trata, entonces, de amenazar al régimen en base al deseo de *inclusión* de millones de *excluidos*. Esta presión es paradójica. Porque una vez que se comprende que *inclusión* y *exclusión* son lugares pertenecientes a una misma sociedad, se admite que la exclusión es la forma concreta e histórica en que un conjunto de personas se incluyen en esa sociedad, y de ninguna manera se trata de gente que está afuera.

Sin embargo, la ilusión de la inclusión, se cree, puede ejercer una presión tal que de todas formas arroja beneficios. O bien porque la sociedad despliegue políticas sociales integradoras de mayor alcance –de mínima–, o bien porque logra forzar la crisis de una sociedad que se cons-

tituye en función de este operador de lugares –de máxima–.

El primer caso no hace otra cosa que fortalecer los lugares de *inclusión* y *exclusión*. En el segundo, en cambio, la operación es muy diferente: se exige *inclusión* precisamente en momentos en que tal *inclusión* es imposible, de manera tal que se demostraría la mentira del discurso integrador que encubre la separación biopolítica del cuerpo social. Pedir inclusión –económica, política, social–, se dice, es pedir lo imposible, al menos bajo condiciones de neoliberalismo. Se cree así estar realizando una operación sutil en que una política de transformación radical subyace a una demanda universalmente aceptable. La potencia de tal política radica en la legitimidad que obtiene. Sus ventajas surgirían de tres aspectos. Por un lado se estaría realizando una política de ruptura bajo la forma de una política inclusiva, es decir, se estaría yendo más allá de la inclusión. Por otro lado, este ir más allá contaría para sí con la legitimidad del discurso mismo de la inclusión. Finalmente, esta política ofrece al poder interlocutores válidos en tiempos de caos, con lo que existe siempre la posibilidad de obtener recursos.

Hay, sin embargo, una objeción que quizás impugne buena parte de esta argumentación. Y es que tal vez haya un supuesto anacrónico en el razonamiento reseñado. La exclusión no es parte de una política hegemónica. No hay promesa alguna para los excluidos. Al exigir inclusión lo que se fortalece es la posición de exclusión y no se debilita en lo más mínimo el dispositivo que separa lugares ideológicos de “dentro” y “fuera”. *Adentro* y *afuera* no son, entonces, lugares objetivos dentro de una estructura formal sino una espacialidad ideológica útil para procesar las formas de la dominación actual, distribuyendo a las personas en sitios separados. Así, dentro de los incluidos existe una competencia feroz. No sólo contra los otros sino también –y sobre todo– con nosotros mismos. Se trata de asemejarse cada vez más a lo que prescribe la norma de inclusión. La exclusión, por otro lado, no es otra cosa que la forma “baja” de la inclusión. Esta estructura topológica, sin embargo, no se organiza

en una lógica dual sino *fractal*. Como en el símbolo del ying-yang, ambos polos viven en el espacio del otro: hay periferias en los centros y centros en las periferias.

El riesgo está, entonces, en las políticas que pretendiendo la ruptura de esta espacialidad la reproducen. Mientras pretenden hacer desaparecer la exclusión, en los hechos afirman este lugar del excluido, contribuyendo a producir la figura del pobre. Los riesgos concretos de las políticas que piensan en términos de inclusión radican en la confirmación del par “dentro” y “fuera”, a la vez que olvidan que el excluido no es sino una inclusión subordinada de los excluidos como sujetos que afirman la necesidad. De aquí la pérdida de radicalidad de los movimientos cuya política está estructurada por la ideología de la integración.

5. La ilusión política piquetera

Si la política de la inclusión implica aceptar una de las principales premisas de la actual modalidad del poder; las políticas de ruptura llevadas adelante por los grupos que sostienen la línea de la toma del poder central nos revela cómo opera al interior de los grupos piqueteros la *ilusión política*. Estas corrientes se afirman en una posición clásicamente revolucionaria⁵. Postulan métodos más radicales de lucha y enuncian un enfrentamiento sin mediaciones con el poder y las fuerzas de seguridad. Decíamos más arriba que esta corriente compartía con la “inclusionista” una tendencia a pensar a partir de las coyunturas políticas. Esta metodología tiene tres componentes fundamentales: la clase, el programa y la estrategia de toma del poder.

Sobre todo a partir de las jornadas de los días 19 y 20 esta tendencia asume que se está viviendo una situación de agitación social de masas y una crisis profunda del bloque en el poder. Lo que tradicionalmente se ha denominado una “situación revolucionaria”. A partir de esta lectura de

la coyuntura y de sus propias concepciones del cambio social estas corrientes consideran que es momento para constituir una vanguardia política revolucionaria con el fin de orientar las luchas. Esta operación consiste en depositar sobre los grupos piqueteros más combativos la representación de las luchas radicales. Se considera que existe la capacidad y la oportunidad para dar un salto “en calidad” que permita pasar de la dispersión a la síntesis de las luchas populares bajo su conducción.

La *ilusión política* no consiste en una lectura delirante de la realidad; más bien se trata de una opción de pensamiento que consiste tanto en derivar líneas concretas de trabajo a partir de lecturas generales como de una voluntad de forzamiento político incapaz de problematizar el concepto de revolución. En efecto, la ilusión del arribo al poder para desde allí cambiar las cosas, produce consecuencias inmediatas en las prácticas cotidianas. Los tiempos “políticos” de una coyuntura acelerada fuerzan y desorganizan los tiempos propios de las construcciones situadas. Los esfuerzos militantes pasan a tener objetivos abstractos. Las discusiones destinadas a jerarquizar prioridades se regulan según criterios cada vez más generales. Se descuidan las experiencias orientadas a producir nuevas relaciones sociales y se recentraliza todo el movimiento en nombre de las tareas “serias”.

Esta imposibilidad de sustraerse de los tiempos y las exigencias de la coyuntura va debilitando el trabajo en la base. Cada vez resulta más difícil hallar espacios de reflexión abierta. El enfrentamiento va dejando así de ser un requerimiento de la lucha para volverse el momento “más alto”. Las jerarquías organizativas se justifican por los mismos requerimientos de la coyuntura política o porque se llega a pensar que, como se le atribuye a un conocido dirigente piquetero, “desde abajo sólo crece el césped”. Por esta vía se produce también un distanciamiento entre los dirigentes y los colectivos que los produjeron.

El trabajo de base es visto como algo transitorio, una experiencia primaria pero carente de densidad política. Se construye a partir de “niveles”

con ventajas para los profesionales en la conspiración. El movimiento social es muchas veces sustituido por la fuerza de los aparatos y toda la confianza queda puesta en el advenimiento de un suplemento político. Toda la agitación militante se dispone a la espera del mesiánico “salto” que coloque al movimiento en la lucha final por el poder.

6. De la multiplicidad al contrapoder

La dificultad más grande del Congreso Nacional Piquetero consistió en la cuestión de la *unidad* y de la *organización*. Desde el comienzo, los movimientos radicales que trabajan a nivel de base han tomado como tema fundamental de discusión las formas organizativas. Con preeminencia de asambleas, comisiones, plenarios y formas horizontales de adoptar decisiones, la multiplicidad del movimiento no es sinónimo alguno de desorganización. Al contrario, es característica la combinación entre su ser múltiple y sus altos niveles de organización. Esta fisonomía no es exclusiva de cada una de las experiencias del movimiento, sino que además, a nivel regional y nacional, existen también coordinadoras que respetan niveles altos de organización sin descuidar la heterogeneidad del movimiento. Y lo mismo sucede al nivel de sus dirigentes. Pensar al piquete desde sus potencias específicas implica comprender su singularidad. Los líderes piqueteros tienen más eficacia en la medida en que funcionan al interior de la asamblea y la coordinadora que cuando se separan de estos dispositivos para conquistar a la opinión pública. De hecho, su liderazgo consiste en su capacidad de contribuir a sostener situaciones de pensamiento junto con sus compañeros, colaborando en desarrollar la potencia de la experiencia. Fuera de esa situación concreta no tienen ningún interés para la lucha piquetera.

La fuerza del piquete no radica en la demanda de inclusión. Como explican los miembros del MTD de Solano, no se trata ya de “volver a en-

trar”. Se sabe que no hay un “adentro” deseable. Al contrario, asumirse como “deseando entrar” es ya pasar a engrosar la fila de quienes conforman su subjetividad a partir de poseer un sitio en los estudios sociológicos, en el discurso del poder, en los archivos del ministerio de acción social, en los planes de los grupos políticos o de las ONGs.

La potencia del piquete, es la hipótesis, radica en la capacidad del movimiento de subjetivarse como lo que excede su carácter de excluidos, pobres o desocupados. Su singularidad nos habla de una dignidad de la insubordinación y del ejercicio de la resistencia como creación de sociabilidad.

7. Pensar la radicalidad de la lucha

Decía el subcomandante Marcos que lo propio del *revolucionario* es la lucha por el poder con una idea de la futura sociedad en su cabeza; mientras que el *rebelde social* –el zapatista– es quien alimenta diariamente la rebelión en sus propias circunstancias, desde abajo, y sin sostener que el poder es el destino natural de los dirigentes. Para los zapatistas resulta claro que toda acción situacional se sustrae del eje tradicional que polarizaba entre “reformistas y revolucionarios”. A la vez, queda en evidencia hasta qué punto dichas posiciones ocultan una misma imagen del *poder* y de la *política*. Ambas postergan la potencia de las luchas populares y presentan las mismas dificultades a la hora de trabajar en inmanencia a la situación.

El rebelde social de Marcos no piensa en términos de globalidad sino de *singularidad*. Una estrategia del pensamiento que afirma sus capacidades a partir de una puesta entre paréntesis de la *globalidad*. Se trata de la diferencia filosófica entre un universal abstracto y un universal concreto. No hay ingenuidades: no se trata de negar las coyunturas, sino de pensarlas como elementos internos del pensamiento situado. A esta capa-

cidad los grupos radicales como el MTD de Solano, le llaman *autonomía*: pensar con cabeza propia y en función de la situación concreta. Esto implica saber desoír las *urgencias ajenas* que proyectan los circuitos mediáticos y los microclimas militantes para reencontrarse con las capacidades propias de comprender e intervenir.

La radicalidad, entonces, no consiste en la negación infantil de la realidad, como pretenden los críticos *realistas* del contrapoder. Al contrario, se trata de pensar en términos de *acciones concretas de compañeros concretos*. En estas fórmulas excesivamente sencillas existe ya un combate a la *cuantificación* y a la *instrumentalización* de las experiencias y las luchas. La radicalidad es la capacidad efectiva de revolucionar la sociabilidad a partir de producir valores que superen la sociedad del individuo. Esta opción, en el caso del MTD de Solano, implica también una investigación sobre las formas de la organización del movimiento, las posibilidades de practicar una economía alternativa, el desarrollo de la capacitación, el tipo de vínculo con la gestión estatal, etcétera.

Esta modalidad es, además, especialmente apta para comprender las formas en que aparece el tema de la violencia en el movimiento piquetero. Esta aparece al menos en dos niveles. El más evidente es el corte de rutas. Pero también está la violencia de quien ha decidido comenzar una resistencia contra las actuales formas de dominio. Estos niveles de violencia no guardan demasiada relación con las formas tradicionales del enfrentamiento político. La violencia piquetera no es concebida como una estrategia política tendiente a la toma del poder. No se trata de una táctica planeada para generar un impacto en la opinión pública, sino de una derivación secundaria e inevitable de una forma de resistencia.

Así, los piquetes asumen la violencia como un elemento de la lucha que ni es, ni se torna, el hecho fundamental. Es un elemento más del múltiple, cuando se la concibe como una *práctica descentralizada* y una forma legítima de *autodefensa*.

8. El caso de los MTD

Si la CTA-FTV y el Bloque Piquetero nos han servido para leer en ellos una forma de pensar y de trabajar, de la misma manera tomamos la experiencia del MTD de Solano, como una modalidad práctica y de pensamiento diferente. El movimiento tiene su origen en la capilla de Solano, Quilmes. De allí fueron desalojados por el obispo Novak. Luego comenzaron a organizar el MTD Teresa Rodríguez⁶, en colaboración con sus pares de Varela. La fuerza del movimiento comenzó a intensificarse cuando lograron administrar sus propios proyectos –planes *Trabajar*–. Muy pronto fundaron comisiones y talleres de formación política, panadería, herrería, capacitación, educación popular, una farmacia para el movimiento, entre otros trabajos. Sus cortes de rutas fueron rápidamente advertidos por varias características: la representatividad social en los barrios en los que trabajan, la movilización, el uso de capuchas y la particularidad de sus cortes.

Los compañeros del MTD de Solano participaron del Primer Congreso Nacional Piquetero. Lo hicieron convencidos de la importancia de la coordinación nacional de la lucha y de la necesidad de no aislarse frente al aparato represivo. En ocasión de la represión de la gendarmería nacional a los piqueteros de Mosconi, provincia de Salta, el MTD de Solano tuvo una presencia destacada en los cortes de los accesos a la Ciudad de Buenos Aires realizados en solidaridad con sus compañeros en momentos en que la represión aún estaba produciéndose. Sin embargo, asistieron al Congreso sin desmedido entusiasmo. Ya conocían sus diferencias de enfoque respecto de las tres fuerzas por entonces convocantes (CTA, CCC y PO). Sí se entusiasmaron con la fuerza que en el Congreso tuvieron los delegados del interior del país y, en general, con el clima combativo que primó. Durante la primer jornada de lucha observaron cómo las fuerzas mayoritarias intentaban formatear el movimiento. Un episodio de aquellos días nos muestra las posiciones en juego: en la

primera jornada del plan de lucha –agosto del 2001– se produjo la toma de un banco por parte del MTR, en reclamo de pagos atrasados. Esta acción no había sido acordada por la coordinadora, con lo que de inmediato se produjo un dilema para cada movimiento allí presente.

El MTD de Solano decidió abandonar la coordinación con el MTR por sus acciones inconsultas, pero a la vez se quedó allí para garantizarles la retaguardia. Mientras estaban allí, sin embargo, se sorprendieron ante las reacciones del resto del movimiento. Mientras el conjunto de las fuerzas de la coordinadora se iba denunciando al MTR, los líderes máximos del movimiento piquetero hacían denuncias a quienes utilizaban capuchas a través de la televisión y los diarios. Tres días después detuvieron a los dirigentes del MTR tras otra toma, esta vez al ministerio de trabajo de la Provincia de Buenos Aires. Esta situación coincidía con la segunda jornada de lucha piquetera. El MTD de Solano decidió entonces no participar de la movilización a Plaza de Mayo, y se movilizaron hacia La Plata para reclamar la libertad de los presos. Durante la tercer jornada se quedaron en sus barrios resistiendo las auditorías que enviaba el gobierno para detectar “irregularidades” que permitieran suspenderles los planes sociales.

En sus asambleas posteriores, los miembros del MTD de Solano discutieron sobre estos asuntos. Su fuerza, reflexionaron, no pasaba por posicionarse en la coyuntura en competencia con los otros movimientos piqueteros sino en priorizar el desarrollo de la construcción de un contrapoder, por abajo y de acuerdo a sus posibilidades. Definieron, entonces, dedicarse a fortalecer en los barrios cada taller, cada comisión, cada trabajo, cada actividad. No se trata de un *localismo* ni de una falta de visión de lo que pasa en el país, o en el mundo: cuando se produjo la represión en Salta, como vimos, salieron a la calle de inmediato. Y lo hicieron en forma contundente. No se trata tampoco de un aislacionismo inútil, sino de un *desenganche* necesario de la lógica de la globalidad.

La misma metodología orienta la forma en que el MTD de Solano asu-

me su relación con los gobiernos –nacional, provincial y municipal–. Ellos administran planes sociales otorgados por el gobierno sin que esto signifique claudicación alguna. Simplemente entienden que un proceso de afirmación situacional implica una relación compleja con el Estado. Y en ese proceso van elaborando sus propios saberes sobre el cambio social y la revolución. Dentro de esos saberes asumen la complejidad que supone recibir financiamiento de los gobiernos y, a la vez, establecer niveles muy altos de enfrentamiento con ellos. Acuerdos y enfrentamientos, no obstante, no agotan los vínculos entre el MTD y el Estado. Además está la autonomía de pensamiento y de acción que los lleva a organizar una economía alternativa para sostener el movimiento cuando eventualmente se acaben los planes.

El cambio social, entonces, conoce de estas tres tácticas o formas del vínculo con el Estado. Cada una de ellas se corresponde, a la vez, con la naturaleza misma del Estado actual. Por un lado se trata de un Estado nación desarticulado que ya no tiene el monopolio de la legitimidad política sobre el territorio nacional. Por otro lado se trata de un Estado cooptado por las fuerzas del mercado, lo que los lleva frecuentemente al enfrentamiento violento. Finalmente se trata de la representación de la hegemonía capitalista que existe al nivel de la base del pueblo, con lo que la autonomía es la única garantía de desarrollar tendencias no capitalistas en la coyuntura política.

Mientras tanto, no son ingenuos respecto de las funciones represivas del Estado por lo que la autonomía implica un trabajo interno sobre el carácter de los enfrentamientos por venir. En esa línea las organizaciones populares autónomas –no sólo las piqueteras– van aprendiendo formas de autodefensa popular cada vez más eficaces. La permanente búsqueda de cómo no quedar aislados frente a la represión es otra forma en que los grupos situacionales dan cuenta de la coyuntura: siempre en función de sus propias necesidades y circunstancias.

Las líneas de desarrollo del MTD se prolongan en el trabajo de las coor-

dinadoras. Actualmente el MTD de Solano trabaja al interior de la Coordinadora de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón. Son encuentros en que no se disuelven los movimientos territoriales sino que potencian recursos, saberes y capacidad de movilización frente a circunstancias determinadas.

9. La identidad como creación

Hemos visto cómo dos formas de pensar tienen derivaciones distintas. No hay prácticas sin pensamiento. El pensamiento se materializa en las prácticas, a punto tal de no poder hacer diferencias –sino formales– entre pensamiento y práctica. En la primera política se realiza la estructura existente en la sociedad, tal como queda representada desde el análisis de coyuntura y el discurso del poder. Las identidades de trabajador, desocupado, pobre, surgen mecánicamente de la estructura social, productiva o distributiva, y se sujeta a cada trabajador a su calidad –rol– de trabajador, y a cada desocupado se le recuerda que él es un “sin-trabajo”. La multiplicidad se pierde. Y con ella la fuerza que tienen las identidades de lucha. Como decíamos más arriba, no es esta la única forma de pensar las cosas, aun si es la dominante y, por tanto, la que aparece como natural.

De hecho, las identidades que se van construyendo en lucha operan precisamente en forma inversa: en vez de expresar en la coyuntura a quienes forman parte del mismo casillero de la maltrecha estructura social, desestructuran la estructura misma. Se trata de nominaciones que designan un múltiple y no de una propiedad que produce una subjetividad alienada. Así, la identidad de los insubordinados implica siempre una recreación, una resignificación. Los trabajadores luchan normalmente –y con toda justicia– por más salario, o se oponen a que se lo recorten. Pero los *trabajadores* como categoría radical luchan contra la *relación sala-*

rial misma. Los desocupados luchan por ocupación, por trabajo, por ingresar en la estructura productiva. Cuando esto no sucede, entonces luchan por un subsidio de desempleo. Pero los *desocupados* de los que venimos hablando aquí, los *piqueteros*, luchan contra la sociedad del trabajo enajenado, del individualismo y la competencia.

El movimiento piquetero está aún en plena construcción. Se trata de un movimiento de insubordinación pero también de construcción de nuevos lazos sociales, de contrapoder. La consistencia de la figura del piquetero como insubordinado o rebelde social, sin embargo, es *frágil*. Esta fragilidad no es producto de su juventud, sino del hecho de depender de un espíritu libertario frágil desde el momento en que no se desarrolla desde ningún lugar de poder. Se trata de la *fragilidad* propia del contrapoder, que persigue la línea de la potencia a través de la investigación, el pensamiento, el afecto, y la producción de los nuevos saberes del protagonismo social emergente

NOTAS

1. Los piqueteros no son una continuidad directa del sindicalismo. Su irrupción en la lucha social argentina impone la necesidad de abrir los ojos y pensar la especificidad de su presencia y de los efectos que produce. Es cierto que existen líneas de continuidad entre una y otra forma de lucha, pero también es evidente que las condiciones y los procedimientos son muy diferentes en puntos importantes. En todo caso, los intentos del sindicalismo de extender su control y sus formas a los piquetes, han sido fuente de conflictos. Hay en los piquetes elementos irreductibles a cualquier voluntad de subsumir su singularidad en sistemas de prácticas diferentes.

Por otra parte, el deterioro de las estructuras sindicales no escapa a la percepción del piquete. Si bien en sus orígenes el sindicalismo consistió en una forma de asociación colectiva tendiente a reforzar la experiencia cultural de la clase obrera en su autonomía, luego el papel de los aparatos sindicales fue radicalmente alterado. Con la llegada del fordismo como método de organización de la producción se opera una modificación profunda del carácter de estas organizaciones. La mecanización del trabajo y la institucionalización de la relación salarial como mecanismos específicos de la dominación llevaron a los sindicatos a convertirse en polea de transmisión del poder frente a la clase obrera, operando su incorporación al Estado y destruyendo su autonomía como experiencia. El piquete puede ser pensado, más bien, en relación al primer sindicalismo, como un modo de socialización donde se comparten saberes y conquistas estableciendo lazos sociales comunitarios.

2. Los piquetes no heredan exclusivamente saberes de las luchas obreras. También constituyen niveles de elaboración de luchas más recientes. Desde 1993 en adelante ha comenzado un ciclo de insurrecciones y puebladas en varias provincias del interior del país. El corte de ruta aparece como un nivel más alto de organización de los desocupados y contribuye a dar cauce a esas luchas. El corte de ruta es el arma de quienes no tienen más recursos que su capacidad de controlar territorios con su presencia. En este sentido es patrimonio común de desocupados, indígenas, desalojados, y de todo un amplio conglomerado que el neoliberalismo llama "excluidos".

3. Esta posición puede ser identificada con las tesis de la CTA y la FTV.

4. Giorgio Agamben, *Homo Sacer I. El poder soberano y la vida nuda*; Pre-textos, Valencia, 1998 y *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo*; Pre-textos, Valencia, 1999.

5. Podemos identificar estas posiciones con el Bloque Piquetero, surgido como una alianza que aglutina distintas corrientes de izquierda dentro del movimiento. Se agrupan allí, entre otros, los ya mencionados Polo Obrero (Partido Obrero) y el Movimiento Teresa Rodríguez (MTR), además del Movimiento Independiente de Jubilados y Pensionados -MIJP-, el Movimiento Territorial de Liberación -MTL- (Partido Comunista) y el Movimiento sin Trabajo Teresa Vive (Movimiento Socialista de los Trabajadores).

6. El MTD Teresa Rodríguez se dividió en el año 2001 entre los movimientos que siguen trabajando como MTD y el ya mencionado Movimiento Teresa Rodríguez, MTR.

El 19 y 20 y los tiempos del movimiento por el MTD de Solano

Nosotros el lunes 17 de diciembre habíamos comenzado un plan de lucha ante la represión que se venía: por más subsidios, por cobro en término y por un plan de alimentación y salud. Se había decidido, en el ámbito de la coordinadora, hacer algo contundente sobre el sector privado y por eso rodeamos, ese lunes, ocho hipermercados en la zona de Quilmes, exigiendo nuestras reivindicaciones y propuestas. Fue una jornada que duró todo el día, y hubo respuesta: por lo menos los gobiernos nacional y provincial acusaron recibo, les dolió.

En un momento rompimos el límite: los compañeros se colgaron de los alambres porque los gerentes no nos daban pelota. Ellos se comunicaron con el gobierno y los presionaron para que nos den respuesta. Los hipermercados sólo nos dieron cuatrocientos kilos de yerba. Pero la pelota se la tiraron al Estado. "Nosotros estamos mal", nos decía el gerente del híper.

El piquete en un híper no queda sólo en el problema de conseguir alimentos, sino que va mucho más allá. Organizar todo eso nos permite reflexionar y profundizar qué significado tiene para nosotros pegarle a una multinacional, y no salir así de forma alocada en donde ni siquiera

se entiende la diferencia entre salir a saquear un híper y saquear al almacenero del barrio. Nosotros antes y después de ir a un reclamo así, necesitamos profundizar con los compañeros qué sentido tiene: por qué esta acción está mucho más allá del alimento. Nos permite pensar cómo vamos sosteniendo nuestra lucha.

La semana del 19 y 20, entonces, nos agarró en medio de un plan de lucha que no estaba terminado. Lo que había era una promesa de pago en término y de asistencia alimentaria, pero nada concreto. Habíamos decidido ir el día martes a una ronda de conversaciones con Nación y Provincia, para hacer una evaluación de los resultados. El día martes 18 de diciembre se firman los acuerdos y entonces nos quedamos en el territorio. Esa noche comienzan los saqueos en San Miguel, en Moreno, en la provincia de Entre Ríos y ya se ve que la cosa va en aumento. A nosotros nos habían prometido la mercadería para el día sábado y nos la mandan el jueves 20, lo que nos genera un gran quilombo porque era en el medio de la convulsión de los saqueos. El miércoles 19 a la noche en el barrio comienza a haber movilización, se habían instalado los rumores de saqueos, de que iban a darle a los mercados. Cuando los compañeros vienen de los barrios a buscar la mercadería la cana se pone más picante y comienza a tirar con balas. Ya el día anterior venía pesado, desde la declaración del estado de sitio: amenazas, en algunos casos balas de gomas, presos, seguimientos.

El miércoles 19 con un grupo de compañeros fuimos a la plaza. El estado de sitio a nosotros nos generó un montón de contradicciones, nos agarra en medio de un plan de lucha y nos empezábamos a preparar para sufrir algo serio. Lo que pensamos en ese momento era que el estado de sitio había sido planificado para reprimirnos a nosotros, a los sectores organizados. De hecho hoy evaluamos que si no hubiera existido esa manifestación de la clase media la hubiésemos pasado peor. Cuando vemos lo que se está produciendo en Capital, algunos compañeros decidimos salir para allá. En el momento en que llegamos ya estaban reprimiendo

miendo en el Congreso, ya había heridos. Habremos llegado a la 1:30 al Congreso, y ya la gente se había dispersado. Entonces, decidimos ir a Olivos porque se escuchaba por los medios que allá estaba pasando algo interesante, y cuando llegamos no pasaba nada. Al final nos volvimos, comenzamos a charlar un poco entre nosotros lo que estaba pasando y surge en las asambleas la idea de hacer algo territorial, acá en Solano, por el tema del apriete de la cana.

El jueves 20, tuvimos que ir a sacar a los compañeros presos y se notaba que habían caído muchos grupos de pibes. Es decir, no sólo habían reprimido a gente organizada, sino a todo el barrio. La idea era asustar en el barrio, frenar a la gente en el barrio, que no saliera, para que no fuera a la Plaza. Después del mediodía comenzamos a ver toda la situación que se estaba generando en Plaza de Mayo y ahí cambiamos el eje; nos pareció que no era lo territorial, sino que en este caso por allá pasaba la cosa. En los barrios donde pudimos hicimos asambleas, planteamos que la situación era bastante complicada, y que el que participara lo hiciera con conciencia de que se podía pudrir mucho. Así que fuimos unos setenta compañeros con un micro que conseguimos. La cana no estaba dejando salir, y cuando veían grupos caminando los llevaban presos. Perdimos bastante tiempo para organizarnos para ver por dónde salíamos. Nos llamaban compañeros de otras organizaciones diciéndonos que tengamos cuidado porque estaban parando en los puentes. Así que fuimos muy modestos, y llegamos allá y ya estaba todo podrido.

Lo más próximo que estuvimos de la Plaza de Mayo fue a una cuadra. Pero llegamos y pasó algo gracioso: cuando bajamos con las capuchas rápidamente nos identifican como piqueteros, y los compañeros que estaban peleándose con la cana se agrandaron y empezaron a surtirlos con piedras, pero sacados. Así que para nosotros fue cuestión de poner un pie y ya vino la represión, los caballos, los gases. No tuvimos tiempo ni para pensar qué hacer. Ahí fue la primera corrida, sin organizarnos siquiera en una barricada, fue abrupto. Así que nos costó unas cinco cua-

dras volver a juntarnos y organizarnos. Resistimos un par de horas. Cuando se confirma que comienza a agitarse bastante en 9 de Julio nos empiezan a disparar con balas de plomo. A nosotros nos encerraron, tuvimos que tomar un micro y tratar que el chofer nos sacara. Otros grupos se quedaron y nos encontramos después acá. Volvimos bien todos. Para nosotros no era previsible que fuera a pasar algo así, y estábamos eufóricos ese día. Ya la noche anterior, cuando la gente comenzó a salir a la calle, empezamos a tomar un poquito más de fuerza, nos oxigenamos. Nos pareció desde el primer momento que había que participar porque sentíamos que estaba pasando algo interesante a nivel pueblo. Estábamos todos inquietos, veníamos, nos encontrábamos, discutíamos, nos llamábamos por teléfono. Permanecíamos todo el tiempo en los galpones, los compañeros no se quedaban en su casa. Constantemente había asambleas, más grandes, más chicas; y se mezclaba un poco el debate entre los saqueos y lo que estaba pasando en Plaza de Mayo, entre la mercadería que nos estaban mandando y los planes que estábamos renovando. Una mezcla de cosas, pero se notaba mucha euforia en los compañeros. Sobre todo porque nosotros veníamos de un momento de angustia y sabíamos que en el presupuesto que se iba a votar para este año iba a ser muy duro el ajuste. Incluso, en reiteradas oportunidades, decíamos con los compañeros que si no jugaba su carta el pueblo argentino la perdíamos. Nos veíamos muy complicados ante el avance de Cavallo y su política económica, de las nuevas medidas, de la represión. Teníamos esa angustia y veíamos como muy lejana la posibilidad de una reacción de este tipo para ponerle fin al modelo económico que nos estaba haciendo pelota. Así que fue una explosión de adrenalina, de querer participar porque sabíamos que era la manera de echarlo a Cavallo. Pero además teníamos la sensación de sentirnos "uno". Cuando llegamos a la Plaza nos dio temor, porque la cosa estaba jodida y había muchos pibes jóvenes con nosotros, de los que nos sentíamos responsables. Se escuchaban rumores de muertos, pero sabíamos que estábamos par-

ticipando de algo histórico. Y se notaba mucho la solidaridad, ahí no éramos piqueteros, no éramos clase media: todos sentíamos la sensación de ser "uno". De los balcones la gente nos tiraba agua para tomar, nos baldeaba cuando estábamos muy gaseados, y le tiraban aceite caliente a la cara. Los compañeros que venían corriendo nos decían "no vayan por ahí que hay un operativo". Toda una cuestión muy fuerte de unidad, sin banderas, éramos uno. Es decir, no hacía falta la bandera. Yo creo que el objetivo de todos los que estábamos ahí era el mismo: basta de esta economía de mierda, y una gran esperanza por lo que suponía eso también. Era el fin de algo, y por eso renace la esperanza de algo nuevo, por lo menos en ese momento se vivía así: con mucha intensidad. Fue con el anuncio de la renuncia de De la Rúa que nosotros decidimos volver al barrio porque nos llamaron para avisar que había compañeros que habían caído detenidos. Estábamos muy preocupados de lo que podía pasar acá en el barrio, porque había quedado a medio terminar la tarea. Así que optamos por regresar y ver cómo estaba la cosa.

Nosotros analizamos un poco quiénes jugaron en los distintos escenarios: quiénes estuvieron presentes e hicieron fuerza del lado del pueblo, y quiénes actuaron como aliados del otro lado, del gobierno. Entendemos que muchos de los que hasta ese momento habían caminado en el campo popular, aparentemente, operaron del lado del gobierno. Sabemos que estuvieron guardados esos días, y no porque sean ingenuos. Así que comenzamos a ver que empiezan a definirse un poco más algunas cosas en el campo popular, al menos entre los sectores organizados en lucha.

Se abre un interrogante muy fuerte con el tema de la clase media y los cacareolazos. Nos preguntamos para dónde va esto, quién lo dirige, cómo se coordina. Al principio realmente no entendíamos cómo se movía todo eso; y después, sobre la marcha, entendimos que se trataba de muchas cosas espontáneas. Luego comienzan las asambleas, los debates, pe-

ro todo empieza como algo espontáneo. Es algo fuerte, por lo menos para nosotros. En el MTD, esto instaló reflexiones, debates, y ya nada es lo mismo después del 20 de diciembre. La historia ha cambiado, lo sentimos así.

Nos preguntamos cosas. Las asambleas, por ejemplo, "plantean que se vayan todos"; los partidos y algunas organizaciones empiezan a decir que es el momento para derrocar a este gobierno. Nosotros en eso nos diferenciamos un poco y entendemos que tenemos que ir más despacio, con nuestros propios tiempos. Estamos yendo a varias asambleas, a Parque Centenario, y participando fuerte en la asamblea de Avellaneda. Con ellos hemos marchado juntos, hicimos cortes juntos, pero no vamos con banderas. Saben que somos del MTD, que somos piqueteros, pero nosotros entendemos que a esa lucha no se le puede poner bandera. Pensamos que hay que unificar la lucha, pero que nadie puede homogeneizarla. Tenemos que salir todos, pegar todos juntos, pero nadie es dueño de esa lucha. Nosotros aportamos desde el lugar que nos corresponde y no pensamos, como entienden algunos compañeros, que porque los piqueteros somos los que empezamos esta lucha, tenemos privilegio.

No es muy difícil percibir que hay algo que no se terminó en esa jornada del 19 y 20, sino que hay una continuidad. Se va tomando una expresión más definida que te demuestra que hay un intento de formar algo nuevo, que a partir de ponerle fin a la representatividad de estos políticos vaya surgiendo el germen de lo que a nosotros nos gustaría que sea esta sociedad. Una sociedad sin cámara de diputados, sin senadores, sino con asambleas que ejerzan las decisiones sin la representación y todo su circo. También hay un poco de desilusión cuando vemos que empiezan a aparecer las banderas de los partidos, y vamos notando que las asambleas también están invadidas por "militantes" agazapados.

Hoy se está discutiendo mucho alrededor de la política. En nuestro caso las expectativas vienen más desde afuera y no tanto desde adentro del movimiento. Con respecto a lo que fueron las convocatorias políticas na-

cionales de algunos grupos piqueteros y partidos de izquierda hay compañeros que nos llamaban para preguntar si íbamos a estar, qué íbamos a hacer. Y nos cuestionaban que no vayamos. En la Coordinadora también se planteaba si participar o no y había sólo un grupo que planteaba que había que hacerlo y que era necesario entrar con una super columna para demostrar que éramos el espacio más grande. La gran mayoría opinábamos que no, que nosotros estamos en otro tiempo de construcción. Desde Solano pensamos que la lucha va a ser larga, creemos que se va a profundizar el tema de la represión y no creemos que vaya a haber un cambio revolucionario a favor del pueblo. Por supuesto que es muy interesante que la lucha se esté generalizando e indudablemente hay que estar y no mirarla desde afuera, pero pensamos que es un proceso más largo de lo que se supone, al menos en el imaginario que hay dando vueltas. Tenemos que ir más despacio y no darnos contra la pared; porque nos falta muchísimo. Hay que consolidar las construcciones concretas. Sería una pena que perdimos la capacidad de articular y consolidar cosas piolas con organizaciones como APENOC, MOCASE¹, y afuera de la Argentina con el MST, con el MTD de Brasil, con experiencias campesinas del Paraguay, es decir, con tantas organizaciones donde hay otras propuestas de construcción. Sería un error no darse la oportunidad de concretar todo esto, para saltar a "lo otro", que pensamos que va a ser truncado. Para nosotros sería una pérdida, un retroceso en el terreno popular.

Esta cuestión de la radicalización es algo que está muy presente, de hecho hay algunos compañeros que están cuestionando el último plan de lucha. Hemos tenido que salir, si se quiere a la defensiva, porque hay un cambio en la política de gobierno en cuanto a las organizaciones populares y su autonomía. Hay un ataque directo, que se plantea a través de los comités de crisis y del municipio: escondido en el planteo de la transparencia, de la democracia y de la justicia se encierra una nueva vuelta al modelo tradicional de control, de no permitir que organizaciones que

no están dentro del aparato se desarrollen. Sin embargo, no hemos dudado en que había que sostener una posición firme para defender la autonomía y todas las cosas que de alguna manera el año pasado habíamos conquistado. Pero en otras organizaciones se nota que aparece el tema de la vanguardia. Piensan que estamos en un momento de orfandad en donde el pueblo no encuentra el cauce, y que por lo tanto la responsabilidad de los revolucionarios es decir por dónde va la cosa, y marcar ese camino. Nosotros no lo compartimos. Es más, cuando escuchamos “que se vayan todos”, incluimos también a los partidos de izquierda; y parece que ellos no se sienten aludidos. Porque son parte de lo viejo, y pueden llegar a destruir esta experiencia. Nosotros tenemos la confianza que toda esta gente que está harta y repodrida de siempre lo mismo, tenga la capacidad de no frustrar esta experiencia en la que vemos gérmenes: en las asambleas, en la democracia directa, y en la autonomía de toda representación sindical, política. Entonces, cuando decimos “que se vayan todos” queremos que den un paso al costado los partidos y todas sus caducas maneras de entender el proceso de lucha. A nosotros nos da bronca, incluso con compañeros que sabemos que son honestos militantes, entregados, pero que no pueden entender, no pueden ver más allá de sus esquemas, y eso es lo que puede arruinar este proceso. Esperamos que esto se desarrolle y madure, más allá de que va a haber crisis.

Pero vemos con alegría esta iniciativa, esta búsqueda genuina de democracia sin representación, sin nada ya de lo viejo. Y la discusión está pasando por ese lado. Para nosotros nunca hubo un “trabajo de masas” y un “trabajo político”: no se trata de madurar las condiciones de los desocupados para que en algún momento asuman lo político. No tenemos esta distinción, pero muchos compañeros la tienen, y plantean: “bueno, hasta hora luchamos por esto; ahora es la hora de la política”. Y no lo compartimos; de hecho vamos a seguir esforzándonos en esta tarea cotidiana, que tiene sus zonas grises, que es muy heroica aunque para muchos compañeros sea más heroico estar a la cabeza de la vanguardia,

rompiendo todo. La construcción de todos los días nosotros no la vamos a regalar: esa es nuestra decisión.

Lo que necesitamos es profundizar más. Desde diciembre para acá hemos tenido sólo algunos momentos de tranquilidad; necesitamos reflexión. Y no solamente en Solano sino también con el resto de los compañeros. El riesgo es que nos devore la “realidad”; nosotros somos muy prácticos, cosa que reivindicamos, pero corremos el peligro de la superficialidad. Hay que encontrar los tiempos y los ámbitos para profundizar la reflexión, porque a veces hay cosas que descolocan, que nos impactan, cosas que van pasando en la sociedad.

Ahora tenemos una nueva situación, porque el PJ está reconstruyendo todo un aparato en red, a partir de recuperar un fuerte poder económico. Entonces uno de los desafíos que tenemos es consolidarnos acá, porque sabemos que ahora la lucha va a ser cuerpo a cuerpo. Van a poner todo el aparato en funcionamiento y eso tiene un significado para nosotros: desde lo represivo, los aprietes, hasta la competencia. Ellos lo entienden así, porque nosotros no tenemos una disputa de poder sino que estamos defendiendo nuestro laburo. Ellos, sin embargo, hacen todo esto para contrarrestar a las organizaciones autónomas.

Así que para nosotros uno de los desafíos es ése, y lo hemos charlado mucho. Hay mucho por crecer, por madurar y nos estamos preparando para lo peor. Lo peor ojalá que no llegué, pero es jodido que te agarre por sorpresa y no estar preparado para lo que son los ataques, que a veces pueden ser a través de rumores o difamaciones, o que te manden directamente los muchachos para romperte una asamblea. Esos son los desafíos: redoblar los ámbitos de educación popular, el trabajo territorial, la unidad con los vecinos más allá del movimiento. En eso seguimos el camino que han hecho los compañeros de Mosconi de reconstruir el tejido de la comunidad, en función del bien común, el medio ambiente, la salud, los pibes, y otros problemas que todavía en los barrios están sin resolverse.

A favor de las organizaciones autónomas juega que el sistema al cual representa este gobierno no puede dar respuesta a los problemas fundamentales como la desocupación, la salud y la educación. Eso les genera un marco de conflicto que, de alguna manera, no pueden hegemonizar con el trabajo de los punteros, porque a los punteros les podrán dar 100 planes pero tienen a cien mil más esperando. No quiere decir que para nosotros cuanto peor mejor, pero me acuerdo que en el '96 o el '97, ante la menor demanda, Duhalde daba respuesta inmediata. Y hoy no lo pueden hacer, a todo no pueden responder. Entonces, nos pueden atacar pero va a ser difícil que nos puedan destruir. Nosotros a veces decimos que nos van a destruir cuando esta sociedad cambie, porque si nos quieren destruir a nosotros van a tener que construir una sociedad mejor.

1. Movimiento Campesino de Santiago del Estero. Para más información, ver el cuaderno *Situaciones 3. Conversaciones con el MOCASE*; De Mano en Mano, Buenos Aires, Septiembre de 2001.



Sobre el 26 de junio¹

I

Los últimos días de junio las movilizaciones piqueteras volvieron a tomar la calle. El 26, más precisamente, se preparó una jornada de lucha de varios grupos piqueteros, con manifestaciones y cortes de ruta en todo el conurbano bonaerense. El gobierno se encargó de prohibir públicamente el bloqueo de los puentes que unen a la provincia de Buenos Aires con la Capital. Esos puentes tienen una larga historia: cada vez que las multitudes se han activado han hecho de ellos un camino al centro de la ciudad. Ni siquiera la tensión generada durante los días previos a la protesta pudo ser un indicio de la dimensión de la cacería policial luego desatada. Hubieron cientos de heridos y detenidos –legales e ilegales– y un comisario fusiló –no metafórica, sino literalmente– a dos compañeros del movimiento piquetero. La impunidad policial fue tal que los asesinatos fueron hechos ante testigos, periodistas y hasta fotógrafos: todo quedó perfectamente registrado.

Todo, salvo el hecho de que el comisario y sus policías funcionaron como piezas de un movimiento *mayor* que se nos escapa. No porque ellos no tengan responsabilidades obvias, ni porque no corresponda, además, ampliar el círculo de culpabilidad a tantos *otros*, sino más bien porque

limitar el análisis de lo sucedido al relevamiento de las responsabilidades del caso no agota ni de cerca lo ocurrido. En efecto, el 26 de junio –como el 19 y 20 de diciembre– es otra fecha significativa, una nueva marca en el cuerpo social que revela dimensiones fundamentales de la constitución del presente, aspectos aún impensados que reclaman ser asumidos.

Y es que el mecanismo que se activó esa mañana, y que seguramente estaba destinado a producir un avance aún mayor de las fuerzas represivas, parece haber recorrido la misma parábola de los acontecimientos de diciembre. Como se recordará, el día 19 el gobierno nacional decretó el *estado de sitio* en todo el país. Se pretendía –basta escuchar el patético discurso del entonces Presidente de la nación para verificarlo– “proteger a la población” de hechos de violencia (robos y saqueos) protagonizados por los nuevos fantasmas del neoliberalismo: “los excluidos”. Pero todo se diluyó cuando el estado de sitio fue desconocido de manera inmediata y alevosa por esa misma población a la que se pretendía proteger. Todos conocemos cómo se desarrollaron los hechos.

Sin embargo, hay algo sintomático en estas fechas.

No se trata, como se podría creer en un primer momento, de la bancarrota represiva del Estado sin más: allí están los muertos de ambas operaciones para probarlo. Pero sí de lo que hasta cierto punto es posible concebir como un *fracaso* del Estado argentino por *legitimar* –y por tanto generalizar como política legal sin miramientos– estas operaciones represivas. No estamos, insistimos, ante un fracaso absoluto sino *relativo*; pero se trata, sobre todo, de una significación profunda por lo que puede darnos a pensar.

II

Según Foucault el poder soberano tuvo el privilegio de “*hacer morir o dejar vivir*”. La pena de muerte y la convocatoria de sus ciudadanos a la guerra nos hablan de esa facultad, que caracteriza a una forma histórica

del poder basada en la apropiación de las cosas, el tiempo y, en última instancia, la vida. Cada vez que el soberano mata, sin embargo, debe exponer sus razones de manera tal que no se trate de un mero capricho, sino de una acción llevada a cabo en nombre del *cuerpo* colectivo en representación del cual actúa.

Y bien, este “poder soberano” ha dejado de ser hace mucho tiempo la principal dinámica de los poderes *productores* (y a la vez *represores*) del *cuerpo social*. Así, lo que conocemos como “la sociedad” (burguesa, moderna) es un cuerpo producido, a lo largo de los tres últimos siglos, por una constelación más compleja de dispositivos de poder a los que Foucault llamó disciplinarios (la familia, la escuela, la fábrica, las instituciones de reclusión como el manicomio y la cárcel, la policía). Es esta *sociedad disciplinaria* la que en nuestra experiencia contemporánea ha comenzado a ser agredida. La *crisis* de las instituciones públicas y de encierro la ataca frontalmente. Los mecanismos de “producción de sociedad” parecen deshilacharse y en su lugar sólo queda espacio para la lógica instaurada por las fuerzas virtuales del mercado. ¿Estamos frente a una “crisis de la dominación” o “frente al comienzo de un nuevo modo del dominio”? Tales parecen ser las preguntas *políticas* del momento.

Y bien, no es mucho lo que Foucault nos ha dicho al respecto. Unas pocas páginas, a lo máximo, y no está del todo claro cómo ellas –aun siendo altamente sugerentes– pueden ayudarnos a pensar nuestra actualidad. Foucault se refiere –en esas últimas páginas– al surgimiento de un *biopoder*. El biopoder produce cuerpo colectivo, pero ya no se trata del cuerpo social –político–, sino de un cuerpo *biológico* de la “población” –*biopolítico*–. Su principal función ya no es matar, sino invadir la vida. Este biopoder toma a su cargo la *governabilidad* de la vida de las poblaciones humanas –de los mecanismos y aptitudes propias de la especie–. El Estado biopolítico se ocupa del cuidado, la producción y el ordenamiento de la vida de la población, y su privilegio adopta una nueva naturaleza: se ocupa ahora de *hacer vivir o dejar morir*.

Sin embargo, en condiciones biopolíticas los Estados no desaparecen ni abandonan sus antiguas facultades soberanas. Ellos también matan. Y como en el caso de los viejos poderes soberanos, deben ocuparse de no hacerlo sin justificaciones adecuadas.

La pregunta parecería ser, entonces, la siguiente: *¿cómo mata* el Estado en condiciones biopolíticas? *¿Cómo selecciona* entre la población cuya vida dice proteger a quiénes serán *sacrificados*?

La pregunta no es neutral, pues parece llevarnos a conocer lo que aparece como una diferencia “técnica” entre la muerte *producida* por los mecanismos biopolíticos –el poder cada vez mayor de “dejar morir”– y el privilegio del soberano: *matar*, sin más.

III

Pero las cosas no van tan separadas: el Estado mata a partir de una selección biopolítica previa: mata, sí, pero no a cualquiera: elige –sobre todo– de entre esas vidas *devaluadas* que está siempre (ya) *dejando morir*.

Lo sabemos: no se mata igual a un *incluido* (vida *protegida que se “hace vivir”*) que a un *excluido* (vida *que se “deja morir”*). No se mata igual a un “ladrón” que a un “ahorrista” (ni tampoco a un “ahorrista local” que a un “banquero”). No se mata igual en el *centro* que en la *periferia*.

De hecho, *todo el tiempo se mata en la periferia*.

La *decisión* (o la sola *posibilidad*) de matar, por tanto, implica una operación doble: la selección de una población a la que se presenta como amenaza para los “protegidos” (auténtico significado del término “incluidos”) y, luego sí, la ejecución del asesinato bajo alguna cobertura jurídica (policial).

La primera operación implica la *periferización* del territorio y la *criminalización* de esos cuerpos; en fin: la *desvalorización* de esas vidas. La segunda operación, en cambio, requiere contemplar cuestiones ligadas a la técnica de matar, a la economía de la represión y a sus formas legales.

Y bien, las muertes ocurridas el día 20 de diciembre y las del 26 de junio

comparten un mismo carácter escandaloso –para el poder–, ya que en ambos se verifica un *fracaso*, un *fallo* que se evidencia en la *operación soberana*. Este *fallo* parece ser *integral* y ataca la veracidad de las versiones “oficiales”. Nadie cree que se haya intentado “cuidar” a la población (“incluida”) de los “saqueadores”, en primer término, y de los “piqueteros”, en el segundo (y no se trata de negar la existencia de quienes se sienten “inseguros” frente a los “saqueos” y a los “piquetes”. Es evidente que los hay, y probablemente en mayor cantidad de lo que estamos dispuestos a creer).

Efectivamente, en ambos casos hay versiones: en diciembre se trataba de pobres “manejados” por punteros peronistas; en el segundo de “piqueteros” matando “piqueteros” (versiones estas que, recordemos, contaron durante las primeras horas con un amplio abanico de “comunicadores”, incluso “progres”, dispuestos a difundirlas y avalarlas).

Pero el fracaso de la operación va más allá de la incapacidad de presentar “motivos” verídicos para la acción punitiva específica; más radicalmente, se trata de la incapacidad misma del Estado de presentarse en sus *funciones reguladoras biopolíticas*, es decir, de “tomar a su cargo la vida” y “cuidar a la población”. Tal *fracaso*, al parecer, atañe al corazón mismo de los fundamentos de la existencia estatal y afecta sus credenciales de “defensor de la vida” frente a las amenazas “biológicas” (raciales, clasistas, etcétera) que permanentemente se activan como amenazas útiles para la formación del cuerpo biopolítico.

IV

Los hechos del 26 de junio parecen echar luz sobre la existencia de un antagonismo mayor: aquel que nos habla de la emergencia de un contrapoder, de un proyecto de “sociedad paralela” que se ha desarrollado los últimos años y se ha profundizado –y visibilizado– desde el último diciembre. Y, sin embargo, no se trata de un regreso a la situación de los ’70, ni a la dictadura militar, sino de una singular apertura que reclama ser atendida en toda su contemporaneidad.

De un lado, existe el *proyecto* de construir un Estado capaz de regular, reforzar y multiplicar las potencias soberanas y biopolíticas. El *Estado nacional* que hemos conocido ya casi no existe y fue sustituido por una forma de regulación compleja, que incluye una trama mafiosa, con sus bandas armadas (tanto “oficiales” como paramilitares) y formas directas de articulación con los capitales globales. No es fácil saber en qué consistirá un eventual nuevo *pacto de dominación* (ni siquiera si tal pacto será en efecto posible y duradero), pero, en todo caso, tales posibilidades nos conciernen toda vez que lo que está en juego, desde esta perspectiva, es la posibilidad de sostener y profundizar la recolonización salvaje en curso³.

En este contexto, la violencia estatal está cada vez más atravesada por una lógica de “bandas armadas”, algunas de las cuales actúan en base a grados de consistencia institucional (policía federal, provincial, gendarmería, prefectura) mientras que otras funcionan directamente como grupos parapoliciales y patotas de las agencias de seguridad –convertidas en verdaderos ejércitos privados– al servicio directo de empresas y/o facciones del poder político, sin que sea posible hacer una distinción tajante entre estas formas de operar.

En fin: se acabó la dictadura. La violencia del poder ya no se manifiesta de la misma manera que hace veinticinco o treinta años. Esto no significa, claro, que estas modalidades de la violencia hayan desaparecido, o que, incluso, no operen –demasiadas veces– con los mismos personajes y procedimientos. Pero sí quiere decir que dichos procedimientos y personajes no precisan ya de un golpe de Estado clásico para aumentar la violencia contra las iniciativas populares, sino que estos procedimientos –y otros tantos– se tornan compatibles con nuevas formas de articulación política, económica e institucional.

De otro lado están las fuerzas constituyentes del contrapoder, que recorren de forma transversal el deshilachado cuerpo social, en los barrios, las asambleas de vecinos, las escuelas, las universidades, los hospitales, las fábricas ocupadas y las rutas de toda la Argentina. Se trata de “pun-

tos de potencia” que toman a su cargo “la vida” pero ya no a partir de los postulados del biopoder, sino de sus opuestos: la “vida” no es algo “a cuidar”, a “gobernar”, algo meramente biológico a “proteger”, sino que aparece como *fuerza productiva a multiplicar*, a *desbiologizar*, como *fuerza de creación* y no como “objeto a cuidar” (y a controlar). Es evidente que las experiencias piqueteras encuentran su significado al interior de este nuevo paisaje social.

Así, la represión del 26 de junio no puede ser comprendida al margen de estas circunstancias.

V

Fueron éstas algunas de las preocupaciones que nos motivaron a revitalizar y reorientar el taller junto al MTD de Solano. La intuición compartida de que lo sucedido en junio abría nuevos desafíos y el deseo de asmirlos, de comprenderlos, hicieron que desde mediados de julio, semana a semana, produjéramos el tiempo necesario para trabajar a fondo tales problemas. Todo un logro en sí mismo, si se atiende a la dificultad enorme que implica crear espacios de pensamiento cuando nuestras subjetividades son tomadas por una vorágine desmesurada de tristeza, rabia e impotencia por las pérdidas de compañeros queridos y por la experimentación íntima de la fragilidad de nuestras vidas y de las experiencias en las que estamos embarcados.

Estas intensidades subyacen en cada una de las intervenciones que componen el texto central de esta tercera parte del libro y que son el resultado de la desgrabación editada de los distintos encuentros de taller.

El punto de partida de estas reuniones fue un texto –“Doce hipótesis sobre el contrapoder”– que presentamos a los compañeros del MTD de Solano y que funcionó como un primer disparador de las discusiones del taller.

Doce hipótesis sobre el contrapoder

1. El desarrollo de un punto de vista situacional nos permite examinar los “posibles” concretos que la aceleración de los tiempos nos impide descubrir. La “urgencia” como exigencia de la coyuntura y de los medios masivos de comunicación, es decir, el mundo de la representación, tienden a sumergirnos en la tristeza. No se trata de aislarse, sino de trabajar los temas de la coyuntura desde la situación concreta, volviendo una y otra vez sobre los posibles concretos que la situación nos impide o nos brinda.

Hemos trabajado en reuniones anteriores sobre la diferencia entre *dispersión* y *multiplicidad*. La dispersión lleva al aislamiento. Empobrece. Pero la alternativa a la dispersión no es necesariamente la centralización y la burocratización.

Las experiencias que piensan desde su situación no tienen por qué quedar aisladas. Al contrario, el pensamiento situacional no es más que el hecho de reencontrarse con las propias capacidades y circunstancias: implica pensamiento desde lo concreto y hacia lo concreto.

Situacional y *local* no son lo mismo. Lo local es la delimitación territo-

¹ Este texto introduce la tercera parte del libro, compuesta por el trabajo de taller desarrollado entre julio y octubre de 2002. Ha sido elaborado en base a la declaración del Colectivo Situaciones frente a la masacre del 26 de junio en Puente Pueyrredón donde murieron los militantes de la Coordinadora de Trabajadores Desocupados Anibal Veron, Darío Santillán y Maximiliano Kosteki.

² Recolonización salvaje que, como dice el EZLN, está en el origen de la llamada “cuarta guerra mundial” y que no es otra cosa que el choque entre estos nuevos poderes colonizadores y las resistencias que se alzan contra ellos.

rial de lo global. Por tanto, lo local es una porción de lo global. Es tan abstracto lo local como lo global. Lo situacional, en cambio, es el hecho que desde nosotros mismos, en tanto ligados a nuestra experiencia, podamos elaborar un punto de vista práctico pero también teórico sobre los asuntos que nos resultan de interés.

No se trata, entonces, de "irse" de la realidad. Al contrario: lo propio de la experiencia de autoafirmación es aferrarse a su situación. Lejos de la dispersión y el aislamiento, este tipo de experiencia abre siempre nuevas posibilidades prácticas y de pensamiento. Nos muestra algo fundamental: que *siempre hay más opciones que las que la coyuntura nos ofrece como las únicas posibles. Y la importancia del pensamiento es precisamente ésta: descubrir las posibilidades que existen en la situación concreta.*

2. La lógica del enfrentamiento, como exaltación del momento de la batalla, de la violencia como apuesta a la ofensiva, se opone a la autoafirmación situacional. Es un recurso hacia al poder más que hacia la potencia. Tiende a creer que la coyuntura es ella misma una situación única y subordina todo a la lucha por el poder en ese escenario. Pero además tiende a la centralización.

Otro problema mayor de la "lógica del enfrentamiento" es que tiende a presentar la lucha según la lógica del espejo: se pierde la diferencia fundamental entre "unos y otros", se olvida toda asimetría. No es igual la violencia del poder que pretende apropiarse de la potencia ajena, que la del contrapoder que pretende proteger formas de vida alternativas a las que produce el capital.

Y bien, como tal, la violencia no está nunca excluida como posibilidad. Digamos más bien que en las experiencias de contrapoder, la violencia está presente bajo múltiples formas: represión legal, ilegal, violencia de mercado, etcétera.

Pero, además, la violencia es un recurso de la potencia. El piquete, la au-

todefensa, la ofensiva puntual, son todas formas políticas de la violencia de los de abajo. Esto es evidente. La violencia no puede ser juzgada desde una estrecha valoración moral. Pero, al mismo tiempo, el hecho de que la violencia "venga de abajo" no indica necesariamente que esté ligada a la emergencia de una sociabilidad alternativa: que sea comprensible y más legítima, no la hace, en sí misma, capaz de *producir* una sociabilidad alternativa.

Dos claves aparecen como posibles para pensar en las formas de una violencia que no se separe ni dé la espalda a la emergencia de una sociabilidad alternativa: a- que esté apoyada en una concepción auténticamente defensiva. Esto no quiere decir no tener iniciativa. No es ninguna ley sobre cómo actuar. Simplemente refiere a que las acciones de autodefensa están animadas en recursos populares y no de poder y, sobre todo, en que la concepción que está en esas acciones no es la adquisición-obtención de poder, sino la defensa de la sociabilidad emergente y de la potencia de estas experiencias. Y b- la multiplicidad como forma *diferente* a la dispersión y la centralización, acorde con la realidad de las experiencias de contrapoder y como recurso contra la autonomización de un "aparato" especializado.

La ofensiva, como concepción de la violencia, es un arma del enemigo, del poder central, de los "poderosos" en general (entendiendo por poderosos a quienes controlan la potencia ajena). La violencia ofensiva es conquistadora, colonial, imperialista. Por eso es que la guerra es el terreno del poder. El poder quiere conducir a sus enemigos hacia allí. Y no son pocas las veces en que se cree que se puede atacar al poder. Sin embargo, los pueblos no eligen las guerras. Ellos ponen la mayoría de los muertos. La guerra popular no es deseable. Sólo hay que asumirla cuando es impuesta y, por tanto, es una hipótesis última, totalmente indeseable. Así, cuando el enfrentamiento abierto como lugar privilegiado para definir la lucha política tiende a convertirse en lógica dominante, se abren las puertas para el poder desnudo de la muerte. Y esta lógica es atracti-

va no sólo para ejércitos y guerrillas, sino también para partidos, intelectuales y movimientos sociales: *la lógica del enfrentamiento es parte de la versión dominante de la política como "lucha por el poder"*. En efecto, si la política es el enfrentamiento de dos bandos por el poder central, la guerra a la ofensiva es la estrategia única y común de ambos contendientes, igualándolos hasta puntos inimaginables. Como tal, no tiene relación con las guerras defensivas del pueblo por la independencia y contra el colonialismo y el imperialismo que hemos conocido en el siglo veinte.

Para las experiencias de contrapoder la violencia es un elemento irrenunciable desde el momento en que está presente bajo todo tipo de injusticias y formas de represión, pero también como recurso propio. Pero ella no tiene por qué igualarse con la violencia del poder. Sus diferencias pasan por ser múltiple (no centralizada) en lo múltiple (un recurso entre otros), e inevitablemente concepción defensiva. De allí que la elección de fondo no sea entre violencia y no violencia, sino entre autoafirmación y lógica del enfrentamiento.

3. La violencia está presente y es, además, un recurso situacional. Si se lo unitelateraliza deviene lógica del enfrentamiento. Pero si sucede lo contrario, puede devenir defensa activa de la nueva sociabilidad producida.

La violencia es un recurso situacional y de ningún modo cabe identificar mecánicamente *violencia y lógica del enfrentamiento*. La historia está repleta de ejemplos de violencia inteligente y legítima. Condenar la violencia en general es caer en el pensamiento abstracto, prepolítico, ahistórico. La violencia está presente y hay que asumirla, no negarla.

Resulta esencial, al respecto, entonces, separar el enfrentamiento como posible del múltiple que es la situación, de la lógica del enfrentamiento que tiende a acaparar todo posible, a tornarse, cada vez más, la única vía pensable. Nuestra historia reciente nos ilustra sobre los riesgos del militarismo, el aparatismo y otras formas de polarización que tienden a constituir al contrapoder como espejo del poder, dividiendo todo por

dos y fundando "simetrías" entre ambas fuerzas.

La violencia como recurso de la multitud, no obstante, no tiene por qué reproducir la lógica del espejo. Al contrario, la violencia de masas, cuando pretende afirmarse en su potencia, es defensiva, y se funda en asimetrías de fuerzas, de legitimidad, de recursos.

Por otro lado, la violencia como recurso entre recursos puede muy bien convivir con otros recursos de la situación impidiendo que el enfrentamiento "tome el poder" sobre los otros posibles, que "siempre" existen. Dicho esto, el núcleo de una concepción defensiva consiste en que la legitimidad y eficacia de toda violencia que no quiera devenir espejo del poder consiste en su carácter defensivo mismo, por un lado, y, por otro, en "lo que defiende esa defensiva": es decir, formas alternativas de vida. En última instancia la discusión de la violencia descansa en la existencia de estas formas. Al respecto, el ejemplo del MST de Brasil y de las comunidades indígenas de Chiapas y su relación con el EZLN son ilustrativas.

4. En el piquete se dan, a la vez, tres formas diferentes, paralelas y complementarias en la relación con el Estado: a- el Estado reprime; b- el Estado es indiferente a los reclamos y a la realidad del barrio; c- el Estado financia planes y proyectos. En la medida en que el piquete tiene como objetivo obtener planes y proyectos sociales, la violencia, como recurso, es inevitable. De allí que el riesgo de caer en la lógica del enfrentamiento es un riesgo real, barajado y promovido por el gobierno (y no sólo por él). Y por tal motivo es que se vuelve fundamental construir, a partir de esta realidad, experiencias cada vez más autónomas, capaces de prever la reducción de los subsidios, de un lado, y, de otro, de quitarle al poder el recurso de la guerra, a la cual podrían ser arrastradas las organizaciones piqueteras autónomas.

Sabemos que no existe un movimiento piquetero. Existen varios. Sin embargo, todos comparten el corte de ruta. Es cierto que cada cual ha-

ce los cortes con sus propias modalidades (total o parcial, con capucha o no, etcétera). Sin embargo, subsiste algo en común: el reclamo al Estado –municipal, provincial o nacional– de planes y proyectos sociales, y el corte como arma de presión.

Hemos trabajado sobre esto el año pasado. Entonces veíamos que existen tres tendencias en el movimiento piquetero: dos que se piensan a sí mismos desde la *globalidad* y la *coyuntura* (estos son, los autodefinidos “revolucionarios” y quienes luchan por la inclusión en el sistema por vía “reformista”); ambos tienen estrategias diferentes pero comparten la forma en que conciben la política: como un pensamiento y una práctica desde la coyuntura. A diferencia de ellos, en el MTD de Solano se desarrollaba otra posibilidad en la afirmación de un pensar y actuar situacional.

Luego de los días 19 y 20 de diciembre, los movimientos se reacomodaron en la coyuntura. Unos se hicieron ausentes, otros vanguardistas. En una reunión de taller de aquellos días discutimos la importancia de rechazar las ilusiones del vacío de poder. En esa ocasión se dijo que la prioridad era profundizar el trabajo por la base y producir un tiempo y un espacio propios, en los cuales ser soberanos para, desde allí, pensar todo, incluso la coyuntura.

Repitamos que, entre tantas diferencias, hay algo común a todos los movimientos: el piquete. Como momento de exigencia al Estado se convierte en un lugar inevitable de enfrentamiento. El Estado sólo reconoce a quienes se le subordinan o a quienes lo enfrentan. La opción de los MTD implica, por tanto, un nivel de violencia inevitable ligado a la exigencia a un Estado cada vez más destruido.

Veamos esto más de cerca: en el piquete se dan, a la vez, tres formas diferentes, paralelas y complementarias en la relación con el Estado: enfrentamiento, negociación e indiferencia. Es una situación difícil, contradictoria, paradójica, pero que hay que asumir. Y la habilidad del movimiento se juega, en gran parte, en saber combinar estas tres realidades. Una primer conclusión a sacar es que *mientras haya necesidad de reclamar*

al Estado todas las variantes estarán presentes en proporciones variables. Y, por lo tanto, el enfrentamiento será inevitable.

De allí que sea de vital importancia consolidar formas alternativas de reproducción de la existencia del movimiento que vayan corriendo a los planes como recurso único y central.

5. La perspectiva de las experiencias que se sustentan en su propia capacidad, en su potencia y proyectan esa energía, encuentra su fuerza en el proceso de autoafirmación. Las claves de su desarrollo radican en su capacidad de sustraerse de los tiempos y las exigencias de la coyuntura y la representación para producir un tiempo propio. La política, en el contrapoder, aparece, sobre todo, como capacidad de producir esa temporalidad, esa autonomía.

La autonomía, la independencia y la autoafirmación no son evidentes ni se adquieren de una vez y para siempre. No se trata de algo fácil de conseguir ni de algo fácil de sostener una vez conseguido. Es un *trabajo permanente*.

El hecho que la autonomía no pueda ser total, al menos no por ahora, abre posibilidades diferentes.

Esto puede asumirse con un supuesto realismo que nos viene a decir que la “política” de negociación, de alianzas, electoral, es lo único que nos queda para controlar alguna vez y, cada vez más, al Estado mismo. Otra dice: “aprovechemos al Estado”, “mientras lo enfrentamos vayamos acumulando fuerzas” hasta “tomar al Estado mismo”. Ambas posiciones terminan siendo idénticas, porque constituyen dos estrategias diferentes con una misma creencia: el cambio pasa por controlar al Estado nacional. Y la política es astucia y lucha por el poder.

Pero hay otra posibilidad: la política de la autoafirmación. Esta, sin embargo, no es fácil porque depende siempre de dos principios difíciles de lograr y, sobre todo, de desarrollar, una vez alcanzados: a- una capaci-

dad muy grande de fijar(se) tiempos, temas, recursos espacios e iniciativas propias. Estas capacidades son, ya, difíciles de encontrar en la política, porque dependen de una posición que no quiere recursos para la guerra, sino de una opción por la vida, la reproducción cotidiana, la rebelión diaria, y la necesidad de evitar las trampas del poder; b- no hay autonomía sin interdependencia: no hay posibilidades de obtener un espacio, un tiempo, un pensamiento y recursos propios sin desarrollar una red de contrapoder capaz de reproducir integralmente al movimiento.

Una nueva conclusión que se puede extraer es que la autonomía de la potencia implica una autoafirmación que funda una nueva soberanía (espacio-temporal) capaz de sustraerse de la norma del capital. Pero para ello, la potencia debe extenderse, encontrarse, con otras experiencias, anudar circuitos reproductivos autónomos.

Para avanzar por este camino tres observaciones resultan de vital importancia: a- la necesidad de lidiar con el Estado no implica la falta de posibilidades de desarrollar, de manera paralela, opciones autónomas; b- la autoafirmación tiene que sostenerse en una hipótesis práctica de reproducción autónoma de la experiencia (y de su proyección) y c- hay que producir, paralelamente, un pensamiento político del contrapoder que permita comprender los fenómenos de la coyuntura desde el objetivo fundamental de producir, sostener y proteger las experiencias de contrapoder.

6. El Estado se ha transformado. Se ha degradado. Ha sido presa de las políticas neoliberales, de la aceleración de los flujos globales del capital (llamada globalización) y ha sido apropiado por verdaderas mafias. Una nueva formación social surge en la Argentina: la fragmentación social, el empobrecimiento masivo y la destrucción de la vieja estructura productiva. Los propios piqueteros dan cuenta de esta transformación.

¿Qué implica esta novedad para el pensamiento de las experiencias de contrapoder? Dos cosas aparecen claras: a- el Estado actual ya no es

el (no tan) viejo Estado nación, con sus capacidades efectivas de integración, aun si siempre fueron limitadas; y b- actualmente existen importantes recursos de dominio que se despliegan relativamente por fuera del Estado-mafioso-neoliberal.

El Estado actual está desmembrado. Por un lado fue vaciado por las políticas neoliberales. Por otro, según dicen muchos con más información que nosotros, las mafias se han apoderado de él. Finalmente hay testimonios sobrados de su inoperancia frente a muchas de las que fueron en otras épocas sus tareas fundamentales. No es que el Estado haya desaparecido, ni que esté en vías de extinción. Pero sí que ha cambiado. No es tanto que se haya debilitado o fortalecido, como que, sobre todo, parecen haber cambiado algunas de sus tareas y prioridades y las modalidades a las que recurre para realizarlas.

Si por un lado es evidente la desatención de servicios básicos como salud y educación pública, jubilación y, en general, los servicios esenciales para la vida de una buena parte de la población; por otro, el Estado ha claudicado incluso en algunas de las tareas que tradicionalmente han sido funciones indelegables del Estado capitalista. Actualmente *no existe un monopolio de la moneda de curso legal*. No sólo por los bonos que producen los gobiernos nacionales y provinciales, que conservan una cierta legalidad estatal, sino sobre todo por la circulación de los “créditos” de las redes del trueque. En Quilmes, por ejemplo, se pensó en pagar impuestos con los créditos de la Red Global del Trueque. Otro ejemplo contundente es la defensa de la propiedad privada: durante los saqueos de diciembre los grandes supermercados transnacionales contrataron directamente al personal de policía o gendarmería para que reprima, mientras que los medianos y pequeños mercados eran defendidos a los tiros por sus propios dueños. Podríamos seguir con los ejemplos: bandas policiales que se autonomizan del poder legal y político, guerra de mafias, seguridad privada, grupos parapoliciales, corrupción masiva en todos sus niveles, etcétera.

Estos ejemplos nos revelan que el Estado nacional ya no es, actualmente (al menos en la Argentina), el recurso único y suficiente de la dominación. Es cierto que nunca lo ha sido del todo, pero también que ahora, más que otras veces, es ilusorio suponer que la dominación pasa mayoritariamente por el control del aparato del Estado. Por un lado, están los recursos propios del mercado: publicidad, medios, producción de imágenes de felicidad y realización, deseo de consumo, determinación de nuevas formas de inclusión y exclusión, etcétera. Por otro lado, existen nuevas formas de control que ya no se organizan desde el aparato del Estado, aun si cuentan con su relativo beneplácito (por ejemplo al interior de los supermercados o de las fábricas) y, finalmente, la paramilitarización, la patota, la mafia, que ha tomado el aparato del Estado, pero que se articula por su cuenta con las grandes empresas (agencias de seguridad privada y venta directa de servicios de los recursos del Estado de manera ilegal).

En este contexto una cosa parece ser cierta: *la pérdida de capacidad de regulación del Estado nos habla de la inexistencia del viejo Estado nacional de vocación integradora, aun con todos sus límites.* Esta situación plantea nuevos desafíos tanto para quienes deben organizar la dominación como para el contrapoder.

El capital tiene ante sí el desafío de construir formas mínimas de regulación estatal. Ellas pueden implicar el intento de construcción de un Estado neoliberal capaz de hacer imperar la ley, es decir, de recomponer en nuevos términos una autoridad política fundada en su capacidad técnica para desarrollar negocios en el país; o por el contrario asociarse, como hasta ahora, en forma directa con el Estado mafia, constituyendo núcleos de regulación por fuera del Estado, sin revertir la descomposición y corrupción del aparato estatal.

Estas posibilidades deben tener en cuenta que el Estado-mafia existe y, como tal, constituye un poderoso dato de partida para cualquier análisis y proyecto y que, por tanto, sea lo que sea que vaya a suceder a ni-

vel de la organización de la dominación (signada por la necesidad de valorización del capital) ese resultado será intermedio entre estos posibles. Estas opciones, además, están cruzadas por otros movimientos fundamentales de la coyuntura mundial, continental y nacional que ni siquiera mencionamos ahora, pero que revelan una complejidad mayor y que tienen relación directa con las fuerzas imperialistas que pretenden que la Argentina ingrese al *ALCA*.

Insistamos con lo que resulta de mayor importancia ahora para nosotros: *a- fin del Estado nacional tal como lo conocimos. b- una reorganización de la dominación que implica una combinación de viejos recursos junto a nuevas modalidades.*

7. El capital precisa recomponer su dominio y no parece tener aún ni una estrategia única, ni una vía clara para hacerlo. La coyuntura nacional está signada por este hecho fundamental. No se trata de un vacío de poder, sino de un proceso más complejo. Lo que está en juego es qué tipo de capitalismo es posible en el contexto actual determinado tanto por la degradación política e institucional, como por la presencia de redes extendidas de contrapoder.

Muchas veces parece que la realidad política se nos presenta de dos formas: como lo que aparece cuando pensamos de manera inmediata, como reflejo, y lo que se revela cuando nos ponemos a pensar más profundamente.

En el pensamiento reflejo tendemos a reproducir lo que dicen los medios y los políticos. Pensamos nuestra realidad como si fuera un lugar en que se repite lo que ya pasó en el pasado. Como si el tiempo de la historia fuera cíclico. Así, por ejemplo, en el gobierno están los de la Triple A, y en la resistencia los guerrilleros de hoy, y el año 2002 sería algo así como el '75. De allí que se espere o una insurrección victoriosa que evite el final de muerte, o la dictadura represiva que repita la historia.

Sólo cuando nos ponemos a pensar seriamente, es decir, con cabeza propia, en función de lo que experimentamos en nuestras circunstancias, vamos viendo que ni los medios ni los políticos ni los intelectuales consagrados piensan, realmente, sino que más bien "saben cosas" (honesta o deshonestamente, según el caso). Pero el pensamiento hay que hacerlo siempre una y otra vez, cada quien, en situación.

Así descubrimos que la historia no se repite y que si bien hay continuidades evidentes ellas suelen adquirir nuevo sentidos, aun si parecen ser muy sutiles o imperceptibles a primera vista.

En este sentido es que hay que preguntarse nuevamente si la coyuntura actual es una más de las tantas que hemos conocido o si, en su singularidad, nos está revelando algo que merece ser comprendido.

Por un lado, la coyuntura actual se ilumina cuando es percibida a partir de las transformaciones, al calor de la destitución del Estado nacional presentada en el punto anterior.

Por otro, la crisis actual ha logrado volver visible el desarrollo de las experiencias de contrapoder, y acelerar su crecimiento.

En este contexto las necesidades del poder pasan por: a- producir oportunidades de reiniciar un proceso de acumulación capitalista, y para ello precisa: b- recomponer formas de regulación, que implican recomponer mínimamente algunas funciones estatales (poder político, legitimidad, incluso para reprimir, etcétera) y c- resolver su convivencia (más o menos represiva) con las redes del contrapoder.

No se trata, aquí, de desarrollar un panorama minucioso de la coyuntura internacional o continental (aunque es evidente que son problemas de suma importancia, particularmente la explosión de la crisis a nivel latinoamericano), ni de la lucha que se desarrolla actualmente al interior del bloque de las clases dominantes. Tampoco del juego de la superestructura política partidaria. No: se trata, antes que nada, de insistir que este contexto merece ser tenido en cuenta para desarrollar hipótesis consistentes al interior de las experiencias de contrapoder.

Retomemos la cuestión del Estado-mafia. No se trata sólo de una forma de Estado. Es también un modo de regulación social que se extiende a través de la base misma de la sociedad. Su dinámica difunde una violencia desinstitucionalizada fundada en las luchas internas (sean estas políticas, empresariales o policiales, todas ellas articuladas y sumidas en una misma modalidad conspirativa, oculta). Su articulación actual con el capital global no supone una ampliación de la inclusión socio-económica, y mas bien sume a la población en una degradación completa.

Un hipotético Estado administrativo eficiente, articulado con una recomposición de la inversión de capital (eventualmente y, en el mejor de los casos, fundado en una masiva proletarización de las clases medias) tendría que convivir con este panorama y articularse con este Estado mafia.

Aún en este caso, que parece ser la panacea del "progresismo argentino", el uso de la violencia perduraría. La violencia represiva sería más puntual, pero no necesariamente menos generalizada. En todos los casos por igual la represión tenderá a aplicarse sobre los obstáculos que "los excluidos, los radicales" interpongan a los nuevos negocios, a los circuitos de la valorización del capital. Es evidente que el piquete está, por tanto, en el centro de toda hipótesis represiva.

Si lo dicho hasta acá no es sencillamente un delirio (y no podemos ofrecer garantía alguna de que no lo sea) cabe sacar aún una conclusión más: la convivencia del poder del capital con el contrapoder no sólo promete, a futuro, represión física. Este es sólo un aspecto, que por lo demás, ya se está haciendo presente de manera evidente. Está, también, la posibilidad del "compromiso".

Si la subsistencia del capitalismo implica producir negocios, la madurez de las experiencias del contrapoder (de ser tal) implicará a la vez convivir con la represión (de la forma en que aparezca) pero también con la cooptación, que ya no es, como antaño, integración generalizada con-

ducida por el Estado (como fue en el peronismo '46-'52), sino bajo formas más degradadas de la dádiva, el clientelismo, la proletarización en condiciones híper precarias, etcétera.

Si como venimos suponiendo, el Estado (atrapado como está en las redes del capital) carece de por sí de la capacidad de ampliar sustancialmente la inclusión social, nos encontraremos (si es que la situación ya no es esa) con una relación cara a cara entre, por un lado, el capital (y su articulación Estado-mafiosa), sus capacidades represivas y de cooptación y, por otro, el contrapoder y su proyecto de fundar una autonomía frente a él. Sin ninguna mediación realmente eficaz entre ambas fuerzas. Así, *compromiso* (cooptación, inclusión precaria) y *represión* (sobre todo para quienes bloqueen circuitos de valorización del capital, pero también por efecto de internas mafiosas) son dos variantes que, combinadas o no, se harán presentes mientras dure la futura convivencia del poder del capital y del contrapoder.

8. En efecto, la lucha de clases –en las actuales circunstancias– se libra alrededor de un poder que pretende y precisa apoderarse y controlar procesos naturales, culturales y vitales –el capital– y las fuerzas de la resistencia, que sólo lograrán asumir el desafío de producir otra sociabilidad si son capaces de dar a luz un nuevo modo de producir la vida: exterior, opuesto y más potente que el régimen del capital. En toda América latina hay experiencias de una gran riqueza al respecto.

En efecto, creemos que la lucha de clases gira alrededor del hecho fundamental de que el capital tiende a dominar de manera cada vez más directa sobre la naturaleza, la vida humana, y la riqueza cultural de los pueblos. En todo América latina se ve de forma abierta cómo la lucha de los pueblos por controlar sus propias condiciones de reproducción entra en contradicción directa con las necesidades de la acumulación de capital.

Todo lo que se subordina al capital es brutalmente explotado. El capitalismo, como nunca, produce vida para la muerte. Su propia modalidad de acumulación genera, estructuralmente, exclusión. El momento de mayor productividad de la humanidad es también el de mayor miseria.

Como contrapartida, cada vez más, la fuerza de las luchas radica en su tendencia a *autonomizarse del mando del capital*. Redes completas de cultura indígena, de campesinos y productores directos desarrollan un contrapoder cada vez más potente por la base de nuestras sociedades.

No es previsible –pero tampoco imposible, claro– que al corto plazo el contrapoder vaya a ser destruido. En todo caso no será tan fácil hacerlo. La sociedad capitalista tiene poco o nada para ofrecer a quienes logran constituir una sociabilidad al margen de su control y las soluciones puramente represivas son costosas desde todo punto de vista. Sin embargo, la combinación de cooptación y represión siempre está a la orden del día.

Resulta posible vislumbrar una convivencia en el tiempo entre un poder capitalista (bajo la forma que finalmente adquiera) y un contrapoder que se aleje cada vez más de la guerra abierta y tienda a autoafirmarse en nuevas formas productivas y reproductivas.

Según lo desarrollado hasta aquí, estamos en condiciones de insistir en dos conclusiones: a- que el capital debe resolver (en la Argentina) sus dilemas ligados a las formas de valoración y a la regulación de la lucha de clases. Que se están jugando en este momento las modalidades específicas de articulación directa entre capitales y mafias. Y que esta resolución se da en el contexto de la emergencia de un contrapoder de proporciones; b- el propio contrapoder, en su desarrollo, debe también resolver una cantidad de cuestiones fundamentales en relación con el Estado, los gobiernos locales, el hambre, los medicamentos, las formas de autogestión, el vínculo entre experiencias, las formas de autodefensa, etcétera.

Así, el capital como control (y aspiración al control) de la potencia productiva de los pueblos y de la vida y, por otro lado, el contrapoder, como tendencia a la autonomización de la reproducción de la vida, confi-

guran el eje fundamental de la lucha de clases actual y su convivencia, novedosa, no promete ser un lecho de rosas.

9. El capitalismo produce hombres y mujeres para la muerte. La lógica del enfrentamiento, sostenida incluso por sectores de la izquierda, también. La autoafirmación de la potencia y la multiplicidad no existe, sino como la voluntad de persistir y desplegar la vida. De allí la insistencia: resistir es crear (modos de vida).

La lucha de clases es asimétrica. El capital juega a la ofensiva. Conquista, coloniza. Pero también, y de manera escandalosa, incluye excluyendo, precariza, empobrece. Resulta fundamental, al respecto, no perder de vista que el capital es control de la potencia y la subjetividad, de la naturaleza y de lo producido por la ciencia, y en general, de la cultura de los pueblos.

El capital no es sino una relación social entre los hombres y con la naturaleza. No es posible combatirlo como si fuera algo exterior, que tiene sus raíces en las casas de gobierno. En rigor, no hay otra forma de combatir al capitalismo, como forma de hegemonía de la tristeza, de la explotación, del individualismo y del mundo de la mercancía, mas que produciendo otras formas de sociabilidad, otras imágenes de felicidad, otra política.

10. En la Argentina –como en América latina– se desarrollan redes productivas, antirepresivas, de contracultura, por la salud y la educación alternativa y, en general, por una política radical que ya no se separa de la vida. Estas redes, en la medida en que tienden a autonomizarse del mando del capital y del Estado, ofrecen nuevas posibilidades de desarrollar la autoafirmación de las potencias productivas, culturales y políticas de las experiencias autónomas.

La apuesta a la autonomización de la reproducción de las experiencias radicales precisa de hipótesis prácticas para su propia proyección así como para ser efectivamente recorridas.

Y bien, de lo que venimos diciendo se desprende una: en la Argentina se ha autonomizado un conjunto de redes diferentes –más o menos difusas, más o menos organizadas– que trabajan unas en el trueque, otras en otras formas de economía alternativa, unas en derechos humanos, otras en asambleas y debate político, otras a partir de la ocupación de fábricas (más de 100), otras en salud, otras en educación, y así de continuo.

Estas experiencias son muy heterogéneas. Algunas, incluso, francamente oscuras. Pero a la vez hay millones de personas *viviendo* en ellas. En estas experiencias se mezclan punteros políticos y mafias vinculadas al aparato del Estado junto a expresiones genuinas de reproducción vital para quienes fueron considerados muertos, durante años, por el mercado capitalista.

Esas redes tienden a la autonomía respecto del mando del capital en la misma medida en que han perdido toda posibilidad de inclusión/integración en condiciones mínimamente dignas. O, en otras palabras, en la medida en que ya no consiguen formas deseables de inclusión.

Estas redes tienen un potencial enorme en la medida en que pongan en movimiento todos sus recursos: ligar productores entre sí, productores con consumidores, nuevas formas de intercambio sin mediaciones mafiosas y, sobre todo, en la medida en que estos circuitos puedan sostenerse a partir de construir fronteras móviles con el mercado capitalista.

11. El poder y el contrapoder pueden convivir durante bastante tiempo sin que ninguno derrote al otro. El poder deberá solucionar sus problemas para persistir, pero el contrapoder también deberá desarrollar los suyos, lo que no es una tarea fácil. El principal problema común de esta lucha de clases es, precisamente, cómo asumir esta coexistencia conflictiva.

La convivencia de un poder capitalista en permanente recomposición y de un contrapoder que está también en permanente recomposición produce ansiedad en quienes, de un lado y otro, querrían resolver la partida en una sola movida.

Desde el punto de vista del contrapoder, sin embargo, es vital obtener tiempo. Afianzar estas redes. Madurar una teoría política que permita comprender mejor cuestiones tan complejas como las relaciones entre las instituciones estatales y las políticas de base, entre presencia efectiva de las luchas y niveles representativos, entre liderazgos situacionales y caudillismos, entre producción y reproducción de la vida, entre autodefensa y éxodo, entre enfrentamientos necesarios y protección de los compañeros y las experiencias, entre desarrollo local, nacional y continental, etcétera.

12. Las experiencias del contrapoder se han consolidado mucho en los últimos años. Pero se les viene encima una aceleración de los tiempos. Nadie les va a regalar ese tiempo. Por eso, su propia virtud radica en su capacidad de producirlo. El militante de la organización de lucha bien podría hacerlo convirtiéndose también en un productor de redes de reproducción material autónoma. Y viceversa: las redes de reproducción autónomas, con toda la oscuridad que las rodea, se beneficiarían, sin dudas, de la hibridación con la experiencia de la lucha piquetera. Las asambleas populares de varias ciudades argentinas son importantísimos dinamizadores potenciales de estas redes pero también de este encuentro.

Los piqueteros se consideran a sí mismos organizaciones de lucha. Y tienden a buscar alianzas con otras organizaciones en lucha. Sin embargo, desde el punto de vista de una estrategia de la autoafirmación, esto sólo cubre un aspecto de la experiencia: la del *enfrentamiento*. Esta línea, si se desarrolla en forma desproporcionada lleva indefectiblemente a la lógica del enfrentamiento. Pero si se la comprende al interior de las redes del contrapoder en su conjunto, como línea que potencia y protege,

si se desarrolla como parte de un trabajo de composición con estas redes de economía, salud, educación y contracultura encontrará nuevas perspectivas, en la misma medida en que puede abrir las puertas a aumentar los cimientos materiales para una autonomía cada vez mayor.

Es claro que se trata de un trabajo difícil porque esas redes son precarias, no han resuelto aún temas básicos y en muchos casos están inficionadas de individualismo y clientelismo. Sin embargo, pensar esta dimensión puede dar lugar a nuevas alianzas, experiencias y a la producción de nuevos circuitos. Por esta vía podrían obtenerse en el corto plazo beneficios tales como comida barata (soja, arroz, aceite, etcétera), medicamentos genéricos (incluso armar laboratorios), tal vez una escuela, una coordinación antirepresiva más eficaz, nuevos espacios en donde discutir una nueva teoría política, etcétera.

La dificultad, además, probablemente esté ligada al tipo de militancia concreta que emerge como modelo de estas redes autónomas. Ya no se trata de un especialista en ideologías ni en enfrentamientos, sino en operadores situacionales de pensamiento y artífices virtuosos de la producción y la reproducción social. Categorías de una nueva teoría política del contrapoder.

Claro que no es fácil. Se trata de una hipótesis a desarrollar hasta el final. Pero hay buenos ejemplos de experiencias en todo el país, y en todo el continente, que apoyan esta vía de desarrollo.

No se trata de una solución a todos los problemas. Incluso la represión misma no desaparecerá como posibilidad. Es decir, que aún trabajando por esta vía el enfrentamiento sería una realidad, dura, a asumir. Pero un nuevo horizonte se vislumbra detrás de esta pista: a- la fusión entre reproducción vital y política; b- una mejor comprensión de las posibilidades de la relación entre las instituciones representativas y las experiencias de base y c- evitar la lógica del enfrentamiento para trabajar radicalmente la autoafirmación.

C.S., julio de 2002

**Conversación Colectiva Situaciones - MTD de Solano
(segunda vuelta)¹**

1. Las redes del contrapoder

—Creo que es muy arriesgada la hipótesis que habla de la *convivencia*, al menos por un tiempo, entre un contrapoder que se desarrolla cada vez más por la base y un poder que intenta recuperar posiciones. Porque es cierto que puede pensarse que ninguno de los dos va a poder destruir al otro, pero quizás habría que definir cuáles son esos contrapoderes, en qué forma se entienden y existen, para luego pensar esa convivencia, que sería posible sólo alejándose de la guerra.

Si no hacemos eso, más bien podría pensarse en que suceda lo contrario. Porque si bien nosotros queremos alejarnos de un enfrentamiento directo y abierto, porque sabemos que no nos conviene, el Estado no piensa lo mismo. El Estado va a tender a cerrar cada vez más el cerco: aunque nosotros nos alejemos, él va a seguir hostigando.

Es cierto que las formas de contrapoder que surgen tienden a alejarse de la guerra abierta, porque ya se conocen experiencias anteriores que hablan de su ineficacia. Pero al poder le sobran herramientas para llevarnos a un terreno de guerra, lugar en el que ellos dominan, donde tienen las de ganar.

—Es cierto que las experiencias de contrapoder tratan de evitar la guerra abierta por pura sabiduría, porque es muy fácil imaginarse quién gana en una guerra así. Pero lo que queríamos charlar con ustedes es el lugar que los piqueteros ocupan en ese marco.

La hipótesis en cuestión intenta reflexionar sobre la existencia de redes que trabajan directamente al nivel de la reproducción de la vida y que, al menos tendencialmente, se independizan del poder del Estado y de las exigencias del capital. Se trata de experiencias de todo tipo, y no todas tienen por qué gustarnos. Dentro de ese océano de experiencias están los piqueteros, que son los más ligados al enfrentamiento. Y no necesariamente por vocación, sino por lo que implican los planes Trabajar y la inevitable relación —contradictoria y en cierta forma involuntaria— con el Estado. El resto de las redes de contrapoder no tienen, necesariamente, esa experiencia tan fuerte de lucha y, en ese sentido, es interesante pensar el siguiente punto: que las “organizaciones en lucha” —en tanto y en cuanto se entienda por ello las organizaciones que priorizan el elemento del enfrentamiento físico (como muchas veces sucede con los movimientos piqueteros)— no abarcan la multiplicidad de aspectos presentes en las redes alternativas, esos tantos otros que ustedes mismos experimentan...

—Pero también me parece que se puede decir que toda experiencia que se proponga trabajar en el sentido del contrapoder es una experiencia de lucha porque, más allá de la metodología y de los distintos ejes de construcción, su trabajo implica luchar contra el capitalismo.

—Es cierto y, sin embargo, subsiste una diferencia: que ciertas experiencias piqueteras tienden al enfrentamiento directo mientras que a otras experiencias alternativas se les presentan otras variantes (aunque es evidente que éstas tienen que asumir también, a su manera, problemas ligados al enfrentamiento). Lo que queremos decir es que la lucha piquetera —hasta ahora— parece tender a situar al enfrentamiento como problema central de la experiencia, mientras que en otros recorridos del contrapoder el problema no se presenta del mismo modo.

—De todas maneras me parece que hay que desmitificar un poco nuestra relación con el problema de la violencia, porque muchas veces aparece como un grotesco. Si nosotros usamos pañuelos en la cara es por circunstancias que nos determinaron a hacerlo, por la violencia social existente y la violencia represiva, y es por eso que nos pusieron piqueteros. La violencia, entonces, es impuesta por el sistema y nosotros respondemos como podemos, creativamente. Porque lo que está claro es que lo único que nos puede salvar a nosotros de esta guerra es la creatividad.

—De todas formas el problema se presenta hoy de una forma particular, o al menos es lo que nosotros percibimos. La gran novedad parece ser que el capitalismo ya no tiene en sus planes integrar en un futuro a los actuales “desocupados”. Si esa posibilidad existiera, la represión tendría un sentido político que ya conocemos; es decir, se reprimiría con un fin claro: hacer retornar a los obreros rebeldes a la fábrica, a la producción, al tiempo de trabajo, y que los jóvenes no trabajadores vayan a estudiar, o a sus casas. Pero la impresión actual es que resulta difícil pensar en este tipo de represión, porque cada vez hay menos fábricas a las que devolver a los trabajadores rebeldes... Parece que la violencia del Estado intenta, entonces, frenar el desarrollo de un contrapoder que ya no sale de la fábrica —salvo las ocupadas—, sino de las experiencias que intentan producir y sostener formas de vida alternativas...

—Sí, es cierto que en los setenta existía el militante que proponía a sus compañeros de laburo algo diferente, otra vida: pero los obreros ganaban 1200 pesos. Se luchaba (en la fábrica) para defender el puesto de trabajo.

2. Asumir la guerra para evitarla

—Tal vez habría que volver sobre la hipótesis que plantea una convivencia a mediano plazo entre un poder que trabaja produciendo exclusión (o como lo veni-

mos trabajando: que "incluye excluyendo") y un contrapoder cuya existencia múltiple intenta sustraerse de este mecanismo. Porque no es previsible que el contrapoder vaya a poder eliminar los mecanismos de la dominación —como dice la izquierda vanguardista— llegando al gobierno mañana y solucionándolo todo, ni es de esperar tampoco (aunque no sea imposible) que el poder capitalista logre realizar la totalidad de sus pretensiones, aniquilando de una vez por todas la variedad de experiencias de resistencia.

Hay quienes creen que las calamidades sociales que hoy conocemos están causadas por una crisis pasajera y que cuando todo vuelva a la "normalidad" volverá a haber empleo, integración, sin ver hasta qué punto las formas de acumulación capitalistas actuales son ellas mismas productoras masivas de desocupados. Si a eso le sumamos la experiencia que se está haciendo en las redes de trueque, de compras comunitarias, de salud alternativa, no se ve bien cómo se podrían repetir los mismos mecanismos represivos de la dictadura.

—Pero quizás haya que pensar que estas redes no les afectan necesariamente. Porque el trueque, por ejemplo, es una red que funciona con las lógicas del mercado.

—Por eso decía al principio que es importante definir a qué llamamos contrapoder. Es evidente que el trueque se maneja con elementos capitalistas, con el valor determinado por la oferta y la demanda, con inflación, etcétera. Creo que culturalmente reproduce lo peor de las maneras capitalistas y no genera ningún tipo de contrapoder, sino que agudiza, en los sectores más pobres, las formas más perversas y miserables de este sistema. Yo no lo pondría como una experiencia de contrapoder.

—Acá en Quilmes la gente compra en los nodos periféricos el azúcar a tres créditos y lo vende en la Bernalesa² a tres mil: es una especulación total, y la Red Global no lo puede controlar, porque no es un Estado o una fuerza que pueda regular. Entonces, es más liberal todavía; la ley de oferta y demanda es más salvaje. Eso es todo lo contrario a lo que a mí me parece que es el contrapoder.

Creo que cuando ustedes hablan de contrapoder lo hacen demasiado ampliamente. Pareciera que todo lo que en algún momento surge como distinto al poder necesariamente se contrapone a éste, y no creo que sea así. Porque muchas veces es parte de lo mismo, porque no siempre implica poner el cuerpo para cambiar radicalmente la sociedad.

—El enfrentamiento se puede pensar de dos maneras distintas: como conquista del poder, como un movimiento ofensivo o, simplemente, como resguardo y autodefensa de formas alternativas de vida. Me parece que esta última forma es la que puede resultarnos de interés, porque es la propia de quienes estamos involucrados en procesos de producción de nuevos valores —pero no de "valores morales", sino de prácticas alternativas—. Lo cierto es que hay muchas prácticas que tienen que defender lo que piensan y producen, y tal vez no todas sean ahora de nuestro interés. Pero sí es claro que todas ellas tienen que enfrentar el mismo desafío de abandonar sus certezas previas sobre qué y cómo se hacen las cosas para investigar de qué se trata y cómo resolver los problemas que se les presentan.

Sobre el trueque no conocemos demasiado y, sin duda, mucho de lo que ustedes dicen es cierto, pero desde hace un tiempo trabajamos con algunos nodos que funcionan bastante bien —incluso a pesar de que la crisis actual de las redes alcanza a prácticamente todos los nodos de Buenos Aires— y donde vemos cosas muy interesantes. Allí se trabaja mucho la cuestión del lazo social como forma eficaz de regulación del intercambio y la producción de forma tal de evitar las cosas que ustedes cuentan. Es evidente que no todos los nodos funcionan igual y, sobre todo, que una experiencia que de repente aglutina a tres millones de personas no es algo simple ni puro, sino una mezcla total de motivaciones y dinámicas de las más diversas.

En todo caso, no se trata de realizar la apología del trueque, sino de investigar qué formas de economía alternativa —de las muchas experiencias que existen actualmente— son compatibles con el desarrollo material de la experiencia de los MTDs, y con las propias actividades económicas que ustedes vienen desplegando. Decir a priori que todas son compatibles es un absurdo, pero decir que ninguna puede serlo es aún más absurdo, porque bloquea toda búsqueda.

Y esto de ninguna forma es independiente de la cuestión que estamos conversando: la trampa del enfrentamiento. Al contrario, tiene mucho que ver. Porque no es lo mismo decir que el enfrentamiento es una realidad que debemos asumir y considerarlo como un elemento más de la experiencia, un recurso entre otros, que vivirlo como el centro de la construcción y pensar que de allí vendrán todas las soluciones.

Las opciones, al respecto, son varias y tal vez las podamos presentar en tres modos de pensamiento distintos. En el primero la solución está en el poder. Según esta perspectiva, todo lo que se está haciendo ahora es más o menos secundario en la medida en que no conduce de manera más o menos directa al poder central. El trueque, por ejemplo, aún en el caso de los nodos que logran funcionar bien, no es más que "gestión de la miseria", un factor incluso que retarda la "verdadera tarea".

El segundo modo cree que el capitalismo está pasando por una crisis pasajera, y que volverá a integrar a quienes han quedado momentáneamente "excluidos", a partir de la constitución de algún gobierno más o menos popular.

Y hay un tercero, que es el que venimos explorando. Desde este punto de vista la pregunta es por las posibilidades de un contrapoder que, en sus formas concretas, no puede expandirse sin interrogarse una y otra vez sobre los problemas que va enfrentando, los obstáculos, las maneras de resolverlos, etcétera. Desde esta última perspectiva resulta claro que la solución no puede centrarse en la cuestión de la toma del poder, o del enfrentamiento como cuestión excluyente, pero tampoco en la declamación bien intencionada de que "ya todo se arreglará"...

Pero el hecho es que, justamente, el contrapoder no es más que una serie de preguntas muy contemporáneas, interrogantes prácticos que hay que poder sostener, un poco a la manera en que lo hacen los zapatistas en circunstancias muy distintas, ¿no? Y entre estas preguntas hay una que nos abre a una dimensión bastante más material del problema, y ésa es la que se vincula con la posibilidad de producir cada vez más de manera autónoma, como forma de ir construyendo una independencia —al menos relativa— respecto de los planes que da el gobierno.

Una posibilidad es pensar que todas esas experiencias no pueden hacer más que reproducir el capitalismo por abajo, en la medida en que no luchan frontal y fisi-

camente contra el gobierno pero, a la vez, esta visión, aún si en muchos casos es acertada, puede terminar por cerrar caminos que merezcan ser explorados.

—Yo estaba pensando que uno de los problemas más difíciles que tenemos es que en los lugares más postergados, más destruidos, es difícil evitar ese roce directo con el capitalismo. Y la situación nuestra es bastante complicada porque no hay casi márgenes.

Nosotros, por ejemplo, estamos pensando en una toma de tierras porque, como saben, nuestros predios son inundables y no se puede producir nada. Además, estamos hacinados. Y el problema es que no hay tierras disponibles, porque el Estado vendió todo para hacer guita: todo es propiedad privada. Y si vas a tomar las tierras te mandan la gendarmería. Entonces ya no tenés espacio, es imposible no chocar con el capitalismo: es por eso que necesariamente existe un grado de confrontación. Cuando estás envuelto en esa tensión a veces ganás y a veces perdés, porque ahí depende de las relaciones de fuerza. La última toma de tierras acá en Solano fue de doce mil personas: tenía que haber una masacre para echarlos. En esos casos los tipos la miden, pero en otras oportunidades mandan la topadora y listo.

Ese es un problema para este desarrollo del contrapoder, para la posibilidad de reproducción autónoma de la vida: que cada vez los márgenes son más estrechos, y si no encontramos una manera de sortearlos va a ser muy difícil avanzar. En Brasil, los del Movimiento Sin Tierra (MST) la encontraron, aunque tuvieron costos muy altos, porque los cagaron a tiros, tuvieron presos y persecuciones, y aún hoy tienen mucha tensión. Yo no sé si vamos a poder zafar de ese conflicto con el Estado.

¿Cómo hacer con el problema de la tierra, por ejemplo? Hoy nosotros necesitamos tierra, ya no sólo para vivir, sino además para comer. Es evidente que el Estado no nos la va a regalar. Así que estamos en un dilema: ¿cómo autoafirmarnos, cómo desarrollar un camino que no tiene que ver con la toma del poder, sino con la creación de nuevos valores,

pero que también requiere afirmarse en la defensa de la vida? Yo no sé sinceramente cómo se puede hacer.

—Es cierto que uno se topa con el poder aunque no lo busque. Y no es que hacemos de la confrontación con el Estado el eje fundamental. Pero si tocaste la propiedad privada te van a mandar a la infantería, los jueces... Es decir, que mientras exista capitalismo vamos a chocar con alguna de sus formas. Ahora bien, el tema es que para nosotros el centro no es lo económico: nuestra lucha es por una vida diferente donde lo económico es una parte. La lucha por el cambio social es integral.

—Nosotros no nos imaginamos que el dilema sea construir comunidades hippies, ni que los piqueteros solucionen sus problemas aislándose con la esperanza de vivir al fin tranquilos —lo que, por otra parte, es una ilusión que todos podemos guardar—. Si algo es evidente es que no se trata de algo fácil. Más aún: el problema de la violencia no debería ser planteado de manera moral o abstracta. Al contrario, planteada en circunstancias concretas la mayoría de las veces es una necesidad de las luchas. No se trata, por tanto, de juzgar, sino de preguntarnos si el camino de la lucha —que, insistimos, implica siempre algún grado de violencia— no se despliega mejor cuando no se cae en el juego la guerra. Si, como nosotros creemos, desarrollar la guerra contra el poder lleva en las actuales circunstancias a perderla, tal vez se podría decir que asumir la guerra pasa, a la vez, por evitar hacer del momento del enfrentamiento abierto el centro del asunto.

—Sin desarrollar la guerra, hay que pensar y construir la autodefensa. En la Coordinadora Aníbal Verón hemos charlado mucho de que estamos en una etapa de resistencia. De resistencia a un modo de pensamiento único, de resistencia a una degradación tremenda de los valores, que es lo más jodido que tenemos porque no es sólo el hambre sino, sobre todo, la degradación del ser humano en toda su persona. Y estamos preocupados porque hay mucha gente que está pensando en situaciones pre

o recontra revolucionarias. Hay gente que está pasada de vuelta, supone que está todo maduro y que falta la vanguardia que tome el poder y desde arriba fabrique la revolución.

3. Poder del ideal o movimiento real

—Otro problema que veo del planteo sobre la posibilidad de una convivencia entre el contrapoder y el poder, es que si ese contrapoder no se alimenta y produce otras subjetividades y valores entonces sí el hecho de que borren a una serie de militantes lo puede destruir. Después van a seguir formas de lucha por la subsistencia misma, la gente va a asaltar supermercados, va a salir a afanar, etcétera. Es decir, la pregunta es: ¿no nos lleva ésto al planteo clásico de que cuanto peor mejor?

—Pero pensémoslo de otra forma. Si identificamos al contrapoder sólo con la gente que tiene un ideal en su cabeza de otra sociedad, estamos quedándonos con una realidad muy débil, muy ideológica. Tal vez la cuestión pueda ser formulada de otro modo: ¿no existen acaso, hoy, experiencias que ya no se alimentan exclusivamente de las exigencias e imágenes identificadoras que provee el capitalismo? Y si es así, si existen estas experiencias en distintos ámbitos de la sociedad, que producen en otra clave —incluso cuando no tengan ni idea de qué cosa sea el socialismo, como es nuestro caso—, es muy posible que a partir de todos estos fenómenos esté surgiendo ya “otra cosa” cuyo valor no está dado, en efecto, por su capacidad de darse formas representativas, simbólicas, teóricas, sino por su capacidad de mantener abierta la experimentación: la expansividad del contrapoder como tal. Tal vez, entonces, más que “unir a los socialistas”, sea más interesante vincularse con las experiencias que constituyen “puntos de potencia”, de experimentación, para ver cómo nos podemos conectar, coextender. Nosotros estamos convencidos, al respecto, que una “idea”, en tanto ideal, resulta siempre mucho más débil que la vivencia cotidiana, concreta. Y que, por eso, no

es fácil combatir al capitalismo sólo con ideales. Porque el capitalismo no es una idea, sino una realidad, y llamativamente resistente. De allí que no alcancen las "ideas puras"; sino que tengamos que constituir experiencias, vivencias, valores, modos de pensar e imágenes prácticas de felicidad capaces de competir y hasta de superar las enormes capacidades del capitalismo. Estas experiencias, claro, no tienen la pureza del ideal. Pero lo superan en deseabilidad, en potencia, en realidad. Entonces, no se trata tanto de que —como pensó parte del marxismo— "cuanto peor mejor", sino que, tal como lo advertían Marx y su amigo Engels, el "movimiento real" no tiene que "ajustarse" a ningún "ideal". Cuando uno se pone muy insistente con el ideal puede convertirse en un portador de moldes, los que sólo sirven para formatear al movimiento real.

—Sí, yo recuerdo cuando acá vino un compañero del Movimiento Sin Tierra e hicimos un taller de educación popular, en donde había compañeros que decían que buena parte de nuestras crisis como organización se debían a que no contábamos con un proyecto político claro, elaborado, que definiera un programa. Y el compañero del Movimiento Sin Tierra contaba que ellos ya tienen 25 años como organización y que a mucha de la gente fundadora, si se le pregunta qué es el socialismo, no tienen ningún tipo de saber al respecto. De hecho, si ése fuera el motivo de su experiencia seguramente habría mucha gente que ni se movería por esa cuestión. Pero si en un campamento se le dice que hay una toma de tierra, y que habría que darle una mano a los compañeros para que puedan empezar a laburar, se moviliza cualquier cantidad de gente. ¿Por qué? Porque lo viven en su propia cotidianeidad, y ese es el socialismo, el que existe prácticamente y no el que aparece como un sistema de ideas definidas, programadas a modo de dogmas.

—Claro, el mayor problema de trabajar sujeto a un ideal es que termina obstruyendo la posibilidad de encontrar alternativas posibles en la experiencia propia. Como ya se sabe tanto acerca de lo que uno se propone, como ya tenemos bien cla-

ra la meta, entonces lo único que hay que hacer es acomodar la experiencia real —las vivencias— a esos saberes que nos acercan al ideal. Ahí no hay ninguna creatividad ni experiencia real. Pero la crítica a este modo de pensamiento implica la puesta en práctica de otro modo de subjetividad, que tiene que ver más con la capacidad de indagación en base a las prácticas existentes y las posibilidades que ellas proveen, sobre las formas de sociabilidad que surgen en esas prácticas, sobre las que no sabemos demasiado de antemano.

Lo que nos parece importantísimo en este sentido es que son estas prácticas reales las únicas que pueden constituir recursos para nuestras propias experiencias. Porque ellas pueden responder a la pregunta ¿cómo es posible producir los recursos que necesitamos para desarrollar este contrapoder en las actuales circunstancias? O sea: para pensar cosas nuevas es preciso pensar de otro modo. Y este "otro modo", creemos, va más allá de lo que habitualmente entendemos por "política". Por ejemplo, el enfrentamiento, si es pensado desde las modalidades clásicas de la política implica necesariamente la cuestión del poder, las relaciones de fuerza, en fin, la subordinación y reorganización de la vida bajo la exigencia de ese enfrentamiento. Pero, ¿es posible pensar desde otro lado?

Cuando hablamos de estas redes que están surgiendo nos damos cuenta de que allí no se piensa en los términos en los que estamos acostumbrados, no se piensa "políticamente". Y, sin embargo, es evidente que se piensa, porque se encuentran soluciones, aunque sean parciales —y cuál no lo es— para muy distintos problemas. Parece ser que hay una afinidad muy grande entre las experiencias de nuevo protagonismo, al menos desde una perspectiva: no se separa en ellas la política de la vida. Por eso nos sorprende cuando se dice que en el trueque se reproduce el capitalismo: ¿en el movimiento piquetero no sucede, en cierta forma, lo mismo? Muchas veces hemos comentado acá que el capitalismo no es algo externo a la experiencia del MTD. Y, además, para alguien que conoce otros movimientos piqueteros (como el de D'Elia): ¿puede decirse que ahí no se reproduce el capitalismo?

Entonces, resulta importante pensar de otro modo, también con respecto al movimiento de las asambleas. Porque lo más interesante suele ser lo menos visible, lo que no se ve tan fácilmente: experiencias muy incipientes, que empiezan a reorga-

nizar algunos circuitos del barrio. Sin embargo, por lo general, se pretende ver en ellas a auténticos soviets, o se las exalta en tanto muestran cierta capacidad de movilizar, de hacer marchas todos los viernes a Plaza de Mayo; no se es capaz de ver más allá de estas consideraciones.

Sin dudas, esas formas de sociabilidad que aparecen y que están expresando otro devenir no son fáciles de ver ni de acompañar. Ahora, si el contrapoder no intenta tener una mirada más aguda, menos soberbia, más ligada a las posibilidades reales que ofrece el movimiento real, es decir, si no modifica su percepción y manera de pensar, es evidente que no queda otra que repetir los caminos trillados de siempre.

4. Más allá de la política

—Es cierto que cinco años atrás todos seguíamos pensando que la solución pasaba por una u otra forma institucional. Ahora se han abierto muchas oportunidades, que no van a dejar de significar crisis. Pero lo importante es que hay búsquedas, y bienvenidas sean. Antes, esas discusiones sólo existían en el Parlamento, en las Consejalías o en el Municipio. En ese sentido, el trueque es una búsqueda, un intento de solucionar de otro modo algo que el capitalismo no soluciona. Por muchos problemas que tenga hay que pensarlo como un proceso, que quizás derive en algo piola. Por ejemplo, si se logra conectar los nodos directamente con los proveedores de harina, arroz, etcétera, quizás se pueda terminar con la especulación del tipo que va a hacer negocios, porque al productor lo están cagando también. O sea, ahí se está ensayando una búsqueda, y es lógico que esté atravesada por la miseria humana, porque estamos en la última y buscamos salir como sea. Pero, a su vez, es una posibilidad que si se desarrolla va a ser muy interesante.

—Tiene que ver también con un proceso más general que viene sucediendo hace unos años en los barrios. De hecho, yo mismo empecé a hacer

cosas en cuarto año del secundario, cuando nos agrupamos un montón de pibes, y fue un agrupamiento apolítico. Esa fue una experiencia muy válida, vivimos un montón de cosas, y aprendimos a partir de ahí. Pero creo que si bien hubo una necesidad de agruparnos apolíticamente, inconcientemente estábamos haciendo un camino hacia la política. Porque últimamente ser apolítico es una buena forma de hacer política.

—Así también se pueden ver otras realidades como por ejemplo la del Movimiento Campesino de Santiago del Estero (MOCASE). Ellos hace diez años que empezaron el movimiento, y no tenían ninguna ideología política que los integrara. Es una experiencia que podés llamar “apolítica”, pero que tiene una radicalidad enorme: no, tal vez, por “apolítica”, sino por desarrollarse “mas allá de la política”.

—Claro, no es lo mismo un antipoliticismo en la forma de una demanda ingenua a la autoridad, que una experiencia de autoconstrucción basada en los recursos y valores que existen en los compañeros del lugar. Este último modo de construcción implica trabajar en un nivel de profundidad al que no llega la política, porque implica confiar en los recursos propios, en la cabeza propia, en las capacidades de los compañeros. En ese nivel se va generando una trama social que es justamente la relación que el capitalismo destruye todo el tiempo, convirtiéndonos en individuos sujetos al poder. La diferencia entre estos dos modos de crítica a la política está en esa autoorganización. En este sentido, se trata de un “más allá” de lo que comúnmente se entiende por la política e integra otras dimensiones de la existencia.

No se trata de una autonomía relativa, pasajera, algo que se hace “mientras tanto”. Sino que ése es el único momento real, y el único espacio de pensamiento: en última instancia, el socialismo no es otra cosa que un momento de autoorganización integral, ¿no?

Ahora, un grupo que no participa de esta dinámica de autoproducción de lo social es un grupo que puede tener “ideas” puras sobre el “deber ser” del mundo. Y de nuevo aparece el molde.

Eso no tiene nada que ver con lo que está pasando hoy, con el despliegue de experiencias que son capaces de autoorganizarse por fuera de las exigencias de la

valorización del capital y del Estado, y que sí son síntomas mayores de la reorganización de una sociedad, aún si no hay discursos demasiados coherentes para dar cuenta de ésto y si estos fenómenos están mezclados con lo peor del capitalismo también.

En fin, resulta que en estas experiencias –aún en las más oscuras de ellas–, podemos encontrar más potencia y multiplicidad que en las “buenas ideas”, que a menudo no son más que ideales puros. Y nos parece, además, que es un momento especialmente interesante para ensayar búsquedas en ese campo de experiencias.

La mayoría de los intelectuales y políticos creen que esto es provisorio y que acompaña un momento de crisis más o menos pasajera, pero habría que ver bien si es así. Pensar de otro modo, sin embargo, puede querer decir, también, dejar de hablar de nosotros mismos desde las carencias: en los núcleos piqueteros que comenzaron a organizarse, en los primeros nodos del trueque o en una escuela como Creciendo Juntos³, se produce una nueva subjetividad que opera y genera efectos en su entorno. Más que de carencia, entonces, se puede pensar en el desarrollo del deseo de lazo social. La crisis ya no es un simple momento pasajero y, más bien, implica un devenir contradictorio en el que por un lado se percibe la debilidad de la hegemonía capitalista pero, a la vez, los efectos suelen atacar también a las experiencias en proceso de consolidación. Pero se podría pensar que el proyecto se fundamenta tanto en la crisis como en el deseo de otra vida en base a formas de lazo social autónomo.

–Uno de los grandes problemas que ha tenido la sociedad es pensar que lo que estamos construyendo es algo que hacemos para llegar a tal lado. Esta visión siempre fue parte de una falacia humana, la de entrar en el campo de los rótulos. Creo que para nosotros el contrapoder, al menos como lo entendemos y lo conversamos, no tiene una meta definida a la cual llegar, no está programado, lo vamos haciendo transitando juntos. Y no podemos pensar que lo que hace el MST en Brasil o el zapatismo en Chiapas, lo tenemos que trasladar mecánicamente a Buenos Aires. Estamos en contextos muy diferentes. Y tal vez ellos pueden estar más

lejos del centro del poder, pero el sistema intenta aniquilarlos igual, construyan contrapoder o se planteen la toma del poder.

–Creo que sería un error plantearse que nosotros desplegamos contrapoder para construir “el socialismo”. Nosotros construimos contrapoder para cambiar esta realidad de mierda. Y esto es algo para hoy, y mañana seguiremos construyendo para cambiar la realidad de mierda de mañana. Y lo que no se sabe es hasta dónde vamos a llegar.

5. La economía alternativa y la crisis

–Me parece discutible lo que se decía antes: que el motor de las experiencias no es la crisis. Acá creo que es un poquito diferente, porque mucha gente se acerca cuando ya no tiene otra salida por ningún lado. La crisis es lo que hace que algunos hagan un corte. El otro día hablaba con un compañero que me decía: “Mirá, yo era un tipo que vivía para mi laburo, me levantaba a las 3 o a las 4 de la mañana, me iba a Capital, volvía a la noche. Mi idea era salir adelante, construir la casa, darle lo mejor a los pibes, y todas esas cosas que están dentro de la idea de progreso, de salir adelante. Pero era un terrible esclavo. Mi vida era eso. Ahora a lo mejor estoy mal económicamente, pero descubrí mi familia, el barrio, lo que es estar juntos, compartir las cosas, ahora me siento un cacho más libre”. En ese sentido la crisis fue como un cachetazo fuerte para muchos.

–Claro, porque la crisis se expresa muchas veces como puramente económica pero, en realidad, es una crisis de sentido. En la escuela Creciendo Juntos, por ejemplo, se percibe de manera inconfundible como la crisis –profunda– de la escuela pública los hizo pensar en ciertos recaudos, ciertas formas de trabajo, pero el motor de su experiencia no se localiza tanto en la carencia a la que la crisis arrastra como en un deseo intenso ligado a la producción de lazo social, en este caso vinculado a la educación.

—Pero a su vez, muchas veces el efecto que genera esa crisis de sentido es más bien paralizante. Se pasa de tener que levantarse todos los días a las 6 de la mañana para ir a laburar, a la idea de “ahora no hay quién me mande, por lo tanto hago lo que quiero”. Ese es un problema, y yo me rompo la cabeza, porque cuando llego al barrio están todos tomando mate, y si no hay alguien que diga cómo se hacen las cosas no se hace nada. Es algo que veo con mucha preocupación.

También está el tema de la flexibilidad con los compañeros, de no trabajar en base a sanciones, sino que todo se resuelva en la asamblea, conversando. La verdad es que está perfecto, pero hay gente que está acostumbrada a que se le mande, y que de repente acá, cuando está en grupo, tiene cierta autoridad y quiere mano dura. O la sensación de que estar en el movimiento, o ser delegado, es sumar prestigio: “yo hago política, yo no trabajo”. El otro día, charlando con un dirigente de un importante movimiento social latinoamericano, le pregunté si estaba asentado en algún lugar, y me respondió: “no, nosotros somos militantes”.

—Sin embargo, el gran problema nuestro es cómo transitamos este momento que estamos viviendo, cómo vamos solucionando los problemas y creciendo, pero zafando del Estado. Cómo vamos logrando, al menos, grados mayores de autonomía real. Porque el problema es que tenemos una autonomía relativa, restringida, y eso hace que tengamos un grado de exposición muy grande. Nosotros seguimos cargando con el collar del Estado, que son los planes y subsidios. Sin embargo, hacia dentro del movimiento, podemos pensar y construir autonomía. La autonomía no es solamente lograr independencia del Estado o de superestructuras; la autonomía se consigue en lo personal, grupal, político, social.

Es la situación compleja de precariedad la que nos impide dar ese paso todavía. Realmente estamos muy expuestos, y no estamos en cualquier lado, sino en el corazón del poder: una zona urbana muy atravesada por todas las dinámicas de poder. Es algo distinto que estar en el campo, donde los compañeros tienen tierras, y donde poner en juego un

trabajo común no debe ser tan difícil; aunque sabemos de las topadoras, los jueces y demás.

—Este es, sin dudas, uno de los problemas más interesantes de los últimos meses, y es un campo de trabajo que se ha abierto mucho después del 19 y 20. Pero nos están faltando hipótesis prácticas para abordar esos problemas: ¿cómo hacer para generar redes efectivas entre las experiencias que están produciendo sus propios recursos como forma de empezar a proyectar un devenir autónomo también en lo económico, en lo material, en la subsistencia? Esto no quiere decir que haya una solución inmediata para zafar del collar que implica la relación actual con el Estado, pero sí pueden continuar surgiendo iniciativas que logren diversificar aún más los proyectos, para que por lo menos el collar no sea el único recurso

—Sí, por ahí pasa un posible desarrollo de un proyecto de autonomía.

—Podemos, entonces, volver a preguntar cómo percibimos el contrapoder y, por lo tanto, cuáles son las experiencias con las que vale la pena iniciar un proceso de encuentro, intercambio y trabajo. No es lo mismo en este sentido si pensamos al contrapoder a partir de un conjunto de definiciones ideológicas que si lo pensamos como el desarrollo de experiencias que están trabajando prácticamente en emprendimientos que tienen otra lógica que la del capital, aún si no sabemos bien de qué lógica se trata, ni podemos prever su devenir futuro.

Por ejemplo, hemos estado conversando con un amigo farmacéutico y un grupo de compañeros suyos que acaban de abrir una farmacia de medicamentos genéricos, y que están en condiciones técnicas de montar —en algún momento— un laboratorio para producir ellos mismos los medicamentos. Es un ejemplo de lo que se puede hacer: producir en forma autónoma remedios de buena calidad y muy baratos, habilitados legalmente.

Como ellos hay mucha gente —y algunos nodos de trueque son un laboratorio increíble en este sentido— que está inventando formas de reapropiarse y poner en funcionamiento las capacidades productivas existentes. Son capacidades que han

quedado desaprovechadas por el capital, y que pueden ser rearticuladas por una dinámica que no sea ni la de un burócrata del Estado ni la de un negocio del mercado. Es, si se quiere, lo que pasa con algunas de las fábricas tomadas. Ellos son militantes, pero no piensan como militantes clásicos que permanecen ocupados con los problemas del poder. Tratan de forjar un nuevo tipo de protagonismo y, para ello, la intervención sobre las afinidades y posibilidades de composición efectiva resulta fundamental.

Porque cuando ustedes elaboran un proyecto como el de la escuela alternativa: ¿qué significa que en torno a esa iniciativa se organicen no sólo ustedes, sino también algunos maestros, un grupo de arquitectos y los vecinos del barrio? Una manera de pensarlo, que quizás sea la más evidente, es que "la gente es solidaria con nosotros porque luchamos, porque somos una nueva referencia o esperanza política"... Pero también se puede pensar que lo que sucede es que contamos con un potencial disponible que es enorme, un nuevo protagonismo que se despliega transversalmente por todo el cuerpo social y que se lo ve en un montón de lugares, y que esto puede entrelazarse de múltiples maneras. Es evidente que son dos modos distintos de pensarlo.

—Nosotros vemos muy clara esa diferencia entre ambas concepciones. No es lo mismo luchar para arrancarle planes sociales al gobierno con el fin de formar cuadros para lo más importante, la lucha política, que hacerlo para recuperar la capacidad de hacer cosas, de organizarnos. Lo primero es mucho más abstracto: acumulamos mil planes porque de ahí vamos a sacar los doscientos militantes que van a servir el día de mañana para hacer la revolución. No es lo que se hace acá: lo que nosotros queremos es, precisamente, construir esa red de producción alternativa. Porque ahí está la salida al collar, no hay otra manera. Y aunque tengamos a Marx y a Engels entre nosotros, la única forma de continuar el proyecto es aflojar el collar.

—Volvemos a insistir: lo importante es lo que pasa en el MTD y no su relación con el Estado. Porque de última podemos no depender econó-

micamente del Estado pero funcionar según las lógicas del mercado. La lucha con el Estado y cierta dependencia en lo reivindicativo no es lo esencial del MTD, sino lo que hacemos, cómo autorganizamos esas reivindicaciones, al servicio de qué realidad las ponemos, con qué valores nos relacionamos, qué tipo de sociabilidad va surgiendo de nuestras prácticas. Porque lo importante es que cada compañero elija estar en el MTD y no que se sienta obligado por una necesidad económica.

—Yo creo que por ahí pasa la cosa y que queremos construir de esa manera. Lo que pasa es que no hacemos el ejercicio de pensarnos como experiencia, como organización. Sinceramente no nos pensamos. Y nuestro trabajo pasa por allí: por cómo pensamos que tenemos que hacer para zafar de esto. El día que tengamos capacidad para construir esta red y desplegar una producción autónoma, nosotros vamos a decir: "tomá, metétele en el orto, ahora vamos a hablar de otra forma".

—No creo que sea tan así, porque un desarrollo de esa magnitud no lo vamos a poder crear nosotros: es más bien una búsqueda, y tener una disponibilidad al encuentro. Lo que nosotros tenemos es un aporte para hacer, y por eso podemos encontramos con otros y compartir cosas. Quizás nosotros no podamos hacer por años muchas cosas que deseamos, pero a lo mejor otros tengan experiencias más interesantes. Si sostenemos nuestro trabajo seguramente se va a ir dando una relación que nos potencie.

—Algo que uno ve inmediatamente cuando va a una escuela como la Comunidad Educativa Creciendo Juntos es que los chicos y sus familias no concurren allí por carencia de escuelas tradicionales. Participan porque les gusta hacerlo y no porque no les quede otra. La cuestión, entonces, siguiendo con el ejemplo, sería saber qué pasaría si se desarrollan estas redes de producción y distribución alternativas: ¿se podría pensar que en un momento un tipo que está laburando doce horas por día por trescientos o cuatrocientos pesos llegue a percibir que en esas redes se puede vivir de un manera mucho más interesante?

6. La ofensiva, la vanguardia, el vetetismo...

—Queríamos charlar con ustedes cómo se sienten y cómo piensan el hecho de que cada vez más gente se identifique y tenga en cuenta a los MTDs y a la Coordinadora de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón. Es decir, el hecho de que se hayan vuelto de golpe tan “famosos”. A nosotros nos parece algo contradictorio, porque los MTDs (y la Aníbal Verón) no aparecen nunca con un discurso vanguardista, no buscan adhesiones sin más; no pareciera, por tanto, que se trate de un capítulo más en la historia del surgimiento de nuevas vanguardias políticas, sino de un fenómeno más “comunicativo”, ligado a los medios, a la imagen... Y no deja de ser complicado que la Verón aparezca como una nueva ilusión de la izquierda. Para mucha gente de izquierda no partidaria —porque los partidos compiten con ustedes— los MTDs aparecieron como una organización firme, con una línea más creativa y que se la banca; pero muchas de las cosas más interesantes y profundas de la experiencia de los MTDs no aparecen, quedan ocultas en esta imagen poderosa. Es decir, aparece la capacidad de lucha, pero tomada de una manera algo superficial. El riesgo es que ese nivel de expectativas e identificación vuelva como presión hacia los MTDs, ¿no?

—Es así. De hecho, dentro de la Verón hay grupos que ya asumieron completamente ese rol, y dicen: “ahora es el momento”, “estamos jugando en primera”, “hay que ser más responsables”. Para nosotros no es así. Nuestra primer ocupación actual, nuestra prioridad es un trabajo hacia adentro de la organización para elaborar todo esto que nos pasó, para elaborarlo y salir con un saldo. Por supuesto que le dimos un tiempo a la demanda de los medios, porque nos habían tirado mierda a dos manos y había que aprovechar esa herramienta para decir nuestra palabra. Pero eso no significa descuidar lo fundamental: la elaboración con los compañeros, los trabajos que hay que retomar. Y eso se lo dejamos muy claro a los compañeros que están más apurados: no nos sirve que nos quedemos con treinta muy valientes y una gran cantidad de gente di-

ciendo “¿qué pasó?”. No somos una organización de vanguardia, somos una organización popular que tiene sus tiempos y que luchamos con todos los compañeros. Lamentablemente tuvimos que tomar algunas decisiones de un día para otro, sin poder llevar a cabo el proceso de discusión que acostumbramos hacer, porque nos movimos, sobre todo después del 26 de junio, en un marco muy complejo, lleno de urgencias. Es lo que nos tocó pasar. Pero eso no significa que vamos a pasar por alto a todos los compañeros, las elaboraciones, el debate.

—No es casual que se haya planteado en la Verón que es hora de que haya un grupo de compañeros capaces de tomar decisiones en determinadas coyunturas. “Jerarquizar el ámbito” es el término que se usa, y quiere decir que entren a jugar los mejores cuadros en la Coordinadora. Es lo que provoca la aceleración. Pero nosotros somos todos gordos redondos: encontrar un cuadro va a ser difícil.

—Precisamente, se escucha decir que “hay que pasar a la ofensiva”, como si estuviéramos aún en la “defensiva”, es decir, nada más que aguantando los golpes, y toda discusión se debiera plantear en los términos de cómo se pasa ahora al “ataque”... La “ofensiva”, sin embargo, es una expresión ambigua porque si bien por un lado indica el abandono —deseable— del puro repliegue; por otro, y al mismo tiempo, se trata de una metáfora militar que se termina identificando más con la doctrina de los ejércitos invasores, imperialistas, donde el objetivo es la conquista del terreno ajeno, que con los recursos populares con los que efectivamente se cuenta. Algo de esto podemos ver en algunas organizaciones de los ‘70, ¿no? La ofensiva estratégica puede convertirse en una ilusión que deje de contar, en términos concretos, con los recursos y la voluntad del pueblo: daría la impresión que estos recursos están disponibles, en cambio, en la defensiva. En la teoría de la guerra, los débiles poseen los recursos para la defensa (multitud, conocimiento y manejo del territorio, etcétera) y los fuertes son los que van a la ofensiva: los que logran seleccionar un grupo de gente, especializarla, armarla, para hacerse de los recursos ajenos. Esta fue una gran discusión en los ‘70.

—El problema es que esos grupos terminan siendo el gancho para que vengan por nosotros. Salen a decir pelotudeces por televisión y nos dejan pegados a todos. Una pregunta que les hacemos es: “¿tienen con qué?”. Y además: ¿dónde estuvieron el 20 de diciembre los que hablan de la gran pueblada? Pero ellos son los que piensan, no los que hacen; por eso tienen que protegerse. Por eso dicen: “hay que salir a pelear, pero algunos tenemos que organizar”.

—Es cierto que la ofensiva es la lógica que te plantea el enemigo y es eso lo que llevó a la derrota a los compañeros de los '70: la concepción de que es necesario enfrentar aparato contra aparato. Y es algo difícil de evitar, porque a muchos les aparecen las ganas. Algunos, cuando mataron a Darío y Maxi preguntaron: “¿hasta cuándo van a seguir cayendo los nuestros?”. Ese “hasta cuándo” está proponiendo: “¿cuándo lo vamos a hacer nosotros?”. Por otro lado, la desaparición física no es lo único que aniquila proyectos; el capitalismo se instala en muchos planos. A nosotros no nos matan sólo en los piquetes; nos matan en los barrios con la desocupación, la miseria, y también nos matan muchas veces los partidos de izquierda: con la difamación, imponiéndonos exigencias que no nos corresponden.

—Esto tiene que ver, sobre todo, con la ambigüedad que existe en la discusión sobre la autodefensa. No es lo mismo defender modos de vida distintos y existentes, proteger experiencias que están construyendo otra lógica (que no es la de la guerra), que pensar la autodefensa como un modo superior de lucha, como un paso a la ofensiva. El problema es que esta tensión existe muy materialmente y no sólo como ideas distintas, sino como dinámicas reales que organizan el comportamiento de las fuerzas del contrapoder. Cuando el enfrentamiento se pone en el centro —como lógica excluyente—, la experiencia empieza a desplazar esfuerzos hacia cosas que no son las que proveen un devenir autónomo, autoafirmativo. Todo el tiempo aparecen problemas que se dicen “decisivos” pero que, en verdad, son sólo un elemento más de la multiplicidad de problemas y recursos existentes.

Por ello, la lucha también puede ser asumida de otra forma, evitando que sea reducida a pura lógica organizada por el enfrentamiento, desplazando otros elementos tan fundamentales como éste.

Por eso es impresionante lo que hace el zapatismo: después de esa marcha gigante a ciudad de México, donde movilizó a toda la sociedad y puso a discutir al país entero la cuestión indígena, se volvieron a sus comunidades y se llamaron a silencio. Desde entonces, no atienden a nadie. Por supuesto que están los que dicen que así le dejan el terreno libre al presidente Fox y a la derecha.

—Ese reclamo siempre surge de los que no pueden sostener lo que quieren por ellos mismos, y reclaman o le echan la culpa a los otros.

—A nosotros nos está pasando algo no muy diferente a lo que les sucedió a los compañeros de Mosconi, que fueron noticia cuando hubo muertos y en un mes dejaron de serlo. Acá va a pasar lo mismo. Nuestra idea es continuar lo que veníamos haciendo, pero atender también a la gente que nos quiere conocer y saber qué es lo que hacemos. Si te invita una asamblea, hay que ir y relacionarse. Pero hay que tener cuidado de no perder nunca el eje, porque si eso nos lleva a estar más tiempo visitando asambleas que en nuestro laburo estamos cagados. De hecho, nosotros no ponemos compañeros específicos para esas cosas. Se hace lo que se puede con los que están disponibles. Lo principal está acá y eso no lo podemos descuidar porque sería muy hipócrita y mentiroso. Creo que el problema es cuando te la creés, o cuando te la hacen creer.

—Cuando te la creés pasás a estar en otro plano de existencia, a frecuentar otros circuitos, a tener otras necesidades y otros problemas.

—Pasás de ser la Verón a ser el “representante” de un amplio sector de la sociedad y, por lo tanto, se espera que vos hagas algo en nombre de la sociedad. Cuando nos dicen “¿y qué va a hacer la Verón?”, nos están entregando la representatividad. El problema de aceptar esa “representa-

ción” es lo que se perdería. Si nos calentamos y decidimos que este es el momento de la ofensiva rompemos todo lo que tenemos.

—Pero es difícil que nos hagan comer el discurso de la vanguardia, porque sabemos muy bien que en el barrio hay cincuenta mil problemas para los que no tenemos ni cuatro soluciones. Una cosa es lo que te inflan los medios y otra muy distinta es la realidad del barrio. Por eso nosotros invitamos a todos los que quieren conocer el movimiento a que lo vean por dentro.

7. La experiencia del dolor

—Pero no sólo hay demandas por izquierda, sino también por derecha.

—¿Cuáles son las demandas por derecha?

—Cuando nos dicen “ustedes tienen que replantearse muy seriamente los cortes de ruta, las capuchas, los métodos que usan”. Y nos dicen también que nosotros llevamos a la gente al muere. Pero lo que pasó no entraba en ningún análisis: la represión que sufrimos el 26 de junio superó cualquier capacidad de análisis.

—Sí, está el tema del reconocimiento, nadie quiere quedar como un boludo. Pero está también la posibilidad de pensar más a fondo e ir más allá de los términos que imponen los medios. ¿Cuáles son las perspectivas reales y cómo se puede trabajar para no quedar enganchados en ese juego? Varias veces salió el tema en el taller y ustedes lo plantean claramente: ¿cómo resolver la dependencia con respecto al Estado?

—Es un tema muy complicado. Hoy por hoy, una autonomía como la que quisiéramos, en el marco de vida que tenemos, es imposible. Ni si-

quiera para la gente que está en el movimiento. La situación en la que estamos, de mucha miseria y falta de recursos, te lleva a decir: “morimos de hambre en el barrio, o morimos en una marcha o en un corte de ruta”. La muerte es algo que ya está instalado acá, y en muchos sentidos. Por ejemplo, si vas a un hospital te dan turno para tres meses, o se te quema un pibe y no hay nada para curarlo. Es muy difícil en ese marco pensar alternativas que no pasen por el reclamo al Estado.

—Eso no se puede negar. Efectivamente, la cuestión es doble: por un lado, el reclamo por el financiamiento estatal de los servicios que se delegan en él y, por otro, el desarrollo de una línea de construcción de mediano y largo plazo en base a los recursos propios del contrapoder. Si esta segunda lucha no es posible, la primera —que procura que el Estado cumpla con las funciones que cumplió antaño, incluso las más básicas de ellas— también va a frustrarse: primero porque suele ser la segunda de estas luchas la que habilita mejores resultados en la primera. Y, luego, porque el conjunto de nuestros esfuerzos se irán en esa primer lucha, con lo que no dispondremos de capacidades para asumir las tareas que la autonomía reclama y, finalmente, porque en estas condiciones, no es difícil que se acentúe la subordinación a los mecanismos del poder.

—Si la referencia es lo que logramos hacer hasta hoy, hay que decir que este problema nos consumió en muchas coyunturas, nos dejó atados y sin capacidad de respuestas de otro tipo. Pero nosotros seguimos con nuestro laburo: talleres productivos, formación, etcétera. Los ejes que desde el principio habíamos definido, “lucha, formación y trabajo”, no se perdieron. Y hoy estamos trabajando con mucha gente, intentando construir una escuela propia, planificando un nuevo asentamiento, explorando posibilidades que se abren con compañeros de otros países, tenemos la panadería, y estamos empezando a hacer nuestras huertas.

—Y hemos pensado mucho en la posibilidad de llamarnos hacia adentro —al estilo zapatista—, y consolidar este tipo de paz que no sé cuánto va a

durar. Nosotros no tenemos que estar corridos por los tiempos de la coyuntura. Necesitamos nuestros propios tiempos, porque luchar con los tiempos que propone el enemigo es luchar en el terreno que pone el enemigo y con sus armas. Nosotros tenemos que tener nuestras propias armas, nuestro propio terreno y nuestro propio tiempo. Ceder en cualquiera de esas cosas es quedar atrapado en la forma de lucha que te impone el enemigo, respondiendo a los pasos que te va marcando. Romper con eso es llamarnos hacia adentro y manejar nuestros propios tiempos. Iremos más despacio, llegaremos más tarde, perderemos el tren, pero vamos a estar todos juntos.

—Pero eso supone salirse también de la opción que antes decían que se les imponía: la de elegir entre morir de hambre en el barrio o morir heroicamente en una marcha.

—Sí, porque si esa es la alternativa lo que no hay es una lógica de vida. Más bien la opción hay que pensarla en términos de elegir cómo vivir.

—Y, sin embargo, la muerte de Darío nos pegó muy fuerte a todos: por la relación que teníamos con él. Y nos pega también la vivencia cotidiana del dolor: nuestras mujeres están pariendo chicos con hambre, porque pasaron hambre en la panza. Y eso nos va a acompañar, esa convivencia inevitable con la muerte.

—Esto que vivimos nos va exigir también una reflexión muy profunda para no ser instrumentalizados. Existe una necesidad real: nosotros no vamos a poder dejar de luchar, y vamos a seguir luchando en un marco donde hay muchos intereses distintos que se cruzan. Entonces, la instrumentalización es un riesgo. Vamos a necesitar la inteligencia, el reflejo, la sabiduría de no quedar arrastrados por esos intereses. Hoy la represión viene de bandas que están operando a full para que pasen ciertas cosas. Y, en ese sentido, todo se hace más complejo. Porque no se puede decir, sencillamente, “el enemigo es el gobierno”. No, hay bandas que ya no

responden a una línea institucional, sino que operan por sus intereses de una manera completamente inorgánica. Ahí nos encontramos con una cuestión de mucho peligro. Porque si bien vemos que la sociedad de alguna manera nos rodea, que algunos medios se portaron bien, que la solidaridad nos hizo muy bien, la sensación es que eso no basta. Tenemos que tener mucho cuidado de no quedar atrapados. Es muy difícil pensar hoy formas eficaces de protección.

8. Una investigación sin modelo

—Sería bueno profundizar en la percepción que existe sobre las otras experiencias que van surgiendo en la búsqueda de formas alternativas de resolver los problemas de la existencia. Está claro que sería tonto creer que todas las experiencias tienen inmediatamente un destino común. Sin embargo, es también absurdo renunciar a conectarse con el flujo del hacer social por exceso de prudencia, ¿no? Ya habíamos conversado del riesgo de una mirada purista, que no de cuenta de lo que puede estar ocurriendo al interior de estos experimentos —siempre muy contradictorios— del contrapoder...

—Sí, creo que hay un poco de pesimismo que muchas veces entorpece la posibilidad de establecer vínculos. El otro día discutíamos sobre la Coordinadora de Organizaciones Populares Autónomas, y veíamos que hay muchos militantes que van allí a buscar una chapa, una bandera. Pero también veíamos que si buscamos un espacio que reúna todas las condiciones que nosotros queremos seguramente nos vamos a encontrar muy solos en la Argentina. Esta es toda una tarea, porque las contradicciones no se encuentran solamente en algunos sectores de la sociedad, sino que también están presentes en nuestros propios barrios. En las luchas más grosas que tenemos en nuestra propia base, las categorías capitalistas también existen.

Sería un grave error abandonar la búsqueda y la gratuidad que debe tener el compartir espacios. Y estos encuentros hay que buscarlos en todos los ámbitos; no hay ámbitos privilegiados en este sentido. Eso sí, jamás vamos a ir a reclutar gente, pero sí nos interesa compartir espacios. Por supuesto que hay veces que uno va y vuelve con la sensación de que no tenés nada. A veces queda esa sensación de que es al pedo ir, porque no es fructífero. Pero resolver eso con una renuncia es lo más fácil, porque caemos en un principismo que te lleva a pensar que tenés que juntarte con los más avanzados, con los que piensan como nosotros. Pasa lo mismo en las asambleas. Hay algunas que han repuntado y tienen excelentes condiciones de superación, y hay otras que se quedaron con el tema de la guita, de los ahorristas. Pero si a priori lo descartamos, porque son los "límites de la pequeña burguesía", no hacemos más que ponerle un rótulo y bajarle la persiana a un espacio que potencialmente puede generar algo nuevo. Creo que esto expresa por lo general el pesimismo reinante.

—Pero me parece que hay algo más que el pesimismo y tiene que ver con una concepción que implica que ya sabemos hacia dónde vamos y qué queremos. Entonces, sólo resta construirlo, o sea irnos para arriba. Pero es otra la perspectiva cuando se trata de mirar para los lados, porque implica toda una tarea de investigación que parte de que no sabemos hacia dónde vamos, y que demanda una experimentación sostenida...

—Por ahí a veces falta esa frescura de buscar, de crear, de existir. A veces hay como un cansancio, un descreimiento, un racionalismo que nos hace abandonar espacios porque empezás a elaborar y no te cierra. El problema es que se trata de una forma de pensar que no toma en cuenta la novedad que puede significar un encuentro en donde puede surgir algo, y que juzga con criterios bastante dogmáticos.

Eso es importante, porque te exige estar replanteando permanentemen-

te las cosas y no descartar nada a priori, porque de lo viejo también puede surgir lo nuevo. No hay nada que nazca puro. Mientras haya capitalismo vamos a estar todo el tiempo conviviendo, y no va a haber una experiencia cien por ciento pura de acuerdo con lo que uno quisiera o desearía. Y eso vale para todos: desocupados, asambleístas, clubes del trueque. Ahí habrá gente que se está esmerando para hacer otra cosa y no solamente para especular con una mercadería y llevarse un crédito más. Pero lo difícil es eso: no rotular. Pasa mucho también con el sector universitario, pero ahí también hay gente que está buscando. Hay compañeros que piensan que con estos universitarios no se puede hacer nada, y que hay que dejárselos al sistema, a las empresas. Sin embargo, nosotros tenemos experiencias de integración muy enriquecedoras con estudiantes.

—En el fondo estamos conversando sobre la cuestión de cómo es posible producir autónomamente la base material de un contrapoder. Y tiene mucho que ver también con cómo se elude el enfrentamiento, porque uno puede decidir que el enfrentamiento no es lo central, incluso tener mucha conciencia del asunto, pero si no es posible dejar de depender de los planes Trabajar —que a su vez dependen de la capacidad de armar piquetes— no va a ser nada sencillo salirse de la lógica del enfrentamiento.

Es por eso que veíamos como algo importante para trabajar el tema de las redes de reproducción material que empiezan a existir en nuestro país: de comida, de medicamentos, de cultura, de comunicación, de política alternativa, educativas, económicas. Experiencias que pueden servir, tal vez no para sustituir totalmente los planes —lo que quizás hoy suene bastante fantástico—, pero sí para potenciar la producción y los talleres del movimiento, y para que de esta forma los planes y el enfrentamiento con el Estado no constituyan el único recurso disponible, el centro exclusivo de la experiencia.

Si es posible pensar que existen más dimensiones en las que recostarse, más recursos potenciales de los que acostumbramos a percibir, entonces ahí sí el enfrentamiento puede ser algo que cada vez más pueda irse eligiendo tácticamente, más

que algo que, como decían, sea impuesto.

A partir de allí, también veíamos un problema: no es lo mismo el militante que tiene como tarea exclusiva la conciencia y el enfrentamiento, que el militante que es productor de redes.

Y este es un problema que cobra total actualidad luego del 26 de junio. Sobre todo, si uno cree que no estamos en una situación revolucionaria en la que la toma del poder sea una salida y que, por lo tanto, se plantea la hipótesis que ya discutimos, de una convivencia (al menos al corto y mediano plazo) del poder y el contrapoder. Con formas agresivas, represivas, del poder. Sin dudas, el poder tiene hipótesis de reproducción, y el problema nuestro parece ser: ¿cuál es la hipótesis de reproducción material desde el contrapoder?

—Esto tiene que ver con cómo se piensa el tema de la autonomía: si la autonomía se define sólo por la capacidad de pelear y de lograr autogestionar algunos proyectos, planteándole al Estado una independencia que nos permita realizar determinadas tareas, o si la autonomía tiene que ver con un proyecto que va mucho más allá de eso. Es ahí donde sería interesante profundizar: qué significa que somos un movimiento popular autónomo y qué horizonte nos marca eso. En ese sentido, esa relación, esa convivencia con el Estado, con el enemigo, es simplemente circunstancial o no primordial, y lo fundamental está en lo que nosotros tengamos capacidad de construir.

—Creo que ese es un punto muy importante. Porque hay muchos grupos que tienen muy claro su horizonte: un modelo de socialismo que saben cuál es y cómo lo van a construir cuando lleguen... —de acá a equis años—. Hay otros grupos que tienen como modelo la integración: para ellos el horizonte es volver a un Estado peronista donde habrá redistribución, dignidad del trabajo, obras sociales, etcétera.

Pero para las experiencias del contrapoder el asunto es más difícil, porque tienen que inventar, crear algo que nunca queda claro del todo qué es, porque es un camino que hay que recorrer, con cierta incerteza.

Pero me parece muy importante que en esa pregunta sobre el horizonte no acudamos a inventos imaginarios, sino que exploremos en experiencias que ya tienen existencia material, que desarrollemos eso que hoy existe como gérmenes (ambivalentes, por supuesto) de nuevos modos de vida.

El dilema es cómo hacer para poder producir un tiempo propio que permita llevar adelante esta investigación práctica sobre las redes alternativas que se están conformando, sobre cómo se está produciendo, con quiénes se puede realizar. Para el MTD debe ser muy complicado poder sustraerse un poco de los miles de problemas cotidianos: los planes, el papelerío burocrático, los preparativos relacionados a la coordinación de los planes de lucha, las reuniones de todo tipo, el constante recibir gente, ¿es así?

—Sí. Como experiencia no podemos decir que tengamos un grado muy grande de libertad. Muchas veces nos pasa que no encontramos espacios para la reflexión. La mayor parte de las emergencias nos han ocurrido en planes de lucha, sosteniendo este o aquel quilombo, metidos en una inundación.

Sin embargo, creo que ha habido avances muy grandes en los compañeros, sobre todo cuando veo que se suman al proyecto no solamente por el plan. Es ahí donde se puede percibir que está habiendo efectivamente una depuración de mucha de la mierda capitalista que traemos encima. Pero no hay dudas que la producción de esa nueva manera de vivir, y de entender lo que queremos, se da en un marco de gran tensión, en el que se nos mezclan las cosas.

Incluso a veces nos hacemos ilusiones y pensamos que estamos viviendo algo que no es. Sobre todo en compañeros que ya vienen trabajando desde hace un tiempo largo. Son momentos en los que hay que pinchar el globo, y para hacerlo hay que parar, pensar, porque si no, la dinámica te envuelve, es terrible.

Yo comparto esto que dicen. En la medida en que nosotros no logremos sacarnos el collar del Estado va a ser difícil aumentar los espacios de li-

bertad. Porque el Estado nos hace eso, nos tira para acá, nos revolea para allá: un día te cierra, otro día te abre, un día te da, otro día te quita. Nosotros sabemos que tenemos un collar y que algún día ese collar vamos a tener que romperlo. Eso no significa dejar de luchar o claudicar, sino ver que somos organizaciones muy expuestas, muy frágiles, y que debemos tomar previsiones si realmente uno lo que quiere es dejar raíz de esto.

—Además, esto tiene que ser una reflexión y un acuerdo de todo el movimiento. No puede ser la decisión de un pequeño grupo de compañeros que se dan cuenta de determinadas cosas y se ponen a profundizar. Tenemos que ver la manera de que todo el movimiento vaya haciendo este proceso. El otro día charlábamos con un grupo de compañeros y era muy claro que diciembre marcaba un antes y un después; y que junio también, al menos para nosotros, significó un antes y un después. En ese sentido, para nosotros es todo un trabajo descubrir cómo nos reorganizamos en esta nueva situación, para mantener este horizonte del que hemos hablado antes: cómo vamos sumando materiales y elementos que nos permitan continuar en ese horizonte. Y creo que esta dinámica de cambios nos determina a todos a hacer este proceso.

A mí todo esto me apareció muy claro, porque estuve de viaje, y al volver encontré cierto defasaje en compañeros que están queriendo comprender lo que pasó, y cuesta encontrar el cómo. Nosotros nos tenemos que dar tiempo para encontrar nuestra propia forma de avanzar.

Hay muchos que nos dicen: “ahora ustedes tienen que hacer ésto, tienen que hacer aquéllo”, pero creo que nosotros tenemos que encontrar nuestra propia forma de avanzar. Incluso primero como MTD de Solano y después compartirlo con la Aníbal Verón. Es un desafío grande. Hay muchos compañeros que lo están reclamando, y lo reclaman en espacios individuales, más chiquitos, y yo creo que tenemos que encontrar la manera de hacerlo entre todos. Si no, algunos van a quedar defasados en el tiempo.

—Esta ilusión que mencionabas ¿consiste en pensar que está todo resuelto, que ya no hay que buscar más?

—Creo que a veces hay realidades que se mezclan. Por ejemplo, nosotros tenemos principios muy parecidos a los zapatistas, pero somos organizaciones muy diferentes. Ellos han tenido un tiempo de elaboración y maduración que les permitió consolidar cosas. Es diferente a la realidad del conurbano. Yo a veces me doy cuenta que el nivel de radicalidad que se puede asumir es contradictorio con nuestra situación real de exposición. En definitiva ellos están armados, son un ejército, tienen la clandestinidad a favor. En nuestro caso somos una organización abierta, permeable a todo tipo de investigación, porque nos deben conocer hasta las muelas. Van a una asamblea y escuchan. Entonces, a veces hay una ilusión que se convierte en principismo. Y esa es una diferencia muy clara entre un planteo como el del contrapoder y otro tipo de política: hay muchas organizaciones que plantean llevar la cosa al límite para después pasar a la contraofensiva. Pero eso supone una idealización muy grande de lo que somos.

—Es la estrategia de algunas organizaciones que nos plantean abiertamente elevar el nivel de violencia para que la gente entienda que hay que hacer otra cosa. Dos muertos, cinco, diez o veinte heridos, doscientos detenidos: “ese es el alimento para la lucha”, nos dicen. Son organizaciones sin sustento social, ni siquiera tienen capacidad operativa para hacer lo que declaman, pero te corren por izquierda, te acusan de cagón, de tirar la lucha para atrás porque protegés la experiencia.

—La experiencia de América latina, en este sentido, es gráfica. En Guatemala hubo ciento cincuenta mil muertos, en Nicaragua no sé cuántos, en el Salvador otros miles. Hay masacres de comunidades enteras. Creo que es importante el tema de pinchar las burbujas, de alejar las ilusiones, pensar qué somos, qué queremos, porque no todos carburamos de la misma manera. Y es cierto que muchas veces la dinámica te lleva a salir

a la calle todo el tiempo, y entramos en un círculo de actividades que nos devora la posibilidad de afirmarnos en lo que queremos.

—Nosotros no nos podemos llamar a silencio, tenemos que pegar gritos para que nos escuchen. Quizás los zapatistas tienen esa ventaja.

—Pero no es tanto una ventaja objetiva: hay que tener mucha valentía y solidez para llamarse a silencio después de haber hecho semejante caravana y de haber estado en el centro total de la política mexicana. El asunto parece ser cómo desbaratar el juego del poder, lo que se espera de uno.

—Sí, sobre todo porque tenés que soportar las críticas de aquel que no se anima a hacer las cosas, que se la pasa esperando al que sí se anima, y lo condiciona.

9. La aceleración de los tiempos y la coyuntura electoral: “que se vayan todos”⁴

—Cuando Zamora larga la convocatoria y los periodistas comentan que la Coordinadora Aníbal Verón iba a estar, empezaron a llegar mensajes de todo tipo: algunos nos felicitaban y otros nos trataban de convencer de que no teníamos que ir.

—Si no hubiera sido por circunstancias muy puntuales no hubiéramos sacado el comunicado que entonces publicamos. Hubiéramos preferido el silencio. Pero se dieron dos circunstancias que nos obligaron a pronunciarnos. Por un lado, porque los compañeros de otro MTD de la Verón se habían aproximado a la reunión; y aunque ellos habían aclarado que concurrían sólo como oyentes, que no participaban como organización, los medios salieron a decir por todos lados que la Verón convocaba. Por otro lado, hubo compañeros de la Verón que no vinieron a discutir la posición que íbamos a tomar entre todos porque ya habían de-

cidido ir a una de las actividades que se hacían, la que se convocaba en Puente Pueyrredón. En ese marco, si no decíamos algo, otros iban a aparecer hablando por nosotros.

Fue duro porque hubo mucho debate, sobre todo alrededor del tema del aislamiento que esto podía generar justo cuando estamos ante una situación represiva importante.

Pero sabemos que lo electoral nos pone en un escenario diferente. Hay muchos sectores con los que estuvimos luchando que ahora tienen sus energías puestas en lo electoral. Eso nos debilita en el campo popular.

—Además hay algo más. Nosotros creemos que la situación represiva se está profundizando más y más. Y el problema es que esta represión tiene distintas vías.

Una vía es la que intentaron el 26 de junio con los asesinatos de los compañeros. Querían empezar con nosotros para después, seguramente, continuar con otras organizaciones y luchas. En ese momento, por suerte, fracasó, y durante un tiempo corto estuvo parada. Ahora se está profundizando mucho, en los barrios, aunque menos espectacularmente.

Pero otra vía que percibimos como un hecho represivo es la represión institucional, y ésta nos preocupa tanto como la otra. Se trata de cómo se institucionalizan y se legitiman las luchas *para* el Estado y no *desde* las organizaciones. Nosotros hubiésemos estado en las calles si el planteo hubiese sido salir a denunciar lo que está pasando en los barrios, los aprietes que están sufriendo otras organizaciones, el intento de desalojo de Brukman y Zanón, etcétera. Es en ese terreno donde se tienen que trabajar consignas y planteos populares muy importantes, que tienen mucho significado y profundidad, como la lucha antirrepresiva, o como el “que se vayan todos”, que surgió de distintos lugares y que ninguna organización puede reclamar como propia o declamarse como su intérprete privilegiado.

Entonces, no nos parece interesante que esas consignas que tienen mu-

cho significado hoy, sean utilizadas para un objetivo electoral. Es más, nos parece que es la forma represiva más fina que se está utilizando y que sería un peligro para nosotros caer en esa trampa. Ya sabemos cómo construyen Carrió y De Gennaro y a Zamora lo queremos y respetamos pero nos parece que se está equivocando. Y nos gustaría poder conversar con él, explicarle cómo la vemos.

A eso le llamamos una forma represiva muy sutil: al hecho de ponerse en esa disyuntiva que no respeta los propios tiempos y los propios espacios.

—Y hay que aclarar que no queríamos decir nada porque en esa situación no teníamos nada para decir, porque muchos interpretan que si nos callamos o no salimos es porque somos unos soberbios. Y, a la vez, si decimos algo somos unos sectarios. La interpretación es que a nosotros nos ayudaron cuando teníamos una situación dolorosa y ahora estaríamos sacando el brazo. Si tuvimos que salir cuando asesinaron a nuestros compañeros Dario y Maxi, es porque la represión nos golpea a todos: hoy vienen por nosotros y mañana por otros.

—El punto fundamental que quisimos plantear en el comunicado es que nosotros no nos organizamos según el tiempo electoral, sino según nuestro propio tiempo.

—Escuchamos a un militante de un partido de izquierda que decía que los grupos que componen la Aníbal Verón son autoritarios porque no permiten la participación de los partidos políticos. Pero la razón es otra: nosotros sabemos que los partidos siempre te van a buscar la vuelta para asimilarte a su lógica. Lo mismo sucede cuando nos dicen que nosotros los necesitamos a ellos cuando nos reprimieron, y que después no respondemos a las convocatorias que ellos hacen. Pero nosotros no lo vemos así. Cuando cortamos todos los puentes por la represión en Mosconi, después no fuimos a pasarle la factura ni a decirles que nos debían algo. Jamás hubiéramos hecho eso. Y es que frente a cuestiones como la represión no hay distinción. Ellos quieren meter todo en la misma bol-

sa e igualar esta convocatoria que tiene que ver con su visión política, con un hecho como el del 26 de junio.

—Lo que pasa es que se activó en este momento esa sensación de que ahora todo pasa por el problema electoral. Y no buscamos el aislamiento pero necesariamente en este tipo de prácticas vamos a sufrir cierto aislamiento mientras dure esta coyuntura electoral. Porque para nosotros no es algo fundamental, y no vamos a andar pensando en eso todo el día. Cuando mucha gente está planteando que frente a la represión hay que acelerar las cosas para seguir avanzando sobre el poder, nosotros creemos todo lo contrario: que hay que consolidar las experiencias, profundizar los lazos con los compañeros. Es un tiempo diferente y un lugar diferente. Y por eso nos van a mirar más todavía, porque eso va a marcar diferencias más profundas.

—No sólo que nos criticaron mucho nuestra postura de no participar, sino que además recibimos muchos llamados de grupos que forman parte de las mismas organizaciones convocantes para decirnos que estaban de acuerdo con nuestra posición, y de muchas asambleas que nos llamaron para invitarnos a que fuéramos a explicar cómo veíamos el asunto. Es una cosa de nunca acabar, porque cualquier cosa que hagamos va a ser pública. El otro problema es que dentro de la Verón también hay diferencias, y eso nos obliga a tener que hablar porque nos sentimos aporreados, y nos vemos inmersos en esa dinámica de idas y venidas. Pero lo importante es que éso no nos saque el sueño, y saber que hasta que pasen las elecciones vamos a estar sacudidos por un montón de circunstancias frente a las que no hay que desesperarse.

10. La red difusa

—Nosotros hemos tratado de pensar el problema del vínculo entre las experiencias del contrapoder con la idea de la red difusa. Alguna vez hemos comentado esto, sin embargo, no nos quedó claro cómo entienden ustedes este problema...

—Se trata de entender que no hace falta ese tipo de unidad que tanto se declama para resistir el sistema de dominación. Siempre se escucha: “hace falta la herramienta”, es decir, la unidad de comando desde la cual surjan todas las indicaciones “para que el pueblo en su orfandad...”. Ese comando se piensa como una dirección; aunque muchos lo plantean como algo colectivo, termina siendo una dirección. Nosotros entendemos que cada experiencia tiene que desarrollar su potencialidad, su creatividad, y que la articulación pasaría por esta forma de redes donde nadie dirige a nadie, sino donde todos confluyamos en determinados ámbitos. Así hacemos con el MOCASE: los compañeros vienen y nos cuentan sus logros, sus desafíos y, por supuesto, entramos en una relación de solidaridad y de articulación porque vemos que ellos construyen también en una dinámica de tareas de base, muy concreta. Pero a nosotros no se nos ocurriría decirle al MOCASE lo que tiene que hacer, o decirles a los compañeros de Mosconi lo que sería mejor para ellos. Para nosotros, en ese intercambio se generan conexiones y lazos que nos alcanzan y nos sobran: no hace falta ningún comando central u otro tipo de herramienta. Nosotros estamos de acuerdo en que no tiene que haber una centralización del poder o lugar desde donde se elabora la política para llevarla a los que no son capaces de elaborarla: creo que eso atenta contra los principios organizativos que tenemos. Viéndolo desde lo que no queremos y desde lo que estamos haciendo, creo que nos afirmamos en ese tipo de relación: desde la autonomía y para la autonomía. No planteamos el concepto de red difusa. Las relaciones, los vínculos, los planteamos en términos de coordinación y articulación.

—En un determinado momento se empezó a utilizar muchísimo la imagen de la red: la consigna era “construir en red”. Todo lo concebíamos “en red”. Fue una imagen que todos agarramos muy rápidamente. De allí que nos preguntamos las razones por las que la “red” es tan atractiva. Y fuimos percibiendo —con ayuda de amigos que también estaban viendo todo esto— que lo que sucedía era que la

“red alternativa” facilitaba formas antagónicas de organización popular porque se oponía a otra “red”: la red financiera, la red de los medios de comunicación de masas, infomacional, inteligente e institucional que opera en la base del dominio actual. Pero también están las redes mafiosas, parapoliciales, de narcotráfico, de corrupción. De pronto, todo funciona en red. Entonces, cuando constatamos esta “similitud” nos preguntamos hasta dónde todas estas redes debían ser equivalentes entre sí. Porque mientras, por un lado, la imagen de la red nos orienta para la construcción descentralizada y desjerarquizada; por otro, esa aceptación de las formas reticulares nos resulta sospechosa, precisamente porque reproduce la forma actual de la dominación.

Esta sospecha es muy compleja porque, en realidad, el capital —que hoy trabaja cada vez más en red— ha adoptado estas formas a partir de haberlas copiado de otras experiencias como las organizaciones celulares de las mafias, los narcos o los grupos revolucionarios. Pero no está demás, una vez que el dominio mismo toma esta forma reticular, reflexionar sobre las implicancias que esto tiene para las redes alternativas.

La consigna “organizar el mundo en una red”, es hoy propia de la dominación. Y no nos parece interesante oponer a esta red dominante una “red” alternativa, que querría, ella también, conectar todos los puntos posibles.

Tal vez la consigna no sea “que todos los puntos tiendan a conectarse”, sino pensar en términos de resonancias: es decir, que en cada sitio en que se esté construyendo un sentido nuevo, éste pueda finalmente expandirse, resonar, componer con otros, más allá de toda exigencia exterior a ese devenir constituyente. Esos nudos de intensidad son los que tienen la enorme posibilidad de producir otra cosa, otra forma de relacionarse, otras ideas, otra subjetividad, y eso no se garantiza por el simple hecho de adherir a una red explícita.

La experiencia nos indica, en este sentido, que cada vez que se organiza una red explícita que pretende organizar toda la red difusa en la que se despliegan los puntos de potencia, aparecen grupos y personas que dicen “yo soy parte” y tienden a desprenderse de la experiencia de intensidad en la que estaban involucrados para pasar a trabajar “para la red”.

Entonces, nosotros veríamos la red (difusa) como lo contrario a una red totalmente organizada. La red difusa habla de muchos tipos de encuentros, de muchas redes explícitas parciales, acotadas, superpuestas, de diferentes modos de articulación, de coordinación; en fin, tantas redes como devenires pueda abrir la experiencia en cuestión. En este sentido, nos resulta fundamental no quedar atrapados en una sola red principal, que tienda a organizar y jerarquizar la multiplicidad a que toda experiencia nos abre.

—Hay diferentes tipos de articulación y diferentes tipos de coordinación, de los cuales van surgiendo diferentes ámbitos de organización, sin que la lucha tenga una dirección única, al estilo clásico. Nosotros estamos en la Coordinadora Aníbal Verón, en la COPA, y ahora tratando de generar encuentros de pensamiento autónomo con distintas organizaciones que se plantean construir el cambio social desde la autonomía y en contextos muy diferentes. Lo importante es que todos esos espacios no los integramos en una misma y única red, sino que simplemente coordinamos, articulamos, a partir de acuerdos y objetivos.

—A nosotros nos parece que los aspectos más importantes de las afinidades entre las experiencias no pasan tanto por los argumentos que siempre se han usado para hablar de la “unidad”. Más bien tienen que ver con que, por ejemplo, tanto el MOCASE como el MTD de Solano saben que, en situaciones distintas, están haciendo lo mismo. Cuando esto sucede no se necesitan diez horas previas de reunión para confirmar si en cada punto se piensa lo mismo. Incluso, muchas veces la práctica muestra coincidencias que si te ponés a explicar o escribir se arruinan. Sabemos de sobra que del discurso podemos desconfiar todos: se acomoda, pero los valores que se despliegan en las prácticas son muy elocuentes en su ser atractivos o repelentes. Nosotros a esa afinidad la percibimos como un sentimiento de enamoramiento o de amistad, y creemos que tiene mucho más poder que cualquier otra relación utilitaria, por conveniencia, sujeta a una estrategia.

—Por ahí, este encuentro que tuvimos esta semana —y que concluyó con la marcha a Plaza de Mayo— con los compañeros del MOCASE, de APE-NOC, con agricultores de Mendoza y otros grupos, fue una experiencia de este tipo. Porque evidentemente nos hemos conocido mucho antes, a través de los cuadernos de *Situaciones*, o mediante intercambios en otros espacios como la COPA, y siempre nos pareció que eran muy parecidas las formas de construir: aunque trabajábamos en contextos muy distintos, lo que hacíamos era similar en cuanto a principios y criterios organizativos. Siempre decíamos: “tenemos que sentarnos y charlar”, y ese sentarnos a charlar nunca llegaba, tanto de parte de ellos como de nosotros. Fue ahora, sin pensarlo mucho, sin haberlo programado, a partir de una necesidad concreta, que surgió la oportunidad de generar este encuentro. Compartimos dos días enteros, y las organizaciones que estuvimos ahí nos hemos potenciado tremendamente.

—Eso que estabas diciendo habla de la experiencia y es lo que antes llamábamos “intensidad” o “resonancia”, y no es más que las vivencias que organizan las amistades entre las experiencias, lo que “hace vínculo” entre experiencias distintas. Porque puede pasar que ustedes tengan ese sentimiento de amistad con respecto a, para tomar el ejemplo, el MOCASE, pero que el MOCASE lo tenga, a su vez, con otra experiencia que, sin embargo, a ustedes no les diga nada. Todo intento de “cerrar” los vínculos posibles en nombre de la afirmación de una identidad política termina en empobrecimiento o en quilombo. Las discusiones van desviándose hacia los criterios de pertenencia —quién debería ingresar y quién salir (esta es una fija)—, los niveles de pertenencia y sus límites; en fin, se restringen los posibles...

Por el contrario, la red “de resonancias” puede ser muy amplia aunque —y tal vez porque— esas conexiones no resulten muy explicables: ¿por qué existe tanta afinidad con tal grupo y no con tal otro? Estas afinidades no son siempre racionalizables en una estrategia común. No siempre se reducen al cálculo.

Las redes explícitas, las que efectivamente se estructuran, son muy útiles para un

objetivo, para un momento preciso –largo o corto–, y no abarcan a la red (difusa). Pero cuando una de estas redes estructuradas reclama ser “la” red estratégica, la que pretende organizar a todas las demás, comienza un proceso de centralización y jerarquía que, si por un lado ataca la horizontalidad y la democracia interna, por otro –y esto nos resulta lo determinante– cierra las redes y situaciones que no se le subordinan.

–Nosotros nos planteamos objetivos estratégicos que van más allá de los sentimientos o la amistad, pero sin la pretensión de ser la vanguardia iluminadora. Cuando hablamos del cambio social pensamos en términos estratégicos, nos trazamos un horizonte.

–De alguna forma, la red explícita es la muleta que tenemos ante una situación de agresión: se trata de sentirnos parte de algo más grande en función de la defensa de la organización. Creo que el momento en que vivimos la agresión permanente por parte del sistema nos condiciona mucho en la construcción. La necesidad de hacer explícitos estos espacios tiene que ver con evitar esos golpes; es parte de la autodefensa. Y no nos determina, pero nos condiciona en la construcción. Es casi un instinto de supervivencia de las experiencias que se van construyendo con un montón de limitaciones. Aparte, la agresividad que tiene el sistema para aniquilarnos nos lleva a este tipo de muletas, por ahí es el límite que encontramos.

–¿Qué entienden ustedes por red difusa?

–Quizás podamos decir que la red difusa se extiende a partir de las afinidades múltiples y que éstas se hallan en permanente renovación, aumentando y también disminuyendo en número e intensidad. En este sentido, la pretensión de organizar todos estos flujos de simpatías está condenada al fracaso de antemano, porque estos lazos no se dejan nunca pasar por los moldes del utilitarismo: la simpatía, la afinidad, el amor, son términos dinámicos, mutables y combatientes que resisten a convertirse en objetos apilables o manipulables. Por eso proponemos la

idea de una red difusa que no es opuesta ni contradictoria con la red explícita, sino que es su fundamento más radical.

–Cuando establecemos coordinaciones y articulaciones lo hacemos en base a acuerdos que se fundamentan en intereses, en objetivos comunes. Habría que pensar bien entonces de dónde parte la intención de generar redes. Nosotros lo podemos pensar en la experiencia misma del MTD de Solano, en cómo se van articulando los distintos barrios que están organizados. Y es muy evidente como a veces, por cuestiones de formación, de esquemas, uno termina cooptando la experiencia de otro barrio, unificando y homogeneizando toda la riqueza que hay en el surgimiento de un MTD. Hay veces que cortamos experiencias que son muy ricas y que responden a particularidades de barrios que son diferentes. En cada comunidad, en cada barrio, en cada galpón del MTD, hay experiencias que son múltiples, y algunas se parecen y otras no. La pregunta es: ¿cómo vamos construyendo a partir de esas propias experiencias, hacia objetivos comunes, de todos?

Esto lo venimos madurando mucho últimamente, porque nos damos cuenta que muchos criterios y pautas que nos hemos puesto, tenían que ver con esta capacidad de querer controlar, desde una organización, distintas experiencias que se te van de las manos. Lo que aparece de nuevo es el tema de la autonomía: ¿desde dónde creemos que se tiene que desarrollar y potenciar una práctica determinada? Es una discusión realmente muy rica.

11. Máximo de creación, mínimo de control

–La debilidad del militante político clásico es ese deseo de ser un especialista en controlar lo que se construye, en administrarlo.

—Pero además, para un tipo de pensamiento dogmático, la receta no se puede alterar: “si no se repite lo mismo, algo está fallando”. Para nosotros que no se repita lo mismo es mucho más rico si nos planteamos esta manera de construir: con autonomía, democracia real, participación, contrapoder.

—Resulta fundamental asumir y hacerse cargo que no hay un criterio de coherencia exterior, un juez imparcial capaz de evaluar la validez de las experiencias. Decir “lo que pasa en los barrios A y B tiene que ser coherente, tomando como punto de coherencia, claro, lo que yo digo”. Por esta vía toda construcción se convierte en un permanente forzamiento de la realidad en nombre del “poder popular”, del “contrapoder”, o de lo que sea. Y, por supuesto, se termina así bloqueando las potencialidades de esas experiencias, sin poder asumir hasta qué punto una auténtica experiencia no se adecua a ningún tipo de modelo.

—Plantearnos un proyecto colectivo nos cuestiona sobre el ejercicio de la libertad, y diferenciamos la libertad del liberalismo. La libertad implica construcciones colectivas —en base a intereses comunes— y el cambio. El liberalismo es cortarse solo. Si bien cada barrio, cada organización tiene particularidades, procesos diferentes, hay problemas colectivos como la desocupación, la pobreza, la miseria, la represión, provocados por el mismo sistema que nos golpea a todos. Para luchar contra todo esto y construir algo nuevo es necesario organizarnos desde acuerdos colectivos. La lucha es colectiva. Lo que sí es cierto es que en este colectivo hay experiencias con procesos muy diferentes, y es ahí donde las recetas no funcionan.

—Tenemos varios ejemplos: nos ha pasado con la coordinación de los talleres. Se creó un modelo de talleres productivos que impuso la misma metodología en cada barrio, cuando el contenido subjetivo de los compañeros es diferente en cada lugar. Por ejemplo, al taller que empezó ya hace cuatro años se le imponían los mismos criterios que a los compañeros que entraban hace cuatro meses a trabajar.

—Esto es algo que discutimos hace poco con los miembros de la Mesa de Escrache Popular: ellos tienen una distancia crítica con los escraches que hacen las asambleas⁵, no viven la “generalización” del escrache como un éxito de una forma de lucha que ellos, de alguna forma, introdujeron. Para la Mesa, el escrache de las asambleas es “otra cosa” (sin juzgarlos) desde el momento en que pertenecen a situaciones y a sentidos que no son inmediatamente los mismos. De allí que la generalización de una forma de lucha, no implica de manera automática una misma red, ni la posibilidad de una experiencia común.

Porque el escrache —introducido por H.I.J.O.S— se fue construyendo en la lucha contra la teoría de los dos demonios como una hipótesis muy situacional y muy sutil en un cierto contexto: funciona como una máquina de producción de justicia popular.

Las asambleas utilizan el escrache en otro contexto. No se trata, insistimos, de un juicio de valor, sino de distinguir los contextos, el significado diferente de dos modos del escrache.

Algo parecido puede ocurrir a partir de la constatación de que si bien todas las organizaciones piqueteras hacen, claro, piquetes, no todas son iguales ni sus piquetes quieren decir lo mismo.

En este sentido, la red difusa es también una imagen que permite poner en juego esta multiplicidad de sentidos, impidiendo la imposición de un criterio único para medir el valor de lo que se hace.

—Nos parece importante pensar qué experiencias hay detrás de cada acción. Es cierto que los escraches y piquetes son muchos y diferentes, pero la novedad está en lo que se está construyendo subjetivamente para llegar a cada acción. No es lo mismo plantearse escrachar a Edenor para que mejoren el servicio que hacerlo para denunciarlo por ladrón y cómplice del Estado represor. O, cuando se toma una fábrica: no es lo mismo proponerse la autogestión que pedir la estatización. No es lo mismo plantearse recuperar lo que nos robaron que pedir la nacionalización, por ejemplo, de Y.P.F. y el gas, porque sería cambiar un amo por otro.

Este Estado es parte del sistema que nos domina.

—En este sentido tenemos que hacer una constante revisión, porque es una experiencia y estamos todo el tiempo condicionados. Es decir, por más que tengamos ciertos principios de construcción, la tensión entre expresarlos de una manera y vivirlos de otra es permanente. No se trata sólo de expresarlos verbalmente, sino de ir construyéndolos: ahí está la lucha.

Si bien en esta experiencia hay mucha libertad, no es menos cierto que estamos en una situación donde se necesita revisar los acuerdos constantemente para no reproducir ese capitalismo que está en cuestiones muy prácticas de la vida cotidiana, y que tuerce los horizontes que nos proponemos transitar.

—No puede ser lo mismo la libertad del “todo es posible”, propia del capitalismo, que la libertad que se produce en la experiencia de la creación subjetiva de lazo social. Ambas se denominan a sí mismas “libertad”, pero son opuestas, ¿no? De hecho, la libertad de la que se nos habla es aquella que dice que cada uno de nosotros es un individuo total, y que no hay nada mejor para cada uno de nosotros que elegir “voluntariamente” la dispersión.

Pero multiplicidad no es dispersión. Y la libertad de estar creando, la que nos dota de una ética de lucha, no es la libertad del individualismo.

Esta es una cosa muy delicada, porque en general la respuesta al individualismo y a la dispersión es centralizar con autoridad, con jerarquía: y esto es, claro, lo que logra el mercado: todos “libres”, todos “dispersos”, es decir, todos “jerarquizados”, todos “separados”.

Pero para buena parte de quienes hacen “política seria” es inevitable identificar “multiplicidad” y “dispersión”, y por eso siempre terminan pidiendo más “organización”, reduciendo al máximo posible el lugar de producción autónomo de prácticas y las formas electivas del vínculo.

Esta crítica apareció después de la publicación del Situaciones 4: se nos recrimina que no se puede hacer una “isla feliz” en el medio de la mierda, y que una experiencia como ésta no se puede cerrar sin que ya no le importe nada del resto.

—Pero nuestra forma de entender la libertad implica todo lo contrario, porque si hay algo que mata la creatividad, que mata la posibilidad de construir saberes y pensamiento, es justamente generar esos esquemas. La posibilidad de volver a crear todo debe ser tremendamente angustiante después de haber estado años y siglos manejándonos con programas, con esquemas. Se dice: “si ya teníamos todo bien armadito, ¿cómo puede ser que no funcione?”. Justamente es eso lo que mató todo, ese es el problema, porque es imposible tener todo definido cuando las experiencias humanas cotidianamente van cambiando. Y ¿cómo prevés eso? No se puede, y si uno lo intenta termina imponiendo un sentido conservador, no te queda otra. Así seguimos con estas relaciones de dominación. Y es eso lo que no funciona en la historia: cuando ya hay un programa y terminás obedeciendo. Esa es la lógica del capitalismo: dominado-dominante. Y eso es lo que les cuesta a muchos partidos políticos tradicionales comprender. A nosotros nos genera una sensación de libertad, porque indica que sí es posible construir cosas diferentes, que cada día hay posibilidades nuevas y te encontrás con nuevas hipótesis, nuevos planteamientos.

12. La producción de mundo(s)

—Esto nos lleva a preguntarles cómo ven la consigna del movimiento antiglobalización: “otro mundo es posible”. A veces nos da la impresión de que esa frase —muy bien intencionada, claro— es demasiado simplificada. Porque la imagen de “cambiar el mundo” implica que ya existe un ideal indiscutible al cual “el mundo” debería adecuarse, y ¿quién tiene esa idea? Por eso nosotros creemos que más bien se trata de producir mundo(s), de crear experiencias expansivas, intensas, que implican un “estar en el mundo” muy concreto.

La idea de “cambiar el mundo” podría ocultar —incluso sin quererlo— otra simplificación: la existencia de “nosotros los buenos”, los que tenemos las mejores intenciones. Pero ¿quién se sentiría afuera de este grupo?

¿Y cuáles serían los mecanismos para lograr que el mundo se ajuste a esas buenas intenciones? Lo cierto es que “el mundo” (si es que esta unidad existe como tal) no es tan simple de manipular, sino que es lo suficientemente complejo como para ser modelado a piacere; lo que sí se puede hacer, en cambio, es producir experiencias, y podemos producirnos nosotros como otra cosa.

Claro que plantear esto implica someterse al chantaje moral que replica: “pero ¿cómo?, ¿nosotros queremos un “mundo bueno” y ustedes nos vienen a decir que no tiene sentido hablar de “ésto”: no serán ustedes reaccionarios que se oponen a este buen mundo?”

Pero es que la consigna puede, incluso, “salvar” lo que de este mundo se puede modificar, ya que no somete a crítica los valores desde los cuales se juzga qué es lo bueno —para el mundo que viene— y por tanto qué sería lo “malo” a repudiar. Pero ¿qué es lo que ocurre con los valores que emergen a partir de prácticas que no desean acomodarse al ideal que se promueve y que más bien lidian cotidianamente con la complejidad y la falta de una unidad coherente del “mundo”?

—Y hay otro problema; que “otro mundo es posible” se puede pensar también como que otro capitalismo es posible. La consigna es tan amplia que hasta puede llevarte a pensar que este capitalismo puede ser reformado: cambiando algunos personajes, generando algunos valores. Pero seguimos presos de las mismas lógicas de construcción.

—A mí me gusta más esa consigna que dice: “un mundo en donde quepan muchos mundos”. Porque si hay filósofos que van a pensar el mundo por nosotros creo que vamos a estar en problemas. Pero un mundo en donde quepan todos los mundos me gusta mucho porque expresa la multiplicidad de las experiencias y también la tolerancia. El pensamiento único ya ha hecho mucho daño, de un lado y del otro. No se ha reconocido la diversidad cultural; desgraciadamente eso le pasó a la Iglesia también, que entendió la unidad como la uniformidad de pensamiento y como represión cultural: eso es imperio, es imperialismo. La Iglesia se manejó con el latín porque consideraba que esa era la manera

de generar la unidad, y en Latinoamérica se encontraron con una riqueza de lenguas indígenas y se les hizo más difícil.

Pero la unidad como uniformidad hizo mucho daño. Pensar “un” mundo sería una cagada. Pero pensar la unidad de convivencia, aún con lo diferente y lo distinto, va a necesitar una maduración muy grande: de aceptar lo distinto, lo diferente, siempre que no haga daño al colectivo. También podríamos decir que en esta búsqueda de nueva sociabilidad, todo lo que no haga daño al colectivo es bueno. Porque también podría ser: “dejame el derecho de ser diferente, y entonces te sigo oprimiendo, dejame el derecho a explotarte”. Ahí está el límite. Esas son consignas del capitalismo.

—Además, yo no sé si hay otro mundo posible, porque los posibles que pueden ser pensables y activos son los mundos que existen. Me parece que hay una mirada general y muy ideológica que dice: “el capitalismo no me gusta, entonces, hay otro mundo posible”. Pero si hay otro mundo posible es porque existe en gérmenes; si no, no es posible y no es más que una idea. Quiero decir que si el mundo distinto al capitalismo es un mundo soñado, evidentemente es algo que tiene menos fuerza, menos realidad, menos multiplicidad que el existente. En cambio, lo que ya existe como otra cosa tiene fuerza material si puede constituirse en realidades deseables para otra gente. Estas realidades son mucho más potentes que cualquier ideal. Y no en el sentido de que hay un ideal interior a la experiencia que es el que las mueve. Lo que tienen de interesante estas experiencias no es tanto el ideal de lo que debieran ser, sino que ya están existiendo, como experiencia real, social.

—La gran mayoría de los compañeros del movimiento empiezan porque están hasta las pelotas. Son contados los compañeros que empezaron en el movimiento porque lo sienten, por deseo. La mayoría se acerca únicamente para zafar, y si encuentra trabajo se van derecho para la fábrica, porque ése es el ideal de mundo que nos vendió el capitalismo: el mundo del trabajo explotado.

—El cristianismo decía: “sufrimos ahora y algún día llegaremos al paraíso, a ese lugar donde finalmente seremos felices y nos realizaremos plenamente”. Hay autores que dicen que el ser humano necesita horizontes, utopías, y creo que eso es así pero siempre y cuando esa utopía no inhiba. Porque pasa que al ver todo en un nivel tan universal, desde el vamos se inhiben las posibilidades reales de hacer. Y eso te puede obstaculizar a vivir el desafío de crear, porque si lo pensás tres veces muy posiblemente no lo hagas. Y es que la razón puede matar la práctica. Creo que eso pasó con la ideología, que planteó en un momento que ya se estaba por llegar, y cuando eso entró en crisis muchos salieron a decir: “no, no hay posibilidades”. Es como si nosotros nos hubiéramos puesto a pensar lo que íbamos a hacer dentro de cinco años: es muy posible que ese modo de pensamiento nos inhibiera.

—Además, hemos vivido la experiencia: vimos cómo esos sentidos constituidos fueron cayendo. Uno antes sabía que si era obrero tenía la posibilidad de ir al sindicato para pelear, lograr más poder para la clase (o el partido) y tender a organizar el mundo de acuerdo a este nuevo poder.

—Sin embargo hay algunos que todavía no han asumido estos cambios y piensan que la revolución se va a dar por huelgas generales.

—Otra visión —involuntariamente— reaccionaria puede ser el discurso que reduce todo lo que se está creando a un efecto de “necesidad”. Como cuando se dice que el movimiento piquetero existe porque hay gente que necesita trabajo. Y no se puede decir que ésto no sea verdad: es muy cierto que hace falta trabajo. Pero cuando la mirada es tan economicista muchas de las alternativas posibles quedan reducidas a una sola, organizada a partir de las respuestas dominantes. El ejemplo es evidente: si concluimos que un “desocupado quiere un empleo” nos perdemos una inmensa cantidad de posibilidades, abiertas en lo real de la situación, pero cerradas por la ideología de la necesidad, que atribuye desde afuera las “so-

luciones racionales”. Pero claro, lo que venimos conversando nos da infinidad de otros ejemplos: si la escuela se convierte en un problema para los chicos del MTD, se abren posibilidades, ligadas a la capacidad y el deseo de creación; en este caso, se abre la posibilidad de un proyecto de escuela más ligada a las exigencias de la existencia signada por la lucha que se está librando, ¿no?

En este sentido, es claro que el MTD reúne a personas que desean vivir de otra manera: de luchar contra el individualismo, el alcoholismo... Hay ganas de vivir. Ese es un punto muy importante que escapa siempre a la “ideología de la necesidad” que inunda el discurso político, o como cuando se dice que todo lo que está pasando es porque estamos en un momento excepcional de “crisis económica”.

—Estas experiencias no sólo existen por la crisis económica, sino también por la ruptura en la sociabilidad y la pertenencia a ámbitos mucho más grandes que tu propio grupo familiar. El miedo y el encierro que provocó ese derrumbe es enfermante: cuando vos no podés relacionarte con tus seres queridos y con tus conocidos comienza una fractura que se vive también como pérdida. Entonces, creo que la recuperación de espacios en donde tengas algo más socializador, donde sea posible establecer relaciones, está siendo vivido por mucha gente y en muchas familias como una recuperación muy intensa, que va mas allá de lo puramente económico. Y en Latinoamérica el sentido de la comunidad, de lo familiar es muy fuerte, y se va recuperando a pesar de la presión que se ejerce sobre esos núcleos. Ahí está el arte del capitalismo, ir dividiendo en partes.

—Pensando en lo que hablábamos de la red difusa, me parece que vamos creando algo así como sociedades paralelas. Porque esa necesidad de (re)producir materialmente la vida, acudiendo cada vez más a la invención, a la autovalorización y a la autonomía va poniendo el desafío de producir cosas que no terminen reproduciendo como un espejo el capitalismo. Claro que no se trata de armar “refugios”, ni lugares “incontaminados”. Pero justamente por ésto, parece que vamos a tener que ser lo suficientemente creativos para mantener la experiencia de la

existencia como algo “abierto”, resistiendo todo lo que quiera “cerrar”. En ese sentido la idea de otro mundo tiene ese riesgo paradójico: terminar cerrando más de lo que abre.

—Los criterios y principios organizativos tienen sentido cuando se sustentan en una práctica: si son vaciados de contenido dañan profundamente la organización. Muchas veces buscamos que los compañeros respondan obligatoriamente a los principios, sin brindarles la posibilidad o los instrumentos necesarios para elegir, decidir, “ser parte” o no del MTD. Para poder hacer hay que querer, de lo contrario se daña al propio compañero y muchas veces al colectivo. A la experiencia hay que hacerla propia.

1. Las conversaciones que aquí se reproducen son el producto de cinco talleres de pensamiento realizados en tres momentos distintos. Los primeros ocho puntos fueron grabados durante tres viernes consecutivos: los días 19 y 26 de julio y 2 de agosto de 2002. El noveno punto fue grabado el 6 de septiembre del mismo año. Finalmente, los últimos tres tramos de la conversación surgieron del encuentro que tuvo lugar el 11 de octubre, momento en el que ya estábamos preparando la edición de este libro.

2. La Bernalesa, primer club del trueque de la Argentina, fue fundado el 1 de mayo de 1995. Ubicado en Bernal, Quilmes, es el nodo más grande del país, y funciona como sede central y de regulación de la Red Global del Trueque.

3. Creciendo Juntos es una comunidad educativa ubicada en el partido de Moreno del conurbano bonaerense. Ver *Borradores de investigación 2: Sobre el conocimiento inútil*, Colectivo Situaciones, 2001.

4. Unos días antes de este encuentro tuvo lugar una convocatoria a una movilización hacia el Congreso en el marco de un plan de lucha más general convocado por Luis Zamora, Elisa Carrió y Víctor De Gennaro con el objetivo de reclamar elecciones inmediatas a todos los cargos electivos y exigiendo la renuncia de todos los diputados y senadores. La campaña fue lanzada con la consigna —surgida de las jornadas del 19 y 20 de diciembre—: “que se vayan todos”, y contó con el apoyo de numerosas organizaciones populares (incluyendo una cantidad significativa de asambleas vecinales). Sin embargo, en aquella oportunidad, la Coordinadora Aníbal Verón no participó de la convocatoria y difundió un comunicado público explicando los motivos de su ausencia. La aparición de este comunicado desencadenó un intenso debate entre quienes polemizaron con esta decisión de la Verón y quienes compartían sus criterios.

5. Este es uno de los problemas pensados en el cuaderno *Situaciones 5: Genocida en el barrio. Mesa de Escrache Popular*, recientemente editado por De mano en mano, octubre de 2002.

Epílogo

1. La horizontalidad es una apuesta práctica

Algunos de nosotros hemos sido militantes antes de la experiencia en el MTD; es decir, cuando llegamos acá traíamos cosas previas. Lo primero que tuvimos que hacer fue aprender a escucharnos: la lucha que queríamos desarrollar, los problemas que teníamos y la dignidad que queríamos recuperar. Así es que fuimos aprendiendo y buscando formas creativas de llevar adelante ese camino.

Desde el principio vimos la necesidad de construir algo nuevo, desde nuestra propia realidad, algo de lo cual todos teníamos que formar parte. Por eso surgió la autonomía, la horizontalidad, la democracia, la lucha integral. Nosotros no la inventamos: lo único que hicimos fue escuchar y asumir esa realidad que estábamos confrontando.

Hace poco hablábamos de algo parecido cuando decíamos que la memoria, la identidad y la esperanza viven en muchas prácticas y que se trata de ver cómo se recuperan y se desarrollan. La horizontalidad es algo que está en la práctica cotidiana del movimiento y entre todos fuimos dándole forma y organizándola. Ha sido algo que nos lo hemos apropiado muy naturalmente. Por ejemplo: no tenemos dirigentes porque

fue un aprendizaje de todos que los dirigentes no nos sirven, que si la cosa no la hacemos entre todos no funciona.

La horizontalidad implica una forma de relacionarse diferente, una manera nueva de descubrir cómo es posible cambiar la realidad. Cuando se está en una realidad se pueden tener hipótesis, soluciones, respuestas, pero son siempre personales y son posturas que, por lo general, cambian cuando trabajamos entre todos. Tiene que ver con una voluntad de aprender constantemente y de aceptar que lo que uno considera certezas, al trabajarse en un colectivo, se modifican. Esto no sólo se relaciona con autoorganizarse y autogestionarse, sino –sobre todo– con auto-definirse: es decir, que no existe algo que nos dictamina qué somos, sino que nosotros vamos descubriendo quiénes somos y cómo vamos a seguir transformando la realidad.

La horizontalidad es la práctica de un proyecto. No se trata de un concepto que se entiende por sí mismo, sino que es una forma de relacionarse que depende de una práctica concreta. Por eso tiene que ver con las relaciones hacia los distintos lados y no hacia arriba ni hacia abajo. Plantearse construir desde abajo para llegar arriba implica una contradicción respecto de la horizontalidad. Tan es así, que estamos tratando de no hablar más del concepto “desde abajo”.

2. La autonomía: poder de hacer y pensar en libertad

La autonomía es el proyecto que elegimos construir. Conocemos nuestros problemas, la causa de nuestros dramas y somos capaces de crear las soluciones reflexionando y aprendiendo juntos como compañeros.

Sabemos quiénes somos: personas capaces de transformar la realidad por el trabajo creador y liberador, sin necesidad de la explotación. El espacio que construimos se basa en nuevas relaciones, radicalmente opuestas al sistema capitalista que es lo que no queremos. De la con-

frontación cotidiana con la realidad, y del accionar sobre la misma, va naciendo la nueva subjetividad, un nuevo pensamiento: libre y colectivo, a partir del cual nos autodefinimos, autoorganizamos y autogestionamos.

La experiencia del MTD de Solano no es la única que se plantea el problema de la autonomía. El espacio de construcción del pensamiento autónomo lo forman varias organizaciones: MTDs, asambleas barriales, estudiantes, grupos culturales. Y a su vez nos relacionamos con otros espacios: grupos indígenas y campesinos, etcétera.

Lo nuevo que estamos viviendo es lo que nos motiva. Y esa forma nueva de trabajar está en primer lugar en el interior del movimiento, donde todos los días tenemos un enigma para resolver y donde, como se trata de algo nuevo, tenemos que pensar mucho. Y es difícil, porque es una incógnita permanente: ¿cómo se hacen los talleres productivos? No hay programa. Y tampoco nos interesa confrontar con esa indefinición porque lo que hacemos constituye un horizonte que no es una meta, sino un camino que vamos recorriendo, construyendo y, al mismo tiempo, encontrándonos con las preguntas que van surgiendo. Nuestra satisfacción tiene que ver con que hay un papel en blanco y nosotros le ponemos un puntito.

Esto aparece todo el tiempo. Por ejemplo, cuando hemos hecho los fogones de mística, en los que nos juntamos alrededor del fuego a decir algún pensamiento y tirar palitos que alimenten ese fuego, a los “militantes” que participaban les costaba decir lo propio; mientras que los compañeros nuestros decían lo suyo enseguida y tiraban su palito. ¿Qué pasaba? Que ellos no necesitaban preguntarse cuál era la frase que más iba a impactar, ni a quién citar. Para los compañeros “militantes”, en cambio, el papel en blanco ya estaba escrito, y se perdían buscando alguna frase del Che o de Marx.

El sentido de la libertad lo vamos descubriendo en el colectivo, y es diferente al liberalismo del capitalismo. Nos liberamos como pueblo de la

dominación, del sometimiento, de la explotación, y nos afianzamos en el bien común, rechazamos el individualismo, el egoísmo, los intereses personales que se ponen por encima de los intereses colectivos.

En el medio de una pobreza agobiante, de toda una estructura institucional que intenta siempre destruir los espacios de libertad, lo que hemos logrado es generar ese espacio de libertad: libertad de pensar, de practicar y equivocarnos, de corregir errores y volver a empezar, de poner en común sueños que, por vivir en una sociedad que los reprime, los tenemos frustrados. Eso es muy difícil de medir.

3. Un proyecto de proyectos

En ese sentido, nuestro proyecto de construir una escuela está muy ligado a ese espacio de libertad. Una escuela no puede convertirse en una burbuja en la que se proteja a los chicos de una realidad adversa. Muchas organizaciones lo hacen así: intentan construir ahí otro mundo. La escuela la pensamos como un espacio más de los tantos que tiene hoy el MTD, un espacio que no va a ser fácil porque el intento es potenciar la creación y la libertad. Pero no queremos educar chicos y chicas que después crezcan y se encuentren perdidos en un mundo que les es hostil, sino que aspiramos a que desde allí los pibes vivan su libertad con una conciencia crítica. Nuestro proyecto es generar un espacio en el que se potencie el compromiso de vivir en un mundo como el actual de forma crítica.

La escuela se pensó tradicionalmente como el paso previo al secundario, y éste como el preludio de la universidad: era la fórmula para conseguir un trabajo. Hoy las nuevas generaciones, si se reciben, no encuentran nada, sobre todo los pibes del conurbano. Pensar que esos pibes van a tener más posibilidades porque estudien es ya una mentira. Sin embargo, no se trata de que no estudien, sino que desde pequeños comiencen el ejercicio de un trabajo colectivo, emprendedor, que encuentren un

oficio donde integrar los saberes propios a un saber colectivo.

Cuando pensamos la escuela, aparece nuevamente la cuestión de la horizontalidad. No podemos caer en que somos un grupo de adultos que terminamos imponiendo una educación a los chicos sin tener en cuenta qué es lo que están viviendo ellos. Es decir: habrá que pensar una escuela no *para* los chicos, sino *con* los chicos. Muchas veces podemos ver en ellos qué es lo que estamos construyendo nosotros: cuando juegan a hacer piquetes, a una marcha, a una asamblea o se juntan en un taller de juegos, o en la murga y definen cómo quieren jugar y qué quieren hacer. Eso es lo que nos va mostrando: cómo pensar la escuela. Y no, simplemente, cómo responder a las falencias que hemos detectado en la escuela estatal.

Para nosotros no puede haber horizontalidad sin autonomía, y esta relación es compleja. Muchas veces se pueden tomar decisiones en un ámbito horizontal que están en contra de los criterios de la organización. Y hay veces que el mecanismo horizontal produce algo negativo. Por eso decimos que la horizontalidad en sí misma no tiene sentido, sino cuando está relacionada con una verdadera autonomía, es decir, con la libertad de construir algo. Para nosotros son todas cosas que van unidas y que son integrales.

Después del 26 de junio, cuando muchas miradas se dieron vuelta para observarnos y nosotros empezamos a hacer pública la manera en la que venimos trabajando –es decir cuando empezaron los aplausos generalizados–, nuestra sensación fue la misma que describía Ringo Bonavena: “todo el mundo te aplaude para que subas al ring, pero después allá arriba te dejan solo”. Incluso te sacan el banquito.

Lo importante para nosotros es que aquel que aplaude haga también la experiencia de salirse de lo habitual, de esa estructura vertical en la que estamos por lo general metidos, y lleve adelante un trabajo diferente. Es decir: hay que dejar de ser espectador.

4. Prolongaciones de la palabra

Del cuaderno *Situaciones 4* recibimos muchas críticas acerca de lo que decimos sobre la toma del poder. Eso era previsible.

Y al interior del MTD provocó debates, en el sentido de que muchas veces lo que decimos allí no es cumplido en la práctica cotidiana. Es decir, que frente a tensiones internas que tenemos, el material funciona como base del debate, como referencia de las cosas que pensamos y que a veces no las trabajamos en ese sentido, no las llevamos a la práctica.

Quizás falta aclarar que nuestra experiencia no es una cuestión idílica ni que funciona a la perfección. Que los criterios que en esa publicación explicamos están para ser cumplidos y trabajados, y que si bien nos organizamos según esos principios esto no es “soplar y hacer botella”. Con los talleres productivos, por ejemplo, tenemos muchos problemas y, nuevamente, la horizontalidad es algo difícil de desplegar prácticamente.

Es evidente que el que idealiza se equivoca: toda experiencia es dura y es imposible decir que tenemos ya una organización “horizontal, democrática” y todas esas cosas que, por supuesto, sí apuntalamos cotidianamente. En ese sentido, el cuaderno nos ha servido para divulgar una experiencia que de otra manera hubiera sido desconocida, porque a los medios no les interesa mostrar estos pensamientos.

También escuchamos como crítica, al interior de la Aníbal Verón, el hecho que aparecía sólo Solano cuando no somos los únicos que luchamos. Y nosotros le decíamos que la cosa se dio en un momento en el que muchos estábamos pensando estas cosas, y que ésta fue una manera de sacrlas. Además fue un momento de nuestra organización en el que creímos necesario tener una palabra, y la palabra no es algo simple: ahí están los medios y lo que muestran de nosotros, que no es lo que somos. Por último, desde otras organizaciones se nos ha etiquetado de “situacionistas”. A lo que hemos respondido que nosotros tenemos nuestra propia voz y nuestra propia experiencia. Pero es evidente que muchas de

estas ideas que sostenemos a algunos les caen como patadas al hígado. Esas críticas, además, tienen que ver con la tan conocida costumbre de interpretar todo desde un marco teórico, actitud desde la cual es imposible pensar una experiencia que no se sujete a ninguno de los marcos preestablecidos. Es esa necesidad imperiosa de etiquetar y clasificarlo todo, para poder manipularlo. A muchos les costaba trabajo clasificarnos, por eso al principio nos habían puesto “anarquistas”. Cuando apareció este cuaderno encontraron, ahora sí, el mote: “¡ah!, eran situacionistas, o negristas”. En todo caso, no nos molesta para nada. Pero nos da gracia cuando nos dicen: “che, ese tipo es medio situacionista, ¿no?”, o “los situacionistas amigos de ustedes”.

MTD-Solano, septiembre de 2002

Encuentro en Solano con John Holloway¹

Domingo 6 de octubre de 2002

Galpón del MTD en el barrio San Martín

Para empezar quería agradecerles a ustedes: es un honor enorme estar aquí. Mucho me habían platicado de ustedes, y había leído sobre lo que están haciendo: es por eso que también es un placer muy grande conocerlos. Quería decirles que me parece que lo que están haciendo es de una importancia enorme, de una importancia que va mucho más allá de Solano y de Buenos Aires.

Esta semana vine acá para presentar un libro que se llama *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, y he estado viajando y conociendo: estuve en Mendoza, Tucumán, Rosario y, desde hace tres días, estoy acá en Buenos Aires. Esta ha sido para mí una experiencia increíble en muchos sentidos. La última vez que estuve en la Argentina fue a principios de diciembre del año pasado, tres semanas antes del 19 y 20 de diciembre, y ya se percibía la tensión, se palpaba obviamente la crisis, y se sentía también que algo iba a pasar.

En este regreso veo por un lado el dolor y la miseria que produce la crisis. Pero también, y tal vez sobre todo, lo que me llama la atención es la esperanza que surge de ese dolor. Los movimientos como éste, y he visto muchos casos similares esta semana –una clínica tomada en Buenos

Aires, una fábrica recuperada en Rosario, un centro comunitario parecido a éste en Tucumán, y mucha gente me ha hablado de lo que están haciendo-, me parecen una cosa verdaderamente muy importante.

Y la otra experiencia que para mí ha sido muy conmovedora es la de pensar y sentir que había una relación, o una convergencia, entre las preocupaciones del libro que he estado presentando y las preocupaciones y las luchas de la gente en todas estas formas diferentes. La verdad es que yo nunca he recibido ningún premio, nunca he recibido ningún reconocimiento oficial por mi trabajo, pero el viernes pasado, después de la exposición que hizo Jorge en la presentación del libro, sentí algo parecido a si hubiera ganado el premio Nobel: fue una cosa para mí preciosa.

Obviamente en todo el viaje voy tratando de entender, y voy tratando también de repensar las ideas. Y una imagen que se me ocurre todo el tiempo, y que es un poco lo que quería discutir con ustedes, es la de *fisuras*, grietas que se extienden por todos lados. Me parece que lo que está pasando en este lugar, pero también por muchos otros lugares, es que la gente está diciendo: "no, aquí vamos a hacer las cosas de otra forma, aquí no vamos a seguir la lógica de la ganancia, aquí no vamos a seguir la lógica del capital, aquí no vamos a aceptar las estructuras jerárquicas del Estado; aquí vamos a construir otro tipo de relaciones sociales, otro tipo de sociabilidad. Aquí vamos a hacer, no vamos a esperar hasta que el Estado, hasta que el capital, nos resuelva las cosas, vamos a hacerlas nosotros mismos."

Y me parece que una forma de entender todo esto es en términos de la apertura de fisuras, grietas que se están abriendo en el capitalismo. Porque lo que se está diciendo es: "aquí, en este espacio, en este momento, no manda el capital; aquí se trata de otra cosa, que es lo que estamos construyendo". Y, obviamente, si uno empieza a verlo en estos términos, lo que se ve aquí en Solano es una fisura muy importante. Pero también uno ve tantas y tantas fisuras por todos lados: en Buenos Aires, en las afueras de Buenos Aires, en Tucumán, Mendoza, Rosario y en todo el

país. Y uno ve, obviamente también, la lucha de los Sin Tierra en Brasil, las luchas alrededor del agua en Bolivia; las luchas indígenas en Ecuador, las luchas en Perú, las luchas en Chiapas, y las luchas en todo el mundo. Y de repente la imagen del mapa de todo el mundo, la imagen del mapa del capitalismo mundial, empieza a cambiar. Uno empieza a ver que el mundo está lleno de estas fisuras, de estas grietas:

En este sentido, una cosa que me gustaría entender más o discutir más es la siguiente: ¿cómo sería una lucha que busque extender las grietas, abrir más estas fisuras?

Porque, obviamente, el capitalismo es el movimiento de cerrar las fisuras todo el tiempo. Hay una forma de este movimiento que consiste en cerrarlas brutalmente, en clausurarlas con violencia, a través de una acción de la policía o del ejército, una acción que nos dice: "no, no pueden tener este espacio, no es aceptable, tienen que portarse según los criterios del capital". Pero también hay formas mucho más sutiles de cerrar las fisuras. Por ejemplo, me parece que con las fábricas tomadas hay una tendencia del capitalismo a decir: "sí, van a poder tomar sus fábricas pero van a tener que vender las cosas en el mercado; entonces, van a tener que producir como cualquier fábrica, y finalmente se van a tener que convertir en una fábrica capitalista".

Hay también una tendencia a decir: "está muy bien que hagan estos comedores, porque los niños necesitan comer, e incluso tal vez les podemos dar un subsidio". Y, después de un tiempo, lo que empezó como una lucha anticapitalista se convierte simplemente en un servicio social barato, que no hace más que cumplir con lo que el Estado normalmente hace. Algo muy similar parece suceder con el movimiento del trueque. La impresión que tengo, después de charlar con varias personas del país, es que en algunas partes el trueque se ve como un movimiento muy importante para reconstruir las relaciones entre productores y consumidores, y entre los mismos productores. Pero en otras partes del país me han dicho que el trueque no funciona, que es algo corrupto, que los "punte-

ros" están metidos. Entonces, ahí también se puede ver una lucha que empieza con la intención de cambiar las cosas de forma seria y que se va transformando, se va socavando, se va convirtiendo en algo distinto. Entonces, mi preocupación, después de esta semana, tiene que ver con el hecho de percibir tantas luchas tan importantes, tan llenas de entusiasmo. Tantas luchas que de verdad están cambiando el mundo, pero para la gente involucrada. Por ejemplo, en Tucumán, en un centro comunitario en una villa, en un sitio con una miseria y una pobreza espantosa, las mujeres del lugar me dijeron que para ellas el 19 y 20 de diciembre del año pasado representó un cambio muy importante en sus vidas. Porque antes se iban a acostar a las ocho de la noche para matar el hambre, y ahora a las ocho de la noche todavía tienen asambleas para discutir y profundizar. Entonces, no es cuestión de cómo vamos a cambiar el mundo, sino de que *ya* estamos cambiando el mundo, *ya* hemos cambiado nuestras vidas.

Pero, ¿qué quiere decir que la lucha es diferente? ¿Qué quiere decir que se trata de una lucha para extender estas fisuras todo el tiempo, para abrirlas cada vez más? Yo diría, no sé si están de acuerdo, que no se trata simplemente de defenderlas. Porque si uno empieza a pensar en términos de la defensa de estas fisuras o estos espacios, pues la defensa implica un proceso de cerrar. Y tal vez, la mejor forma de pensar la defensa es pensar en un proceso constante de abrir, de extender.

Pero si esto es así, se me ocurren varias cosas que me parecen importantes para pensar la lucha, para extender las fisuras, y las voy a mencionar muy brevemente.

En primer lugar, me parece que hay que pensar en nuestro poder como un *poder hacer*: que lo fundamental no es la discusión –aunque discusiones como éstas son muy bonitas y productivas–, sino el *hacer*. Me ha encantado el hecho de que lo que están haciendo en términos de actividades materiales no es separable de lo que están haciendo en términos del intento de construir otra sociabilidad, otra forma de vida, otra forma de

vivir y no simplemente de sobrevivir. Eso me parece muy importante. La segunda cosa que me parece muy importante, y que es parte de lo mismo, es que es importante pensar –yo creo– en términos de una *asimetría* entre el poder de ellos, el poder del capital, el poder del Estado, y nuestro poder. Lo que quiero decir es que normalmente usamos sólo una palabra para hablar tanto del poder que estamos generando aquí como del poder del Estado. Pero en realidad son dos cosas totalmente distintas, porque el poder del Estado es un poder que nos va dividiendo, nos va separando, nos va diciendo todo el tiempo que nosotros no tenemos el poder de hacer las cosas. Incluso cuando el Estado da subsidios, lo que está diciendo es: “nosotros sí vamos a resolver los problemas porque ustedes no tienen la capacidad de hacer”. Entonces, el poder estatal todo el tiempo nos está convirtiendo en víctimas, nos está convirtiendo en gente pasiva. Y para mí es fundamental pensar que nuestro poder es el poder del hacer, es el poder del sujeto, es el poder de gente activa. Que todo el chiste es pensar que la subjetividad activa es el núcleo del movimiento.

A mí me interesaría saber cómo ustedes ven esto que les he dicho, cómo piensan lo que están haciendo, cuáles son sus experiencias, cómo ven el futuro. Y también me gustaría saber sus respuestas al problema de cómo pensar el desarrollo de estas fisuras, cómo pensar en el futuro de este movimiento en relación con la posibilidad de una represión estatal, cómo defendernos de esta posibilidad de represión. Mi respuesta, que siento que no es una respuesta adecuada, es que la defensa en contra de la represión se tiene que entender en términos del avance constante, del movimiento permanente, y en términos del arraigo del movimiento dentro de la sociedad misma.

Una cosa que se me ocurre también es que en la izquierda tenemos muy afianzada la costumbre de pensar a partir del capital o a partir del capitalismo. Decimos primero: “el capitalismo es horrible y nos oprime: ¡qué terrible!”, y nos escondemos. O bien, ¿cómo podemos luchar en

contra de eso? Pero creo que hay otra forma de hacer las cosas. La otra forma es decir: "finalmente, nosotros somos los únicos que hacemos". El capital, para existir, tiene que encontrar una forma de explotar nuestro hacer, encarcelar nuestro hacer, de definir nuestro hacer como trabajo para crear plusvalía, para crear ganancia. Entonces el capital, finalmente, depende de nosotros. Es por eso que tenemos que tener la confianza de no pensar primero cómo el capitalismo está definiendo el orden del día, sino de pensar: "no, nosotros somos los únicos hacedores". El capital no hace más que seguirnos todo el tiempo.

Cuando nosotros creamos algo nuevo el capital tiene que correr después a tratar de encarcelarlo: ¡pobrecito!

Si uno piensa, por ejemplo, en la programación de las computadoras, en el software, se puede decir que el desarrollo de la programación en los últimos años ha sido un producto de la creatividad enorme de los humanos. Y eso crea un gran problema para los capitalistas, porque todavía no saben exactamente cómo encarcelar todo eso: cómo hacer para que el software sea propiedad privada. Porque eso se resiste a ser reducido a propiedad privada: lo es nominalmente, pero en realidad la gente lo va intercambiando y produciendo todo el tiempo. Lo mismo sucede con la música: la gente va intercambiando música, creando música, ampliando la música todo el tiempo. Y el capital va corriendo después, tratando de detener las cosas.

Me parece que pasa lo mismo con estas fisuras que estamos creando, porque el capital sale corriendo detrás, después, y pensando: ¿cómo vamos a comprar esto dentro del capitalismo? Entonces, tal vez, la mejor forma de pensar en la defensa es simplemente ir avanzando, y dejando que el capital o el Estado corran después. O tal vez eso sea totalmente idealista. Pero a mí me gustaría mucho saber cómo ustedes ven lo que están haciendo.

Y, una vez más, muchas gracias por la invitación.

MTD Allen (Río Negro): Una cosa interesante que me gustaría comentarte, porque tiene relación con lo que planteabas, es que a nosotros no nos gusta mucho el nombre de Trabajadores Desocupados. En realidad preferimos llamarnos Trabajadores Autónomos, porque tiene que ver con toda una concepción del trabajo, y específicamente con la ruptura con la idea de que el trabajo implica explotación. Hay un debate muy grande en nuestra sureña región, una discusión que estamos sosteniendo con dos experiencias muy ricas, con la fábrica Zanón y con un frigorífico. Ambos han sido ocupados por los obreros y se han puesto a producir por su propia cuenta. Con ellos tenemos un vínculo muy estrecho. A su vez, también tenemos relación con otras organizaciones de desocupados, que no son autónomas, pero con las que compartimos reuniones y debates. Con ellas, una de las cuestiones que más discutimos es lo que llaman "trabajo genuino". Así le llaman a las posibilidades que se han abierto a partir de que el gobernador de la provincia ha hecho acuerdos con las petroleras para que incorporen algunos nuevos puestos. La propuesta de estos movimientos es la reconstrucción de los sindicatos, la apertura de nuevas fuentes de trabajo, la inversión en obras públicas. Nosotros lo que planteamos es que se trata de lograr tener "trabajo digno", y esto es incompatible con la explotación, con el sometimiento del trabajo al patrón, con el robo que eso implica, con el control de los horarios. Es un debate muy rico que está abierto. Y que nos ha hecho a nosotros avanzar en la idea del "trabajo autónomo", es decir, el de quienes nos decidimos a trabajar por nuestra propia cuenta, aquel que puede ser elegido y diseñado. Esta es una búsqueda incluso para quienes reciben un subsidio del gobierno, y también para quienes tenemos un trabajo formal pero aún así trabajamos en el movimiento.

J.H.: Una de las preguntas principales que quería hacerles es precisamente sobre el nombre: Movimiento de Trabajadores Desocupados. Y es que me parece un nombre raro porque, obviamente, si veo lo que es-

tán haciendo no parece que estén exactamente desocupados: me parece que están muy ocupados. Y el problema que veo es que la palabra desocupados implica tomar un punto de referencia –“estoy desocupado”– en relación con el capital.

Por eso mi pregunta es precisamente esa: ¿hasta qué punto, los desocupados de los MTDs se consideran desocupados, y hasta qué punto se entienden como trabajadores liberados o autónomos? Y acá en Solano, ¿son muchos los que se consideran de la segunda forma, o más bien sólo los más activos?

MTD Solano: Es algo que hemos discutido en una ronda de pensamiento autónomo con los compañeros del sur. Cuando nosotros comenzamos, ya hace cinco años, la primer manera de ver nuestra situación fue esa: estábamos desocupados. Y es que en la gran ciudad se siente muy fuerte el despido de la fábrica, es un choque grande el verse en la calle. Después de todos estos años, descubriendo la manera en que estamos trabajando y cómo lo venimos haciendo, vemos que estamos más ocupados que nunca. Entonces, se está acuñando un poco esa identidad. Tal vez el desafío será rediscutir todo eso, pero a partir de la práctica concreta. Porque justamente lo que nos caracteriza es que hay muchas cosas que vamos reelaborando y construyendo a partir de la práctica.

MTD Solano: Hay una cosa importante que tiene que ver con lo que nos unió en el MTD. A nosotros en un principio nos unió la desocupación, la pobreza, la discriminación. Eso nos trajo una gran necesidad de organizarnos como MTD. Ayer justamente charlábamos esto en uno de los talleres, y todos decíamos que si algo nos permitió el movimiento era encontrarnos en asamblea y recuperar la palabra, nos permitió escucharnos, y ver que era verdad que teníamos hambre, miseria.

Entonces, fuimos descubriendo para nosotros la dignidad. La dignidad la pusimos en el centro de nuestro trabajo. Y la dignidad era precisamente ese trabajo contra la humillación, contra el conformismo. Y entonces

empezamos a cortar la ruta por dignidad, y muchos argentinos no nos comprendieron, nos vieron como negros piqueteros que veníamos a molestarlos. Incluso las organizaciones de izquierda nos veían y pensaban que con esos planes nosotros hacíamos asistencialismo. Pero escucharnos y tomar la palabra para nosotros fue muy importante porque de ahí salía algo nuevo, algo diferente, y eso no se veía, tampoco se veían los talleres que hacíamos acá. Es eso lo que hacemos todos los días, estamos muy ocupados, creando lazos solidarios.

J.H.: Para mí también la palabra dignidad es muy importante. Surgió como la palabra de los zapatistas. Cuando ellos se levantaron, lo hicieron hablando de dignidad: como motivo principal de su lucha. No sé si ustedes sintieron su influencia o no, pero ahora me encuentro con que esta palabra es parte de su consigna, que aquí en la cocina hay una cartel que dice “la dignidad no se negocia”, y que en Tucumán la consigna era también: “Pan, Trabajo y Dignidad”. Tengo la impresión de que la gente está pensando en términos de dignidad mucho más que antes.

MTD Solano: Hay que aclarar algo, porque tiene que ver con una pregunta anterior, sobre si todos los compañeros del movimiento participan de este debate. Lo que hay que entender es que esta no es una organización de militantes. Todos los días se van acercando nuevos compañeros, y nosotros no tenemos ninguna autoridad para decidir si vienen con el concepto de dignidad, si son “dignos”. Lo que sí sabemos es que todos los compañeros que nos vamos sumando al movimiento arrastramos los viejos vicios capitalistas, y eso es como empezar todos los días. Porque no alcanza con decir que acá se viene a luchar por “trabajo, dignidad y cambio social”. No por tener ese discurso el compañero cambia; más bien es un proceso de desaprenderse y lleva mucho tiempo. Porque ser capitalista también puede ser una opción. Ese debate se da siempre. Es todo los días un comenzar.

MTD Solano: Nosotros fuimos descubriendo palabras a través de las prácticas concretas que tenemos. Cuando comenzamos a juntarnos en grupos por el tema del plan, nos manoseó mucho el Estado: nos hacían hacer trabajo indigno, trabajo explotado. Entonces, nosotros renunciamos a eso y empezamos a formar nuestra propia identidad, con autonomía, con lucha, como colectivo, como compañeros, y empezamos a conocer un montón de cosas que también empezaron a ser nuevas palabras. Si un puntero viene y me hace meter la mano en la zanja sin guantes, es indigno, eso lo hace el capitalismo. A partir de ahí, nuestra práctica nos hace descubrir nuevas cosas, nuevas maneras, nuevas relaciones, sentimos parte de esto. Cuando hablamos de compañerismo no hablamos de la relación del patrón-empleado, nosotros no queremos saber más de eso.

MTD Solano: Vos el otro día en la presentación del libro decías que primero se empieza con el grito, con un *No*, con la negación, y nosotros comentábamos que empezamos también diciendo "no a esto", y seguimos en eso. Ahora cómo esa negación se puede ir tornando algo positivo, algo que es lo que queremos construir? O cómo se destruye lo viejo al mismo tiempo? Ese es nuestro gran debate.

J.H.: A mí me gustaría escuchar más sobre la cuestión del trabajo genuino, porque me parece una cuestión muy importante. Por lo que comentaban sobre el trabajo capitalista, pero también sobre los planes *Trabajar*, de que implican un trabajo indigno. Y lo que decían de que el objetivo era no depender del Estado ni del capital, pero que por el momento tienen que vivir con esta dependencia porque tienen que luchar por los planes *Trabajar*. Y esto implica que hay que luchar por la construcción de un trabajo autónomo, pero por el momento es una cosa muy difícil, es un proceso. Pero, entonces, supongo que es central esta lucha por el trabajo digno. No sé si ustedes lo ven así.

MTD Solano: Nuestra lucha no es por los planes, la lucha es por trabajo, dignidad y cambio social. Y en eso se engloba lo que nosotros intentamos construir. Los planes, como otro tipo de reivindicaciones, son algunos de los ejes, medios que hemos encontrado para organizarnos, para ir subsistiendo un poco. El tema del trabajo genuino nosotros lo definimos en estos términos: ¿se puede definir al trabajo por la relación explotado-explotador a partir de la lógica capitalista? Cuando algunos compañeros nos dicen que la lucha hay que darla en la fábrica para pedir trabajo genuino, nosotros nos preguntamos: ¿realmente eso, para nosotros, es trabajo genuino, o es pedir que te sigan explotando? En este sentido venimos discutiendo. El trabajo no lo definimos desde nuestra situación de desocupados, lo definimos desde nuestra identidad, y tratamos de construir el trabajo nosotros. Para nosotros trabajar es esto que hacemos hoy también, estamos construyendo pensamiento, ideas nuevas, intercambiando experiencias. Esto también es trabajar para nosotros, y todos los espacios que integran el MTD son también trabajo: la murga para nosotros es pensar el arte de otra forma; el comedor que compartimos todos los días, donde no solamente venimos porque tenemos hambre sino que autogestionamos la posibilidad de comer colectivamente y compartir un montón de cosas cuando nos sentamos a la mesa.

J.H.: Una pregunta general, y final, ¿cómo ven el futuro?

MTD Solano: Tenemos una decisión que es la de luchar. Nuestros problemas no se resuelven con factores externos, ni con lo que esta coyuntura pueda generar. No creemos que con las elecciones cambian las cosas. Sabemos que tenemos la decisión de seguir construyendo lo que creemos que tenemos que construir, y ese es nuestro futuro.

MTD Solano: Yo no me pongo a hablar mucho del futuro porque estamos muy metidos en el presente.

MTD Solano: Veo el futuro como una esperanza. Quiero que mi hija y los hijos de mis compañeros puedan defender este proyecto que no sólo es un lazo político, sino fundamentalmente la práctica y el hecho de ser consecuentes. Quiero que ellos puedan encontrar una forma de vida acá. Y dejar todos los vicios afuera: dejar de ser depresivos, de volcarse al alcohol y la vagancia que nos ofrece el sistema, y poder encontrar esta forma nueva de hacer política. Uno que viene de la nada, de ningún partido, puede descubrir esta política que va desde lo fraterno hasta encontrar el conocimiento y dejar de ser, como quiere el sistema, ignorantes.

MTD Allen: El futuro ya llegó, como dicen los Redonditos de Ricota. Para aquel que quiera elegir vivir en libertad y buscar caminos para su emancipación, elegir el propio destino y en qué gastar la vida, el futuro ya llegó.

MTD Solano: El futuro es incierto. Hay posibilidades que la humanidad desaparezca por la locura capitalista, pero también podemos plantearnos otra cosa.

MTD Solano: Vivimos hoy y luchamos hoy. Del futuro no sabemos.

J.H.: Yo también pienso que el futuro ya llegó en el sentido de que lo estamos haciendo ahora. Y una cosa increíble de esta experiencia argentina es cuánta gente está diciendo esto: que no es cuestión de esperar, sino de hacer las cosas ahora.

¹ Reproducimos aquí lo conversado en ocasión de la visita de John Holloway al galpón del MTD de Solano. Holloway pasó por Buenos Aires la primera semana de octubre invitado por la revista Herramienta, editores argentinos de su libro Cambiar el mundo sin tomar el poder, también presentes en el encuentro de Solano. No hemos reproducido la conversación en su totalidad: hemos decidido no incluir las intervenciones que describían y/o explicaban la organización y el funcionamiento de los MTDs, porque consideramos que esos puntos ya estaban ampliamente desarrollados en los capítulos precedentes, así como las intervenciones que, aun cuando en sí mismas eran de interés, no apuntaban a los nudos centrales del diálogo propuesto

Nuestras publicaciones
Nuestro trabajo